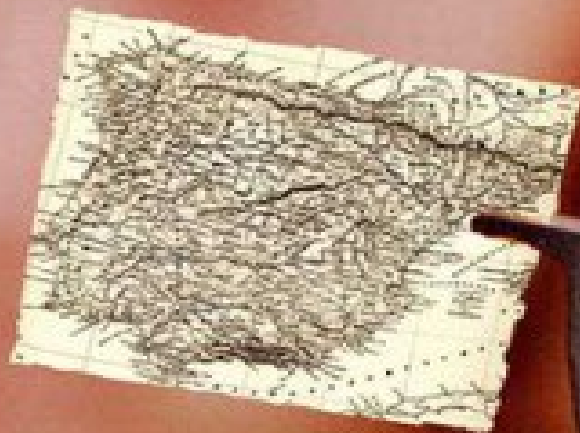


JUAN ESLAVA GALÁN



HISTORIA *de* ESPAÑA

contada para

ESCÉPTICOS



En este libro, que abarca desde los caníbales de Atapuerca hasta el talante del presidente Zapatero, no he pretendido escribir la historia que escribiría el pueblo, ya que el pueblo es ágrafo por naturaleza, sino, más bien, una Historia de España contada para escépticos que no creen en la Historia de España. No pretendo que sea veraz, justa y desapasionada, porque ninguna historia lo es, pero por lo menos intentaré que no mienta ni tergiversar a sabiendas, que ya es un propósito sobradamente ambicioso en los tiempos que corren. Además procuraré que sea amena y documentada (pero el escéptico sabe que los documentos también se manipulan en el instante mismo en que nacen) y si el lector aprende algo de ella me dará por bien pagado (Juan Eslava Galán).



Juan Eslava Galán

Historia de España contada para escépticos

ePub r1.0
Titivillus 07.04.15

Título original: *Historia de España contada para escépticos*
Juan Eslava Galán, 1995

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ANIVERSARIO
E P U B L I B R E

*"Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe...
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.*

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura."

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

Prólogo

Aquel día se abrieron los cielos y llovió tanto que el autobús en el que regresaba de un viaje escolar a Granada tuvo que abandonar la carretera principal, cortada por las inundaciones, para aventurarse por intrincados carriles embarrados. El conductor, un viejo anarquista de gorra proletaria y cigarro liado a mano, no cesaba de murmurar: «Así se escribe la historia de España». Me quedó la imagen de que la historia de España es un sendero tortuoso, lleno de baches y lagunas cenagosas, por el que avanzamos a tumbos en una tenebrosa noche de invierno.

Aquella memorable noche, en uno de los altos forzosos, típicos guardias civiles de capote largo y tricornio nos tuvieron parados a un lado de la carretera cosa de hora y media porque había que dar paso a no sé qué camiones y material de obras públicas que se esperaban en sentido contrario. Dio tiempo más que sobrado para que los que íbamos sentados en los asientos delanteros recibiésemos una lección magistral del conductor.

Sostenía el ateneísta que la historia de España que nos enseñaban en los colegios la habían escrito por encargo de reyes y curas para esclavizar al pueblo.

—¿Y por qué no la escribe el pueblo? —me atreví a preguntar.

—Porque el pueblo no sabe escribir ni tiene memoria —sentenció el académico—. La única memoria es la de los que mandan, y ellos la escriben a su gusto, arrimando el ascua a su sardina y escondiendo la basura debajo de la alfombra.

Aquel hombre era un escéptico. Es decir, pertenecía al número de los escépticos, los que no creen, o afectan no creer, en determinadas cosas.

Ahora, cuando asistimos a la liquidación por derribo de esta inhóspita

posada que llamamos España (a la que algunos, sin embargo, amamos tanto, a lo mejor por sus defectos y carencias), parece que es buena ocasión de contar cómo se hizo (dejaremos a otros contar cómo se deshizo). No pretendo escribir la historia que escribiría el pueblo, que el pueblo es ágrafo por naturaleza, sino más bien una historia de España contada a los escépticos que no creen en la historia de España. No voy a decir que es veraz, justa y desapasionada, porque ninguna historia lo es, pero por lo menos no miente ni tergiversa a sabiendas, que ya es bastante en los tiempos que corren. Además, he procurado que sea amena y documentada (pero el escéptico sabe que los documentos también se manipulan en el instante mismo en que nacen), y si el lector aprende algo de ella, me daré por bien pagado. No está hecha para halagar a reyes y gobernantes (de los que el autor hablará mucho, dejándose ganar por el novelista que también es), ni pretende halagar a los banqueros, ni a la Conferencia Episcopal, ni al colectivo *gay*, ni a los filatélicos, ni a los sindicatos. El autor ni siquiera aspira a merecer la aprobación indulgente de los críticos, ni a servir a una determinada escuela histórica, ni a probar tesis alguna. A lo mejor, por eso, se deja llevar por su curiosidad e indaga en las vidas de los poderosos, en lugar de dedicar el mayor espacio a divagaciones socioeconómicas más a la moda. No por gusto, ciertamente, sino porque está convencido de que una de las miserias determinantes de nuestra historia es que el errático y a menudo patético rumbo de España ha sido determinado por gobernantes incompetentes y tarados.

Por cierto, la feliz frase «¡Así se escribe la historia!» es de Voltaire, y aparece en una carta a *madame* Du Deffand («¡Así se escribe la historia, y vaya usted a fiarse de lo que dicen los sabios!»).

El escéptico lector queda advertido.

Capítulo 1

Una piel de toro extendida

En la antigüedad, la península Ibérica estaba habitada por un abigarrado mosaico de tribus que constituían unas cien comunidades autónomas, unas más desarrolladas que otras y tan mal avenidas que las guerras entre vecinos eran el pan de cada día. Los recios nombres de aquellos pueblos indómitos y guerreros resuenan en los folletos turísticos y libros de viajes escritos por Estrabón, Avieno, Mela, Plinio el Viejo y Ptolomeo: lusones, titos, belos, carpetanos, vacceos, vetones, turmódigos, berones, autrigones, caristios, várdulos, cántabros, astures, galaicos, lusitanos, turdetanos, bastetanos, oretanos, mastienos, libiofénices, deitanos, contestanos, edetanos, ilergetes, suesetanos, ausoceretas, bagistanos...

Sin entrar en tanto detalle, *grosso modo*, los españoles de entonces se dividían en dos grandes familias: los celtas y los iberos. Los celtas, que ocupaban la meseta y el norte, eran más feroces y pobres que los iberos de las fértiles comarcas agrícolas y mineras del sur y el Levante. Las regiones más desfavorecidas estaban infestadas de bandidos, y sus moradores organizaban de vez en cuando expediciones de pillaje contra las más ricas.

Como ahora, el país era montuoso, mal comunicado y proclive a las sequías y a las inundaciones, a los veranos abrasadores y a los helados inviernos, pero, al parecer, todavía no había prendido en sus habitantes la

pasión arborícola, y los encinares y alcornocales, los hayedos y los robledales abundaban hasta tal punto que una ardilla que se propusiera aparecer en el libro *Guinness* de los récords podía atravesar el país saltando de árbol en árbol, sin tocar tierra más que para recolectar alguna que otra golosa nuez. Había también praderas, más o menos verdes, donde pastaban a sus anchas rebecos y caballos salvajes, y espejeantes lagunas, donde abundaban los ánsares, las pochas y las avutardas, y apacibles ríos, donde chapoteaban nutrias y castores, y se criaban peces diversos y arenas auríferas. En sus montes tampoco faltaban los olivos, las higueras, la dulce vid, el esparto y las plantas tintóreas que la industria aprecia.

Las pintorescas costumbres de los feroces y entrañables indígenas sorprendían mucho al visitante. Los lusitanos se alimentaban principalmente de un recio pan, que confeccionaban con harina de bellota, y de carne de cabrón (el macho de la cabra, naturalmente). Además cocinaban con manteca, bebían cerveza, practicaban sacrificios humanos y observaban la entrañable costumbre de amputar las manos a los prisioneros.

Los bastetanos, hombres y mujeres bailaban cogidos de la mano una especie de sardana, y calentaban la sopa introduciendo una piedra caliente en el cuenco.

Entre los cántabros existía la curiosa ceremonia de la covada: el presunto padre de la criatura por nacer se metía en la cama y fingía los dolores del parto, mientras la parturienta seguía cavando el sembrado, o se afanaba en las labores domésticas, indiferente a las contracciones, hasta que daba a luz. Además, «es el hombre quien dota a la mujer y son las mujeres las que heredan y las que casan a sus hermanos; esto constituye una especie de ginecocracia, régimen que no es ciertamente civilizado», señala Estrabón (III, 4, 17-18).

En la Cerdaña y el Puigcerdá, hogar de los carretanos, se producían excelentes jamones, cuya venta «proporciona saneados ingresos a sus habitantes».

Los astures, por su parte, observaban la higiénica costumbre de enjuagarse la boca y lavarse los dientes con orines rancios.

Los celtíberos eran crueles con los delincuentes y con los enemigos, pero compasivos y honrados con los pacíficos forasteros, hasta el punto de que se

disputaban la amistad del visitante y tiraban la casa por la ventana para agasajarlo. Parte del agasajo consistiría probablemente en agarrar una buena curda con la bebida nacional, una mezcla de vino y miel o, si ésta faltaba, con una especie de cerveza de trigo, la *caelia*. Según Silio Itálico: «Queman los cadáveres de los que mueren de enfermedad, pero los de los guerreros muertos en combate los ofrecen a los buitres, a los que consideran animales sagrados».

Los vaceos practicaban una especie de comunismo consistente en repartir cada año las tierras y las cosechas de acuerdo con las necesidades de cada familia. El politburó era extremadamente severo: los acaparadores de grano y los tramposos eran ejecutados.

Para muestra ya está bien. Así eran los remotos habitantes de la Península. Si en algo se parecían entre ellos era en ser gentes de pelo en pecho. Los crucificaban y seguían cantando, caía el jefe y se suicidaban sobre su tumba, despreciaban la vida y amaban la guerra sobre todas las cosas. La de vueltas que ha tenido que dar el mundo para que ahora sus descendientes se nieguen a ejercer el noble oficio de las armas, y el ejército se vea obligado a contratar mercenarios extranjeros.

Tanta rudeza era compatible con el amor a la belleza e incluso con cierta tendencia a recargar la ornamentación. Recuerde el lector a la Dama de Elche. En realidad, si nos fijamos en el tocado femenino, había para todos los gustos, según tribus, desde aquéllas en las que, como Rita Hayworth, ampliaban la frente afeitándose, hasta las que se enrollaban el cabello y formaban sobre la cabeza un tocado fálico, dos usos que perduraron hasta, al menos, el siglo XVII en el País Vasco.

En esta Babel de tribus no existía conciencia alguna de globalidad. Fueron los buhoneros fenicios y griegos, llegados al reclamo de nuestras grandes riquezas minerales, quienes consideraron la Península como una unidad, los primeros que percibieron que, por encima de la rica variedad de sus hombres y sus paisajes, aquello era España.

¿España?

Sí, escéptico, lector: ESPAÑA. Ya entonces se llamaba España. La hermosa palabra fue usada por los navegantes fenicios, a los que llamó la atención la cantidad de conejos que se veían por todas partes. Por eso, la denominaron *i-shepham-im*; es decir: «el país de los conejos», de la palabra

shapán, «conejo».

No el león, no el águila: durante mucho tiempo el humilde, evocador y eufemístico conejo fue el animal simbólico de España, su tótem peludo, escarbador e inquieto. El conejo se acuñaba en las monedas y aparecía en las alusiones más o menos poéticas; la caniculosa Celtiberia, como la llama Catulo (*Carm.* 37,18), es decir, la conejera, España la de los buenos conejos.

No era el simpático roedor el único bicho que llamaba la atención por su abundancia. Los griegos también llamaron a la Península *Ophioússa*, que significa «tierra de serpientes». No obstante, para no espantar al turismo, prefirieron olvidarse de este nombrecito y adoptar el de Iberia, es decir la tierra del río Iber (por un riachuelo de la provincia de Huelva, probablemente el río Piedras, al que luego destronó el Ebro, que también se llamaba Iber). No obstante, el nombre que más arraigó fue el fenicio, el de los conejos, que fue adoptado por los romanos en sus formas Hispania y Spania. De esta última procede España, bellissimo nombre que durante mucho tiempo sólo tuvo connotaciones geográficas, no políticas. Por eso, el gran escritor luso Camoens no tiene inconveniente en llamar a los portugueses «gente fortissima de Espanha».

«España —escribió Estrabón—, se parece a una piel de toro extendida... Casi toda ella está cubierta de montes, bosques y llanuras de suelo pobre y desigualmente regado. El norte es muy frío; por ser muy accidentado y estar al lado del mar, se encuentra incomunicado respecto a las demás tierras, así que resulta inhóspito. El sur es, casi todo él, fértil, especialmente la zona próxima al estrecho de Gibraltar».

Durante bastante tiempo esta tierra de conejos estuvo más abierta a África que al resto de Europa. La verdad es que los doce kilómetros del estrecho de Gibraltar resultaban más fáciles de salvar que los escarpados Pirineos. De hecho, los iberos procedían del mismo tronco que los bereberes africanos, y los romanos incluso consideraron su colonia marroquí, la Mauritania Tingitania, una provincia de Hispania. Del mismo modo, Fernando III el Santo, el rey más despabilado de nuestra historia, consideraba natural continuar la reconquista en tierra africana. De no haber muerto cuando preparaba la expedición, quién sabe si ahora parte del Magreb sería cristiano.

Capítulo 2

Hombres y monos

—¿Que los iberos procedían de África?

Pues sí, escéptico lector: no sólo los iberos, sino sus remotos predecesores, los que poblaron estas tierras mucho antes que ellos. La propia especie humana procede de África, y esto incluye a todas las razas, nacionalidades, credos y creencias. El hombre, como se sabe, es resultado de una lentísima evolución que comenzó en África oriental hace entre cuatro y diez millones de años. El primero fue el *Australopithecus afarensis*, con un cerebro de unos quinientos centímetros cúbicos, apenas la cuarta parte del hombre actual. A partir de él se desarrollaron varias familias de *Australopithecus* a lo largo de millones de años: la pequeña y frágil *africanus*; la más corpulenta *robustus*, en el sur de África; la *boisei*, en el este de África, y quizá alguna otra. De todas ellas, la única que perduró fue la que produjo el *Homo habilis*.

El *Homo habilis* o «ser humano diestro», hace unos dos millones de años, mes arriba mes abajo, era ya un hombre hecho y derecho, a pesar de su aspecto simiesco. Con un cerebro de setecientos centímetros cúbicos sabía servirse del fuego y hasta fabricar toscas herramientas de piedra golpeando un canto rodado de sílex o cuarzo y haciendo saltar lascas de ambas caras hasta obtener un filo cortante.

No era fácil la vida del *Homo habilis*. Al evolucionar se había hecho omnívoro y vagaba por la sabana devorando todo lo que le venía a mano: raíces, frutos, tallos tiernos, huevos, larvas, lagartos. No le hacía ascos a casi nada, ni siquiera a los cadáveres, porque el cuitado era todavía mal cazador y se contentaba con la carroña dejada por los tigres de grandes colmillos y otras fieras que señoreaban la llanura. También era, a menudo, víctima de estos terribles predadores.

Del *Homo habilis* se derivaron, por anagénesis, las especies posteriores: el *Homo erectus* y el *Homo sapiens*.

El *Homo erectus*, desarrollado hace unos 1,6 millones de años, era un sujeto fornido, de hasta 170 centímetros de estatura y, a pesar de sus facciones bestiales, alcanzaba ya una capacidad craneal de entre 850 y 1250 centímetros cúbicos, un setenta por ciento de la del hombre moderno, lo que no está mal. En un lento proceso, el *Homo erectus* fue extendiéndose por la faz de la tierra: después de ocupar toda África, pasó a Asia y a Europa hace 1,5 millones de años.

Capítulo 3

Los primeros españoles

La prehistoria española es todavía un terreno controvertido. ¿Recuerda el escéptico lector lo que aconteció a aquel grupo de ciegos que palpó un elefante para averiguar qué clase de animal era? A uno le tocó la cola y dijo que el elefante es alargado y cilíndrico, como la serpiente; los que palparon las patas coincidieron en que tiene forma de columna; los que reconocieron las orejas aseguraron que, mas bien, es parecido a la raya de mar, sólo que con cerdas, y el que había palpado la cabeza lo encontró más parecido a la tortuga gigante del Pacífico. Algo parecido acaece con los paleoantropólogos y con los prehistoriadores. Se han propuesto describir la evolución de la humanidad en grandes períodos de tiempo y sólo disponen de escasos y, a veces, dudosos restos, lo que determina que sus hipótesis y conclusiones sean, casi siempre, aventuradas y provisionales. Con un trocito de hueso deben cubrir el devenir de la humanidad a lo largo de milenios; de una docena de piedras talladas deducen el grado de inteligencia que asistía a los hombres que las produjeron. Al poco tiempo, el hallazgo de otro trozo de hueso o de otros cantos tallados en distinto lugar, o asociados a distintos estratos, invalida las anteriores teorías. Con esto no quisiéramos desautorizar la paleoantropología ni la arqueología del hombre remoto. Es más, nos parecen ciencias muy necesarias y, sin duda, constituyen la más apasionante actividad que una persona puede

emprender sin quitarse los pantalones. Lo que pretendemos decir es que el escéptico lector hará bien en someter las etapas prehistóricas a una especie de cuarentena hasta que el asunto se aclare. Esto atañe también, naturalmente, a la prehistoria de nuestra Península, tan proclive a modas y oscilaciones. Vicens Vives, que era un gran escéptico, hizo notar que los mismos datos se interpretan de manera radicalmente distinta según el historiador sea de la escuela de Bosch Gimpera (partidario del iberismo) o de Almagro (partidario del celtismo). También es de señalar que, a menudo, los prehistoriadores se ponen al servicio de la ideología dominante. En los años cuarenta, cuando España marchaba por la senda del imperio hacia Dios, se proclamaba la existencia de un absurdo unitarismo antes de la llegada de Roma. El lector de cierta edad recordará la matraca que le dieron con las gestas de Sagunto y Numancia. Luego, transcurridas unas décadas, cuando el marxismo se puso de moda en la universidad, la historia comenzó a verse bajo el prisma de lo económico, de la plusvalía y de la lucha de clases, cuadros comparativos y grandes rimeros de cifras en gruesos apéndices, que más que libros de historia parecían informes de gestión de una entidad bancaria.

Sentadas estas advertencias, vayamos a la prehistoria (provisional) de España.

El fósil más antiguo encontrado hasta hoy en España es el fragmento de cráneo fosilizado de Orce (Granada), cuya edad se calcula entre 1,5 y 1,8 millones de años.

Hace unos novecientos mil años, varios individuos del *Homo erectus* se dejaron olvidados unos guijarros tallados en un paraje de Cádiz conocido como El Aculadero. ¿De dónde procedían? Seguramente de África. ¿En qué aventuradas pateras habían cruzado el Estrecho? ¿Qué fue de ellos? No lo sabemos. Siendo nómadas que vivían de la recolección, y, en menor medida, de la caza y de la pesca, permanecieron una temporada en El Aculadero y luego se mudaron sin dejar más rastro que aquellas herramientas, y vaya usted a saber adónde fueron a morir.

Los caníbales de Atapuerca

Los vestigios humanos más interesantes de la Península han aparecido en una zanja de veinte metros de profundidad, excavada en la sierra de Atapuerca (Burgos) a finales del siglo XIX para abrir paso al ferrocarril. Son los restos de una antigua comunidad, bautizada como *Homo antecessor*, o sea, «explorador», que habitó aquellos parajes hace un millón de años. El grupo mejor representado de estos individuos viviría hacia la mitad del pleistoceno medio (entre setecientos ochenta mil y ciento veinte mil años antes de nuestra era). Todavía faltaban unos cientos de miles de años para que apareciera el hombre de Neandertal en Europa, pero los *Homo antecessor* de Atapuerca ya lo anunciaban. Eran más bien bajitos, desconocían el fuego, vivían de la recolección de plantas y frutos comestibles y, después de comer, se escarbaban los dientes con un palito, o no lavaban las verduras (dos posibles explicaciones, no necesariamente excluyentes, de las rayadas que revela al microscopio el esmalte de sus dientes).

Los individuos de Atapuerca arrastraban una vida miserable. Vivían de las sobras de otros carroñeros más remilgados, es decir de lo que despreciaban las hienas. En su vecindad había ciervos y caballos, pero también, esto les gustaría menos, leones. Eran gente muy aprovechada, que, en la procura de las necesarias proteínas, no dudaban en comerse a sus propios difuntos. El examen de los dientes revela, además, «carencias alimenticias y problemas de desarrollo». Este dato suministra un firme soporte científico a nuestra teoría del hambre secular inscrita en el código genético del *Homo hispanicus*, que lo lleva a devorar las viandas a su alcance, como un saqueador, en bautizos, comuniones, bodas, fiestas patronales, Semana Santa, Navidad y cualquier otra celebración o acontecimiento social en que se sirva comida de balde o haya barra libre.

A las hambres arriba consignadas suceden el derroche, el rumbo y el despilfarro. Imaginemos ahora la paramera soriana hace unos doscientos cincuenta mil años: una herbosa sabana recorrida de ríos y parcheada de zonas encharcadas, a las que acudían, en su migración estacional, numerosas manadas de elefantes. Los suculentos solomillos de probóscide atraían cuadrillas itinerantes de cazadores *Homo sapiens* a un lugar conocido como Loma de los Huesos, entre los pueblecitos sorianos de Torralba y Ambrona.

Otros cazaderos similares se han detectado en las terrazas fluviales del Jarama y en el Tajo.

En Loma de los Huesos, los arqueólogos han encontrado grandes cantidades de huesos de paquidermos, algunos de ellos machacados para extraer la sabrosa médula. Los cazadores que produjeron esta basura orgánica conocían el fuego y eran excelentes tramperos, capaces de conducir a sus presas, sin respetar inmaduros, a pozos y zanjas disimulados, donde las remataban y descuartizaban con instrumentos de sílex y de hueso. A veces, cazaban docenas de elefantes en una jornada, y la mayor parte de la carne se desaprovechaba o quedaba para las alimañas, puesto que cada grupo de caza no excedería de unas docenas de individuos.

¿Somos los actuales españoles biznietos de la familia de Atapuerca y de los cazadores de Loma de los Huesos? Sobre esto, hay encontradas opiniones. Por otra parte, los genetistas escrutadores del ADN placentario han proclamado que descendemos de un único antepasado femenino, una mujer africana a la que llaman *Eva mitocondrial*, que vivió hace doscientos mil años y cuyos descendientes se habrían extendido por todo el planeta, en sucesivas oleadas migratorias, desde hace unos ciento cincuenta mil años, sustituyendo a las especies existentes de *Homo sapiens*.

Eso es lo que hay. La ciencia está en mantillas y tiene mucho camino por delante. Ya veremos en qué acaba la cosa.

El hombre de Neandertal

Uno de los primeros pobladores de Europa y de Oriente Medio fue el hombre de Neandertal, hace unos cien mil años. Su origen no está muy claro. Algunos opinan que es una especie de híbrido, entre el *erectus* y el *sapiens*. El caso es que las dos especies, el *sapiens* y el Neandertal, coexistieron durante un tiempo, hasta que el Neandertal, más torpón, se extinguió hace cuarenta mil años, quizá algunos menos. A uno de estos tipos pertenecía el famoso cráneo hallado en Gibraltar en 1848.

El Neandertal era un cachas: esqueleto robusto, hombros anchos, tórax poderoso, admirables bíceps..., pero guapo no era, para qué nos vamos a engañar. Tenía una mandíbula enorme, desprovista de mentón, y una especie de visera ósea encima de las cejas, y la frente escasita y tirando a plana, lo que no quiere decir que fuera tonto. Su cerebro era parecido al nuestro, e incluso algo mayor (lo que causa cierta perplejidad).

A pesar de su aspecto de portero de discoteca, el Neandertal era un sujeto de reposadas costumbres, que cualquier madre hubiese aceptado como yerno: sepultaba a sus muertos, cuidaba a sus enfermos y fabricaba con esmero herramientas de piedra. Lo malo es que no le hacía ascos a nada y también, cuando se terciaba, practicaba el canibalismo.

El hombre de Cromañón

El hombre actual apareció hace unos treinta y cinco mil años como subespecie del *Homo sapiens*. Es el denominado, reduplicando adjetivo con evidente e innecesaria redundancia, *Homo sapiens sapiens*.

El *sapiens sapiens*, que sustituyó en Europa al hombre de Neandertal, se conoce como hombre de Cromañón. Durante un tiempo, las dos especies coexistieron.

El Cromañón inventó una lanza que arrojaba a gran distancia con ayuda de un propulsor (la azagaya) y, más adelante, el arco y las flechas, así como el anzuelo y el arpón. Con ello se erigió en verdadero rey de la creación y pudo cazar eficazmente y defenderse de las fieras. También desarrolló el cincel, un instrumento básico para progresar en el tallado de hojas, cuchillos y puntas, con los que pudo trabajar delicadamente objetos de hueso, asta y, presumiblemente, madera.

El hombre de Cromañón, físicamente más débil que su vecino el Neandertal, pero más inteligente, no dejó de prosperar mientras el Neandertal decaía y desaparecía. Algunos autores sugieren que el débil listo acabó con el fuerte torpe. ¿Un genocidio? ¿Absorción por mestizaje? En tanto no aparezcan

pruebas concluyentes que demuestren otra cosa, el escéptico lector puede pensar que el Neandertal se extinguió a causa de sus propias desventajas biológicas.

Esto es lo que sabemos, por ahora, del origen del hombre. No obstante, todas estas teorías son provisionales, dado que se basan en información fragmentaria y escasa. El paleontólogo está siempre expuesto a que cualquier huesecillo encontrado por unos excursionistas provoque una conmoción en el cotarro científico y eche por tierra sus pacientes e imaginativas hipótesis.

Los sapiens sapiens en España

Hace como treinta mil años, cuando la edad del hielo tocaba a su fin, grupos más o menos numerosos de cazadores *sapiens sapiens* se instalaron en la Península. Unos pertenecían a la familia del hombre de Cromañón, que parece haber dejado sus trazas raciales en la fisonomía de algunos vascos y canarios. Otros, pertenecientes a la variedad Combe-Capelle, se establecieron en la zona mediterránea y pudieron originar la fisonomía levantina.

Una de las pocas cosas seguras que sabemos de aquellos primitivos habitantes del solar hispano es que vivían en abrigos naturales, es decir, en cuevas abiertas; que eran buenos cazadores, que fabricaban gran cantidad de instrumentos de hueso y asta, azagayas, arpones, agujas (lo que demuestra que ya cosían, seguramente pieles), que decoraban cuevas y abrigos con pinturas y que albergaban preocupaciones religiosas. El enterramiento de uno de ellos, descubierto en la cueva Morín, a unos diecisiete kilómetros de Santander, prueba que esperaban otra vida después de la muerte. Hace veinticinco mil años, sepultaron allí a un difunto, después de cortarle los pies y la cabeza, y le colocaron como ajuar funerario un cervatillo, un costillar y un cuenco lleno de pintura ocre. ¿Para que pudiera comer y adornarse en la otra vida? ¿Le mutilaron los pies para impedir que regresara? ¿Le mutilaron la cabeza para venerarla en casa, de la misma manera que todavía, en zonas rurales de España, se venera el siniestro retrato de los abuelos hace largo tiempo

fallecidos que preside el comedor?

El secular retraso español respecto a Europa se remonta a las primeras manifestaciones artísticas. En las cuevas francesas han aparecido vulvas, es decir, coños, tallados hace treinta y cinco mil años. Las de nuestra cueva del Castillo, en Cantabria, tienen sólo unos diecisiete mil años. Cuando las dibujaron, la vulva estaba ya casi pasada de moda en Europa y lo que más se estilaba era la señora entera, lo más jamona posible, esas figurillas de opulentas formas, de pingües nalgas y voluminosas tetas, imaginativamente llamadas *venus*. ¿Eran los hombres de Cromañón obsesos sexuales? ¿Eran erotómanos? Probablemente, ni una cosa ni otra; lo más seguro es que las venus fueran fetiches propiciadores de fecundidad. Se estuvieron produciendo hasta hace unos doce mil años, aunque ya en los últimos milenios el personal se aficionó más a la pintura mural, esas representaciones de mamuts, caballos, ciervos y bisontes de las cuevas de la región cantábrica y de la Francia meridional. ¿Qué sentido tenían, aparte del placer de hacerlas y el de contemplarlas? ¿Magia simpática? ¿Atraer la caza? ¿Favorecer la fecundidad de los animales?

Quizá la fecundidad. Esa función parece tener la danza fálica dibujada en el abrigo de Cogull (Lérida): un grupo de comadres en maxifalda que no quita ojo a un varón espléndidamente dotado. Por cierto, un notable antecedente de los *strip-tense* masculinos hoy tan en boga.

Hace unos diez mil años empezaron a derretirse los hielos que cubrían buena parte de Europa y Asia, y el clima se suavizó. La fauna mayor (bisontes, renos, focas, etcétera) emigró hacia el norte en busca de tierras más frías. Las tribus de cazadores se vieron obligadas a seguir a los animales o a adaptarse al nuevo ecosistema. Para los que optaron por quedarse, comida no faltaba, que todavía triscaban por esos cerros especies tan sabrosas como el jabalí y la cabra. Favorecidas por el clima más suave y por el progreso técnico, las comunidades humanas crecieron, y con ellas, ¡ay!, inevitablemente, los conflictos. Las armas de caza, cada vez más certeras y letales, equipadas con puntas de piedra delicadamente talladas y aguzadas, se emplearon también en la guerra. En una cueva de Barranco de Gasulla, en Castellón, asistimos a una escaramuza: dos grupos de arqueros se acribillan a flechazos, disparándose casi a quemarropa.

Pronto comenzaron a escasear los animales mayores que no habían emigrado, particularmente los bisontes. Entonces, los cazadores tuvieron que perseguir especies más pequeñas y huidizas. En las costas de Portugal y Galicia, surgieron mariscadores, que han dejado enormes depósitos de conchas (*concheiros*). Tampoco les hacían ascos a los caracoles y a las lapas, quizá ni siquiera a las babosas. Ganar la proteína diaria se ponía cada día más difícil. Había que aguzar el ingenio.

Entonces, la humanidad dio un gigantesco paso hacia adelante al domesticar ciertos animales y plantas, es decir, inventó la ganadería y la agricultura. Es lo que se ha llamado la *revolución neolítica*.

Capítulo 4

La revolución neolítica

Los *sapiens sapiens* que habitaban las cuencas del Tigris y el Éufrates y las riberas mediterráneas de Siria, Líbano e Israel vivían felizmente de la caza y la recolección. De pronto, hace unos diez mil años, los cambios climáticos alteraron profundamente el ecosistema de su zona y los dejaron tan desprovistos de recursos que no tuvieron más remedio que inventar la agricultura y la ganadería para no morir de hambre. Lógicamente, echaron mano de las especies autóctonas que se dejaron cultivar o domesticar, es decir, la escanda (una humilde variedad de trigo), la cebada, la oveja y la cabra. Con el tiempo, estas especies propias de aquella zona fueron adoptadas en todo el mundo, y todavía seguimos viviendo principalmente de ellas. Y del cerdo, claro.

La revolución neolítica aparejó también grandes innovaciones técnicas. A los instrumentos de hueso, asta y piedra se incorporaron los de barro con la aparición de la cerámica, muy tosca, sin torno.

En la península Ibérica la técnica del cultivo y la domesticación se divulgó entre los años 5000 y 3000 (aproximadamente, aunque en Levante hay vestigios de cultivos desde el 7000). Se domesticaron el perro, el cerdo, la oveja, la cabra y, acaso, el caballo; se dejaron cultivar la cebada, el trigo, la esprilla, la escanda e incluso el olivo. Unos diminutos huesos de aceituna de

acebuche hallados en la cueva de Nerja (Málaga) parecen testimoniar el interés que despertaba el benéfico olivo.

El neolítico comportó un importante cambio de mentalidad.

El campesino tiene que establecerse permanentemente en la vecindad del campo de cultivo para cuidarlo, tiene que ser previsor y reservar parte de la cosecha del año para que sirva de simiente al siguiente. Con ello nació también el sentido de la propiedad de la tierra y el sentimiento de pertenencia a ella. Ya se ven asomar las orejas del nacionalismo y la guerra.

A la economía de subsistencia, propia de los cazadores recolectores, sucedió otra de producción, lo que acarreó la necesidad de dividir el trabajo. Nació también el germen de la ciudad en aquellos poblados permanentes, a cuyos cementerios los arqueólogos denominan necrópolis para que no los tomen por saqueadores de tumbas.

Al ciudadano se le complicó la vida: los nómadas se hicieron sedentarios, tuvieron que planear el trabajo, sembrar en la estación adecuada, segar cuando tocara, pero, a cambio, si la cosecha o el rebaño no se torcían, no pasaban hambre en invierno. Incluso se produjeron excedentes, que juiciosamente administrados generaron plusvalía. Y donde hay plusvalía, hay pobres y ricos, hay poder político, hay contribuyentes y hay recaudadores, hay intereses supranacionales y hay líos. No parece casual que la hoz se inventara en este tiempo. Era de madera, con el filo de lascas de pedernal afiladas. El martillo se había inventado en la etapa anterior, pero los arqueólogos, siempre tan finos, lo llaman percutor.

Los metales

Durante decenas de miles de años, la humanidad se las había ingeniado para subsistir sin otro utensilio que unos toscos instrumentos de piedra o hueso. Los hombres primitivos entendían de piedras un rato largo. Había algunas variedades que se habían ganado la consideración de preciosas por su rareza, por sus bellos colores o por sus hermosas texturas. Por ejemplo, el

oro, una piedra inalterable y maleable, que aparecía en forma de pepitas en las arenas de los ríos, brillante como si llevara dentro al mismo sol. O la plata nativa, que aparecía en brillantes filones en Riotinto y Almería. O la azurita, de intenso azul; o la bellísima malaquita, verde brillante, con la que se fabricaban cuentas de collar y polvo cosmético.

Los filones de malaquita aparecían a menudo en los crestones de cuarzo o cuarcita y había que arrancarlos con ayuda de pesados martillos de granito. Hace unos cinco mil años, los mineros descubrieron que la malaquita arrojada a una hoguera se transformaba en una especie de pasta brillante, que, al enfriarse, resultaba ser un nuevo y desconocido elemento, con el que se podían fabricar adornos y objetos más afilados y resistentes que los de piedra o hueso.

Se había descubierto la metalurgia del cobre. La humanidad entraba en una nueva era, la de los metales. En seguida surgieron los herreros, una especie de brujos que sabían extraer metales, fundirlos y fabricar objetos. No obstante, la revolución técnica y su repercusión en los sistemas de producción se hizo esperar porque el metal era escaso y lo usaban para fabricar pequeños adornos en lugar de herramientas útiles. Solamente cuando progresó la minería y aumentaron las reservas metalíferas se abarató lo suficiente como para que compensara emplearlo en cuchillos, azadas y otras herramientas (que se revelaron, huelga decirlo, infinitamente superiores a las de piedra).

El cobre comenzó a fabricarse en España a principios del tercer milenio a. J. C. Un milenio después, vendría el bronce y, finalmente, el hierro.

La mina prehistórica española mejor conocida es la de Can Tintoré, en Gavá, Barcelona, que fue explotada durante el tercer milenio. En su compleja red de galerías y pozos se han encontrado picos, mazas y cinceles de piedra. No era una mina de metales, sino de piedras consideradas preciosas, principalmente variscita, de color verde muy intenso, y lidita, un cuarzo oscuro. Se usaban para fabricar cuentas de collar, con los que a menudo enterraban a los muertos.

Durante la llamada edad del cobre, la agricultura progresó considerablemente. Además de cereales se cultivaron la vid y el trigo, lo que ya prefigura la sanísima dieta tradicional ibérica, a la que cabe añadir, naturalmente, el españolísimo cerdo, tan rico en colesterol. El animal era,

lógicamente, criado con bellota, pues la encina señoreaba entonces el paisaje patrio, y los recios iberos también panificaban la harina de bellota. Además, se cultivaban el lino y otras plantas textiles. El descubrimiento de pesas de telar prueba que ya existían los tejidos.

La población creció en aldeas al aire libre, emplazadas a las orillas de los ríos, en los ubérrimos valles y también en torno a los yacimientos de cobre. Los poblados fortificados más antiguos de Europa están en Los Millares (Almería) y Vila Nova de Sao Pedro (Portugal), guardados por complejas murallas. La guerra es una presencia constante porque el cobre no sólo sirve para fabricar agujas, cuchillos, brazaletes y utensilios, sino también armas mortíferas.

Los megalitos

La vida en poblados favoreció la aparición de una sociedad más compleja. Algunos individuos más despabilados que otros consiguieron hacerse con los excedentes de producción y se erigieron en régulos o jefes; también los podríamos llamar caciques, o caudillos, o padrinos, incluso capos. Una sociedad que hasta entonces presentaba una clase única, la de los pobres, se fue diversificando en pobres y ricos, con los imaginables grados intermedios de riquillo y pobre con posibles. Los verdaderamente ricos adquirieron armas y contrataron guardaespaldas, lo que los convirtió en más poderosos todavía frente a sus conciudadanos pobres. El pobre no tuvo más remedio que hacerse cliente de algún poderoso, es decir, obedecerlo y satisfacer su exigencia en diezmos o tributos a cambio de su protección.

Con el tiempo, las fórmulas de clientela evolucionaron hasta llegar a la *devotio* ibérica, tan admirada por los autores grecolatinos: el guerrero contraía la obligación de suicidarse si su jefe perecía en combate. El régulo, que comienza de matón de barrio, cuando el tiempo y el dinero lo pulen, da en fundador de una monarquía hereditaria convenientemente legitimada por el brujo o sacerdote de la tribu, el gran embaucador capaz de convencer a la

comunidad de que la institución se funda en el derecho divino. La mitología nos transmite noticias de tres grandes reyes: Gárgoris, Habis y Gerión. Leemos en Justino (XLIV, 3, 1 ss.):

«En las serranías de los tartesios (luego veremos que esto debe caer por sierra Morena) habitaban los curetes, cuyo antiquísimo *rey* Gárgoris inventó el uso de la miel. Avergonzado de la deshonra de su hija, que había parido un nieto ilegítimo, procuró suprimirlo». El niño se llamaba Habis. Su abuelo lo intentó todo para quitárselo de encima: lo abandonó a la intemperie, lo dejó en un sendero pecuario para que lo pisara el ganado, lo arrojó sucesivamente a perros hambrientos, a cerdos glotones y al mar. Todo en vano. El coriáceo mamoncete no sólo sobrevivía a todos los peligros, sino que, además, era alimentado por los animales salvajes y, como no le hacía ascos a ninguna leche, ya fuera de loba, de cierva, de vaca, de perra o de cerda, se estaba criando con lustre envidiable. Al final, el abuelo se dio por vencido y, reconociendo la intervención de los dioses en la milagrosa supervivencia del niño, lo llamó a su lado y lo proclamó heredero.

Habis creció en edad y sabiduría, y fue un héroe civilizador, que promulgó leyes y enseñó a uncir los bueyes y a sembrar en surco.

Por cierto, el mito del abandono, de la crianza por fieras y de la sabiduría del gobernante se repite en otros grandes fundadores de la antigüedad: Rómulo y Remo, Ciro y Moisés.

Veamos ahora la historia de Gerión. Según los textos antiguos, este rey extendía sus dominios en la otra parte de Hispania, formada por islas, es decir, el litoral gaditano y las marismas del Guadalquivir, entonces un laberinto de islas, penínsulas y esteros. Gerión había nacido cerca de las fuentes del Guadalquivir, en un abrigo rocoso, lo que parece aludir a uno de los santuarios prehistóricos de sierra Morena, quizá al Collado de los jardines, junto a Despeñaperros, como indica Blanco Freijeiro. Era Gerión un gigante de tres cuerpos. Con aquel físico singular, se podía haber ganado cómodamente la vida en un circo, pero escogió el sosegado ejercicio de apacentar bueyes en las marismas. Hércules lo mató para robarle el rebaño.

Las crecientes diferencias sociales se reflejan en los rituales de enterramiento. Sí, ya entonces había entierros de primera, de segunda y hasta de tercera. Mientras algunos individuos no tenían dónde caerse muertos, otros

se hacían sepultar en dólmenes megalíticos (de las palabras griegas *mega*, «grande», y *litos*, «piedra», y de la bretona *dolmen*, «mesa»).

Los dólmenes eran tumbas colectivas, posiblemente municipales o comarcales más que familiares. Suelen constar de una cámara central precedida de una especie de corredor adintelado, todo ello sepultado bajo un túmulo artificial. De su mera presencia deducen los historiadores la existencia de una autoridad central, el régulo o reyezuelo de la comarca, capaz de allegar el dinero y los obreros que requiere una obra tan costosa e improductiva. El pretexto era religioso, pero en el fondo se trataba de demostrar el poderío del constructor y de perpetuar su memoria, lo mismo que en el caso de las pirámides, el panteón de El Escorial, el Valle de los Caídos, etcétera.

El más hermoso dolmen español es la cueva de Menga, en Antequera, una gran nave formada por enormes losas de piedra caliza. En la parte más ancha, las piedras que componen el techo están sostenidas por tres pilastras centrales. Cuando los estudiosos la descubrieron, en 1905, la cueva no contenía ya ningún enterramiento, pues hacía siglos que servía de vivienda. Su nombre actual, Menga, procede de una leprosa llamada Dominga, que fue uno de los últimos inquilinos.

En la necrópolis de Los Millares se han descubierto unas setenta tumbas megalíticas de corredor, cubiertas por sendos túmulos de tierra. En sus ajuares destacan numerosas plaquitas con la imagen del ídolo, lejano antecedente de las medallas que hoy acompañan a muchos creyentes en la vida y en la muerte.

En este tercer milenio antes de nuestra era aparece también por el solar hispano el vaso campaniforme, es decir, la vasija en forma de campana, más bien de tulipán, «muy apta para beber cerveza». (Blanco Freijeiro), cuyo origen, según algunos, es oriental. Su intensa difusión demuestra que ya había una cierta comunicación entre los hombres y los pueblos, no sólo de España, sino también de Europa.

La edad del bronce

En el segundo milenio a. J. C., la península Ibérica era un cajón de sastre, en el que coexistían distintas comunidades, unas más adelantadas que otras. La gran novedad fue la aparición de un invento revolucionario: el bronce, un metal mucho más fuerte que el cobre.

La fórmula secreta —fundir cobre y estaño en proporción uno a nueve— se comenzó a difundir más o menos hacia el —1200, primero por las costas del sur, más tarde por el centro y el norte.

En las zonas ricas en metales (Almería, Jaén, el Algarve...), surgieron potentes comunidades metalúrgicas y una floreciente industria de instrumentos, armas y joyas (porque también trabajaban la plata y el oro).

El yacimiento de El Algar, en Almería, da la pauta del nuevo período. Muchos individuos se hacían sepultar con rico ajuar de puñales y armas. En esto, y en las rudimentarias murallas que rodean los poblados, se puede ver la importancia que adquirió la guerra en las sociedades metalúrgicas. Además, el poblado se construía en un cerro amesetado, de fácil defensa, bañado por un río que asegurara el suministro del agua y el riego para las huertas. Desde el cerro, se vigilaban las tierras de labor, las sementeras de cereal, los caminos y los pastizales.

Los habitantes del poblado argárico vestían prendas de lana, de lino y de piel, y se adornaban con anillos, collares y brazaletes de cobre y plata, y más raramente de oro. Guardaban el grano en recipientes cerámicos y lo trituraban en rudimentarios molinos de piedra a la puerta de sus chozas. Eran hábiles artesanos del metal y el barro. Muchos sucumbían al culto de la apariencia, y si no podían costearse los recipientes metálicos, procuraban imitarlos en cerámica bruñida y lisa, sin adornos.

Una moda oriental determinó un cambio sustancial de las costumbres funerarias. Se abandonaron los grandes panteones colectivos del período megalítico por otros individuales, mucho más modestos, en cajitas de piedra (cistas).

La cultura argárica irradió en la zona de Levante, entre Murcia y Málaga. Historiadores y arqueólogos señalan hasta una docena de variedades regionales de la cultura del bronce (Galicia y norte de Portugal; sur de Portugal; Castilla la Vieja; Cataluña y Aragón; Levante...), quién sabe si dejándose influir algo por la división política de nuestros pecadores días, con

tanta nacionalidad, diputación y autonomía.

En el *ranking* ibérico, las regiones mineras eran las privilegiadas; detrás venían las agrícolas y, a continuación, las ganaderas, que vivían del pastoreo de ovejas y cabras. El bronce llegaba a todas, llevado por infatigables buhoneros, que iban de un lado a otro con sus cacharros, por precarios caminos, entre el inmenso encinar.

La edad del hierro

Hacia el 800 aparece en España el hierro, un metal nuevo y más fuerte que el bronce. La posesión de armas de hierro, restringida al principio a la casta guerrera, acentuó aún más la diferenciación social.

En este tiempo, comenzaron a visitar la Península gentes de fuera: por los pasos del Pirineo catalán, entraban grupos venidos de Europa; fenicios y griegos desembarcaban en las costas mediterráneas.

Los que accedían por el norte eran indoeuropeos de raza celta, que según avanzaban por Cataluña, Aragón, Navarra y la meseta iban dejando sus características necrópolis o campos de urnas (en las que enterraban las cenizas de sus difuntos). En el cerro de la Cruz, en Cortes de Navarra, se ha excavado una aldea construida por estas gentes. A diferencia de las chozas circulares, anárquicamente dispuestas, de los poblados y castros indígenas, los celtas construyen cabañas rectangulares adosadas, con las que forman calles rectas. Las viviendas del poblado del cerro de la Cruz constan de tres estancias: vestíbulo, despensa y salón, con el lar para el fuego, donde se cocinaba. Las casas eran de adobe sobre zócalo de piedra, y la techumbre, de ramas y barro, e inclinada hacia la fachada. Otra gran innovación de los pueblos de los campos de urnas fue probablemente el arado tirado por animales. Ya ve el escéptico lector: Europa aporta la urbanización y la mecanización. ¡Que inventen ellos!

Capítulo 5

Tartessos y las colonias

«Por voluntad de los dioses, una tempestad arrastró una nave de Samos que se dirigía a Egipto y la llevó a Tartessos, más allá de las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar). Como aquel mercado estaba todavía intacto, los de la nave obtuvieron fabulosas ganancias...».

Así cuenta Heródoto el descubrimiento de Tartessos por los griegos, por casualidad o por voluntad de los dioses. «Aquel mercado todavía estaba intacto», dice. Lo llama *mercado* y asegura que sus descubridores regresaron con ganancias nunca vistas. Para los griegos, Tartessos era El Dorado, Jauja, la tierra de los metales, de la plata, del oro y del estaño, el país donde ataban los perros con longaniza.

Para comprender cabalmente el mito de Tartessos será mejor que nos traslademos a las lejanas tierras de Oriente Medio. Por aquellos pedregales y desiertos discurrían el Tigris, el Éufrates y el Nilo, tres caudalosos ríos, cuyas crecidas anuales inundaban los llanos; al retirarse el agua, quedaban cubiertos de un limo espeso, un excelente fertilizante sobre el que se criaban estupendas cosechas de cereal y hortalizas.

Vistas sobre el mapa, las tres cuencas fluviales dibujan una media luna, el Creciente Fértil. Pues bien, en este Creciente Fértil florecieron, a partir de la revolución neolítica, una serie de Estados que son la cuna de nuestra

civilización: Sumer, Babilonia, Akad, Asiria, Persia, Israel, Fenicia y Egipto.

Hoy día, el progreso industrial de un país es directamente proporcional a su consumo de petróleo, pero los países más avanzados son deficitarios en petróleo y se ven obligados a importarlo de los productores, principalmente de los países de Oriente Medio. En la antigüedad, ocurría algo parecido. El subsuelo de los países desarrollados, que eran los del Creciente Fértil, era pobre en metales. Había que importar el estaño, la plata, el oro, el cobre, que constituían el motor del progreso.

Había otro país en el Creciente Fértil, Fenicia, que no disponía de cuenca fluvial alguna en la que criar ubérrimas cosechas. Sus ríos eran mezquinos, y la franja costera donde se asentaba estaba aislada del continente por una cadena de montañas. Los fenicios, «el pueblo botado al mar por su geografía» (Heródoto), sólo disponían de los espléndidos bosques de cedros y del mar, pero también de la astucia y el sentido común necesarios para advertir que estaban predestinados a la construcción naval y al comercio marítimo. Su pericia marinera era proverbial. Baste decir que, hacia el año 600, una expedición exploratoria fenicia financiada por el faraón Neco II dio la vuelta a África partiendo del mar Rojo, para regresar, tres años después, por el estrecho de Gibraltar: una hazaña en la cual invertirían todo un siglo las carabelas portuguesas dos mil años después, en la época de Colón.

Los fenicios poseían la flota y el conocimiento del ancho mundo, con sus mercados y sus minas. Por lo tanto, se convirtieron en suministradores de metales de los países ricos de la zona, todos ellos de interior y nada inclinados a las aventuras marítimas. Además, siempre atentos a la mejora del negocio, los fenicios legaron a la humanidad dos inventos fundamentales: el dinero y el alfabeto, tan necesarios para las transacciones y la correspondencia comercial. Por cierto, estas letras en que yo escribo y usted lee, el alfabeto latino, son las mismas que inventaron los fenicios hace tres mil años (si acaso, algo alteradas ya, después de pasar por los griegos, por los etruscos y por el ordenador).

En Fenicia el comercio lo determinaba todo, incluso el sistema político. En una región en la que todos los países estaban gobernados por reyes divinizados y despóticos, los fenicios constituían una federación de ciudades que eran, más bien, grupos de empresas. El verdadero gobierno de cada

ciudad estaba en manos de una oligarquía financiera, la asamblea de ancianos, una especie de consejo de administración, aunque, por cuestiones de protocolo, existía también una dinastía real representada por la familia más poderosa. Los fenicios no tenían ejército. En caso necesario, contrataban mercenarios. De todos modos, sus ciudades estaban defendidas por el mar, porque las asentaban sobre islas próximas a la costa (Tiro, Arados) o sobre penínsulas de estrechos istmos (Biblos, Sidón, Beritos [hoy Beirut]).

Los marinos fenicios practicaban una navegación de cabotaje, sin perder de vista la costa, y procuraban establecer colonias y factorías distantes entre sí un día de navegación. Una de estas colonias fue Cartago, en la actual Túnez, que crecería hasta convertirse en una gran potencia mundial, rival de la propia Roma, como veremos en seguida.

El mayor suministrador de materias primas de los fenicios era el legendario reino de Tartessos, que se extendía por el Levante y el sur de España. Allí había de todo en gran abundancia. Filones de plata (en Huelva, sierra Morena y Cartagena); minas de cobre (en Huelva); vetas de estaño (en sierra Morena, aunque, cuando creció la demanda, hubo que traerlo también de Galicia y de las islas Casitérides, las del estaño, es decir, las Británicas). El comercio de los metales se complementaba con el de otros productos igualmente valiosos: pieles, esclavos y esparto.

Apurando el símil petrolero, podríamos equiparar a la aristocracia de Tartessos con los nuevos ricos de los países del petróleo, esos jeques que no saben ya en qué gastar sus prodigiosos ingresos y que, en el espacio de una generación, han pasado de la vida frugal e incómoda en una jaima a la ostentación de palacios; los que se han apeado del apestoso y bamboleante camello para repantigarse en fabulosos automóviles y matar el tiempo en cruceros de placer a bordo de magníficos yates. Estos patanes encumbrados por el azar de la historia constituyen la réplica lejana de los aristócratas tartesios, que posiblemente habitaban en viviendas modestas, poco más que chozas, pero perdían la cabeza por los adornos lujosos y atesoraban kilos de preciosas joyas de recargado diseño (petos, collares, brazaletes, pendientes...) y se hacían importar lujosas vajillas orientales (jarros cincelados, páteras, objetos exóticos, adornos de marfil) desde los mejores talleres chipriotas. Como un Taiwan de la época, Fenicia comerciaba en

objetos pequeños y valiosos, producidos en serie y fáciles de transportar: tejidos, joyas, perfumes, adornos, amuletos, vajilla, figuritas de marfil, huevos de avestruz y otra pacotilla. Con estos productos, inundaron los mercados allá donde encontraron metales con los que comerciar. No intentaban ser originales, ni les importaba armonizar los más dispares estilos, creando una especie de *kitsch* que debió de ser muy apreciado por sus clientelas indígenas. Se limitaban a fabricar aceptables imitaciones de todo producto griego, mesopotámico, egipcio o de Asia Menor que se vendiera bien. Por eso, sus producciones son de difícil clasificación y causan quebraderos de cabeza en los museos. También comerciaban, me temo, con objetos robados. En Almuñécar se han descubierto urnas egipcias de alabastro procedentes de una tumba en el valle del Nilo. En la antigüedad existía un activo comercio de objetos de lujo egipcios robados en las tumbas. Y es que el personal, cuando ventea negocio, no respeta nada.

Fenicios en España

Entre el año 1000 y el 600, año arriba, año abajo, los fenicios fundaron algunas colonias en las costas andaluzas (Gades, Malaka, Sexi, Abdera; es decir: Cádiz, Málaga, Almuñécar, Adra en Almería) y una serie de factorías o fábricas, cuya lista se va ampliando a medida que progresan los hallazgos arqueológicos (Aljaraque, Toscanos, Morro de las Mezquitillas, Guadalhorce...). Eran pequeños poblados situados junto a la desembocadura de los ríos para cumplir la triple función de atracadero y base de buques cargueros, de fábrica de algunos productos y de centro de almacenamiento y de distribución.

Los fenicios no explotaban directamente las minas. Suministraban a los jefes indígenas la tecnología necesaria y, luego, monopolizaban el comercio del metal extraído. El interlocutor indígena que aparece en los textos relativos a España es Tartessos.

¿Qué era Tartessos? Probablemente un reino de imprecisos límites,

sucesor de las culturas megalítica y argárica florecidas en la zona. Uno de los reyes de Tartessos, Argantonio (¿670? al ¿-550?), es mencionado elogiosamente por los griegos como prototipo de monarca rico, feliz, pacífico y longevo.

Después de brillar durante siglos, de pronto, en el espacio de muy pocos años, Tartessos desapareció del mapa. ¿Qué había sucedido?

Algunos autores sugieren que pudieron arrasarlo los propios fenicios cuando descubrieron que andaba en tratos con los griegos. ¿Acaso pretendía librarse del abusivo monopolio fenicio? Esta explicación se puso de moda hace un siglo, cuando Oswald Spengler formuló su teoría de la catástrofe como causa de la decadencia de los imperios. El caso de Troya, arrasada por los griegos, o de la talasocracia cretense, supuestamente destruida por un maremoto, parecían suficiente probanza. ¿Por qué no pensar que el repentino ocaso de Tartessos se debió a su destrucción por los fenicios o por los primos de éstos, los cartagineses?

Hoy se acepta una explicación menos dramática: Tartessos se esfumó porque se quedó sin mercados. Así de sencillo. El año 573 los asirios conquistaron Tiro, la ciudad fenicia de la que dependía casi todo el comercio tartésico, y las delicadas vías comerciales de la ciudad se desconcertaron.

El hueco dejado por Tiro lo ocuparon en seguida los avispados griegos foceos que llevaban siglos intentando arrebatarse a los fenicios el comercio de los metales. El Fértil Creciente no podía quedar privado de sus suministros de estaño. ¿De dónde procedía casi todo el estaño? De Bretaña y las islas Británicas. Los griegos foceos se hicieron cargo de la cartera de clientes de los fenicio-tartesios y derivaron el estaño por la ruta del Ródano y Saona hacia Marsella, su gran emporio comercial.

Cuando Cartago, la sucursal africana de Tiro, logró reaccionar y tomar el relevo de los fenicios, se encontró con que los griegos se habían alzado con la parte más sustanciosa del negocio. Griegos y cartagineses llegaron a las manos en la sonada batalla naval de Alalia (-535), después de la cual establecieron sus respectivas zonas de influencia: los griegos comerciarían con el norte de la Península, y los cartagineses con Levante y el sur. El trato duró hasta que fueron expulsados por los romanos, como en su momento se verá.

Desenterrando Tartessos

En el siglo pasado y en el primer tercio del nuestro, los arqueólogos desenterraron las ciudades y los palacios de los grandes imperios de la antigüedad, con toda su riqueza y esplendor: Troya, la legendaria ciudad cantada en la *Iliada*; Tirinto, la ciudadela micénica; las tumbas faraónicas del Valle de los Reyes; Babilonia, Nínive, Persépolis..., los palacios, los zigurats y los archivos de los antiguos imperios de Mesopotamia; Cnosos y las residencias de la talasocracia cretense...

¿Y Tartessos?, ¿dónde demonios estaba Tartessos? Un alemán, Adolf Schulten, se propuso descubrir la fabulosa capital del rey Argantonio, el emporio occidental del oro y la plata. Suponía Schulten que la ciudad yacería sepultada en algún lugar cercano a la desembocadura del Guadalquivir. Entre 1923 y 1925, excavó, sin resultado, en el coto de Doñana. Al final tuvo que desistir: Tartessos había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. No había ni rastro de la ciudad ni de sus gentes. Schulten estaba tan ofuscado con las teorías difusionistas dominantes que ni siquiera advirtió la procedencia tartésica de algunos preciosos objetos que llegaban a sus manos. Creyó que eran importaciones orientales traídas por los fenicios o los cartagineses.

Tartessos no apareció porque probablemente nunca existió. Lo que los autores antiguos mencionan es un río cercano a Cádiz, un río de raíces argénteas (seguramente, el Guadalquivir, que discurre al pie de sierra Morena, rica en plata; pero también podría ser el Guadalete, o incluso el Tinto). Luego hablan de un reino y de una región llamados Tartessos, pero nunca se refieren a una ciudad. La ciudad sólo se menciona a partir de finales del siglo IV, cuando ya hacía varias generaciones que Tartessos se había extinguido.

Tartessos seguramente nunca pasó de ser una asociación de régulos o caudillos locales en torno a una dinastía algo más fuerte que representaba a la colectividad ante los fenicios. Cuando se acabó el negocio, la sociedad se disolvió, y cada cual tiró por su lado. Lo que sucedió fue un conglomerado de caudillos locales en una región llamada Turdetania, más rica, próspera y culta

que sus vecinas, porque el que tuvo, retuvo.

Capítulo 6

Falcatas y damas

Ya queda dicho que los comerciantes griegos competían con los fenicios. La verdad es que no les iban a la zaga en espíritu emprendedor y astucia, quizá porque, también ellos, procedían de una tierra pobre, montuosa y superpoblada que los echaba al mar y habían tenido que despabilarse para subsistir. Por eso, a lo largo de un milenio, los griegos extendieron sus colonias por Asia Menor (actual Turquía), por el sur de Italia (que llamaron Magna Grecia), por Sicilia y por la costa mediterránea francesa, donde fundaron Marsella.

Cuando los griegos llegaron a nuestra Península encontraron que los fenicios se les habían adelantado y ocupaban los mejores mercados, así que tuvieron que contentarse con establecer modestas bases en las costas catalanas y levantinas, en especial en el golfo de Rosas, que les caía más cerca de su emporio marsellés. Por cierto que esta palabra griega, *emporio*, que significa precisamente «mercado», es el origen del nombre de Ampurias, nuestra más famosa colonia griega.

Los griegos, ya queda dicho, aprovecharon la caída de Tiro para apoderarse de los mercados fenicios. La euforia duró poco porque los cartagineses arremetieron contra los griegos y recuperaron la herencia de sus primos tirios. La malhumorada reacción cartaginesa ha dejado elocuentes

huellas arqueológicas: en Sicilia y el Levante español se encuentran vestigios de muchos poblados griegos destruidos a finales del siglo V. En algunos casos el grueso estrato de cenizas prueba que el saqueo fue seguido de incendio.

El Mediterráneo se había convertido en un tablero de juego peligroso, lleno de guerras y rivalidades. Desde entonces, a los metales y demás productos tradicionales, la Península sumó sus mercenarios. Tanto griegos como cartagineses, y posteriormente los romanos, que se alzaron con todo el lote, alistarían en sus ejércitos a los excelentes guerreros ibéricos. Diodoro de Sicilia, historiador del siglo V, describe el sable ibero, la falcata: «Emplean una técnica peculiar en la fabricación de sus magníficas espadas: entierran trozos de hierro para que se oxiden y, luego, aprovechan sólo el núcleo mediante nueva forja. La espada corta cualquier cosa que se encuentre en su camino. No hay escudo, casco o cuerpo que resista su tajo». Acojonante.

Los iberos

Como vimos al comienzo del libro, hace dos mil quinientos años, España estaba fragmentada en un complejo mosaico de pueblos, cada uno con sus rarezas y costumbres. Los más atrasados eran los pastores celtíberos de la meseta y los celtas castreños del norte, aunque quizá no fueran tan salvajes como los pintan griegos y romanos. Por el contrario, el Levante y el sur, hasta el Algarve portugués, estaban poblados por turdetanos e iberos, ya desasnados por el prolongado trato con fenicios y griegos. Estos iberos sepultaban a sus príncipes en mausoleos tan artísticos como el de Toya (Jaén), y eran capaces de crear obras tan bellas como la Dama de Elche, fechada hacia el 475.

La famosa dama ha tenido una historia ajetreada. La descubrieron unos obreros agrícolas en La Alcudia de Elche el 4 de agosto de 1897. Casualmente (o sospechosamente, según se mire), un hispanista francés, Pierre Paris, veraneaba en casa del cuñado del dueño de la finca donde se halló la dama. El francés se prendó de la pieza y la adquirió. La dama permanecería en el Museo del Louvre hasta que Pétain la cedió a su amigo Franco para el Museo

del Prado en 1941. Recientemente un historiador americano, John Moffitt, ha señalado que la dama es una falsificación decimonónica. Excuso decir que los historiadores españoles han reaccionado como si les hubieran mentado a la madre. Y no van descaminados, porque la Dama de Elche es, en realidad, una diosa madre mediterránea, cuya idealizada divinidad no logra disimular los rasgos del modelo humano que la inspiró. El escéptico lector perdonará si dejándonos arrastrar por los sentimientos damos en creer que los rasgos de esta virgencita de pómulo alto, boca fina, mirada soñadora y griega, y gesto serio y solemnemente hierático reproducen los de alguna princesa de la ciudad ibérica de Illici, cercana a Elche. La dama es sólo un busto, pero nada cuesta imaginar que la infanta era de buena alzada, un punto caballona y corpulenta, algo escurrida de tetas, pero potente de muslos y con el pubis duro como una piedra. ¡Que siga triunfando por muchos siglos en su altar de escayola del Museo Arqueológico Nacional!

En los tiempos de la luz antigua, antes de la irrupción de los dioses pastores, solares, que impusieron los dorios y los judíos, el Mediterráneo adoraba a una diosa femenina y lunar, la de las venus paleolíticas, la Tanit fenicia, la Hera griega, la Juno romana y sus sucesoras. Este culto femenino se cristianiza y prolonga en la mariolatría. En realidad, lo único que cambia es la advocación de la diosa, porque el lugar sagrado se perpetúa. Por eso, muchos santuarios marianos actuales ocupan el lugar de antiguos santuarios precristianos, con sus fuentes, sus cuevas, sus peregrinaciones, sus curiosos ritos, sus exvotos y sus canciones a María.

Por cierto, ¿en qué lengua cantaban aquellos españoles? ¿Qué idioma vernáculo hablaban las autonomías de entonces? Por lo que se deduce de las inscripciones, la Península era una Babel de dialectos o idiomas de áspero sonido. Los lusitanos y celtíberos hablaban una lengua céltica algo distinta de la usada por sus primos del otro lado de los Pirineos, pero igualmente emparentada, aunque fuera de lejos, con el griego y el latín, por pertenecer, como ellas, al tronco indoeuropeo. Por su parte, los tartesios y los iberos levantinos hablaban extrañas lenguas preindoeuropeas. El idioma tartesio no se parece a ningún otro conocido. El ibérico es, para unos, remoto pariente del vasco y, para otros, completamente ajeno a él. Si los que lo emparentan con el vasco estuvieran en lo cierto, podríamos esperar que, con tiempo y paciencia,

alguna vez se puedan entender las relativamente abundantes inscripciones ibéricas que poseemos. El caso es que ya han sido descifradas, ya sabemos cómo suenan sus palabras, pero seguimos sin saber qué significan.

Capítulo 7

Los cartagineses

El descalabro de sus parientes de Tiro, expoliados por la soldadesca babilónica, conmocionó a los cartagineses y los escarmentó en cabeza ajena. Ellos constituían una nueva camada fenicia recriada en las ásperas tierras líbicas, más agresiva y osada. Cartago era consciente de que en un Mediterráneo disputado por nuevas potencias sólo el dominio de tierras y el mantenimiento de tropas, aunque fueran mercenarias, les garantizaban la estabilidad y el respeto de sus competidores. Además, Cartago no cesaba de buscar nuevos mercados y rutas. Mientras sus agentes divulgaban por las tabernas portuarias fantásticas leyendas sobre la existencia de monstruos marinos y de vertiginosos abismos más allá del estrecho de Gibraltar, ellos discretamente fletaban navíos en busca del oro de Guinea y el estaño de Cornualles y Bretaña. Incluso intentaron fundar, colonias estables en las costas africanas. Enviaron sesenta barcos pesados con tres mil colonos, amén de abundantes pertrechos, pero se les agotaron las provisiones a la altura de Senegal y tuvieron que regresar. No obstante, trajeron interesantes noticias de África y sus gentes: «Había muchos salvajes —escribe un testigo—, gentes de cuerpo velludo llamados *gorillai*, que huyeron de nosotros. Logramos atrapar a tres hembras, pero como se negaban a seguirnos y mordían y arañaban a los que las llevaban tuvimos que matarlas y trajimos las pieles a Cartago».

Durante dos siglos, el Mediterráneo fue escenario de cruentas batallas navales. Cartagineses y etruscos (un pueblo itálico) se aliaban para disputar a los griegos las rutas comerciales y las ricas islas de Córcega y Sicilia. En estas guerras, los cartagineses emplearon mercenarios españoles, en especial honderos baleares, los cuales, según escribe Estrabón, «alrededor de la cabeza llevan tres hondas de junco negro, de cerdas o de nervios: una larga para los tiros largos; otra corta, para los cortos, y la tercera mediana, para los intermedios. Desde niños los adiestran en el manejo de la honda y si tienen hambre tienen que acertar en la diana antes de recibir el pan».

El año 509, los cartagineses firmaron un tratado de amistad con los romanos, un oscuro pueblo itálico que estaba todavía en mantillas, como quien dice, pero ya comenzaba a destacar dentro del entorno etrusco. Los romanos no tuvieron inconveniente en aceptar el monopolio marítimo cartaginés a cambio de que Cartago no hostigara a sus aliados. La zona de influencia se establecía a partir del cabo vagamente denominado Kalon Akroterion. Más de un historiador ha descuidado sus obligaciones conyugales en cavilosas vigiliadas sobre la identificación de ese promontorio. ¿Se trata del moderno Ras sidi Ali el-Mekki, al norte de Túnez, o es el cabo de Palos o el de La Nao (Alicante)?

Hacia el año 500, los cartagineses se presentaron con sus naves de guerra cargadas de mercenarios en los antiguos mercados fenicios de Iberia, y los recuperaron sin contemplaciones, después de bajar los humos, cuando fue menester, a los caudillos y reyezuelos que habían aprovechado el eclipse fenicio para comerciar por su cuenta. Además, instalaron dos bases en sendos puntos estratégicos: la isla de Ibiza y el magnífico puerto natural de Cartagena, llamada con redundancia Cartago Nova, es decir, «la Nueva Cartago» (porque, cosa curiosa, Cartago a su vez significa *Qarthadash*, «ciudad nueva»).

Corrían tiempos difíciles. Todo el mundo quería enriquecerse con los metales. Las minas de sierra Morena se fortificaban. A lo largo de las rutas de transporte del mineral, Guadalquivir abajo, se construían recintos fortificados y torres de vigilancia. Como antaño sus abuelos tartésicos, los caudillos ibéricos locales querían sacar tajada de la riqueza que brotaba de sus tierras o simplemente viajaba por ellas. A esto se añadía, seguramente, una cierta inestabilidad social. Los arqueólogos se topan con muchas señales de guerra. Por ejemplo, en Porcuna (Jaén), el magnífico mausoleo de un reyezuelo local

fue destruido y el grupo escultórico que lo adornaba acabó hecho pedazos en el fondo de una zanja, donde durmió el sueño de los justos hasta su descubrimiento en 1975. Ahora constituye la joya del museo arqueológico de Jaén. Entre las figuras épicas que representan combates de guerreros o enfrentamientos con monstruos hay una, más civil, que retrata a un masturbador en plena acción.

Pasado un siglo, tras el ocaso de los griegos focenses y de los etruscos, las únicas superpotencias eran Cartago y Roma. En 348 acordaron repartirse el Mediterráneo. La península Ibérica quedó escindida en dos zonas de influencia: Roma se adueño del norte, y Cartago, de la región minera del sur, desde Cartagena. Como es natural, no se consultó a los indígenas.

Los cartagineses se propusieron ordenar y ordeñar la tierra que les había correspondido. A estas alturas, los recursos se iban diversificando, y España no sólo producía la plata de sierra Morena y Cartagena (y el cinabrio de Almadén, y el hierro del Moncayo). A la oferta metalífera del subsuelo, la Península añadía cuanto se criaba sobre la tierra: valiosos productos industriales (esparto y sal); una floreciente industria alimentaria (las salazones de atún, ese cerdo del mar, y las fábricas de *garum*) y hasta mercenarios celtíberos.

El *garum* merece epígrafe aparte.

El *garum*

Esta salsa española de fama internacional fue, durante siglos, imprescindible en las mesas más exigentes. Era una especie de pasta de anchoas, de consistencia casi líquida, que se elaboraba fermentando al sol, en grandes recipientes, hocicos, paladares, intestinos y gargantas de una serie de peces grandes: atún, murena, escombro y esturión (un pez que, por cierto, abundó en el Guadalquivir hasta el siglo pasado). El *garum* combinaba con todo y se añadía generosamente a platos de carne, pescado o de verdura, e incluso a la fruta, al vino o al agua. A la gente le gustaban los sabores

contundentes, lo picante, lo agridulce. De hecho, la miel y las pasas aderezaban muchos platos de carne. Podemos imaginar que para el gusto moderno, el *garum* resultaría nauseabundo. El aliento de los que lo consumían apestaba. «Si recibes una tufarada de aliento pestilente —escribe el poeta Marcial—, *ecce, garum est*».

Había muchas calidades de *garum*. El mejor, comparable al caviar iraní, era el llamado *sociorum*, que llegó a costar 180 piezas de plata el litro. El *garum* sobrevivió a la caída del Imperio romano, pero fue posteriormente desplazado por la pimienta, que todavía se mantiene como la reina de la cocina occidental, si bien amenazada por el *ketchup* y otras salsas espurias que Dios confunda.

Capítulo 8

Roma contra Cartago

Era casi inevitable. Sólo quedaban ellos en el Mediterráneo, romanos y cartagineses, pero el Mediterráneo no era suficiente para contenerlos. Sucesivos tratados comerciales no lograron atemperar el creciente antagonismo de los colosos, que desembocó, primero, en guerra fría y, después, en guerra caliente: la primera guerra púnica.

Durante veintitrés años, entre 264 y 241, romanos y cartagineses se enfrentaron por tierra y por mar. Es admirable que los romanos, pueblo de campesinos sin tradición naval, fuesen capaces de improvisar una escuadra de guerra copiando una nave enemiga que encontraron varada en una playa. Más admirable todavía es que venciesen en algunas batallas navales y que finalmente se alzaran con la victoria. Los términos de la rendición fueron severos: Cartago cedía Sicilia y Cerdeña, desarmaba su escuadra y se obligaba a satisfacer una crecida indemnización. El Mediterráneo iba camino de ser el Mare Nostrum (nuestro mar) de los romanos.

Los humillados cartagineses decidieron compensar la pérdida de sus bellas islas conquistando España. Además, de alguna parte tenían que sacar oro y plata, que necesitaban para pagar las indemnizaciones. Más les valía explotar a fondo y directamente las minas de Cartagena y sierra Morena. El prestigioso general Amílcar Barca desembarcó en Cádiz y, alternando

hábilmente la diplomacia con la guerra, consiguió dominar a los desunidos indígenas tras siete años de dura campaña. Cuando ya había vencido a los últimos resistentes peligrosos, los caudillos celtas Indortes e Istolacio, se ahogó en un río durante una escaramuza. Sus hijos Asdrúbal y Aníbal Barca proseguirían su obra.

Los Barca demostraron ser tan buenos administradores como generales. En unos años, racionalizaron la explotación de las minas, mejoraron las conserveras de pescado y optimizaron, como se dice ahora, el sector del esparto. Eran empresarios modernos, que aportaban nueva tecnología: ingenieros griegos a pie de obra diseñando nuevos aparatos y esclavos africanos picando en lo profundo de los pozos. El país se puso a producir para Cartago, y los jefes indígenas, como obtenían su rebanada de ganancias, colaboraron de buena gana.

En 226, Asdrúbal logró que los romanos accedieran a ampliar la zona de influencia cartaginesa, que apenas sobrepasaba Cartagena, hasta la línea del Ebro. De este modo, Cartagena quedó en una posición central, tan buena para dirigir los asuntos de África como los de España. El negocio marchaba viento en popa, pero cuando Asdrúbal comenzó a acuñar monedas con su efigie, los acaudalados senadores de la república de Cartago se estremecieron detrás de sus cajas registradoras: ¡parece que el general va camino de ser rey! Nunca llegó a coronarse: un esclavo lo asesinó durante una cacería, aparentemente para vengar la ejecución de su amo. ¡Vaya usted a saber!

Quedaba Aníbal, el famoso Aníbal, que a sus veintiún años ya había probado su habilidad como general y como diplomático. Él proseguiría la obra de los Barca.

Sagunto, gesta de imperio

Aníbal continuó ampliando la empresa. Alternando zanahoria y estaca, como había aprendido de su padre, sometió las tierras de Levante hasta el Ebro, donde terminaba la zona de influencia cartaginesa reconocida por Roma.

En esta campaña destruyó, después de un enconado asedio de ocho meses, la ciudad de Sagunto, hoy Murviedro (Valencia).

Roma había suscrito un tratado de amistad con Sagunto (a pesar de que estaba enclavada en territorio de influencia cartaginesa). Como era de esperar, especialmente porque se veía venir desde que la facción más belicista obtuvo la mayoría en el Senado romano, Roma declaró la guerra a Cartago.

A los lectores que peinen canas, o ni eso, les resultará muy familiar el nombre de Sagunto, y lo asociarán al de Numancia, otra ciudad cuya población prefirió suicidarse en masa antes que rendirse a los romanos en 133. Entrambas gestas fueron mitificadas en los tiempos de Franco como gloriosos monumentos de la fidelidad hispánica y de la fiereza indomable del pueblo español. Como para muestra valía un botón, sólo se promocionó la imagen fiera de esas dos poblaciones, con olvido de otras que las igualaron y hasta las superaron en heroísmo. Por ejemplo, los habitantes de Astapa, hoy Estepa, municipio sevillano famoso por sus mantecados navideños, también prefirieron destruir la ciudad y suicidarse en masa antes que rendirla a Roma. La admirable hazaña de la Numancia celtíbera, cuyos defensores llegaron a alimentarse con carne humana, fue incluso superada en Calagurris, hoy Calahorra, donde, además, salaron la carne humana para comerla en conserva.

Sea excusada la breve digresión gastronómica y regresemos ahora junto a Aníbal, al que dejamos conquistando Sagunto.

No le sorprendió al cartaginés la declaración de guerra de Roma. De hecho, los dos países llevaban años preparándose para esa guerra, porque Cartago quería la revancha y Roma estaba preocupada por el rearme de su rival y la pujanza que había alcanzado.

Roma decidió aplastar el nuevo poderío cartaginés y escogió Hispania como propicio escenario de la guerra. Italia quedaba a salvo, defendida por una potente escuadra. Pero Aníbal se les adelantó, mostrándose como uno de los mayores estrategas de todos los tiempos: en lugar de embarcar su ejército, como esperaban, lo llevó por tierra, elefantes de guerra incluidos, a través de los Alpes nevados, una hazaña impensable, e invadió Italia por el norte, donde menos esperaban un ataque. Los romanos le salieron al encuentro con ejércitos superiores, que Aníbal derrotó sucesivamente. En la cuarta batalla, la de Cannas, Roma puso toda la carne en el asador.

Todavía hoy, en las academias militares de todo el mundo, a los oficiales instructores se les dilata el esfínter cuando explican la estrategia de Aníbal en Cannas. El astuto cartaginés, al que ya quisieran parecerse todos ellos, llegaba con un ejército bastante mermado. No obstante, en contra de todas las normas, dispuso a sus peores tropas en el centro de la línea, donde el combate sería más enconado. Tal como había previsto, el centro cedió terreno ante el empuje enemigo, y cuando los confiados romanos profundizaron en la bolsa resultante, la cerró por sus flancos y atacó la retaguardia romana con su ágil caballería. Los romanos quedaron apelotonados en el centro del campo, estorbándose unos a otros, sin espacio para maniobrar. Fue, quizá, la más brillante batalla de todos los tiempos: cincuenta mil muertos, y el ejército romano prácticamente aniquilado.

Por cierto, los elefantes que Aníbal llevó a Italia eran de la especie *Loxodontia africana*, variedad *Cyclotis*, de pequeña alzada (apenas 2,35 metros). Entonces abundaban en el norte de África, desde Túnez hasta Marruecos, pero los explotaron tanto en la guerra y en los circos que la especie acabó por extinguirse. El otro elefante africano, el que vemos en los zoológicos y en las películas de Tarzán, el de las estepas del África Negra, es mucho mayor, hasta 3,40 metros.

Los romanos, repetidamente vencidos, mostraron entonces su mejor virtud: el tesón y la constancia. Resistieron en Italia como mejor pudieron y devolvieron los golpes en España, que era la despensa de Aníbal y su punto débil. Aquí derrotaron a Asdrúbal, otro hermano de Aníbal, aniquilaron los refuerzos que proyectaba enviar a Italia, conquistaron Cartagena y se aliaron con caudillos indígenas para arrebatarse toda la provincia a los cartagineses.

Los iberos no advirtieron que aquellos romanos que los ayudaban a sacudirse el yugo cartaginés les iban a imponer otro aún más pesado y, además, definitivo, aunque también es cierto que Roma los desasnó. Vaya lo uno por lo otro.

Al final, sólo les quedó a los cartagineses su tierra africana y un ejército cada vez más inoperante y débil en Italia, ya sin fuerzas para conquistar Roma. Aníbal comprendió que había perdido la partida y regresó a casa. Pasaba a la defensiva. Escipión, el general romano que había arrebatado a Cartago su provincia española, desembarcó en África y derrotó a Aníbal en Zama.

Los vencedores impusieron a Cartago una rendición suficientemente onerosa como para asegurarse de que ya nunca levantaría cabeza. No obstante, medio siglo después, cuando les pareció que, a pesar de todo, la vieja rival se estaba recuperando, deportaron a su población e incendiaron la ciudad. Cartago ardió durante diecisiete días. Sus ruinas fueron arrasadas, y sus campos y huertas sembrados de sal. Como escribió Tácito, el gran historiador romano, «es propio de la naturaleza humana odiar al que se ha ofendido».

Capítulo 9

Numancia y otros heroísmos

Roma ocupaba las ciudades, los trigales, los olivares y las minas cartaginesas en Andalucía y Levante. Al término de la guerra se planteó el arduo dilema: devolvemos todo esto a los indígenas, como les prometimos, o nos lo quedamos. Naturalmente, se lo quedaron. Al fin y al cabo, aquella tierra soleada y rica era su botín de guerra.

El Senado no se quebró la cabeza a la hora de buscar un nombre apropiado para las nuevas provincias. Dividieron la Península en dos sectores confusamente delimitados y las denominaron «la de acá» y «la de allá» (Citerior y Ulterior).

El Imperio romano estaba todavía en pañales. Faltaban tres siglos y mucho camino por recorrer para que se extendiera desde Alemania al Sahara y desde Portugal a Siria y agrupara bajo sus fronteras a más de cien pueblos.

Por lo pronto, en España, la plata, los trigales verdes y el *garum* eran ya romanos, pero como no hay rosa sin espinas los incivilizados celtíberos y lusitanos del interior también codiciaban aquella riqueza. Desde siglos atrás habían tomado la casi deportiva costumbre de entrar a saco de vez en cuando en los ricos valles del Ebro y del Guadalquivir. Naturalmente, los romanos no podían consentir que unos salvajes vinieran a robarles la hacienda. Por lo tanto, establecieron una serie de puestos militares avanzados para prevenir y

detener aquellos ataques. Lo malo fue que los incorregibles celtíberos también hostigaban a estas avanzadas. Entonces, los romanos optaron por métodos más contundentes y lanzaron expediciones de castigo contra las tribus del interior. Fue otra conquista del salvaje Oeste. El valor indómito de los indígenas se estrelló contra la disciplina y la táctica superiores de los invasores. Las legiones romanas eran ya aquel formidable instrumento militar cuya eficacia no ha sido igualada jamás por ningún otro ejército. El establecimiento de guarniciones y campamentos permanentes fue otra forma de conquista y colonización, que, a la postre, fue asimilando a la cultura romana el interior de la Península. Así surgieron ciudades tan prósperas como Mérida, Zaragoza, Astorga y Lugo.

En las sucesivas guerras de conquista, lusitanas y celtibéricas, primero, y cántabras, después, los gobernadores y generales romanos perpetraron a veces grandes canalladas, y el Senado romano dio muestras de notable desvergüenza en la vulneración de los tratados y capitulaciones que sus subordinados en apuros pactaban con los caudillos indígenas. Por ejemplo, un gobernador, un tal Galba, prometió repartir tierras a ciertas tribus lusitanas si deponían las armas. Cuando las tuvo desarmadas y a su merced las pasó a cuchillo. El famoso caudillo Viriato, uno de los pocos que lograron escapar de esa matanza, se convirtió en jefe de la resistencia y hostigó con éxito a los ocupantes, hasta que fue asesinado por tres de sus hombres, vendidos a Roma. En el curso de estas feroces campañas ocurrieron episodios tan sonados como el asedio e inmolación de Numancia.

Numancia resultó un hueso tan duro de roer que Roma encomendó su conquista a su mejor general, Cornelio Escipión, quien tuvo que emplearse a fondo para someterla. Los romanos sitiaron la ciudad y la rodearon con una muralla, para evitar que recibiera auxilios externos. Numancia se rindió por hambre después de quince meses de asedio. La versión patriótica, basada en textos de Floro y Orosio, sostiene que los numantinos prefirieron prender fuego a su ciudad y suicidarse en masa antes que entregarse, pero el escéptico lector hará bien en conceder mayor crédito a Apiano, según el cual, la heroica ciudad, ya agotada, abrió las puertas al romano. Escipión la trató con ejemplar dureza, para que sirviera de escarmiento a otros pueblos levantiscos: vendió como esclavos a los supervivientes y repartió las tierras entre las tribus

vecinas aliadas de Roma.

Las ruinas de la famosa ciudad celtíbera bien merecen una visita. Están sobre una colina cercana a la ciudad de Soria y se accede a ellas por cómoda carretera, que conduce a un pequeño museo, en el centro mismo de la excavación. Numancia tenía forma elíptica, con dos calles principales, que la cruzaban paralelamente en la dirección del eje mayor, y hasta doce secundarias en el sentido del menor. Las calles estaban ingeniosamente orientadas para evitar los helados vientos del norte. Las casas, construidas con adobe o tapial, sobre zócalo de piedra, eran rectangulares. Un hogar en el suelo servía para guisar y caldeaba la vivienda. Algunas disponían de bodega subterránea para guardar los alimentos.

Algunos arqueólogos señalaron que unos círculos de piedras hallados extramuros de Numancia, en la ladera del cerro, eran los lugares donde se exponían a los buitres los cadáveres de los muertos en combate. Todo podría ser.

Cayó Numancia, y cayeron igualmente otras tribus y poblados rebeldes. En poco más de cincuenta años, Roma se adueñó de toda la Península. Sólo quedó libre una delgada franja norteña, habitada por cántabros, astures y vascones, que no se incorporaría al Imperio hasta el siglo siguiente.

Capítulo 10

El oro de Roma

Roma había extendido su dominio por todo el contorno mediterráneo. La oligarquía aristocrática que controlaba el Senado se había enriquecido con los botines de las guerras, pero el pequeño campesino y el artesano se arruinaron al no poder competir con la mano de obra esclava que aportaban las conquistas. Las tensiones sociales se polarizaron en dos partidos políticos, los populares y los optimates: es decir, izquierdas y derechas, lo de siempre.

El enfrentamiento entre populares y optimates desembocó en guerras civiles y sangrientas alternancias de poder, que repercutieron también en las provincias. Cuando el dictador Sila conquistó el poder, muchos caudillos populares tuvieron que huir de Roma para salvar la vida, entre ellos Quinto Sertorio, que se refugió en España.

Sertorio estaba dispuesto a resistir. Era un hombre hábil, que supo atraerse a los indígenas, cada vez más romanizados. Incluso recurrió a la argucia de hacerles creer que los dioses estaban de su lado y lo aconsejaban por medio de una cierva amaestrada, con la que conversaba cada tarde en un claro del bosque. Los hispanos, acostumbrados como estaban a padecer codiciosos funcionarios romanos que aprovechaban el cargo para enriquecerse, quedaron encantados con aquel romano honrado y tolerante, que rebajaba los impuestos y respetaba las costumbres del país. También nombró un gobierno en el exilio

con su Senado y sus instituciones, y hasta fundó una especie de universidad en Osca (Huesca) para educar en la cultura romana a los hijos de los caudillos hispanos.

Al mismo tiempo, le servían de rehenes y garantizaban la lealtad de sus padres, claro.

No tuvo suerte Sertorio. La empresa que se había propuesto era demasiado ambiciosa para sus débiles fuerzas. Durante un tiempo, se mantuvo firme, e incluso sus tropas celtíberas y lusitanas derrotaron a algunos ejércitos enviados por Roma; pero luego sus asuntos se torcieron, muchos de sus partidarios desertaron y uno de sus hombres de confianza lo asesinó durante un banquete. Su guardia personal, formada por hispanos, se suicidó en el acto, según la tremenda costumbre del país.

¿Pompeyo o César?

El vencedor de Sertorio fue Pompeyo. Era un hombre magnánimo e inteligente este Pompeyo. En lugar de crucificar a los caudillos indígenas derrotados, les devolvió la libertad y los trató con magnanimidad. Ellos, vivamente impresionados por tan inesperada generosidad, le quedaron agradecidos de por vida. Cuando Pompeyo regresó a Roma, dejaba atrás una fidelísima clientela, que iba a necesitar más adelante.

Quizá Pompeyo las veía venir. Porque el viejo y enconado contencioso entre optimates y populares distaba mucho de quedar zanjado con la derrota de Sertorio. Al poco tiempo, se reprodujo, esta vez con un formidable campeón al frente del bando popular: Julio César.

Nuevamente, la Península representó un papel esencial en el conflicto. Los indígenas —quizá ya va siendo hora de que los denominemos hispanorromanos— tornaron a dividirse en dos bandos, los unos por César, y otros, los más numerosos, por Pompeyo.

La guerra se riñó por todo el Imperio, en Grecia, en África y en España. César derrotó por doquier a los pompeyanos, pero no pudo disfrutar largo

tiempo de su victoria: un grupo de senadores conjurados lo asesinó en Roma en 44. Es la famosa escena en que el gran César, al ver que entre sus asesinos figura su presunto hijo Bruto, de cuya fidelidad nunca se le hubiera ocurrido dudar, le reprocha «Tú también, Bruto, hijo mío», y asqueado del mundo, renuncia a defenderse. Se cubrió romanamente la cabeza con la toga y se entregó dócilmente a los puñales.

César murió, pero su magna obra perduró porque su heredero y sucesor, el emperador Augusto, realizaría sus ambiciosos planes.

Augusto no era hombre de guerra, sino, más bien, un oficinista bajito y enfermizo, propenso a los enfriamientos, pero en la invencible Roma, regida desde hacía casi un siglo por generales victoriosos, se esperaba que el heredero de César revalidase su nombramiento con alguna hazaña militar. Augusto, en el trance de cumplir con el trámite, escogió la zona de Hispania que faltaba por conquistar, la cornisa cantábrica, aquel húmedo y montuoso territorio de los astures y los cántabros. No era lerdito el perillán: a cambio de un simulacro de guerra, que sería más bien una operación de policía, se adueñaba de una comarca cuyas riquezas auríferas cubrirían sobradamente los gastos de la campaña. La guerra duró diez años y, contra todo pronóstico, fue tan sangrienta que se zanjó con el virtual genocidio de los nativos. «Clavados en la cruz, morían entonando himnos de victoria», escribe Estrabón de aquellos bravos e irreductibles cántabros (y astures, no quisiera herir el ego patriótico de ninguna autonomía dejando razas en el tintero; si alguna se me pasa, considérese incluida).

Roma impuso la paz de los cementerios. Durante los siglos siguientes se dedicó a extraer oro tan concienzudamente que alteró por completo el paisaje en la región leonesa de las Médulas de Carucedo, donde el mineral se explotaba a cielo abierto, a veces por el expeditivo procedimiento de desviar ríos para que inundaran las galerías, y arrastraran la tierra y dejaran al descubierto el mineral.

Capítulo 11

Ciudades, carreteras, teatros, prostíbulos

Roma enviaba a sus provincias hispánicas numerosos colonos y funcionarios. Por otra parte, muchos soldados romanos se casaban con españolas, y los guerreros hispanos se alistaban por decenas de miles en el ejército romano: comida sana y abundante, soldada segura, un porvenir. La Península terminó por aceptar las costumbres y el modo de vida romano. Quizá sea más exacto denominarlo *helenístico*, porque los romanos, a su vez, habían imitado los modelos griegos, unos pueblos de cultura superior a los que también habían conquistado.

El estilo de vida romano-helenístico, que se extendía por todo el Imperio, se basaba en la ciudad (*civitas*) como elemento civilizador. La ciudad era un núcleo urbano independiente, regido por un ayuntamiento o senado, sujeto a leyes precisas, con territorio y recursos propios de aprovechamiento comunal, con una estructura económica compleja y una organización social que integraba a los ciudadanos en un marco jurídico avanzado, superando las limitaciones del marco tribal anterior.

Los romanos habían encontrado en España pocas ciudades dignas de tal nombre: sólo las de la costa mediterránea, casi todas de origen fenicio. Augusto concedió títulos de *coloniae* (colonias) y *municipia* (municipios) a muchas otras. La colonia era ciudad de nueva creación, cuyos primeros

pobladores eran a veces colonos llegados de Italia, generalmente soldados veteranos a los que se recompensaba con lotes de tierras. Los municipios, por el contrario, eran poblaciones indígenas que recibían la consideración de ciudad. En los dos casos, el gobierno municipal dependía de una asamblea de ciudadanos con derecho a voto, entre los que se elegían los dos alcaldes (*duumviri*) y los concejales (*aediles y quaestores*). Los cargos eran anuales, y sus aspirantes debían cortejar al electorado con banquetes y promesas. Un poco como ahora.

Las ciudades romanas de nueva planta presentaban un trazado racional. Eran cuadradas o rectangulares, con una serie de calles que se cortaban en ángulo recto, con sus plazas y espacios públicos. Las dos calles principales, más anchas, se cruzaban en el centro, sobre la plaza mayor porticada (*forum maximum*), en torno a la cual se alzaban los edificios públicos, templos, termas, mercado, etcétera. En las ciudades importantes había un teatro semicircular, al aire libre, y un anfiteatro, elíptico, cerrado, donde luchaban los gladiadores.

La casa romana, a la que todo ciudadano acomodado aspiraba, era un edificio cuadrangular, sin ventanas a la calle, con estancias abiertas a un patio central columnado del que recibían luz y ventilación. A menudo había otro patio trasero, más amplio, ajardinado. Es lo que hoy vemos en la casa andaluza con patio, de Córdoba o Sevilla, a veces erróneamente llamada *casa árabe*. Los árabes se limitaron, como en tantas otras cosas, a reproducir los modelos romanos que encontraron en las tierras que conquistaban.

La decoración de la casa romana resultaba un poco abigarrada para el gusto moderno. Las paredes solían decorarse con pinturas murales de vivos colores o con tapices, y los suelos se cubrían de mosaicos formados por diminutas piedrecitas de colores. En contraste, no había más muebles de los necesarios: camas, mesas, sillas. Los hispanos acomodados aprendieron a comer a la griega, recostados en una tarima de tres plazas (*triclinium*), con el codo apoyado en un cojín.

En la ciudad romana había tiendas, almacenes, posadas, bibliotecas y todos los servicios necesarios. No faltaban médicos, boticarios, carpinteros, abogados, alfareros, profesores, herreros, músicos y artistas, ni tabernas y prostíbulos, cada cual con el indicativo propio de lo que ofrecían. Y

recaudadores de impuestos.

El equivalente al casino o al club social moderno eran las termas. Además de su higiénico cometido, estos baños públicos (a menudo, contruidos y decorados con gran lujo, para prestigiar la ciudad) eran mentidero, casino, barbería, sala de masajes, centro cultural y polideportivo. El usuario de las termas pasaba por cuatro salas sucesivas: la primera era una especie de sauna en la que sudaba (*sudarium*); en la segunda, se daba un baño caliente (*caldarium*); a continuación, rebajaba su temperatura en la sala templada (*tepidarium*), antes de bañarse en agua a temperatura normal en el *frigidarium*. Las termas, y algunas casas especialmente lujosas, disponían de ingeniosos sistemas de calefacción, que hacían pasar el aire caliente procedente de las calderas por canalizaciones dispuestas bajo el suelo y a través de los muros.

Los excelentes ingenieros romanos no se arredraban ante las dificultades técnicas. Todavía nos admiramos ante obras como el puente de Alcántara (Cáceres), el acueducto de Segovia y el faro de La Coruña, llamado Torre de Hércules. Una de las grandes ventajas del carácter autonómico del municipio romano era que los políticos que querían contar con el favor de sus votantes tenían que embarcarse en ambiciosas obras públicas: fuentes, plazas, cloacas, letrinas, calzadas, sistemas de irrigación, puertos e incluso complejos sistemas de drenaje para desecar zonas pantanosas. También el poder central sabía financiar las obras necesarias cuando era menester.

Las ciudades estaban unidas por una considerable red de carreteras, tan excelentemente contruidas que algunos tramos todavía se usan como caminos vecinales. Todo el Imperio, hasta sus últimos confines, estuvo recorrido por estos caminos, que favorecían el tráfico de viajeros y mercancías y permitían el rápido desplazamiento de tropas. Una idea copiada por el plan de autopistas de Hitler, aunque su «imperio de los mil años» fue más efímero que el romano. El viajero que recorría una calzada romana encontraba una piedra miliar con su número cada 1470 metros. Si no iba provisto del itinerario (equivalente a nuestro mapa de carreteras), podía calcular la distancia hasta la siguiente venta (*mansio*).

La Vía Augusta, que remontaba el Guadalquivir para enlazar con Levante y proseguir la costa mediterránea hasta Roma, estaba adornada con monumentos

tan espléndidos como el arco de Bará, en Tarragona. La llamada Vía de la Plata enlazaba Galicia con Cádiz, pasando por Salamanca y Mérida. De ella partía un ramal que discurría por León, Castilla y el valle del Ebro hasta Tarragona, y otro que pasaba por Toledo y enlazaba con la Vía Augusta a la altura de Valencia. Finalmente, la Vía Hercúlea, bordeaba la costa de toda la Península, de Galicia a Levante, donde enlazaba con la Vía Augusta. Consecuencia del centralismo imperial: todos los caminos conducían a Roma.

Augusto, además de impulsar la red de carreteras, organizó nuevamente la Península y dividió en dos la provincia Ulterior: la Bética, con capital en Córdoba, y la Lusitana, con capital en Mérida. La antigua Citerior mantuvo su capital en Tarragona.

Capítulo 12

Crucificables y decapitables

Roma trataba a las ciudades como a los individuos. Casi todas eran estipendiarias (*stipendiariae*), es decir, sujetas a tributo en dinero, especie o servicios. Las celtíberas solían pagar en cabezas de ganado o en productos manufacturados locales; por ejemplo, las capas de lana, llamadas *sagum*, lejano antecedente de la prieta capa zamorana, muy apreciadas en Roma.

Junto a las ciudades contribuyentes existieron otras, pocas, federadas y libres, que disfrutaban de exención tributaria (Cádiz, Málaga, Tarragona). Era el premio por haber ayudado a Roma en momentos de apuro o por haberse mostrado particularmente sumisas.

También las personas estaban divididas en dos grandes categorías: esclavos (*servi*) y libres (*ingenui*). Los libres se subdividían en tres grupos: los que no tenían ningún derecho (que eran casi todos los indígenas o *incolae*); los que tenían derecho de ciudadanía itálica (un premio otorgado a los aliados de Roma), y los que disfrutaban de plena ciudadanía romana, por lo general comerciantes, recaudadores, técnicos y soldados de origen romano.

La ciudadanía romana confería pleno derecho a votar o a ser elegido para desempeñar puestos oficiales, lo que comportaba sustanciosas ventajas fiscales y jurídicas.

Al principio, la inmensa mayoría de la población española estaba

constituida por indígenas libres y desprovistos de derechos de ciudadanía, pero luego, a partir de las reformas de Augusto, el número de ciudadanos (*cives*) creció, por concesiones a la aristocracia indígena y a los que prestaban servicios a Roma. Como la ciudadanía romana era hereditaria, se fue extendiendo y, al poco tiempo, amparó a casi toda la población. En el año 70, el emperador Vespasiano concedió la ciudadanía latina a todos los españoles libres. La antigua barbarie dio paso a una forma más civilizada de vida y a la adopción de costumbres romanas; incluso los idiomas vernáculos se olvidaron, y los españoles aprendieron a hablar latín, aunque con un acento peculiar, que a los romanos les resultaba muy gracioso. El futuro emperador Adriano, recién llegado de España, intentó hacer un discurso en el Senado, y en cuanto abrió la boca, sus colegas se desternillaron de risa. Vaya usted a saber cómo sonaba aquel latín que Cicerón describe como «pingue atque peregrinum», es decir, gangoso y extraño.

De los actuales idiomas españoles, el castellano, el catalán y el gallego descienden de aquel latín que aprendieron nuestros antecesores. De lo que se hablaba antes de la llegada de los romanos sólo ha sobrevivido el vascuence, como es natural.

Había mucho tráfico de esclavos en el Imperio romano. Los esclavos eran prisioneros de guerra o hijos de otros esclavos que algún día fueron prisioneros de guerra. Algunos pertenecían al Estado o a los ayuntamientos, pero la mayoría eran de propiedad privada. Especialmente apreciados (y caros) eran los esclavos griegos empleados por familias pudientes, como médicos, pedagogos, contables y administradores, a los que sus dueños trataban con amistosa deferencia. Los de propiedad estatal solían ser poco cualificados y vivían en peores condiciones, a menudo dedicados a trabajos agotadores o insalubres. Sólo en las minas de Cartagena llegó a haber cuarenta mil esclavos estatales. Los que labraban los latifundios andaluces se calculan en doscientos mil. Casi todos eran extranjeros porque los romanos procuraban deportar a los esclavos para que, al apartarlos de sus lugares de origen, se acomodaran mejor al cautiverio. Esto explica que en las lápidas sepulcrales de esclavos y libertos halladas en España abunden los nombres foráneos, mientras que las de los esclavos españoles aparecen en países lejanos.

Capítulo 13

Trigo, aceite y vino

La romanización acabó con las precarias economías de autoabastecimiento indígenas e impuso una agricultura basada en el cultivo racional de la llamada *triada mediterránea*: el aceite, el trigo y el vino. Junto con los metales y la salazón de pescados, fue la gran aportación española a Roma. El aceite de Andalucía competía ventajosamente con el italiano y se exportaba junto con el trigo en esas ánforas en forma de estilizada peonza que vemos en los museos o decorando las paredes de las tabernas marineras. La proyección inferior estaba destinada a clavarse en el lastre de arena que cubría el fondo de la bodega de los navíos mercantes. Una vez vaciadas en los almacenes del Tíber, estas vasijas se rompían, y los tiestos se arrojaban a un descampado cercano, en el que se fueron acumulando hasta formar un verdadero monte de cincuenta y cuatro metros de altura y un kilómetro de contorno, el Testaccio (de *testae*, «tiesto»), que hoy se integra en el caserío romano, no lejos de la Puerta de San Pablo. Casi todas las ánforas del Testaccio llevan sellos identificativos que señalan su origen español, especialmente los niveles del siglo II, antes de que la competencia del aceite barato y de peor calidad del norte de África amenazara el mercado andaluz. Ya se ve que la decadencia del Imperio romano tuvo también su capítulo gastronómico.

Y junto al aceite, el trigo. Prácticamente todo el trigo de Roma (y

necesitaba mucho porque era el producto básico que repartía la seguridad social a una muchedumbre de desempleados) procedía de Egipto, de Sicilia y de la meseta y el sur de España.

Donde el terreno lo permitía se instalaron grandes fincas explotadas desde *villae*, remoto antecedente del cortijo andaluz y también, ¡ay!, del denostado latifundio, tantas veces y tan injustamente achacado a los conquistadores cristianos que heredaron la tierra un milenio más tarde.

Falta el vino. Hubo vinos famosos en la España romana, principalmente en Cádiz y Cataluña, pero nunca fueron artículos de exportación masiva porque la técnica que permite conservar y mejorar el vino estaba poco desarrollada y los caldos se agriaban con facilidad. Por eso, solían mezclarlo con especias. Hasta que se divulgó el tonel, a mediados del siglo II, el vino se envasaba en ánforas (como el aceite o el trigo), cuyo interior revestían con hollín de mirra o con pez para conservar mejor su precioso contenido. Parte de este revestimiento se desprendía y ensuciaba el vino, lo que obligaba a filtrarlo antes de beberlo.

Si los romanos no llegaron a degustar los famosos caldos de Cádiz, el jerez y la manzanilla, sí disfrutaron de otro producto de la tierra que alcanzó gran fama, tanta que mejor será que le dediquemos capítulo aparte.

Capítulo 14

Las alegres chicas de Cádiz

Ya ha notado el escéptico lector que España había comenzado suministrando a Roma metales y mercenarios, porque otra cosa no tenía, pero cuando los beneficios de la cultura que sembró Roma entre nosotros rindieron sus sazonados frutos, pudo ofrecer escritores, como los cordobeses Lucano y Séneca, o Marcial (éste de Calatayud); científicos, como el gaditano Columela, y hasta emperadores, como Trajano y Adriano, que eran de Itálica, junto a Sevilla.

No todo fueron cerebros. También aportamos figuras del espectáculo y la revista; por ejemplo, el famoso atleta lusitano Diocles, el mejor auriga de todos los tiempos, ídolo de las multitudes, que entonces se pirraban por las carreras de carros como ahora por el fútbol. Diocles comenzó su vida profesional a los dieciocho años y se retiró, querido y respetado por todos e inmensamente rico, a los cuarenta y dos, después de cosechar mil quinientas victorias.

En la Roma decadente e imperial eran famosas las artistas de variedades procedentes de la *licenciosa* Cádiz, como las adjetivan los severos censores. Todo banquete de señoritos libertinos que se preciara debía ir seguido de la actuación de algún grupo de *puellae gaditanae*, que cantaban y bailaban al son de las castañuelas andaluzas (*baetica crusmata*). «Su cuerpo, ondulado

muellemente —pondera el aragonés Marcial, describiendo a una de ellas— se presta a tan dulce estremecimiento y a tan provocativas actitudes que sacudiría la virtud del casto Hipólito si la viese». «Cuando bailan, contonean sus atractivas caderas —otra vez Marcial— y hacen gestos de increíble lubricidad, pero si se ponen a cantar, sus canciones son tan desvergonzadas que no las osarán repetir ni las desnudas meretrices». Cabe suponer que la actuación de las bailarinas gaditanas iría seguida, en muchos casos, de desenfundada bacanal.

Uno sospecha que las alegres chicas de Cádiz, a medio camino entre la prostitución y las *varietés* habaneras, debían ser, al término de la fiesta, chicas tristes, explotadas por empresarios macarras y prematuramente ajadas y entregadas a una aciaga vejez.

Con la Iglesia hemos topado

Los romanos eran muy tolerantes en materia de religión. Incluso podemos decir que eran bastante escépticos y hasta agnósticos. «¿Quod es veritas?», le pregunta Pilatos a Cristo. No tenían inconveniente en adoptar como propios los dioses de los pueblos sometidos. El cristianismo, en principio una creencia entre muchas, no tuvo dificultad para extenderse por el Imperio romano. Sus problemas vendrían más adelante porque, como toda religión monoteísta, tendía a la intolerancia y a la exclusión de los dioses ajenos, y esto ya lo aceptaban peor los paganos.

Una serie de leyendas, piadosas y entrañables, pero enteramente falsas, sostienen que el cristianismo se propagó en España por obra del apóstol Santiago, de san Pablo y de un grupo de misioneros conocido como los Siete Varones Apostólicos (Torcuato, Cecilio, Indalecio, Eufrasio, Texifonte, Hesiquio y Segundo), que establecieron sendos obispados por tierras de Granada y Jaén. Paparruchas. Hoy sabemos que el cristianismo llegó a la Península desde las provincias romanas de África hacia el siglo I. Primero iluminó espiritualmente la Bética y Levante, y luego, Extremadura y León. Al

comenzar el siglo III, el apologista Tertuliano escribía, con entusiasmo quizá exagerado: «La fe de Cristo gana ya en todos los confines de España». La verdad es que amplias zonas de la Península continuaban siendo paganas. Las Vascongadas y Navarra, por ejemplo, no se cristianizaron hasta la Edad Media.

A lo mejor por eso, se le ocurre a uno, sus actuales habitantes dan muestras de mayor reciedumbre en la fe que los de otras regiones, que ya flaquean y parecen estar un poco de vuelta del asunto.

La primera conferencia episcopal que se recuerda (Concilio de Ilíberis, Granada, en el año 300) estaba integrada por diecinueve obispos y veintiséis presbíteros. También fue un español, Osio, el obispo de Córdoba, el alma del Primer Concilio Ecuménico, celebrado en Nicea para dirimir si el arrianismo era herejía. Después de discutirlo, los santos padres decretaron que lo era, y de las más gordas.

El cristianismo fue en aumento desde que el emperador Teodosio, un segoviano de Coca, lo declarara religión oficial del Imperio en el año 380. Desde entonces, se produjo un rápido maridaje entre Iglesia y oligarquía, que dura hasta nuestros días.

Capítulo 15

La caída del Imperio romano

Roma vivió su apogeo y grandeza en los siglos I y II. Luego, en el III, inició su rápida decadencia. Muchos siglos después, los historiadores románticos pusieron en circulación una teoría: Roma se engrandeció gracias al carácter austero, sufrido, valeroso y emprendedor de sus primeros ciudadanos, pero sus descendientes, enriquecidos por las conquistas de fértiles territorios y desentendidos del procomún durante la dictadura imperial, fueron degenerando y se tornaron viciosos, perezosos y cobardes. Una legión de nuevos ricos vivía de las rentas, y otra de nuevos pobres, de la seguridad social (*annona*), todos ellos a costa de las oprimidas provincias del Imperio, lo que acarreó, fatalmente, la decadencia y la ruina del Estado. Quizá sea verdad, pero también habría que mencionar otras posibles causas de ruina, como el fin del paganismo y la expansión del cristianismo, y el cáncer del fanatismo religioso y la barbarie. Voltaire lo sugiere: «El cristianismo abrió el cielo, pero arruinó el Imperio».

Las causas debieron ser múltiples, aunque fundamentalmente económicas. En primer lugar, Occidente se descapitalizó debido a la hegemonía del este. La agricultura decayó y se empobreció, escaseó la mano de obra, se deterioraron las obras públicas por falta de reparos, la inflación congénita disparó los precios y devaluó la moneda, lo que arruinó a la clase media, que era el

principal sostén del sistema. Y las arcas públicas estaban más necesitadas que nunca de un dinero que no llegaba.

El ejército, cada vez más implicado en la elección de los emperadores, descuidó las fronteras. Ya en el siglo III, los bárbaros francos y alemanes irrumpieron en las Galias e Hispania, donde saquearon Cataluña, el valle del Ebro y Levante. Fue sólo el comienzo. Durante los siglos IV y V, Roma vivió en casi constante estado de guerra contra los bárbaros, que presionaban las fronteras del Danubio y el Rin, y contra los partos de Oriente. Mantener el ejército necesario para contenerlos requería un gran esfuerzo económico. En su época de expansión, Roma se mantenía gracias al botín de los pueblos sojuzgados, pero cuando dejó de conquistar nuevas tierras los ingresos se limitaron a los tributos. Por otra parte, la administración imperial se había vuelto demasiado compleja para los limitados medios de la época. No era posible administrarlo todo.

A partir del siglo III, la autoridad central se disgregó, sucedida por la anarquía militar. En medio siglo, se sucedieron treinta y nueve emperadores, muchos de los cuales fueron derrocados por golpes de Estado y asesinados. Roma quedó a merced de su ejército, tanto del acantonado a las afueras de la capital como del que guardaba las fronteras del Imperio. Muchos de los generales ni siquiera eran romanos, sino bárbaros contratados por Roma. Primero se repartieron el poder en tetrarquías; luego, lo descentralizaron y lo dividieron en capitales administrativas, que fueron el germen de futuras naciones. Finalmente, las provincias se desmembraron en un mosaico de Estados, sobre los que reinaron, casi autónomamente, caudillos vándalos, visigodos, francos u ostrogodos, sólo nominalmente sometidos a Roma.

La propia ciudad de Roma decayó, se despobló, y sus bellos edificios se fueron arruinando, despojados de estatuas, bronce, mármoles y artesonados. El Foro, la plaza mayor del Imperio, expoliado de sus trofeos, fue invadido por la hierba y acabó en pasto de vacas (Campo Vaccino).

¿Y España?

El emperador Diocleciano dividió las provincias imperiales en diócesis gobernadas por un *vicarius* (advierta el lector cómo la Iglesia ha reproducido en su organigrama el proyecto imperialista romano). La diócesis llamada Hispania se subdividió en seis provincias (Tarraconensis, Carthaginensis,

Gallaecia, Lusitania, Baetica y Mauritania Tingitania, esta última en África).

La sociedad entró en crisis. La autoridad se diluyó a todos los niveles. Se aflojaron los lazos comunitarios. La gente se desentendió de la vida municipal. Los cargos edilicios acabaron siendo una pesada carga (como las presidencias de ciertas comunidades de vecinos en nuestro tiempo). Las ciudades decayeron y se despoblaron. Los potentados que antes rivalizaban en sufragar obras públicas dieron la espalda a la urbe y se retiraron a vivir en sus latifundios (*fundis*). El abismo social se ensanchó: por un lado, los desheredados; por el otro, los propietarios latifundistas y los obispos. Con la crisis económica, el comercio decayó, y el número de esclavos se redujo, lo que provocó la ruina de la industria. Los ricos (ahora denominados *honestiores, potentiores o possessores*) ya no fueron tan ricos, y los pobres (*humiliores*) se tornaron mucho más pobres de lo que solían. El país se infestó de forajidos, casi todos colonos y pequeños propietarios arruinados, que se echaban al monte para buscarse la vida.

A la hora del balance por cierre de negocio, ¿qué es lo que el mundo debe a Roma?

Algunos historiadores nos han presentado el mundo antiguo como una inmensa vaca, cuya leche fluía generosamente sobre las insaciables fauces de la explotadora Roma. La historia de Roma es, en efecto, la de una expansión imperialista, que perseguía la explotación sistemática de las tierras, de los recursos y de los pueblos sometidos. No obstante, el balance final resulta muy favorable porque, a cambio de aquellos recursos, Roma civilizó el mundo antiguo. Roma somos nosotros: los europeos y cuantas naciones del mundo han tenido sus orígenes históricos o culturales en Europa (es decir, la mayoría de ellas). Lo que los europeos somos hoy es, para bien o para mal, el resultado de la interacción de dos vigorosas corrientes que se fundieron en el crisol de Roma: la cultura helénica y el pensamiento religioso judío, una peculiar aleación que quizá sea prudente seguir denominando *civilización cristiana occidental*.

Roma nos legó su forma de vida, sus instituciones, impuso a los pueblos sometidos hermandad dentro del marco jurídico y administrativo del *cives romani* y nos legó el patrimonio precioso de su lengua, los dos pilares básicos sobre los que aún se asienta este Occidente que lentamente camina hacia la

integración supranacional, es decir, hacia el ideal de ser de nuevo, básicamente, Roma.

Capítulo 16

La invasión de los bárbaros

A galope tendido, una turba de feroces y vociferantes guerreros, jinetes en peludos trotones, penetra por la Vía Apia. ¿Recuerda el lector el grandilocuente óleo de Ulpiano Checa intitulado *Entrada de los bárbaros en Roma*, tan reproducido en los libros de texto del antiguo bachillerato? La armonía del mundo clásico está representada por el acueducto que se divisa al fondo, por la estatua de mármol y por el airoso templo de la derecha. Asomada entre columnas marmóreas, una pudorosa vestal tasa, suponemos que horrorizada, las fuertes emociones que pronto le sobrevendrán.

El escéptico lector hará bien en creer que la realidad fue menos dramática. Ni los romanos eran tan sofisticados ni los bárbaros tan brutos (de hecho, la voz *bárbaro* significa «extranjero»; no, «salvaje»), aparte de que en el Imperio, como suele suceder hasta en las mejores familias, la decadencia fue gradual y se extendió por espacio de varias generaciones, sin grandes sobresaltos ni cabalgadas de bascas varoniles apestando a chotuno. La invasión de los bárbaros fue lenta y gradual. Durante los siglos IV y V, Roma vivió en casi constante estado de guerra con los bárbaros, que presionaban sus fronteras del Danubio y el Rin, y con los partos, que hacían lo propio en Oriente. Mantener a un ejército que contuviese a estos pueblos requería un gran esfuerzo económico. En su época dorada, la maquinaria romana

funcionaba gracias al botín obtenido en los nuevos territorios, pero desde que había dejado de conquistar, el erario público sólo contaba con los impuestos arrancados a un clase media cada vez más oprimida.

Los ingresos disminuían y los gastos aumentaban sin cesar. Para colmo de males, la administración del Imperio resultaba demasiado compleja para los limitados medios de la época. Roma no podía abarcarlo todo. Por eso, a partir del siglo III, la autoridad central se había ido disgregando en anarquía militar y, en el espacio de medio siglo, se sucedieron treinta y nueve emperadores, muchos de los cuales, ya queda dicho, fueron depuestos por golpes de Estado y asesinados.

A las tribus bárbaras, que Roma admitió al principio en su territorio como aliadas, en calidad de mercenarios, se sumaron otras que llegaban a las fronteras con peores modales. Los resignados funcionarios romanos debieron pensar: «Abramos la puerta a estos sujetos antes de que nos la tiren abajo». Pero llegó un momento en que los bárbaros ya no guardaron las formas y se colaron sin contemplaciones, les ocuparon la despensa y les comieron la hacienda.

¿Y los romanos? Los romanos, nada: asistieron impotentes a la rebatiña y riza de su Imperio. Ya no eran ni sombra de lo que fueron.

Con la disolución del poder, llegó el momento en que los bárbaros tampoco sabían muy bien a quién había que pedir permiso ni adónde habían ido a parar los títulos de propiedad de aquel pingüe, aunque decaído, Imperio. Roma quedó a merced de los militares, muchos de los cuales ni siquiera eran romanos, sino bárbaros a sueldo de Roma. Primero, se repartieron el poder en tetrarquías (desde Diocleciano); después, lo descentralizaron, dividiéndolo en provincias sobre las que reinarían caudillos vándalos, visigodos, francos u ostrogodos, sólo nominalmente sometidos al emperador. Finalmente, en el año 364, el Imperio se dividió en dos grandes bloques: Oriente y Occidente. La parte occidental no tardó en desintegrarse porque los bárbaros irrumpían ya violentamente en Francia, en España y hasta en la propia Italia en busca de tierras más ricas. La oriental, con capital en Bizancio (moderna Estambul), resistiría todavía durante un milenio, hasta su conquista por los turcos.

¿Y la Iglesia? La Iglesia, lista como una ardilla, en vista de que se le iba de las manos el Imperio romano, al que tanto había costado convertir, se

adaptó maravillosamente a los nuevos tiempos y se las ingenió para conservar sus privilegios. ¿Cómo? Ganándose a los reyes bárbaros a través de sus esposas, que solían ser romanas y, por tanto, cristianas. La Iglesia se preguntó: «¿Qué es lo que quiere la mujer (la no liberada, naturalmente)? Un marido importante y colocar a los hijos tan alto como sea posible. La mujer del rey quiere seguir siéndolo de por vida y que sus hijos sean reyes». Pero los bárbaros eran polígamos, como toda sociedad primitiva. Sus reyes cambiaban de esposa con facilidad. En cuanto se les marchitaba una le buscaban una sustituta más joven. Aquí tenemos a la esposa atribulada, descubriéndose ante el espejo (una bruñida lámina de plata) las primeras patas de gallo. Entonces, la Iglesia le susurra al oído: «Ya ves lo poquito que vas a durar. Ahora, que de ti depende: tú lo conviertes al cristianismo y, antes de que lo advierta, ya está casado con vínculo indisoluble ante Dios y ungido por la Iglesia, y tienes marido para toda la vida, y tus hijos, no los de otra, heredarán el trono».

Para la reina era un negocio redondo, y para la iglesia, también, porque las tribus bárbaras no se mareaban con teologías ni libertades de conciencia: acataban ciegamente los dioses que les indicaran sus reyes. El rey se convierte al cristianismo, todos nos convertimos. También, hay que decirlo, la conversión traía ventajas para el monarca. El rey ungido por la Iglesia era declarado inviolable, como elegido por Dios, y esto lo ponía relativamente a salvo de posibles rivales. Además, como Dios andaba por medio, se transmitía genéticamente la virtud, lo que le daba pretexto para dejar la corona a sus hijos. En el fondo, eso de las monarquías electivas era un engorro que sólo deseaban los candidatos a reyes. El que alcanzaba la corona aspiraba a transmitirla a su descendencia. Todo esto era posible cuando sus súbditos acataban el magisterio de la Santa Madre Iglesia.

Capítulo 17

Suevos, vándalos, alanos

En el año 409, por la época en que madura la castaña y el piloso jabalí hoza bajo las hojas buscando la sabrosa trufa, los bárbaros penetraron en la península Ibérica por la calzada romana que atravesaba los Pirineos por Roncesvalles. Los recién llegados pertenecían a dos pueblos germanos, rubios como la cerveza: suevos y vándalos. Detrás, llegaron los alanos, un pueblo asiático de pelo negro y lacio.

Todos ellos habían hecho un largo viaje. Los alanos habían partido del este de la actual Ucrania, junto a las costas septentrionales del mar Negro; los suevos, aunque procedían del norte de Alemania, habían cruzado el Elba cuando Roma estaba en sus comienzos y se habían establecido al sur de Alemania, donde hoy está Nuremberg; los vándalos procedían del norte de la actual Polonia y también habían ido descendiendo a lo largo de los siglos hasta situarse cerca del Danubio. En el tiempo de las grandes invasiones, el mundo era un gigantesco juego de ajedrez, en el que el movimiento de una pieza afectaba a todas las demás. Presionados por otros que venían detrás, los vándalos, los suevos y los alanos atravesaron las tierras al norte del Danubio, así como Alemania y Francia.

Los recién llegados se extendieron por la Península, saqueando ciudades y robando campos, hasta que el emperador de Roma, molesto por la riza que le

habían organizado en su olvidada provincia, envió a los godos a desalojarlos. Estos godos (otro pueblo germánico originario del norte de Alemania) obligaron a los invasores a replegarse a las tierras más pobres y menos romanizadas del noroeste y, después, regresaron a las Galias, donde Roma les concedió un reino con capital en Tolosa. Poco después, los vándalos pasaron a África y se establecieron en las antiguas tierras de Cartago, que Roma había transformado en próspera provincia. Tampoco duró mucho. Acabaron difuminándose y desaparecieron de la historia como una sombra.

España quedaba, como iba siendo su costumbre, dividida en dos mitades. En la parte de Galicia y norte de Portugal, los suevos, y en la cornisa cantábrica, sus naturales de siempre, gente arisca y brava, los menos romanizados del conjunto hispánico, que habían aprovechado el desvanecimiento del poder romano para recobrar su autonomía. En el sur y el Levante, la parte más rica y poblada, quedaban los hispanorromanos, muy decaídos y venidos a menos, pero todavía alimentando la ilusión de pertenecer al Imperio romano. Poco más que ilusión, porque Roma no podía ya defenderlos y tuvo nuevamente que contratar a los godos para que contuvieran la rapacidad de sus vecinos. Los godos establecieron algunas guarniciones permanentes, los *campi gothorum*, que atrajeron emigrantes de sus tribus al reclamo de las buenas tierras ganaderas de Castilla la Vieja (y no sólo ganaderas, pues también llegaron agricultores que trajeron consigo la sabrosa alcachofa y la deliciosa espinaca, cultivos hasta entonces desconocidos en España).

En el año 476, el emperador de Roma fue depuesto, y la ficción que era el Imperio romano de Occidente se desvaneció para dar paso a la más completa anarquía. En el sur y el Levante de España, el vacío de poder fue prestamente ocupado por los romanos del Imperio de Oriente, es decir Bizancio (los hispanorromanos afectados quedaron encantados por haberse librado de la barbarie germánica), pero los godos permanecieron en el resto del país, incluso corregidos y aumentados por la masiva inmigración de sus hermanos de allende el Pirineo después de la caída del reino de Tolosa, el año 507, ante el empuje de los francos. Estos godos, que con el tiempo extenderían su dominio a toda la Península, fundaron un reino con capital en Toledo. Es posible que el escéptico lector recuerde la lista de los reyes godos desde los

tiempos, no sé si añorados, de su bachillerato. Lo más seguro es que los tuviera ya medio olvidados y al adquirir este libro no sospechó que le brindaría ocasión de refrescarlos. Pues bien, aquí están, que el saber no ocupa lugar: Ataúlfo, Sigerico, Walia, Teodorico I, Turismundo, Teodorico II, Eurico, Alarico II, Gesaleico, Teodorico el Amalo, Amalarico, Teudis, Teudiselo, Ágila, Atanagildo, Liuva I, Leovigildo, Recaredo, Liuva II, Witerico, Gundermaro, Sisebuto, Recaredo II, Suintila, Sisenando, Khintila, Tulga, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba, Ervigio, Égica, Witiza, Ágila II y Rodrigo.

Capítulo 18

Los reyes que vivían peligrosamente

El Imperio romano obedecía la autoridad de un emperador con sede en Roma. Después de que el cristianismo se convirtiera en la religión oficial, parecía natural que el obispo de Roma o papa fuese rector religioso de ese Imperio cristianizado. El Papado, crecido en su poder, prohibió interpretaciones de la doctrina distintas a la suya y persiguió a los obispos que las profesaban. A todo esto, los misioneros de Arrio, uno de esos obispos herejes, habían convertido a los godos al cristianismo.

Los godos que se instalaron en España eran arrianos, lo que, a efectos prácticos, resultó peor que si hubieran sido paganos, dado que los hispanorromanos eran católicos. Mientras el mundo se venía abajo, los obispos católicos andaban a la gresca con los arrianos por el dogma de la Santísima Trinidad. Recordará el lector no suficientemente escéptico, si ha sido catequizado en los profundos e irracionales misterios del dogma (cuidado: irracionales en el sentido de que trascienden la razón), que, según la doctrina oficial de la Iglesia católica romana, en Dios se contienen tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con lo que, de modo inexplicable, dado que se trata de un misterio, Dios, sin dejar de ser Uno, es, al propio tiempo, Tres: uno en esencia y trino en presencia.

Los godos profesaban las enseñanzas del obispo Arrio, el cual sostenía

que las tres personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no eran del mismo rango, porque el Hijo era de naturaleza inferior al Padre, y desde luego no eterno. En cuanto al Espíritu Santo, salía todavía peor parado porque era apenas una sombra de menor entidad que el menoscabado Hijo.

Las diferencias sobre la Santísima Trinidad dividían el cristianismo español en dos bandos: los sometidos indígenas, que eran católicos, y los dominadores germanos, que eran arrianos. Había otra importante diferencia: los indígenas pagaban impuestos, y los godos, no. No les convenía a los godos, por tanto, mezclarse con los hispanorromanos. Durante un tiempo prohibieron los matrimonios mixtos, practicaron un cierto *apartheid* y se esforzaron por mantener su pureza tribal. Además, su sociedad, estructurada en clanes militares, se adaptaba mal a la cultura urbana de los hispanorromanos.

El mayor avance en la normalización del Estado ocurrió a partir de 569, en los trece años de reinado de Leovigildo. Este enérgico monarca pensaba a lo grande, admiraba a los romanos y hacía todo lo posible por vestir el cargo. Acuñó monedas de oro con su efigie, como hacían los emperadores de Oriente; adoptó las insignias reales romanas (la corona, el cetro y el trono), y hasta el título Flavius de los últimos emperadores. Este título sería después usado por los reyes medievales; para que se vea cómo el prestigio de Roma se va heredando por los siglos de los siglos. La presente Europa de las comunidades, que se abre camino a trancas y barrancas, no es, en realidad, más que ese genético deseo de volver a ser Roma la Grande. Lo malo es que parece que la única Roma posible va a estar al norte del Rin, en manos de los antiguos bárbaros.

Volviendo a Leovigildo. Sus otras decisiones fueron igualmente juiciosas. Se dejó de mezquindades tribales e hizo lo posible por eliminar las diferencias entre godos e hispanorromanos. Para ello, derogó la ley que prohibía los matrimonios mixtos, y en lo sucesivo no hubo más diferencias que las tradicionales de pobres y ricos. También conquistó las provincias suevas y bizantinas.

Es una pena que un estadista tan afortunado fracasara como padre. Cometió la torpeza de nombrar a su hijo Hermenegildo gobernador de la Bética, y el muchacho cayó en las apostólicas redes de san Leandro, obispo de Sevilla, que lo convirtió al catolicismo. Quizá tuviera algo que ver también su esposa

Ingunda, o Indegunda, que era devota católica.

Fanático como todo converso, el príncipe se rebeló contra su padre y no tuvo inconveniente en dejarse manipular por los potentados béticos, todos católicos hispanorromanos, que añoraban los gloriosos tiempos del Imperio y soñaban con sacudirse de encima a los godos. Pero Leovigildo sofocó la rebelión, y el príncipe rebelde murió en la cárcel. Naturalmente, la Iglesia lo hizo santo, como también al obispo que lo convirtió, san Leandro, y al hermano del obispo, san Isidoro. Por cierto, este obispo de Sevilla fue la primera autoridad científica de su tiempo. Su magna obra, *Las etimologías*, es la última luz de Roma en la Bética, una enciclopedia que resume el saber antiguo, ya lastimosamente olvidado: gramática, dialéctica, aritmética, geometría, música, arte, medicina y jurisprudencia.

Leovigildo implantó un Estado multirracial, en el que convivían hispanorromanos, godos y vándalos. Hubiera unido la Península bajo una sola autoridad de no ser porque nunca llegó a ocupar Vasconia. Ya estamos notando que los vascos han defendido fieramente su independencia desde que existe memoria histórica, contra todo y contra todos. No deja de ser aleccionador y quizá motivo de reflexión. El caso es que ellos y sus vecinos de la cornisa cantábrica tampoco se quedaron en sus montañas, sino que aprovecharon el río revuelto para lanzar expediciones de saqueo contra las tierras del interior. Se reprodujo la misma situación que medio milenio antes había estimulado la conquista romana: el poder central se veía obligado a contrarrestar aquellos ataques con expediciones punitivas. Para contenerlos, fundó una plaza fuerte en sus mismos límites, Victoriaco, hoy Vitoria.

En un país donde la mayoría de la población era católica, resultaba absurdo que la clase dominante goda siguiera siendo arriana y que una minucia teológica causara problemas de orden público. Leovigildo lo comprendió así, y al parecer, en su lecho de muerte, aconsejó a Recaredo, su hijo y sucesor, que se convirtiera al catolicismo.

Recaredo se convirtió y también convirtió, por decreto, a los obispos arrianos y al pueblo godo (Tercer Concilio de Toledo, en 589). El último escollo que dificultaba la fusión de la minoría goda con la mayoría hispanorromana había desaparecido.

Con esta decisión se inicia el contubernio entre trono y altar, es decir

Iglesia y Estado, que será una constante de la historia española hasta nuestros pecadores días.

Gardingos y obispos

La monarquía visigoda era electiva. El rey tenía que ser de estirpe goda y buenas costumbres, pero, como lo elegían los magnates y los obispos, se cuidaban de que la elección recayera sobre algún pariente. El rey gozaba de poder absoluto y se rodeaba de un séquito de magnates, los gardingos o *convites fidelis*, cuya fidelidad se recompensaba con donaciones de tierras. De ellos y de los obispos, escogía al gobierno u *officium Palatinum*, cuyos ministros o *comes* se encargaban del tesoro (Hacienda), de la cancillería, etcétera. Este *comes* es el origen del título conde. En la Edad Media, ya pasados los godos, todavía el jefe del ejército se llamará *condestable*, es decir, *comes stabuli*, el conde de los establos; de los establos reales, por supuesto.

A partir del siglo VI, existió también una Aula Regia o consejo asesor del rey, integrado por magnates ajenos al gobierno. De este modo, todo el mundo alcanzaba su tajada. Otra institución política de creciente importancia fueron los concilios eclesiásticos, de los que hubo muchos, casi siempre en Toledo, la capital. Los concilios de los obispos se convirtieron en una especie de Cámara Alta que regía la vida nacional. Desde esta posición de fuerza, la Iglesia acabó por erradicar los últimos vestigios de la cultura pagana; por ejemplo, los juegos circenses, que san Isidoro consideraba culto al diablo, o el teatro, al que relacionaba etimológicamente con la prostitución. Prohibidos los espectáculos institucionales, sólo le quedaban al ciudadano las alegrías particulares, pero tampoco éstas agradaban al celante episcopado. Por ejemplo, la festividad pagana de Año Nuevo, tal como se celebraba entonces, le parecía a san Isidoro un vergonzoso espectáculo, en el que «se entonan impúdicas canciones, se danza frenéticamente, y coros de los dos sexos, ahitos de vino, se juntan en repugnante promiscuidad».

Esta creciente injerencia de la Iglesia en la sociedad civil era su premio por apoyar a la monarquía. El rey, a menudo un golpista que acababa de alcanzar el poder destronando a su antecesor, convocaba concilio, y los obispos lo legitimaban. En justa correspondencia, él les firmaba decretos para perseguir a los judíos y a los paganos. Iglesia y trono eran como uña y carne, o una mano lava a la otra. La tolerancia religiosa de los reyes arrianos, la que había favorecido la pacífica convivencia de judíos, católicos, arrianos y paganos, dio paso a las persecuciones de la Iglesia católica contra paganos y judíos. Esta represión se iría recrudeciendo hacia el final de la monarquía goda.

El dominio de la Iglesia tuvo también sus aspectos positivos. Ya comenzaban a florecer los monasterios, que durante el largo eclipse del medievo serían guardianes y transmisores de la cultura clásica (convenientemente censurada y expurgada por los clérigos, claro está).

Capítulo 19

Pobres y ricos

En los buenos tiempos de Roma, el Estado creador del derecho civil amparaba al ciudadano donde quiera que estuviese, pero cuando el poder central flaqueó, la ley perdió el apoyo coactivo del Estado, y el ciudadano común quedó a merced de los abusos del fuerte. Como en los tiempos anteriores a Roma, los humildes buscaron la protección de los poderosos, la influencia de los nobles terratenientes aumentó y se marcaron más claramente, si cabe, las dos grandes clases sociales, *potentiores y humiliores*. En el fondo, las de siempre: los que tienen y los que no tienen; los que necesitan protección y los que pueden ofrecerla. A cambio de algo, naturalmente.

Además, con la decadencia del comercio, las ciudades vinieron a menos, mientras que la vida rural fue a más. Eso explica que los mejores monumentos godos estén en medio del campo, esas coquetuelas iglesias de Quintanilla de las Viñas (Burgos), San Juan de Baños (Palencia), San Pedro de la Nave (Zamora). También explica que la otra gran manifestación artística de los godos, la orfebrería, resplandezca en tesorillos y piezas que se encuentran en el campo, nunca en grandes ciudades: las coronas votivas de Guarrazar (Toledo) o las bellísimas cruces de Torredonjimeno (Jaén).

El carácter electivo de la monarquía goda favoreció el final abrupto de muchos de sus titulares. De los treinta y cinco reyes de la lista, más de la

mitad fueron asesinados, o derrocados por medios más sutiles; por ejemplo, decalvándolos, es decir, pelándolos al cero. Hay que tener en cuenta la importancia que los godos otorgaban a la cabellera. Jordanes (*Getica* XI, 72) nos dice que, según Diucineo, la clase civil de la nación goda se daba el nombre de *cabelludos* (*capillatos*; variante, *capillutos*). Por eso, el principal atributo de la realeza germánica era la cabellera. Lo más grave que le podía ocurrir a un godo era ser rasurado, pena que se aplicaba a los condenados por diversos delitos antes del paseo infamante. Al destronado se le tonsuraba y se le enviaba a un monasterio. Y ya podía darse con un canto en los dientes por haber escapado al veneno o al puñal, porque los tiempos venían recios y la vida se estimaba en poco.

Capítulo 20

La pérdida de España

Cuando los bárbaros del norte conquistaron el Imperio romano de Occidente, otros bárbaros surgidos del desierto arábigo invadieron el de Oriente, es decir, Bizancio, y el imperio sasánida que ocupaba el solar de la antigua Persia. Los bárbaros orientales eran una confederación de tribus nómadas recientemente convertidas a una nueva religión, el islam.

En el breve espacio de un siglo, los musulmanes se extendieron por los territorios actualmente ocupados por Jordania, Siria, Israel, Iraq e Irán. Después, el impulso conquistador los llevó hacia el este, por Asia central, hasta cruzar el río Indo y alcanzar Pakistán, y hacia el oeste, por la ribera mediterránea de África. La plaza fuerte bizantina de Cartago y las ciudades costeras cayeron una tras otra. Sólo Ceuta se mantuvo en manos cristianas porque los invasores llegaron a un acuerdo con su gobernador.

Cuando los musulmanes alcanzaron las playas del Atlántico, aún les quedaba cuerda. Entonces, se replantearon la situación: al frente, tenían el ancho mar impenetrable; a la izquierda, el inhóspito desierto; a la derecha, cruzando el Estrecho, la invitadora costa europea, un verdor que atraía a los hombres del desierto.

¡Europa! La tierra que mana leche y miel, el paraíso que recorren cuatro ríos, se ofrecía al invasor como abierta de patas, ustedes disculpen la cruda

metáfora. La monarquía visigoda padecía a la sazón una grave crisis económica y social. A la peste reciente, que había causado una gran mortandad, se unía una pertinaz sequía, con su cortejo de hambrunas y desórdenes.

En el año 711, los moros cruzaron el Estrecho e invadieron España. La conquistaron en sólo unos meses y se establecieron en ella durante ocho siglos.

El escéptico lector no ignora que, según la versión oficial, el reino godo se perdió por la cobarde venganza de un gobernador de Ceuta, despechado porque el rey le había desgraciado a una hija. En algunos lugares se dice que la sedujo; en otros, que la violó, que resulta más melodramático.

El conde se llamaba don Julián; su hija, Florinda (de apodo *la Cava*), y el rey, don Rodrigo. Un romance sugiere que el encalabrinamiento del monarca se produjo una tarde soleada, en un alto mirador de Toledo, cuando la inocente muchacha estaba sacándole aradores con un alfiler de oro. El arador es el ácaro que produce la sarna, padecimiento muy común en aquellos tiempos escasamente higiénicos. Esta versión es muy romántica.

El conde don Julián, cuando supo que le habían desgraciado a la niña, disimuló y preparó su venganza en secreto, aprovechando que Rodrigo estaba enemistado con medio reino. En 709, cuando murió Witiza, el penúltimo rey godo, antes de cumplir los treinta años, el clan que ostentaba el poder, al que llamaremos *partido witiziano*, intentó perpetuar su privilegio haciendo recaer la corona en Ágila, hijo de Witiza, que todavía era un niño. Entonces, una facción nobiliaria impuso a su propio candidato, el duque y general Rodrigo. El conde don Julián, conjurado con los witizianos, entró en tratos con sus vecinos moros. El plan era que los moros ayudarían a los witizianos a derrotar a Rodrigo y luego regresarían a Marruecos con el botín que hubieran ganado en la batalla. Nada de eso; los moros se alzaron con el santo y la limosna, y los cristianos tardaron nada menos que ocho siglos en expulsarlos.

Naturalmente casi todo esto es falso. Lo de la violación es pura literatura: un calco casi exacto de un relato escandinavo de las *Eddas*. Seguramente el partido witiziano se acogió a la leyenda después del desastre, para disculpar su cómplice participación en la ruina de España.

La conquista obedeció a un motivo prosaico, que constituye, sin embargo,

el gran motor de la historia: la codicia de la ganancia. Los árabes esperaban encontrar a este lado del Estrecho un rico botín. Circulaba la leyenda de que en España se ocultaban grandes tesoros; entre ellos, la fabulosa Mesa de Salomón, que los visigodos habían arrebatado a los romanos. Además, los viajeros alababan las fértiles tierras, las huertas regadas por caudalosos ríos, los frescos jardines y los espesos bosques; un paraíso para el que procedía del árido desierto. Y aquel país de Jauja se hallaba casi indefenso: el Estado godo, sumido en una profunda crisis económica, debilitado por recientes hambrunas y epidemias, y por las luchas intestinas de clanes político-familiares, la nobleza y el clero divididos, el pueblo descontento, abrumado por la presión fiscal... La fruta estaba en su punto para que alguien la recogiera.

En 710, Musa ben Nusayr, emir de África del norte, solicitó permiso al califa de Damasco para conquistar el reino godo. En su carta le elogiaba la belleza de al-Andalus, sus méritos, sus riquezas, la variedad de sus regiones, la abundancia de sus cosechas y la dulzura de sus aguas. Quizá contaba de antemano con el apoyo de los witizianos, capaces de cavarse su propia tumba con tal de destronar a Rodrigo.

En abril de 711, Rodrigo estaba guerreando contra los irreductibles vascos en el otro extremo de España. Fue el momento que aprovecharon los moros para invadir el reino. Tariq, gobernador de Tánger, desembarcó en Gibraltar con un ejército de nueve mil bereberes (y dio su nombre al lugar: Gibraltar es *Gebel Tariq*, «la roca de Tariq»). El caso es que el historiador Vallvé sostiene que los árabes no desembarcaron en el Estrecho, sino cerca de Cartagena. Todo podría ser.

Tampoco está claro dónde se riñó la famosa batalla llamada del Guadalete o de la Janda, en la que naufragó el reino godo. ¿Qué más da? El caso es que la batalla fue larga y peleada, como escribe un cronista, se podía pensar que era el fin del mundo: «Los huesos de los muertos permanecieron allí largo tiempo». El ejército de Rodrigo resultó aniquilado, y con Rodrigo pereció la flor y nata de la aristocracia goda, los que llevaban anillos de oro en los dedos, que los distinguían de las categorías inferiores, que sólo los llevaban de plata o cobre.

Otra leyenda asegura que Abdelazis, el virrey del califa en España, se

casó con Egilona, la viuda todavía suculenta del rey Rodrigo. «A rey muerto, rey puesto», pensaría la práctica viuda, o quizá la obligaron, vaya usted a saber.

Capítulo 21

De Guadalete a Covadonga

Después de la derrota del ejército godo, Tariq se encaminó hacia la capital, Toledo, donde le habían dicho que estaban los tesoros. Siguió cómodamente las antiguas calzadas romanas, sin hallar resistencia, y sólo se detuvo para ocupar las grandes ciudades que encontró a su paso, especialmente Écija y Córdoba. Al año siguiente, el propio Musa desembarcó con un ejército de diecisiete mil guerreros y obtuvo su cuota de gloria ocupando Medina Sidonia, Sevilla y Mérida. Los dos caudillos se encontraron en Toledo y unieron sus fuerzas para proseguir la conquista por el rico valle del Ebro. La ocupación de Portugal y Levante quedó en manos de subalternos. En ninguna parte les opusieron una resistencia enconada, lo que los llevó a pensar que todo el monte era orégano y, traspasando las lindes del reino godo, invadieron las tierras allende los Pirineos, dispuestos a conquistar Europa, el viejo sueño del islam. Pero el rey de los francos, Carlos Martel, los derrotó en Poitiers (732). Después de este descalabro, se lo pensaron mejor y decidieron conformarse con España. Además, se consolaron como la zorra que no alcanzaba las uvas; no disponían de gente suficiente para ocupar tantas tierras.

De la península Ibérica sólo quedó sin conquistar la cornisa cantábrica. Los moros desistieron de ocuparla después de comprobar, en algunos encuentros desafortunados, que aquellas agrestes montañas estaban habitadas

por montaraces indígenas, cuyo sometimiento hubiera requerido un esfuerzo y un gasto que no se compensaba por la ganancia de tan exiguo e inhóspito territorio.

¿Covadonga? Bueno, sí, algo pudo ocurrir en Covadonga, pero desde luego el escéptico lector hará bien en no creer que allá se riñó la gran batalla que dicen las crónicas. Quizá un pequeño destacamento musulmán, que imprudentemente se había internado por aquellas fragas, fue sorprendido y derrotado por los astures capitaneados por un *espatario*, o jefe de la milicia goda, llamado Pelayo, un leonés refugiado entre los astures. Pudo ser sólo una refriega, pero a los apaleados godos aquella hazaña les devolvió el orgullo y la confianza. El mito crecería en los reinos cristianos durante el lento proceso de la Reconquista.

En dos años, había caído la monarquía goda, y un país poblado por unos cuatro millones de hispanorromanos y godos —quizá sea conveniente que, a partir de ahora, los llamemos hispanogodos— se había sometido, casi sin resistencia, a un ejército que no alcanzaría los cuarenta mil guerreros. ¿Cómo se explica?

Se explica porque la masa de la población, los campesinos paupérrimos y abrumados por los impuestos, no movieron un dedo en favor del orden goda. Total, peor de lo que estaban no podían estar con nuevos amos. Se explica, también, porque los invasores pactaron con los witizianos, con los obispos y con otros magnates, a los que permitieron conservar sus haciendas y privilegios. Era un gran consuelo por la pérdida de España porque los condes y los obispos continuaron al frente de sus provincias y de sus diócesis, y la organización jurídica y eclesiástica del Estado goda se mantuvo intacta. Aquellos musulmanes de la primera hornada respetaban a «las gentes del Libro», como llamaban a los cristianos y a los judíos, y se contentaban con imponerles un tributo especial. Por eso, tampoco estaban especialmente interesados en imponer su religión a los pueblos sometidos.

Este cuadro se modifica algo, pero no se descompone, si aceptamos las tesis de Ignacio Olagüe. Según él, los musulmanes no conquistaron España, sino que les fue pacíficamente entregada porque sus habitantes abrazaron masivamente el islam (lo que explicaría la sospechosa ausencia de noticias de la conquista en las crónicas musulmanas). Tenga en cuenta el escéptico lector

que faltaba mucho para Trento, y el cristianismo no estaba tan sistematizado como ahora. Era, más bien, un conjunto de confusas creencias, de las que sobresalía la certeza de un Dios único y todopoderoso, absoluto y excluyente. Esa esquemática visión se adaptaba, también, al Dios del islam, con la diferencia de que éste era más permisivo con los apetitos carnales de sus devotos y no los abrumaba con las exigencias de un clero abusón.

La verdad es que, al pasarse al islam, la explotada plebe hispanogoda salía ganando. También ganaban dos importantes minorías oprimidas: los siervos y los judíos. Los primeros porque estaban atados a la tierra casi como esclavos y, con el cambio, al abrazar el islam, ascendían a la categoría de libertos. Los judíos porque, aunque no se convirtieran al islam, alcanzaban los mismos derechos que cualquier cristiano, es decir, los respetaban y sólo los obligaban a satisfacer el impuesto religioso.

Muchos cristianos se mantuvieron en su fe, con sus iglesias y sus ritos, aunque los alfaquíes (equivalente musulmán del clero cristiano y tan aguafiestas como él) refunfuñaban porque los musulmanes consumían vino en ciertos monasterios cristianos que mantenían taberna y bodega. El lector no ignora que la ley de Mahoma abomina del cerdo y del vino. No obstante, muchos musulmanes españoles desconocían la prohibición coránica. De hecho, en Córdoba existió un floreciente mercado de vino, hasta que Abd al-Rahman II lo destruyó para contentar a los alfaquíes. Con la Iglesia hemos topado.

España volvía a ser la lejana colonia occidental de un gran imperio, el califato de Damasco, tan extenso como el romano. La nueva provincia se llamó al-Andalus, y el nombre de España, arabizado en *Ishbaniya*, quedó restringido a la parte de la Península no conquistada.

Durante un cuarto de siglo, los delegados de Damasco gobernaron al-Andalus, pero el imperio era tan dilatado y el califa tenía que atender a tantos problemas que, necesariamente, su autoridad se resentía, y los gobernadores de las provincias más remotas acabaron gobernando por su cuenta. Por otra parte, tampoco faltaban problemas internos entre los conquistadores: el grupo étnico más numeroso, los bereberes de Tariq, estaban descontentos porque les habían asignado las peores tierras (la meseta, Galicia y las montañas), mientras que la aristocracia árabe, los *baladtyyun*, llegados con Musa en 712,

cuando el trabajo estaba hecho, se habían establecido en las más fértiles (Levante, el Betis y el Ebro).

El malestar degeneró en franca rebelión, y los árabes, como eran minoría, llamaron en su auxilio a contingentes militares sirios (o *yund*), unos diez mil guerreros en total, quienes, después de someter a los bereberes, optaron por establecerse también en Andalucía y el Algarve.

Capítulo 22

Un príncipe fugitivo

Los árabes estaban divididos en varios grupos tribales que nunca se llevaron bien, aunque ya hemos visto que, después de las predicaciones de Mahoma, hicieron causa común para extender el islam por el mundo. Los grupos tribales más importantes eran los kalbíes, originarios del sur de la península arábiga, y los kaisíes, que eran del norte. Unos y otros tenían poco en común, aparte de la religión y el idioma. Los kalbíes eran hortelanos sedentarios (ellos fueron los que aportaron a Andalucía y Levante la rica tradición de los regadíos); por el contrario, los kaisíes eran pastores y camelleros nómadas.

En el santuario y centro caravanero de La Meca había otra tribu, los kuraish, dividida en dos clanes, los omeyas y los hashimíes, también enemistados porque los omeyas monopolizaban el próspero comercio con Bizancio y Persia, y sólo dejaban las migajas a sus parientes.

Durante cerca de un siglo, el clan de los omeyas se mantuvo a la cabeza del islam y controló el imperio de Damasco, pero en 750 un hashimí llamado Abd Allah derrocó al califa y exterminó a la odiada familia omeya; hasta borró de las lápidas sepulcrales el nombre de los omeyas difuntos. No contento con esto, Abd Allah mudó la capital a Bagdad y trocó su nombre por el de Abu al-Abbás, en memoria del tío de Mahoma al-Abbás, del que decía descender. La nueva dinastía se denominó abbasí.

Un joven omeya de veinte años de edad, un tal Abd al-Rahman, logró escapar de la matanza de su familia, y, poniendo tierra por medio, consiguió alcanzar la lejana tierra de al-Andalus.

Al-Andalus estaba al borde de la guerra civil cuando Abd al-Rahman desembarcó en sus playas. A cinco mil kilómetros de Arabia, los descendientes de las tribus kalbías y kaisías reproducían las rivalidades de sus ancestros y se hacían cruda guerra. A estos grupos étnicos había que añadir, para acabar de enmarañarlo todo, a los bereberes y a los sirios, cada cual con sus reivindicaciones, y finalmente, a los hispanogodos, divididos ahora en dos grandes comunidades: por un lado, los que se habían convertido al islam (muladíes), y por otro, los que seguían siendo cristianos (mozárabes). Y aún se queda en el tintero la comunidad judía, creciente en número e importancia.

Demasiada gente y demasiados intereses encontrados.

El joven Abd al-Rahman se erigió en mediador, puso paz primero por lo suave y, en cuanto tuvo autoridad, eliminó a los díscolos y se apoderó de al-Andalus.

¿Un omeya al frente de la provincia española obedecería al califa abbasí, al exterminador de su familia? El califa era el jefe espiritual del islam (del mismo modo que el papa lo era de la cristiandad). Los califas de Damasco, y posteriormente de Bagdad, ejercían la doble autoridad civil y religiosa. Como es natural, el joven Abd al-Rahman no acató la autoridad civil del califa abbasí, pero se resignó a reconocerlo como jefe religioso. En las mezquitas de al-Andalus se invocaba el nombre del odiado usurpador en su calidad de jefe religioso, pero por lo demás Abd al-Rahman se independizó de Bagdad, es decir, capitaneó su propio ejército, recaudó sus impuestos y gobernó a sus súbditos como le plugo. No obstante, continuaba usando el título de emir, o gobernador delegado del califa. Cuando uno de sus sucesores se atrevió a asumir también la jefatura religiosa, al-Andalus dejó de ser emirato para convertirse en califato, como se verá cuando toque.

Abd al-Rahman aspiraba a ser rey absoluto de un Estado moderno. Para ello necesitaba un ejército fiel, no una tropa de dudosa lealtad, dividida por enemistades tribales e intereses de clanes y familias. Por lo tanto, optó por la solución bizantina: rodearse de mercenarios (*sakaliba*), fieles solamente al

pagador, es decir, al Estado. Muchos de ellos eran cautivos, que habían sido capturados o adquiridos, siendo todavía niños, en la Europa cristiana. Desvinculados de sus familias y de sus culturas de origen, no reconocían más familia que el regimiento al que pertenecían. Estos soldados residían en sus cuarteles, despreciaban la vida civil y se mantenían ajenos a la política, e incluso a la vida menuda de la calle, pues, aunque vivieran en al-Andalus no se molestaban en aprender el idioma. Por eso, también los llamaban *khurs*, los silenciosos.

¿Y los cristianos? Mientras el emirato de al-Andalus se consolidaba, los godos fugitivos en las montañas de Asturias y los naturales de aquella comarca habían fundado un reino cristiano, que, al poco tiempo, extendió sus dominios, por un lado, hasta Galicia y, por otro, hasta el Duero, aprovechando que aquella tierra había sido prácticamente abandonada por los bereberes. Abd al-Rahman andaba corto de dinero y de hombres, y aceptó la línea del Duero, como su frontera natural con los cristianos. De hecho, el espacio entre Madrid y el Duero quedó como tierra de nadie. Abd al-Rahman estableció en sus confines tres marcas o provincias militares (según la costumbre romano-bizantina), con capitales en Zaragoza, Toledo y Mérida. Solamente en las feraces tierras del Ebro y Cataluña había contacto directo entre cristianos y musulmanes.

La solución de las marcas militares resolvía el problema de la seguridad en las fronteras, pero, a la larga, creaba otro más grave: los gobernadores militares aprovechaban la menor ocasión para desgajarse de la obediencia de Córdoba y crear sus propios reinos. Para conseguirlo, no vacilaban en aliarse con el enemigo cristiano, del que supuestamente debían defender el territorio. Esto explica que el gobernador de Zaragoza llegara a un acuerdo con Carlomagno, rey de Francia, para repartirse la región. Pero cuando Carlomagno intentó ocupar los pasos de los Pirineos fue derrotado por los vascos (que seguían manteniendo la independencia desde la caída del Imperio romano). Fue la batalla de Roncesvalles, en la que perecieron Roldán y los pares de Francia, como épicamente cuenta la *Chanson de Roland*.

Carlomagno no renunció a sus ambiciones y logró crear en tierras catalanas su propia provincia militar, la llamada Marca Hispánica. Los sucesores de Carlomagno permitieron la existencia de diversos condados

satélites a este lado de los Pirineos. Sólo fracasaron en Aragón y Navarra, donde surgieron poderes independientes.

Volviendo a Córdoba y a sus problemas, el proyecto autárquico de Abd al-Rahman, con sus plazas militares, sus regimientos mercenarios, su estado burocrático y su corte imitada de la bizantina, costaba mucho dinero, que tenía que salir de los impuestos. Como siempre, era el pueblo humilde el que pagaba la cuenta. El malestar de los contribuyentes fue creciendo a medida que aumentaban las exigencias tributarias. En tiempo del tercer emir, al-Hakam I, estallaron dos rebeliones, una en Toledo y otra en la propia Córdoba. La de Toledo es conocida como jornada del Foso (797). Sabedor el emir de que la gente de este país es capaz de correr cualquier riesgo con tal de comer de balde, atrajo al alcázar a los prohombres de la ciudad con el señuelo de un banquete, que, en realidad, ocultaba una trampa. «Los verdugos —anota el cronista— se colocaron al borde del foso y a todos los que iban entrando los iban degollando, hasta que uno de los que esperaban fuera dio la voz de alarma: viendo el vapor de la sangre que ascendía por encima de los muros barruntó la causa y gritó: «¡Toledanos, es la espada, voto a Dios, la que causa ese vapor y no el humo de las cocinas!»». Los que esperaban se disolvieron y la ejecución se detuvo, pero para entonces los verdugos habían degollado a más de cinco mil trescientos.

La matanza de Córdoba, en 818, conocida como jornada del Arrabal, fue menos cruenta. Allí sólo perecieron los cuarenta amotinados más notorios, y sus cuerpos fueron crucificados a las afueras de la ciudad.

Por si no había bastantes problemas en España, dividida como estaba entre religiones, reinos, razas, castas y tendencias, una flota de piratas vikingos atacó las costas. En sus veloces y estilizados navíos, los vikingos habían recorrido ya las costas francesas, saqueando y pillando poblaciones y monasterios. En 843 desembarcaron en Asturias, donde fueron rechazados por el rey Ramiro I, y en Galicia, donde hicieron algunos estragos. Luego, descendieron por la costa atlántica hasta Lisboa, ya en tierra musulmana, donde volvieron a desembarcar. El gobernador envió correos a Córdoba para avisar a Abd al-Rahman II de la llegada de los piratas, suponiendo que continuarían hacia el sur. Poco después, los vikingos alcanzaron la desembocadura del Guadalquivir y se dividieron en dos grupos: mientras uno

saqueaba Cádiz, el otro, unos ochenta navíos, remontó el río y atacó Sevilla. El emir reunió a duras penas las tropas necesarias para batirlos y derrotarlos. Luego, pactó con ellos y permitió que algunos se establecieran en la isla Menor, donde se ganaron la vida criando ganado y fabricando queso.

En años sucesivos hubo otras expediciones vikingas, que llegaron a la costa norte de África y remontaron el Ebro hasta Pamplona, donde capturaron al magnate Sancho García, por cuyo rescate obtuvieron la respetable cifra de noventa mil dinares.

Capítulo 23

Los reinos cristianos (711-1035)

Los primeros reyes de Asturias, conscientes de su debilidad, procedieron con prudencia y cautela (en lo político, digo, porque en lo personal, a veces, pecaron de imprudentes; por eso, a Favila lo mató un oso en una cacería). Sólo ocuparon Galicia cuando los bereberes la abandonaron para retirarse a las tierras del sur, menos húmedas y más fértiles. Pero luego, viendo a los musulmanes enzarzados en una guerra civil, les pareció que recuperar el antiguo reino de los godos iba a ser pan comido y comenzaron a colonizar la tierras despobladas al norte del Duero. A pesar de todo, como no las tenían todas consigo, fortificaron sus pueblos y pasos con numerosos castillos, de donde procede el nombre de Castilla, que se le dio a la región más expuesta y mejor defendida, el valle del Mena y sus alrededores. Finalmente, García I (911-914) se atrevió a trasladar la capital de Oviedo a León, cambio que psicológicamente mostraba su voluntad de extender el reino hacia el sur, recuperando las tierras musulmanas. Incluso lograron derrotar al ejército de Abd al-Rahman II en Simancas (938). Los colonos asturleonese poblaron la Tierra de Campos, y otra vez se escuchó el familiar tañido de la campana cristiana sobre las espadañas de las nuevas iglesias, modestas y bellas construcciones como las de San Juan de Baños o la cripta de San Antolín de Palencia y San Pedro de la Nave en Zamora.

La cristiandad peninsular marchaba viento en popa, y los flamantes reyes de León estaban convencidos de que España entera les pertenecía como legítimos herederos de la monarquía visigoda. Pero les salieron primos respondones: por un lado, los vascos, que organizaron reino propio en Navarra y comenzaron a ampliarlo hacia el sur, con Sancho I (905-926), y por otro lado, los catalanes, desde que, en 988, el conde de Barcelona Borrell II, «por la gracia de Dios duque ibérico», aprovechó la decadencia del imperio franco para proclamarse independiente y ampliar sus dominios a otros condados que serían el germen de la futura Cataluña. Cataluña no había encontrado su nombre todavía, pero sus pobladores demostraban un notable espíritu emprendedor. Veintiún años más tarde se atrevieron a saquear Córdoba, devolviendo la visita de Almanzor a Barcelona en tiempos de Borrell II.

Con tan autorizados competidores, el rey de León tuvo que abandonar su utópico proyecto hegemónico y contentarse con ser un socio más del club peninsular. Además, le salieron hijos contestatarios. Los indóciles colonos de aquel rincón llamado Castilla mostraban cierta propensión a actuar por su cuenta, ignorando los formalismos y escribanías que les llegaban de la capital. Bastó que surgiera un líder, el conde de Fernán González (¿930?-970), para que se independizaran y formaran una entidad aparte, que, con el tiempo, eclipsaría al tronco del que salió y al resto de los reinos peninsulares.

Aquellos primitivos castellanos tenían prisa por crecer y en seguida se diferenciaron hasta en el habla. Dieron en hablar castellano, también llamado español, ese dialecto seco y sabroso como las vides de La Rioja en la que nació, que hoy, después de siglos de gloriosa madurez, es el segundo idioma del mundo. Precisamente uno de los mayores despropósitos del actual Estado de las autonomías consiste en que la cuna del primitivo castellano no esté ya en Castilla.

El poema de Fernán González nos da una visión ingenua y recia de los primeros castellanos:

*Era toda Castilla sólo una alcaldía
a pesar de ser pobre y de poca valía
nunca de buenos hombres fue Castilla vacía:
de cómo fueron ellos lo sabemos hoy día.*

*Fue de los castellanos el principal cuidado
elevar su señor al más alto estado;
de una alcaldía pobre, hiciéronla condado,
tornáronla después cabeza de reinado.*

*Se llamó don Fernando este conde primero,
nunca hubo en el mundo otro tal caballero;
éste fue de los moros implacable guerrero,
por sus lides decíanle el buitre carnicero.*

Creció Castilla, creció Navarra, creció Cataluña, y ya no quedó tan clara la hegemonía que pretendían los reyes de León. No obstante, como de ilusión también se vive, continuaron insistiendo en que ellos eran los legítimos herederos de los visigodos. Hasta incurrieron en la ficción de titularse emperadores, es decir, reyes de reyes, para sentar su primacía sobre los otros reinos cristianos.

La euforia y el gozo no duraron mucho. Cuando parecía que los moros estaban a punto de desmoronarse ante el empuje cristiano, se recuperaron y contraatacaron. En muy pocos años, la situación se invirtió, y los embajadores de León, de Navarra, de Barcelona y de Castilla tuvieron que guardar turno para postrarse ante el califa para lo que gustara mandar y llenarle las arcas con tributos.

Pero antes de referir estas miserias conviene que hagamos un alto para ver qué fue de los hispanogodos que, convertidos al islam o no, vivían en tierras musulmanas. Ellos protagonizaron dos famosas rebeliones, una espiritual y otra armada: la de los mártires de Córdoba y la del guerrillero Ibn Hafsun, que, según dicen, estuvo en un tris de dar en tierra con el poder del islam español.

Capítulo 24

La rebelión de Ibn Hafsun

El Estado cordobés entró en crisis en la segunda mitad del siglo IX. A los conatos independentistas de los gobernadores militares de las provincias fronterizas se sumaron las epidemias y las malas cosechas, la corrupción de los funcionarios y la crisis económica generalizada.

«Donde no hay harina todo es mohína», dice el refrán castellano. Para colmo, en la numerosa comunidad cristiana de Córdoba florecieron dos fundamentalistas, Eulogio y Álvaro, que, consternados por la creciente islamización de sus feligreses (muchos de los cuales vestían chilaba, parlaban algarabía, se aficionaban a los baños e imitaban otras costumbres no menos perniciosas de la secta de Mahoma), convocaron a sus ovejas a una tanda urgente de ejercicios espirituales y consiguieron que trece aspirantes al martirio, entre ellos dos mujeres, las vírgenes Flora y María, se presentaran ante la autoridad islámica para insultar a Mahoma. Era un modo expeditivo de alcanzar el martirio, puesto que, en el islam, la blasfemia se castiga con la muerte (aún hoy, recuerden la sentencia que pesa sobre el escritor Salman Rushdie).

Ocurrió lo que se esperaba: las autoridades religiosas dictaron sentencia, y los blasfemos fueron ejecutados. Al olor del martirio, el fundamentalismo cristiano creció y nuevos aspirantes a mártires se presentaron ante los jueces.

El movimiento creó un problema de orden público y deterioró las relaciones, hasta entonces pacíficas, de las dos comunidades. El propio Abd al-Rahman II tomó cartas en el asunto y convocó un concilio en Toledo, sede de la máxima autoridad religiosa cristiana, en el que los obispos prohibieron a los fieles que provocasen a los musulmanes. No todos obedecieron, claro, porque, como las actitudes irracionales en seguida encuentran eco, los aspirantes a mártires perseveraban en su suicida actitud. Muhammad I, sucesor de Abd al-Rahman II, actuó con mano dura contra la misma raíz del problema y decapitó al predicador Eulogio (que, naturalmente, la Iglesia proclamó santo). Huérfano de su guía espiritual, el movimiento decreció rápidamente. En total, habían alcanzado la palma del martirio cincuenta y tres cristianos.

Con mártires o sin ellos, la comunidad mozárabe disminuía sin cesar porque, aparte de los que se convertían al islam, muchos otros miembros emigraban a los reinos cristianos. En la medida en que disminuían los contribuyentes cristianos, la presión fiscal sobre los musulmanes aumentaba y, con ella, el malestar de los más desfavorecidos, que finalmente estalló en una serie de revueltas.

Los muladíes (descendientes de cristianos convertidos al islam), descontentos con su condición de ciudadanos de segunda, se alzaron contra la clase árabe dominante. La rebelión más consistente la acaudilló Ibn Hafsun, nieto de cristiano, aunque musulmán de nacimiento, que mantuvo en jaque, durante treinta años, a sucesivos emires de Córdoba.

El nuevo Viriato comenzó sus correrías en la serranía de Ronda, como los bandoleros de faca y trabuco. A poco de alzar el banderín de enganche logró agrupar a una numerosa turba de desheredados, a la que convirtió en un ejército. Dominó un amplio territorio entre Algeciras y Murcia, y algunas grandes ciudades (Écija, Priego, Archidona, Baeza y Úbeda). Finalmente, el emir Abd Allah logró derrotar al rebelde aprovechando que su tardía conversión al cristianismo había enajenado la voluntad de los seguidores musulmanes.

Cuando las cosas comenzaron a irle mal, incluso muy mal, Ibn Hafsun, oportunista como siempre, falleció. Fue en 917. Un cronista árabe le dedicó el siguiente epitafio: «Fue columna de los infieles, cabeza de los politeístas, tea de la guerra civil y refugio de los rebeldes. Su muerte fue anuncio de toda

fortuna y prosperidad».

La tumba de Ibn Hafsun fue profanada, y su cadáver, exhumado. Lo habían sepultado con arreglo al rito cristiano, la cabeza vuelta hacia Oriente y las manos cruzadas sobre el pecho. El macabro trofeo fue exhibido en una puerta de la muralla de Córdoba.

La capital desde la que Ibn Hafsun desafiaba el poder de Córdoba era «un castillo inaccesible a ochenta millas de Córdoba [...] sobre un cerro peñascoso y aislado [...] donde hay muchas casas, iglesias y acueductos» (al-Himyari). La localización de este castillo ha producido tremendos quebraderos de cabeza a los historiadores, que se empeñaron en identificarlo con la villa aragonesa de Barbastro, lo que los obligaba a hacer auténticos malabarismos con el tiempo y las distancias para que cuadraran los plazos en que, según las crónicas, los ejércitos califales acudieron a sitiar la fortaleza. Hoy se acepta que Bobastro estaba en las montañas del norte de Málaga, quizá en las Mesas de Villaverde, lugar evocador, donde hay una iglesia excavada en la roca, o en Masmúyar, junto al pintoresco pueblecito de Comares, donde afloran, entre los olivos, abundantes vestigios de loza medieval e incluso un aljibe subterráneo sostenido por arcos de herradura sobre pilastrillas.

Capítulo 25

Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos

Cuando el joven Abd al-Rahman III heredó el trono de su abuelo, al-Andalus estaba en franca decadencia, con los caudillos bereberes, árabes o muladíes desentendidos del gobierno central, la economía en recesión, el comercio exterior en crisis y las arcas del Estado casi exhaustas. Por si fuera poco, en 910 una dinastía fatimí de la secta chiíta, enemiga jurada de los omeyas, se había instalado en el Magreb y conspiraba para extender su dominio hasta al-Andalus.

Abd al-Rahman III no se amilanó. Aprovechando el entusiasmo popular que suscitó la derrota de Ibn Hafsun, se proclamó califa o jefe espiritual de su pueblo. La medida, que su antecesor el primer omeya nunca se atrevió a tomar, no escandalizó a nadie. Corrían ya otros tiempos y hacía años que la unidad espiritual del islam se había roto. Los califas fatimíes del norte de África hacía tiempo que ignoraban la autoridad de Bagdad.

Pacificado y ordenado su reino, el flamante califa andalusí dirigió su mirada a los reinos cristianos del norte, cuyos reyes, envalentonados por la inepta pasividad de los últimos emires cordobeses, se habían vuelto muy osados y lanzaban frecuentes expediciones de saqueo contra la frontera musulmana. Ya iba siendo hora de bajar los humos a tan molestos vecinos. En verano de 939, Abd al-Rahman III se puso al frente de un gran ejército y

marchó contra los cristianos, pero le tendieron una celada cerca de Simancas y lo derrotaron. Comprendió que su ejército era poco operativo y que las tropas voluntarias que lo integraban resultaban más un estorbo que una ayuda.

Los ejércitos del islam se han nutrido tradicionalmente de voluntarios porque Mahoma prometió el paraíso a los caídos en Yihad (guerra santa), pero en la época de Abd al-Rahman los voluntarios no eran ya de la misma calidad que los que habían conquistado medio mundo dos siglos antes. Ahora había mucho holgazán procedente de las ciudades, mucho hortelano escaqueado, mucho oportunista más atento a la llamada del rancho que a la instrucción de las armas. No eran adecuados para combatir contra los cristianos, cuya aristocracia había convertido la guerra en la única profesión honorable. Así lo comprendió Abd al-Rahman y, antes de intentar un desquite, reformó radicalmente el ejército, prescindió de las tropas autóctonas y reclutó gran cantidad de mercenarios extranjeros, principalmente eslavos y también cristianos del norte. Más adelante contaría con mesnadas cristianas completas, cedidas por condes cristianos feudatarios de Córdoba. Esta vez planeó cuidadosamente su ataque contra los reinos del norte; incluso construyó dos bases de apoyo en Medinaceli y Gormaz.

¡Gormaz! ¡Qué hermoso parece el castillo más antiguo de Europa, en medio del páramo soriano, recorrido por el majestuoso Duero! Se llega en coche, cómodamente, hasta el pie del muro. Por dentro, el castillo es llano, largo y herboso, como una alameda. El visitante escucha el silbo del viento en el silencio perfecto de sus ruinas y ve recortarse, allá en lo alto, sobre el impoluto cielo azul, el vuelo coronado del buitre.

La Reconquista, ya aceptada como lógica herencia de los desposeídos visigodos, tendría que esperar. Las fuerzas de los reinos cristianos eran tan menguadas que ni siquiera bastaban para defender sus fronteras del renovado ejército de Abd al-Rahman III. Por lo pronto, los amenazados reinos cristianos se apresuraron a enviar embajadas amistosas a Córdoba. Todos tuvieron que pasar por la taquilla: leoneses, navarros, catalanes, incluso los fieros castellanos.

Ya sé que el escéptico lector tiene oído que los cristianos tributaban cien doncellas al año con destino al harén del califa, pero esa piadosa y libidinosa leyenda cristiana es pura fantasía, por más que se esfuerce en acumular datos y

que asegure que la vergonzosa contribución databa de los tiempos del rey Mauregato (783) y que sólo dejó de pagarse cuando Santiago Apóstol en persona descendió en su caballo blanco, espada en mano, para capitanear las mesnadas cristianas que derrotaron a los musulmanes en la batalla de Clavijo.

No hubo tal. No hubo batalla de Clavijo. Y ese Santiago Matamoros tan repetido luego, iconográficamente, en los altares e iglesias de España e Hispanoamérica no contiene más verdad que el Guerrero del Antifaz. En la bien urdida patraña de la batalla de Clavijo se apoyaba la Iglesia para exigir el «privilegio de los votos» que obligaba a los cristianos españoles a entregar a la iglesia de Santiago una medida de trigo y otra de vino por cada yugada de tierra. El documento del compromiso que exhibía la Iglesia era una falsificación, claro.

Entonces, ¿qué pagaban los cristianos? Lo corriente, hombre de Dios: cabras, alguna que otra oveja, pieles, grano, leguminosas y otros flatulentos productos de la tierra.

Es cierto, sin embargo, que, como apóstol de España, Santiago era invocado al entrar en combate: «¡Santiago y cierra España!» *Cierra España*, es decir, guarda a España, pero *cerrar* también significa «acometer con denuedo». Era una versión cristiana del alarido o grito de guerra musulmán: «¡Mahoma!» La palabra árabe *alarido*, hoy perfectamente naturalizada castellana, es un buen ejemplo de la gran cantidad de vocablos árabes de uso militar que pasaron al castellano: *enacido* (espía); *almirante*, *alférez*, *zaga* (reserva que sigue al ejército); *alarde* (revista de tropas); *alcaide* (jefe militar de un castillo); *algarada* (incursión en territorio enemigo); *almenara* (señal de fuego sobre una torre vigía o atalaya); *alcazaba*, *almudena*, *alcázar*, todas referentes, con pequeñas variantes, a fortificaciones ciudadanas; *adalid* (guía y especialista en agüeros). Los agüeros eran muy importantes. Tanto cristianos como musulmanes, antes de entrar en batalla, *cataban* las aves, es decir, hacían pronósticos sobre el vuelo de las que iban encontrando, especialmente si eran cuervos o cornejas, muy abundantes entonces. Unos y otros eran gente crédula y supersticiosa, ya se ve.

Es de suponer que los escépticos de entonces descreían de agüeros e incluso del divino auxilio de Santiago o de Mahoma. De alguno de ellos debe proceder aquella honda reflexión:

*Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.*

Nunca se estaba seguro. Incluso cuando las cifras cuadraban y la superioridad numérica estaba a favor de uno, la picajosa divinidad podía castigar pretéritos pecadillos ayudando al enemigo. Ya lo dice el poema de Fernán González:

Bien vemos que Dios quiere a moros ayudar.

No sería muy distinta la guerra, con sus menudos lances y trabajos y cuidados, a la que se describe en una carta de la frontera de Granada fechada en 1509: «Los moros son astutos en la guerra y diligentes en ella, los que han sido en los guerrear los conocen bien y saben armalles. Conocen a qué tiempo y en qué lugar se ha de poner la guarda, do conviene el escucha, a dónde es necesario el atalaya, a qué parte el escusaña; por do se fará el atajo más seguro e que más descubra. Conosce el espía; sabrála ser. Tiene conocimiento de los poluos, si son de gente de a pie, e qual de a caballo, o de ganado, e qual es toruellino. Y cuál humo de carboneros y cuál ahumada; y la diferencia que ay de almenara a la candela de los ganaderos. Tiene conocimiento de los padrones de la tierra, y a qué parte los toma, y a qué mano los dexa. Sabe poner la celada, y do irán los corredores, e ceuallos sy le es menester. Tiene conocimiento del rebato fechizo, y cuál es verdadero. Dan avisos. Su pensar continuo es ardiles, engaños e guardarse de aquéllos. Saben tomar rastro, y conocen de qué gente, y aquél seguir. Tentarán pasos e vados, e dañallos o adoballos según fuere menester. Y guían la hueste. Buscan pastos y aguas para ella, y montañas o llanos para aposentallos. Conocen la disposición de asentar más seguro el real; tentarán el de los enemigos...».

Capítulo 26

Parias y chantajes

Tuvo suerte Abd al-Rahman III. El contacto con las gentes de Persia y Bizancio había elevado el nivel cultural de los árabes de Oriente muy por encima del europeo, lo que indirectamente lo benefició, pues, en el mundo islámico, las ideas y las mercancías circulaban con cierta fluidez. Esto explica también que las tácticas militares allá aprendidas resultaran superiores a las que empleaban los cristianos de tradición goda. Córdoba contaba con un ejército mejor organizado que el cristiano, lo que le permitía conservar la iniciativa. Las expediciones militares se hacían en verano, de manera que el ejército invasor encontrara los campos sin segar y pudiera alimentarse de lo que iba requisando. En invierno —días cortos y lluviosos, caminos embarrados que dificultan la marcha y sin cosechas—, los militares permanecían acuartelados.

Esto en lo tocante a los moros. Entre los cristianos, la precaria economía de sus reinos no permitía el mantenimiento de grandes ejércitos y, para formarlos, se recurría al sistema feudal. Cada vasallo prestaba a su señor una cantidad de jinetes y peones proporcional a la importancia y recursos del señorío. Estas tropas servían al rey durante un determinado período de tiempo, por lo general los meses de verano. Eran una arma de doble filo, porque si los nobles o las ciudades que las aportaban se enemistaban con el rey, se

despedían en cuanto se cumplía el plazo legal y regresaban a sus señoríos y burgos dejando al monarca en la estacada, en plena campaña, a lo mejor obligándolo a levantar el cerco de una ciudad que estaba a punto de capitular.

Pero no adelantemos acontecimientos. Todavía no están los cristianos en condiciones de invadir tierra islámica ni de cercar ciudades. Bastante hacen con defenderse de las embestidas de Abd al-Rahman.

A Córdoba le sobraba todavía energía; robusteció sus fronteras del norte y del sur, el vientre blando de al-Andalus abierto al Estrecho, y hasta erigió plazas fuertes en Marruecos, que cumplieron una doble función: frenar la influencia fatimí y servir de centros de acogida de las caravanas que hacían la ruta Sidjilmasa Ceuta trayendo el oro del África Negra a través del desierto del Sahara.

Ya hemos visto que el rearme islámico superó las limitadas posibilidades de los reinos cristianos y los obligó a satisfacer tributos. Esto de los tributos medievales no deja de ser curioso. En cuanto un rey es más fuerte que el vecino, lo chantajea y lo obliga a satisfacer un tributo anual si quiere que respete su territorio. Abd al-Rahman ni siquiera se planteó la conquista de los reinos cristianos. Le resultaba más productivo cobrar de ellos cada año. Luego, cuando la tortilla dio la vuelta y al-Andalus se desmembró en un mosaico de pequeños estados de taifas, la situación se invirtió. Los cristianos también preferían percibir tributos del moro en lugar de arrebatarse sus tierras. No había prisa por continuar la Reconquista. Por supuesto, los cristianos no ignoraban que las tierras musulmanas eran más fértiles que las suyas, pero preferían explotarlas indirectamente, a través de los impuestos o parias. Era la gallina de los huevos de oro. Las parias se convirtieron en un ingreso regular, con el que contaban las haciendas reales. Algunos reyes hasta las incluyen en sus testamentos. Por ejemplo, Fernando I (1037-1065) dejaba a su hijo Sancho II el reino de Castilla y las parias del rey moro de Zaragoza; a su segundo hijo, Alfonso VI, le dejaba León y las parias de Toledo, y al hijo tercero, García, Galicia y las parias de Sevilla y Badajoz. La explotación de las parias explica, más adelante, que los cristianos dispongan de los fondos necesarios para acometer las grandes construcciones románicas y hasta para acuñar moneda propia en lugar de trocar ovejas, cerdos y bueyes como hacían sus abuelos.

Capítulo 27

Culta Córdoba

Los hispanogodos eran más cultos que los musulmanes. Dos siglos después, esa relación se había invertido porque la cultura mozárabe se había estancado y el Occidente cristiano había decaído, mientras que el mundo islámico se había enriquecido con las aportaciones de Persia y Bizancio. El fluido intercambio cultural existente en el mundo islámico permitió que muchos andalusíes visitaran Oriente, como peregrinos a La Meca o como estudiantes en Bagdad. Bagdad era, entonces, el centro cultural más prestigioso del islam, el lugar al que acudían estudiosos de todas partes a cursar sus *masters*. Bagdad competía en esplendor con Bizancio, e irradiaba cultura y civilización a todo el mundo islámico. Aquellos viajeros y aquellos estudiantes se convirtieron en eficaces insemnadores de ideas. Por otra parte, la grandeza de un emir o de un califa se medía por las mezquitas, palacios, escuelas, hospitales, obras públicas y fiestas que costeaba, y por los artistas, los músicos y los poetas que amparaba con su mecenazgo. Eran inversiones propagandísticas, pero, al fin y al cabo, favorecían la cultura. El caso más claro es el del famoso músico bagdadí Ziryab, el árbitro de la elegancia que al-Hakam trajo de Bagdad. Desde que se estableció en Córdoba, la vida cultural y social de la capital de los califas se tornó más rica y cosmopolita. Ziryab, como un misionero del buen gusto, contribuyó poderosamente a

divulgar la música, la poesía y la etiqueta social de Oriente. También a iraquizar la cultura y aficionar a los esnobs (que siempre los ha habido) a refinamientos exóticos, a lo sofisticado, a las sedas, los perfumes, los versos, la música.

Córdoba, en el siglo X, era la joya rutilante de Occidente. Mientras la vida material de los reinos cristianos experimentaba un retroceso considerable y sus condes chapoteaban en el barro de calles malolientes y se resignaban a habitar en chozas que compartían con los animales y en húmedos castillos desprovistos de las más elementales comodidades y recorridos por corrientes de aire, la capital de al-Andalus, como una pequeña Bagdad implantada en Occidente, creció y se hermo­seó con bellos edificios, largos acueductos que suministraban agua a los palacios, mezquitas y fuentes públicas; se rodeó de lujosas mansiones, de huertas y paseos públicos, de jardines botánicos, de baños, de fondas, de hospitales y de zocos, cuyos tenderetes exhibían exóticos productos llegados de todo el mundo a través del activo comercio mediterráneo y africano. La robusta economía de Córdoba se apoyaba, además, en una inteligente explotación agrícola y minera y en una floreciente industria especializada en objetos fáciles de transportar y caros: tejidos de seda o algodón, perfumes, medicinas, repujados, cordobanes, piezas de marfil. Algunas cajitas del precioso material, diseñadas para guardar los cosméticos de las favoritas de los harenes cordobeses, serían utilizadas como relicarios o vasos sagrados en las iglesias y abadías cristianas, lo que da idea del diferente grado de desarrollo del norte cristiano y el sur musulmán.

La moneda cordobesa era tan fuerte que circulaba en el mundo cristiano con el prestigio que hoy tiene el dólar en los países subdesarrollados. Incluso se falsificaba en Cataluña (y, para que se vea lo que es la mudanza de los tiempos, cuatro siglos después, serán los árabes granadinos los que falsifiquen la prestigiosa moneda catalana).

Fuentes de mercurio, arrayanes, mirtos

Los califas de Córdoba imitaron a los de Bagdad, que, a su vez, imitaban a los emperadores bizantinos y a los monarcas sasánidas. El califa se sacralizó, se convirtió en un autócrata inaccesible, rodeado de un recargado ceremonial, ante una corte numerosa, en la cual ocupaba destacado lugar el espléndido harén. No es que los califas fueran especialmente lascivos, que, muchas veces, el ejercicio del poder mata las ganas y deja poco espacio a estas expansiones, sino más bien que el harén se había convertido en símbolo de posición y poder. También constituía un grupo de presión nada despreciable. En él convivían varias generaciones de mujeres de sangre real y una cohorte de eunucos amujerados que las custodiaban y servían, y que, a falta de mejor pasatiempo, se consagraban a intrigar y espiar. A menudo las más altas decisiones políticas se fraguaban en el harén, entre ambiciones personales, odios infinitos, venganzas y pasiones desatadas.

Un Estado tan poderoso como el cordobés precisaba de una compleja burocracia que generaba ingentes gastos, pero el califato vivía tiempos de gran prosperidad económica, con un comercio mediterráneo tan intenso como en los mejores tiempos del Imperio romano, lo que redundaba también en un notable desarrollo de la agricultura. Los que más tributaban eran los judíos, naturalmente, y los cristianos, aunque ya hemos visto que éstos disminuían constantemente debido a las conversiones al islam, quizá propiciadas por las ventajas fiscales y por el prestigio de una cultura superior más que por la doctrina de Mahoma.

Abd al-Rahman III, como los grandes soberanos de Oriente, se construyó un gran palacio en las afueras de Córdoba, el famoso Medinat al-Zahra, una ciudad palatina, rodeada de jardines recorridos por arroyuelos, de huertos con árboles de las más variadas especies, de estanques, lagos, residencias para los cortesanos, cuarteles, escuelas, baños, caballerizas, almacenes, mercados y calles por las que circulaban pajes y esclavos lujosamente ataviados. En aquella ciudad administrativa, residían unos trece mil funcionarios y cuatro mil servidores.

La magnitud del palacio califal se manifiesta en la lista de los materiales empleados en su edificación: mil quinientas puertas, cuatro mil columnas de mármol de diversos colores, muchas importadas de Francia, de Constantinopla, de Túnez y de distintos lugares de África. Solamente los peces

de los estanques consumían diariamente doce mil hogazas de pan y seis cargas de legumbres negras (aquí ya el escéptico escritor se permite la sombra de alguna duda: ¿qué clase de ballenas insaciables criaba el moro en su jardín?).

La sala del trono, calculada para reflejar la magnificencia del califa y asombrar a los embajadores de potencias extranjeras, era una maravilla que parece sacada de *Las mil y una noches*: el techo estaba forrado de láminas de oro, y las paredes y suelos, de mármoles de colores. Cuando el sol penetraba por las ocho puertas de la estancia, los reflejos de muros y adornos cegaban la vista. En el centro, había una fuente de mercurio, que al agitarse reflejaba las luces como si la habitación se moviera.

Medinat al-Zahra tardó casi medio siglo en construirse. Tanto esplendor tuvo una vida corta, apenas cincuenta años, porque en 1011 fue saqueada e incendiada por los bereberes amotinados. Las ruinas de Medinat al-Zahra sirvieron durante siglos de cantera, de la que se surtieron de mármoles y columnas los constructores cordobeses. Lo único que despreciaron fue los yesos hermosamente labrados que cubrían las paredes. Desde hace medio siglo, se reconstruye el palacio, pero conjuntar el tremendo rompecabezas de sus restos es una labor de mucha paciencia y robusto presupuesto, que seguramente abarcará varias generaciones.

Las ruinas de Medinat al-Zahra están abiertas al público a cinco kilómetros de la moderna Córdoba.

Abd al-Rahman III reinó cincuenta años, siete meses y tres días. Cuando falleció, encontraron entre sus papeles personales una lista de los días felices de su vida: solamente catorce, y no seguidos.

El sucesor de Abd al-Rahman III, su hijo al-Hakam II (961-976), se encontró el Estado fuerte, una hacienda saneada, un país próspero, una corte brillante y un ejército capaz de mantener a raya tanto a los cristianos en el norte como a las levantiscas tribus marroquíes. Además, hombre de suerte, su reinado coincidió con una prolongada crisis interna del reino leonés. Reyes y condes siguieron pasando por taquilla para dejar sus impuestos en las arcas cordobesas, y al-Hakam II invirtió el superávit en obras públicas, en la ampliación de la mezquita de Córdoba y hasta en pagar la friolera de mil dinares por el *Libro de los Cantares* del célebre poeta Abul-al-Farach. Los bibliófilos tenemos por nuestro santo patrón a este moro suave que llegó a

reunir una biblioteca de unos cuatrocientos mil volúmenes, que, según dicen los cronistas, había leído en su mayoría. Caso semejante de capacidad lectora en un político no vuelve a repetirse hasta don Alfonso Guerra, salvando distancias. Lo que se le puede reprochar es que, con tanta atención a la cultura, descuidara el gobierno del reino y, sobre todo, que lo dejara en las manos débiles e inexpertas de su hijo Hisham. Con este jovencuelo ya no pudo Córdoba seguir funcionando por pura inercia, porque el Estado quedó a merced de diferentes grupos de presión, que lo condujeron a la anarquía y dieron al traste con la gran obra de los Abd al-Rahmanes.

Este Hisham que sale ahora era, por cierto, hijo de una concubina de origen cristiano y navarro, llamada Subh. Los altos mandatarios y en general los musulmanes de posición desahogada apreciaban mucho a las mujeres cristianas, especialmente si eran rubias, de piel blanca y gordas. Debe ser por la novedad, igual que los lechosos anglosajones se prendan de las morenazas mediterráneas. Esto explica que en los mercados de esclavas hubiera un intenso tráfico de cristianas rubias procedentes principalmente de Galicia y del Cantábrico, pero también del norte de Europa.

Naturalmente, había mercaderes desaprensivos que daban gato por liebre, vendiendo musulmana libre por esclava cristiana. «Disponen de mujeres ingeniosas y muy bellas que hablan a la perfección la lengua romance y se visten como cristianas. Pide el cliente esclava recién importada del país cristiano y después de darle largas (para aumentar su deseo) se la presenta diciéndole que acaba de recibirla de la Frontera Superior. Ella se va con el comprador. Luego, si está satisfecha del trato y de la casa, le pide que la liberte y se case con ella. En caso contrario, da a conocer la verdad: que es una mujer libre, y el cuitado no tiene más remedio que dejarla en libertad y perder su dinero».

Capítulo 28

Almanzor el del tambor

Hisham II gobernó en medio de las intrigas cortesanas, entre altos funcionarios que rivalizaban por el poder. El que se impuso a todos ellos fue Almanzor, un miembro de la pequeña nobleza, que empezó de simple escribiente, aprovechando que tenía buena letra (la caligrafía se apreciaba mucho), y fue escalando puestos en la administración, desde subsecretarías como la de director de la Fábrica de Moneda y Timbre hasta ministerios como el del Tesoro. Es probable que su meteórica ascensión se debiera también a su amistad con la esposa favorita del califa, la bella Subh, la navarra.

Almanzor gobernó, prácticamente, como rey absoluto y relegó al joven, piadoso y algo bobo Hisham II al papel de mero comparsa. Como todo dictador, aspiró a perpetuar su memoria en un monumento imperecedero que pregonara su grandeza. El suyo fue una nueva ciudad palaciega y administrativa, Medinat al-Zahira, totalmente innecesaria, puesto que ya existía Medina al-Zahra.

La verdadera vocación de Almanzor (título que significa «el victorioso») fue la militar. No sólo mantuvo a raya a los cristianos del norte, sino que los afligió durante veinte años con sus cerca de cincuenta expediciones, que asolaron la tierra enemiga desde Galicia a Barcelona. El esfuerzo dejó extenuada a Córdoba, como esos países que invierten en armas un porcentaje

excesivo de su producto interior bruto y, a la larga, quiebran y quedan exhaustos. La otra consecuencia fue que el reino de León, repetidamente asolado por ataques casi anuales, no volvió a levantar cabeza, mientras que Castilla, que socialmente estaba más preparada para vivir en pie de guerra, no sufrió tanta merma.

La expedición más célebre de Almanzor destruyó Santiago de Compostela el verano de 997. Fue una afrenta a toda la cristiandad porque el sepulcro del apóstol se había convertido en un centro de peregrinación famoso. Almanzor expolió las campanas de la basílica, que transportó a Córdoba a hombros de cautivos, y allá quedaron sirviendo de lámparas en la mezquita, hasta que, tres siglos después, Fernando III conquistó Córdoba y las devolvió a Santiago a hombros de cautivos musulmanes. (Ojo por ojo, y eso que era santo).

El escéptico lector quizá recuerde de los textos de su mocedad que finalmente Almanzor el Victorioso fue derrotado en la batalla de Calatañazor, y aunque logró escapar con vida a uña de caballo, el disgusto que se llevó fue de tal calibre que murió a los pocos días. No hay nada de eso. En el año 1002. Almanzor, que en su vejez seguía al pie del cañón, tuvo que interrumpir su campaña anual al sentirse enfermo. Su salud se agravó rápidamente y expiró a los pocos días en la plaza fronteriza de Medinaceli.

Entonces, ¿y lo de Calatañazor, donde Almanzor perdió su tambor?

De Calatañazor no hay nada. La noticia de la fabulosa derrota sólo aparece dos siglos más tarde para demostrar a la castigada grey cristiana que el profanador de Santiago no quedó sin castigo. Para que se vea lo viscerales que son a veces los historiadores: el prestigioso arabista García Gómez, aun rechazando como fabuloso el encuentro de Calatañazor, alude a otro en Cervera, donde los musulmanes pasaron momentos de apuro antes de poner en completa desbandada al ejército cristiano, y escribe: «Aun cuando sea sin victoria, la gloria del conde de Castilla crece aún más a nuestros ojos [...]. En Calatañazor perdió Almanzor su alegría, aun cuando fuera sin derrota». Y se queda tan fresco. El que no se consuela es porque no quiere.

Capítulo 29

La disolución del califato

Almanzor había reclutado grandes cantidades de mercenarios bereberes y había mimado a sus jefes hasta provocar los celos de la aristocracia árabe. Mientras la victoria le sonrió todo fue bien, pero el mantenimiento de tan costosa máquina militar pesaba tremendamente en la economía del califato. Por otra parte, la agresividad musulmana contribuyó a que los reinos y condados cristianos superasen sus diferencias y se uniesen contra el enemigo común. A la muerte de Almanzor las cosas no prometían ser tan fáciles como antes.

En Córdoba, el poder omnímodo del dictador se había transmitido primero a su hijo primogénito, Abd al-Malik, y, después, al hermano de éste, Abd al-Rahman, llamado Sanchuelo, un tipo tan osado que obligó al califa, ya reducido a mero objeto decorativo, a abdicar en él.

Los legitimistas omeyas se levantaron en armas, saquearon y destruyeron la ciudad de Almanzor y asesinaron a Sanchuelo. Fue el comienzo del fin.

El brillante estado cordobés quedó en manos de los bárbaros, como antaño Roma, porque la aristocracia árabe andalusí despreciaba unánimemente a los jefes bereberes. La situación se tornó tan inestable que en el espacio de veinte años se sucedieron diez califas en Córdoba. Los mercenarios bereberes destruyeron y saquearon Medinat al-Zahra, la ciudad omeya, y la despojaron

de sus mármoles y de sus columnas. También, lo que son las cosas, como en el caso de Roma.

Un viejo proverbio árabe reza: «Si eres martillo, golpea; si eres yunque, aguanta». Desde Abd al-Rahman, Córdoba había sido martillo de los cristianos; bajo Almanzor fue incluso martillo pilón, pero en cuanto el poder central declinó, el califato se transformó en yunque y los antaño acogotados reyes cristianos se crecieron y tomaron cumplida revancha. Fue una decadencia tan rápida que el mismo conde catalán al que Almanzor había derrotado y destruido Barcelona pudo darse el gustazo de saquear Córdoba.

El último califa fue derrocado por un motín popular y se refugió entre los cristianos, en Cataluña, donde murió en dorado exilio. La España musulmana quedó fragmentada en una serie de cantones independientes, donde los jeques árabes, los generales bereberes y los caudillos de mercenarios eslavos fundaron fugaces dinastías: Granada, Jaén, Medina Sidonia, Ceuta... Hubo hasta veinte de estas taifas o partidos independientes. ¿Un precedente de las actuales autonomías? Las taifas más importantes, la de Sevilla, regida por árabes, y la de Granada, en manos de bereberes, se disputaron la primacía.

Los reinos de taifas heredaron las refinadas formas culturales de la Córdoba califal y rivalizaron por rodearse de cortes, en las que destacaban los poetas, los músicos y los artistas. Se gastaban alegremente los dineros públicos en boatos y relumbrones culturalistas, mucho poeta, mucho músico, mucho monumento para prestigiar la dinastía, mientras otros capítulos fundamentales quedaban desatendidos; sobre todo, el principal en los malos tiempos aquellos, el militar. Cada reino disponía de su diminuto e inoperante ejército, pero eran incapaces de coordinarse para enfrentarse al enemigo común. La balanza del poder militar se desequilibró. Les llegaba el turno a los envalentonados cristianos de exigir impuestos anuales a los moros.

Parecía que el viento de la historia soplaba a favor de leoneses, navarros y catalanes, y que sólo era cuestión de tiempo que expulsaran al islam de España. Pero de pronto cambió el viento y sopló a favor del moro enemigo.

Junto al esplendor fugaz de las cortes de los reyezuelos taifas, donde se bebe en abundancia el vino tan prohibido por el Corán, destaca, en poderoso claroscuro, el colectivo de los alfaquíes, es decir, el clero musulmán. Aquellos varones severos se escandalizaban de la decadencia de las buenas

costumbres, de las fiestas, de las chanzas, y hasta de los poetas que en lugar de componer obras edificantes dedicaban su arte a pergeñar poemas de amor o a recitarlos en los festines cortesanos, a la luz de la luna, noches cálidas y propicias a la embriaguez y a la carne, noches embalsamadas por jazmines y damas de noche mientras el bello efebo, al que apenas renegrea el bozo, escancia vino dulce y sonrío.

Aquello no podía acabar bien.

Capítulo 30

Los almorávides

La avaricia rompe el saco. Algunos reyes cristianos pensaron que aquella saneada renta que obtenían de las parias era una miseria y que el negocio verdadero radicaba en poseer las ciudades famosas del moro, con sus zocos, sus barrios artesanos, sus palacios, sus jardines, sus huertas y sus almunias. Alfonso VI de Castilla conquistó Toledo, estableció en ella su capital y se tituló, un tanto ampulosamente, emperador de las Dos Religiones, lo que, lejos de tranquilizar a los musulmanes, los inquietó, pues traslucía su propósito de unir bajo su mando la España cristiana y al-Andalus.

Ya estaba la frontera en el río Tajo, a pocas jornadas de las feraces huertas del Guadalquivir. Los reyezuelos musulmanes se preocuparon, especialmente al-Mutamid, el de Sevilla, cuando Alfonso VI invadió su reino como represalia por la ejecución de un funcionario cristiano. Entonces, al-Mutamid cometió el error de llamar en su auxilio a los almorávides africanos.

Los almorávides eran unos aguerridos bereberes del desierto. Se protegían la cabeza del polvo y de la arena con un envoltorio negro o violeta, el *lizam*, que al desteñir con el sudor les manchaba la piel (sus descendientes lo siguen usando hoy y, por eso, los llaman *hombres azules*). El poema de Fernán González los pinta al natural:

*más feos que Satán
con todo su convento
cuando sale del infierno
sucio e carboniento.*

¿De dónde habían salido aquellos demonios? En 1038 un fogoso predicador de Cairuán, Ibn Yasin, inflamó las tribus bereberes saharianas en una ola de fundamentalismo. Ibn Yasin era un místico (aunque sorprendentemente se casaba y divorciaba varias veces al mes) y despreciaba las minucias del mundo, pero nombró caudillo del movimiento a uno de sus más fieles seguidores, el jeque Yahya ibn Umar. Al poco tiempo, había conquistado los centros caravaneros que desde la época de los romanos controlaban el comercio de oro sudanés (que surtía a Europa) y los nuevos yacimientos de Ghana, al sur del Sahara, descubiertos más recientemente. Después conquistaron las fértiles tierras del Magreb o lograron que sus jeques y caudillos abrazaran la causa almorávide.

El tercer sultán almorávide, Yusuf Ibn Tashufin, dueño de todo el norte de África, fundó su capital en Marraquech y reunió bajo su mando un poderoso ejército mercenario, fiel al Estado más que a ninguna tribu determinada. Podía ser la solución, pensó el atribulado reyezuelo de Sevilla, llamar en su ayuda a los primos de África para que le bajaran los humos al rey de Castilla.

Los otros reyezuelos andalusíes advirtieron a al-Mutamid que el remedio podía ser peor que la enfermedad. «Si llamas a esos fanáticos del otro lado del Estrecho, labrarás tu ruina y la de todos nosotros; se nos quedarán con todo». Pero al-Mutamid era de los que prefieren perder los dos ojos con tal de dejar tuerto al enemigo, y se mantuvo en sus trece: «Mejor camellero en África que porquero en Castilla».

Palabras proféticas. Los almorávides desembarcaron en Algeciras y, después de reagruparse en Sevilla, ascendieron por la antigua Vía de la Plata (¿recuerda el lector aquel camino por el que bajaba de Galicia el estaño de Tartessos y luego el comercio romano?). Alfonso VI les salió al encuentro en Zalaca, unos kilómetros al norte de Badajoz, pero resultó completamente derrotado. Los almorávides emplearon una arma psicológica hasta entonces desconocida en España: los tambores, cuyo ronco sonido quebraba los nervios por igual a los cristianos y a sus caballos (luego, las cajas de guerra serían

adoptadas por todos los ejércitos hasta después de Napoleón).

Después de todo, Alfonso VI resultó afortunado. Ibn Tashufin no pudo, o no quiso, explotar su victoria. En lugar de avanzar hacia el interior de Castilla, ya desguarnecida, se atuvo a lo pactado con al-Mutamid y regresó a Marruecos.

Pasaron cuatro años durante los cuales la tormenta almorávide amainó. Alfonso VI, ya repuesto de la paliza, tornó a la cancha, buscando el desquite. Como antaño hiciera Abd al-Rahman cuando fortificó Gormaz y Medinaceli en las mismas narices de los cristianos, construyó una base estratégica, desde la que podría atacar cómodamente las tierras musulmanas. Desde el castillo de Aledo, entre Valencia y Murcia, sus expediciones de saqueo llegaron hasta las cercanías de Sevilla.

Ibn Tashufin regresó nuevamente a al-Andalus reclamado por al-Mutamid. Ya se había percatado de que los reyezuelos de la Península eran unos corruptos, que mientras le enviaban regalos y embajadas andaban en tratos secretos con los cristianos. Una vela a Dios y otra al diablo.

El clero musulmán de los reinos de taifas había visto desvanecerse su poder e influencia a medida que la sociedad se apartaba de los preceptos coránicos y se volvía más laica. Aquella acendrada fe que demostraban los almorávides, aquel fanatismo, era lo que ellos ambicionaban para su feligresía. Comunicaron a Ibn Tashufin que lo apoyarían incondicionalmente y pondrían a su servicio su influencia sobre el pueblo llano si incorporaba al-Andalus al imperio. Ibn Tashufin aceptó. En 1090 desembarcó en al-Andalus por tercera vez. Primero se apoderó del reino taifa de Granada, cuyo reyezuelo era tributario de Alfonso VI. Los almorávides se dejaron de cortesías y remilgos: desnudaron al rey y a su anciana madre para asegurarse de que no ocultaban joyas.

En vista de la suerte de su colega y vecino, el rey de Sevilla, al-Mutamid, se vio obligado a mendigar la ayuda de su gran enemigo, Alfonso VI, un gesto tan tardío como inútil. Entregó Sevilla, tras un breve asedio, y los almorávides lo enviaron encadenado a Agamat, en Marruecos, donde murió en la pobreza. Un poeta andalusí le dedicó estos versos:

Todo lo olvidaré menos aquella madrugada junto al Guadalquivir, cuando estaban las naves como los muertos en sus fosas. Las gentes se agolpaban en las dos orillas, mirando cómo flotaban las perlas en las espumas del río. Caían los velos porque las

muchachas no cuidaban de cubrirse, y se desgarraban los rostros como otras veces los mantos. Cuando llegó el momento de la partida, ¡qué tumulto de adioses, qué clamor de doncellas y galanes!

Los almorávides se extendieron rápidamente por todo al-Andalus. En menos de dos años (1090-1091), dominaron todas las ciudades, a excepción de Zaragoza, y derrotaron repetidamente a los cristianos.

Durante medio siglo, al-Andalus quedó incorporada al imperio almorávide, que abarcaba desde Zaragoza al río Níger y desde Lisboa a los arenales de Libia. Los rigurosos guerreros del velo fueron bien recibidos por el clero, al que le devolvían el poder y la importancia social de antaño. También los aplaudió el pueblo bajo, que se consolaba con la desgracia de la opulenta y regalada aristocracia andalusí. Ya se sabe, la envidia, ese cáncer de España.

Las costumbres islámicas se restauraron en toda su pureza... durante un tiempo, porque al final ocurrió lo de siempre: los almorávides, aquellos adustos y severos guerreros del desierto, se aficionaron a los paseos por los jardines perfumados de mirto y azahar, a las siestas bajo el emparrado, escuchando el chorrillo de agua de la fuente, a los blandos lechos, al cordero asado con miel y piñones, a la mirada chispeante de las cordobesas de caderas anchas como búcaros, a la risa cantarina de las sevillanas, a los pechos opulentos de las levantinas, a la vida amable y regalada que les procuraban las mansiones de la aristocracia andalusí. Los menos obtusos se percataron de que la vida brinda otros goces aparte de rezar cinco veces al día mirando a La Meca y dejarse matar por imponer al prójimo una idea religiosa. Fueron sucumbiendo a los halagos de la vida muelle, fueron pareciéndose, ¡ay!, a aquella aristocracia viciosa que tanto habían despreciado sólo unos años antes. El resultado fue desolador: se relajó el fanatismo político, se atemperó el ardor militar, los feroces guerreros del desierto dejaron de apestar a chotuno para oler a perfume y se aficionaron más a dormir en cama suave que en la dura tarima cuartelera.

Al propio tiempo, la España cristiana no había dejado de fortalecerse. Llegó un momento en que la balanza de la potencia militar se inclinó otra vez del lado cristiano.

Capítulo 31

Herencias, lindes y conflictos (1035-1157)

Veamos ahora cómo marchaban las cosas por el norte. Allí el sentido de la nacionalidad todavía no estaba muy desarrollado. Por el contrario, el de la propiedad estaba desarrolladísimo. Continuamente observamos una contradicción que nos deja un tanto perplejos: por una parte, nobles y reyes aspiran llanamente a hacerse con las propiedades de sus linderos, a ampliar sus fincas; por otra, cuando mueren, suelen repartir el patrimonio entre los herederos directos. Entonces, lo que parecía que iba camino de convertirse en un Estado fuerte, se fragmenta entre hermanos que se odian y codician la herencia fraterna. Y vuelta a empezar.

El caso más flagrante es el del rey navarro Sancho III el Mayor (1000-1035), un hombre que, si Dios le llega a alargar los días, hubiese sido capaz de conquistar España entera y África hasta Ciudad del Cabo. En una vida de constante batallar, amplió sus territorios por Aragón, sometió a vasallaje a los catalanes, ocupó Castilla y asumió el título de emperador en la propia ciudad de León, tomada por sus tropas: un notable esfuerzo integrador. Pero luego, en el testamento, lo echa todo por la borda y reparte lo ganado entre sus tres hijos: Navarra, para García III; Castilla, para Fernando I, y Aragón, para Ramiro I. A partir de esta herencia, Castilla y Aragón, hasta entonces condados, se convirtieron en reinos.

Castilla correspondió al segundo hermano, Fernando I, que había heredado la energía y acometividad del padre. En pocos años, derrotó y mató al rey de León (y se quedó con el título de emperador, más decorativo que otra cosa, que ostentaba el difunto); derrotó a sus hermanos, derrotó a los moros y sometió al pago de parias a los reyezuelos taifas de Toledo, Sevilla y Badajoz. Luego, a su muerte, su testamento vuelve a truncar el esfuerzo integrador de tanta conquista porque, al igual que su padre, divide los reinos entre sus hijos (Castilla para Sancho II, León para Alfonso VI, Galicia para García), y deja nuevamente a tres hermanos como tres lobos insaciables, mirándose de soslayo y queriéndose mal. Al más débil y apocado, García, lo destronaron y pasó el resto de su vida preso de sus hermanos, primero de Sancho y luego de Alfonso. Poco antes de morir, cuando estaba ya muy enfermo, Alfonso intentó aliviarle las cadenas, pero él se negó dignamente, y murió y lo enterraron con ellas. Eliminado el benjamín, quedaban Sancho II y Alfonso VI, a cuál más taimado. Alfonso VI derrotó a su hermano y es posible que ordenara su muerte. El caso quedó tan oscuro como la muerte de Kennedy.

Los súbditos del rey difunto, castellanos secos y altivos, entre ellos el Cid, sospechaban que el asesino cumplía órdenes de Alfonso. Por eso, antes de aceptarlo como rey, le hicieron jurar en Santa Gadea de Burgos, «do juran los fijosdalgo», que era inocente del magnicidio:

*Las juras eran tan recias
que al buen rey ponen espanto.*

En aquel episodio, el nuevo rey de Castilla y León tomó ojeriza al Cid, el cual, en su categoría de héroe nacional, merece capítulo aparte.

Capítulo 32

El Cid Campeador

Sólo un cristiano, Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid*, hizo la guerra con éxito a los almorávides e incluso logró conquistar y mantener un reino de taifa, en Valencia. El Cid, tan famoso gracias a la escuela patriótica, a la literatura, a Menéndez Pidal y a Charlton Heston, fue un noble menor castellano, que, todavía joven, se enemistó con Alfonso VI por aquello de la jura, pero después de la derrota de Zalaca o Ságrijas regresó a la obediencia real, aunque no por mucho tiempo, pues Alfonso VI lo desterró, confiscó sus bienes y encarceló a su familia porque le pareció que había remoloneado cuando lo convocó para defender el castillo de Aledo. El Cid continuó la lucha en solitario y conquistó un considerable territorio en torno a Valencia, sobre el que reinó felizmente hasta su muerte. El título Cid, de *sidi*, «señor», se lo otorgaron sus propios súbditos árabes. Lo de *campeador* quiere decir «que ejerce en el campo», donde se batalla. Ya la nobleza se va dividiendo en ciudadana o cortesana y campeadora, que es la que soporta el peso de la guerra.

Valencia se mantuvo como un bastión inexpugnable en vida del Cid, protegiendo todo Levante, pero cuando Rodrigo Díaz murió todo el tinglado se vino abajo. Los almorávides conquistaron Valencia y, a poco, también Zaragoza.

Alfonso VI, imparable, ganó Toledo en 1085. La antigua capital de los visigodos era todo un símbolo. ¿Podría aquel rey reconstruir el añorado reino godo? También los musulmanes entendieron el mensaje: nada hay seguro en este mundo; los cristianos podían expulsarlos de sus almunias, de los huertos y los jardines, y enviarlos de regreso al pedregal africano, el de los camellos y los escorpiones. El taimado rey de Castilla pretendía conquistar Valencia para cortar el avance hacia el sur de navarros, aragoneses y catalanes. Quería quedarse toda la tarta de al-Andalus para él solo y quizá lo hubiera conseguido de no haber fallecido prematuramente.

A Alfonso VI lo sucedió su hija Urraca, una viuda vistosa, que se casó con el rey de Aragón, Alfonso I el Batallador. Ésta fue la primera unión, frustradísima, entre Aragón y Castilla. Fueron grandes bodas, pero los caracteres de los regios esposos eran tan incompatibles que el matrimonio tuvo que ser anulado alegando que eran parientes. (Curioso y repetido expediente que muestra hasta qué punto la Iglesia conchabada con el poder usa una doble moral: por una lado, concede dispensa para que los parientes próximos se casen, pero si las razones de Estado cambian y ya no conviene, alega consanguinidad y anula el matrimonio). Parece que el rey aragonés, aunque Batallador, no contentaba a la fogosa Urraca en el lecho, o sea que le gustaba más una trifulca que una remonta. Por otra parte, como suele suceder a los esposos menguados, el rey era tremendamente celoso y en alguna ocasión se le escapó alguna bofetada cuando acusaba a su esposa de *putear* (así lo dice el cronista), es decir, de serle infiel con el conde Gómez de Candespina, al que asesinó. «Era supersticioso, misógino y gran sufridor de trabajos en la guerra», dice su biógrafo. Algo es algo.

Urraca, ya separada, dejó sus reinos a un hijo de su anterior matrimonio, Alfonso VII, un hombre sagaz y de firme voluntad.

Volviendo al tema de las herencias, el colmo de la extravagancia se da en este Alfonso I el Batallador, que vemos tan infelizmente casado con Urraca. Este hombre dejó sus estados a las órdenes militares (templarios, hospitalarios y caballeros del Santo Sepulcro). Como es natural, los magnates no respetaron el testamento y eligieron un rey por su cuenta. Más vale rey conocido por malo que sea, pensaron, que estar en manos de frailes rapaces, que ya se sabe cómo es la gente de Iglesia.

Estas componendas patrimoniales y matrimoniales hacen a veces extraños compañeros de alcoba. Por ejemplo, el reino de Aragón absorbe Cataluña cuando Alfonso II hereda de su madre el reino de Aragón y de su padre el condado de Barcelona. A partir de entonces, aragoneses y catalanes permanecen unidos durante el resto de la Edad Media, a pesar de sus diferentes caracteres e intereses, los unos aristócratas terratenientes y hortelanos del Ebro, apegados a la tierra, los otros inquietos marinos y mercaderes, con el ojo puesto en el Mediterráneo, que vuelve a ser la gran lonja comercial que había sido en la antigüedad.

Otro matrimonio que traería cola, el de las hermanas de Alfonso VI, Urraca y Teresa. Las dos se casaron con dos príncipes de Borgoña, Raimundo y Enrique, y tuvieron hijos que fundarían las dinastías de León y Portugal. Con el hijo de Urraca, Alfonso VII, entra en los reyes españoles el prognatismo mandibular de la casa de Borgoña, que luego se reforzará, siglos andando, cuando Juana la Loca se case con otro príncipe de aquella casa, Felipe el Hermoso. Aquí comienzan las degeneraciones de la sangre de las casas reales de los Austrias y los Borbones, fruto de repetidos enlaces consanguíneos, que tantos reyes bobos, tontos y tarados han dado a la historia de España. Qué se le va a hacer; entonces no se conocían los desastrosos efectos de la consanguinidad. Y suerte que algunas reinas incurrieron en deslices y permitieron que renuevos sanos se injertaran en los podridos y mendaces árboles genealógicos.

Regresemos ahora al hijo de doña Urraca, que parece que nos estábamos apartando un poco del tema. Este Alfonso VII se coronó emperador en la catedral de León y heredó todo el impulso conquistador de su tío Alfonso VI. Le salieron dos competidores de su talla: en Portugal, su primo Alfonso I Enriques (hijo de aquel Enrique de Borgoña casado con la infanta Teresa), que, en cuanto heredó de su madre el condado de Portugal, lo declaró reino y se desvinculó de León. Aquí comienza la brillante historia de Portugal, que, en el mismo reinado, conquista lo que será su bella capital, Lisboa.

Las cosas marchaban mal, y no sólo en al-Andalus. A los almorávides les crecían los enanos por todo el imperio. El mosaico de tribus y pueblos que el entusiasmo fundamentalista de la primera hora había unido comenzaba a disgregarse. Nuevamente, las tensiones internas y los intereses tribales

prevalcían sobre el fervor y la doctrina.

¿Y las conquistas? Los almorávides habían perdido su músculo de antaño. Ahora, mitigada la fiereza del fanático, tenían que contratar mercenarios cristianos para defender sus ciudades. Era un secreto a voces que los alfonsos afilaban la cuchilla para repartirse la tarta musulmana. (Los musulmanes de la época llamaron genéricamente *alfonsos* a los cristianos por la coincidencia del nombre que se dio en distintos reyes: en Aragón, Alfonso el Batallador; en Castilla, Alfonso VII; en Portugal, Alfonso I Enriques).

Los alfonsos se cebaron en la vaca moribunda de al-Andalus. En 1118, el Alfonso aragonés había conquistado Zaragoza. Siete años más tarde, una expedición cristiana saqueó Levante y Murcia casi sin encontrar resistencia. El Alfonso portugués conquistó Lisboa. El Alfonso castellano invadió Andalucía y conquistó el puerto de Almería, un enclave estratégico y comercial de primer orden.

Los almorávides, ya a la defensiva, fortificaron sus ciudades y protegieron sus fronteras con castillos. Los súbditos andalusíes comenzaron a rebelarse. Acá y allá surgían caudillos locales que se apoderaban de ciudades o territorios en el Algarve, en Niebla, en Santarem, en Jerez, en Cádiz, en Badajoz, en Córdoba, en Málaga, en Valencia y en otros lugares; es decir, aparecieron, como antaño, minúsculos reinos de taifas, la secular tendencia española al separatismo y a la disgregación.

Los almorávides iban ya de capa caída y los distintos reinos cristianos aprovechaban la ocasión para ganar tierras y recrecer haciendas. Los catalanes tomaron Lérida y llegaron al Ebro; los aragoneses tomaron Zaragoza y llegaron hasta Granada (de donde sacaron gran número de mozárabes para repoblar las tierras conquistadas).

La conquistas territoriales estaban muy bien, pero de todas formas el bocado más suculento seguían siendo los tributos. Las parias que satisfacían los reyezuelos moros a sus colegas cristianos eran, cuando se podía, en oro africano y, otras veces, en especies.

El rey de Sevilla, por ejemplo, se comprometió a entregar el cuerpo de santa Justa, pero como no se pudo hallar, los obispos enviados a recogerlo regresaron con los huesos de san Isidoro. Ganaban en el cambio. Los restos del sabio varón fueron sepultados con gran pompa en León, en la basílica que

ahora lleva su nombre, la de la hermosa cripta decorada con pinturas románicas.

A Marraquech no le quedaba fuerza ni para mantener su autoridad en su propia casa, en el norte de África. La puntilla del imperio fue la aparición de los almohades.

Capítulo 33

Los almohades (1086-1121)

La historia volvía a repetirse: un asceta harapiento y descalzo llamado Ibn Tumart apareció por las polvorientas calles de Marrakech. Poseído de Dios, predicaba por zocos y plazas, hechizando a las muchedumbres con su verbo encendido, especialmente cuando clamaba contra el lujo y la corrupción de aquella corte tan apartada de los preceptos islámicos y de la pureza de costumbres.

El emir, molesto, lo desterró de la ciudad, pero Ibn Tumart prosiguió sus predicaciones entre los rudos montañeses de la tribu de Harga y se los ganó de tal manera que, al poco tiempo, lo seguía una muchedumbre fanatizada.

Una nueva ola de fundamentalismo encendía la hoguera de la guerra sobre las yertas cenizas de los almorávides. Los nuevos testigos del islam se llamaron almohades (*al-muwaidun*, «los unitarios») y eran tribus de la montaña, del Alto Atlas (como los almorávides lo habían sido del desierto). Ibn Tumart designó a un jefe militar para dirigir a sus seguidores, un tal al-Mumin, que sería el verdadero fundador de la nueva dinastía. Esto de que los grandes líderes religiosos deleguen siempre en un hombre de acción la parte ejecutiva para reservarse ellos la meramente especulativa y doctrinal se repite a través de la historia con absoluta regularidad en todas las religiones: el ejemplo antiguo más notable es san Pablo, que modela y difunde el

cristianismo. Lo mismo cabe decir del comunismo. Marx, el creador, no se caracteriza por su sentido práctico. Es Lenin, el hombre de acción, el que da forma a la nueva religión y la difunde.

Al-Mumin conquistó una ciudad tras otra, un oasis tras otro, hasta ocupar el imperio almorávide: Tlemecén, Fez, Agamat, Ceuta, Tánger... y, finalmente, Marraquech, la capital, donde decapitó al último emir almorávide. Las provincias africanas cayeron como fruta madura: Argelia, Túnez y Libia. Al otro lado del Estrecho, los reyezuelos andalusíes pusieron las barbas a remojar y enviaron embajadores y regalos al nuevo emir.

Al-Mumin había reservado para el final la recuperación de alAndalus, la joya de su imperio, que los reinos cristianos despedazaban. Comenzó por recobrar el puerto de Almería, esencial enclave estratégico y comercial. Después se hizo con el resto de al-Andalus.

No todo fue actividad guerrera. El tercer emir, Yaqub al-Mansur, acabó de construir el alminar de la mezquita de Sevilla, que conocemos como Giralda, que tiene, por cierto, otras dos hermanas africanas igualmente bellas, la torre Kutubía, de Marraquech, y la de Hassan, de Rabat. Almohades son también la torre del Oro, de Sevilla, la sinagoga de Santa María la Blanca, de Toledo, y el hermoso tapiz denominado *Bandera de las Navas*, depositado en el monasterio de las Huelgas, en Burgos.

El imperio almohade, como todos los grandes imperios de la antigüedad, padecía la debilidad de su enorme extensión y de la diversidad de pueblos que abarcaba, lo que, a la larga, lo hacía ingobernable. No había acabado el emir de pacificar un extremo de sus dilatadas posesiones cuando ya se rebelaba el extremo opuesto. Y el gasto militar necesario para mantener la casa en calma sólo se compensaba mientras la adquisición de nuevos territorios aportaba rico botín a las arcas del Estado. En el momento en que el esfuerzo se iba en conservar lo adquirido, en lugar de ampliarlo, el negocio comenzaba a hacer aguas. Es el sino de los grandes imperios, especialmente de los de la antigüedad, que aún no han dejado de crecer cuando ya se adivina la decadencia. Algunas mentes preclaras lo vieron así. Ahmed el Dorado, emir marroquí del siglo XVI, preguntó al bufón de la corte su opinión sobre el palacio El Bedi el día de su inauguración. El bufón dirigió una mirada apreciativa a aquel edificio incomparable, la Alhambra de Marraquech,

construido con lujo asiático, mármoles de Italia, mosaicos de Turquía, estucos, ónices, bronce y maderas finas, y se limitó a observar proféticamente: «Cuando lo arrasen va a dejar un buen montón de tierra, ¿eh?».

Capítulo 34

El impulso de Castilla y Aragón

Alfonso VII murió, en 1157, de puro agotamiento, debajo de una encina del paso de la Fresneda, en lo más fragoso de sierra Morena, entristecido por la certeza de que los almohades no tardarían en recuperar los territorios y puertos a cuya conquista había consagrado toda su vida.

Siguiendo la pésima tradición patrimonial cristiana, el reino quedó dividido entre sus dos hijos: Castilla, para Sancho III, y León, para Fernando II.

Unos años después, Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón se repartieron España. Castilla se quedaba con Andalucía, y Aragón, con Levante. ¿Vendían la piel del oso antes de haberla cazado? Quizá sí, pero también daban una lección de pragmatismo: conociendo cada cual lo que le correspondía, podía administrar mejor sus fuerzas para conquistarlo.

Los reyes cristianos de España, especialmente el de Castilla, que era la más agresiva y mejor situada, continuaron acosando a los almohades. Yaqub, agotada su paciencia, reunió un gran ejército y se enfrentó a los castellanos en Alarcos, a unos diez kilómetros de Ciudad Real, el 19 de julio de 1195.

El rey castellano, viéndolas venir, estaba fortificando el lugar, pero ya se sabe lo que pasa con las obras públicas en este país, que nunca se cumplen los plazos, y cuando los almohades se le echaron encima sólo le había dado

tiempo de construir el castillo. Lo prudente hubiera sido replegarse en busca de posiciones más desahogadas, pero el terco monarca se empeñó en impedir que aquellas hordas pisaran suelo castellano. El ejército cristiano fue aniquilado. A los errores tácticos de sus generales cabe sumar los devastadores efectos de una nueva y mortífera arma almohade: arqueros turcos traídos de Oriente, que disparaban con impresionante potencia, puntería y cadencia de tiro desde la misma grupa de las cabalgaduras lanzadas a galope. Curiosamente, la misma táctica de los partos que en la antigüedad habían derrotado a griegos y romanos.

El rey de Castilla salvó la vida de milagro, pero no pudo evitar que los moros invadieran su reino, amenazaran Toledo, la capital, y extendieran sus conquistas hasta Guadalajara. Para suerte suya, Yaqub tuvo que regresar precipitadamente a África para sofocar una revuelta que había estallado en Marrakech.

El hijo de Yaqub, al-Nasir, no fue ni la mitad de bueno que el padre. Era un rey tartamudo y vacilante, al que se le torcieron casi todas las empresas. Después de perder algunas provincias, quiso emular la gloria de su progenitor y reunió el mayor ejército nunca visto (eso aseguran los cronistas) porque estaba dispuesto a abreviar su caballo en las aguas del Tíber, es decir que aspiraba a conquistar Europa y la propia Roma, la sede pontificia, el corazón de la cristiandad.

El papa otorgó categoría de cruzada (la versión cristiana de la guerra santa islámica) a la leva cristiana contra el infiel. El cruzado que moría en combate ingresaba directamente en el reino de los cielos. Este reclamo y quizá otros menos píos, el ansia de botín y de mujeres, atrajo a algunos contingentes de caballeros y peones europeos, pero casi todos se retiraron antes de la batalla, disconformes con la manera de guerrear de los españoles. No comprendían que se respetaran las juderías y las morerías de las ciudades por las que pasaban, ni que los reyes españoles protegieran a sus súbditos judíos y moros. (Los protegían no sólo por humanidad, claro, sino por los saneados impuestos que les pagaban).

Tras la defección de los voluntarios extranjeros, un ejército enteramente peninsular, integrado por castellanos, aragoneses y navarros, se enfrentó a los almohades el 16 de julio de 1212 en las Navas de Tolosa, un terreno

despejado entre los montes de sierra Morena. El campo de batalla puede visitarse, junto a la autopista de Andalucía a su paso por Santa Elena, provincia de Jaén. Todavía se encuentran en él decenas de puntas de flecha almohades y otros vestigios de la batalla.

La derrota de las Navas de Tolosa aceleró la descomposición del imperio almohade. Atemperado el fanatismo religioso que las unía, las tribus volvieron a las rivalidades de antaño. Exactamente el mismo fenómeno que había acabado con el imperio almorávide. Y es que no hay fanatismo, ni fundamentalismo, que cien años dure.

El desventurado al-Nasir murió un año después de su derrota, envenenado por una de sus concubinas. A su hijo y sucesor, Yusuf II, un hombre tranquilo e indolente, que no salió en su vida de Marraquech, lo mató una vaca brava de una cornada. ¡Extraña y taurina muerte para un califa almohade!

El califa siguiente, Abu Muhammad abd al-Wahid, era un anciano al que obligaron a abdicar los mismos cortesanos que lo habían encumbrado ocho meses antes (otro pretendiente pagaba más). A los pocos días, le robaron el harén, que era su único consuelo, y lo ahorcaron. El sucesor (y pagador) no era otro que Abu Muhammad al-Adil, señor de Murcia, hijo, por cierto, de una cautiva cristiana apresada en Santarem. La portuguesa se llamaba Mansada Syr Al-Hassan (es decir, «beldad perfecta»).

No debe extrañar que algunos califas fuesen hijos de cristianas. En la mentalidad árabe, la raza o religión de la madre era indiferente; la mujer es un mero recipiente, en el que el hombre engendra los hijos que perpetuarán su estirpe.

Hubo algunos otros califas almohades, pero los gobernadores de provincias les hacían cada vez menos caso. Al último califa almohade, Abu-l-Ala Idris, descendiente del legendario al-Mumin, lo decapitaron, y su cabeza la enviaron, en un odre de salmuera, al poderoso jeque de los meriníes (o benimerines), el nuevo poder que surgía de las cenizas del imperio almohade.

Los reinos cristianos aprovecharon la caída del imperio almohade y el nacimiento de nuevas taifas para hacer su agosto. Los aragoneses conquistaron Mallorca y el Levante, Valencia incluida; los leoneses, Mérida y Badajoz. Y los castellanos se llevaron la gran tajada, más de media Andalucía y Murcia.

Capítulo 35

Un reinado sin año malo

Capítulo aparte para hablar del mejor gobernante que ha tenido España: el rey de Castilla Fernando III, un prodigio de inteligencia, cautela, oportunismo y humanidad. Incluso la crueldad, cuando incurría en ella, estaba calculada para evitar al adversario males mayores.

Fernando III era hijo del rey de León, Alfonso IX, y de doña Berenguela, princesa de Castilla. En él volvieron a unirse, ya para siempre, o hasta que las autonomías los separen, Castilla y León. A los ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados de Castilla y los cien mil de León, sumó el rey los cien mil kilómetros cuadrados que arrebató a los musulmanes en veinticinco años de laboriosas campañas, tierras fértiles y populosas ciudades regadas por el Guadalquivir. Si la muerte no lo hubiera sorprendido a los cincuenta años, quién sabe si el Magreb no sería ahora español, con sus pesquerías, sus palmerales y sus nocturnas pateras, porque él proyectaba conquistar el otro lado del Estrecho.

En su estrategia para ocupar Andalucía, Fernando III repitió los planes de su antecesor, Alfonso VII: primero, establecer una cabeza de puente en la cabecera del Guadalquivir, dominando la plaza fuerte de Jaén; después, hacerse con los puertos andaluces, especialmente Almería y Algeciras, la puerta abierta a las invasiones africanas.

Era un plan complejo, que requería sincronización en el avance por las dos vías naturales de la región, el valle del Guadalquivir y el curso del Guadiana Menor y Hoya de Baza. Fernando III no disponía de fuerzas suficientes para progresar en dos direcciones, por eso tuvo que confiar la otra parte del plan, el avance por el Guadiana Menor y la ocupación del puerto de Almería, al magnate más potente del reino, el arzobispo de Toledo. Pero el prelado, aunque era rico en recursos y en tropas, no consiguió tomar Cazorla y quedó estancado en el inicio. Esta circunstancia permitió la consolidación de un reino musulmán en Granada, dentro de fronteras naturales seguras y abierto a los auxilios africanos. El rey de Arjona, Alhamar, conjuró el peligro castellano entregando Jaén y declarándose vasallo de Castilla. La dinastía nazarí fundada por él reinaría en Granada hasta su conquista por los Reyes Católicos, dos siglos y medio después.

Capítulo 36

Siervos, caballeros y prelados

En los tiempos en que los cristianos libraban su secular contienda contra la morisma (hoy lo políticamente correcto es llamarla islam), el ascenso social era casi imposible. La sociedad se dividía rígidamente en tres clases sociales: dos de ellas improductivas, los nobles y caballeros (*pugnatores*) y los clérigos (*oratores*), y una tercera productiva, que mantenía a las otras dos, la de los siervos (llamados *solariegos* en Castilla y *payeses de remensa* en Cataluña).

Los siervos estaban vinculados a la tierra de modo parecido al de los antiguos esclavos, aunque algunos tenían derecho a escoger señor (behetría). Su única posibilidad de progresar era ofreciéndose como colonos para poblar las nuevas tierras conquistadas al moro, donde los reyes fundaban pueblos libres o concejos a los que concedían fueros o constituciones ventajosas. A cambio, estos colonos del rey (realengo) vivían peligrosamente cerca de la frontera. Cuando salían a labrar los campos, andaban con un ojo en el surco y otro en la estaca, por si llegaba el moro traidor.

La inmensa mayoría de la población pertenecía a la clase desfavorecida de estos campesinos o pastores, que habitaban en chozas miserables y trabajaban de sol a sol las tierras del señor o del monasterio. Incluso los que eran libres y podían labrar su propio pegujal apenas alcanzaban para mantenerse a un nivel

de pura subsistencia. Los impuestos los devoraban: además de la contribución anual, pagadera en especie (*pecho o martiniega*), estaban obligados a trabajar para el señor un número de días en el campo (*sernas*), en las carreteras (*fazendera*), en los castillos (*castellaria*) y a hospedar a sus tropas o criados (*alberga*), a alimentarlos (*yantar*) y a llevar y traer correos (*mandadería*). En resumen, que estaban bien fastidiados y se deslomaban para sustentar el boato y el gasto de los oradores y los pugnadores, cuyas coartadas respectivas eran velar por los intereses espirituales o materiales de la comunidad. Es muy natural que el clero y la nobleza se prestaran mutuo apoyo e hicieran lo posible para mantener sus privilegios. También es natural que las clases improductivas justificaran sus privilegios resaltando los aspectos menos atractivos de sus respectivas ocupaciones. Por ejemplo, los militares se describen así en la crónica de don Pero Niño: «Los de los oficios comunes comen el pan folgando, visten ropas delicadas, manjares bien adovados, camas blancas, safumadas; héchanse seguros, levantándose sin miedo, fuelgan en buenas posadas con sus mugeres e sus hijos, e servidos a su voluntad engordan grandes cervices, fazen grandes barrigas, quiérense bien por hazerse bien e tenerse biciosos. ¿Qué galardón e que honra merescen? No, ninguna. Los cavalleros, en la guerra, comen el pan con dolor; los bitios della son dolores e sudores: un buen día entre muchos malos. Pónense a todos los trabaxos, tragan muchos miedos, pasan por muchos peligros, a oras tienen, a oras non nada. Poco vino o no ninguno. Agua de charcos e de odres. Las cotas vestidas, cargados de fierro; los henemigos al ojo. Malas posadas, peores camas. La casa de trapos o de ojarascas; mala cama, mal sueño. —¡Guarda allá!— ¿Quién anda ay? —¡Armas, armas!, al primer sueño, revatos. Al alba, trompetas—. ¡Cabalgar, cabalgar! —¡Vista, vista, la gente de armas! Esculcas, escuchas, atalayas, ataxadores, algareros, guardas, sobreguardas—. ¡Helos, helos! —No son tantos—. Sí son tantos. —¡Vaya allá!— ¡Torne acá! — ¡Tornad vos acá!— ¡Id vos allá! —¡Nuevas, nuevas!— Con mal vienen éstos. —No traen—. Sí traen. —¡Vamos, vamos!— ¡Estemos! —¡Vamos! Tal es su oficio, vida de gran trabajo, alongados de todo vicio [...]. Que mucha es la honra que los cavalleros merescen, e grandes mercedes de los reyes, por las cosas que dicho he».

Dentro de la Iglesia, cuyos miembros eran muy numerosos, se reproducían

también las clases sociales del mundo laico: los grandes dignatarios (obispos, abades) procedían de la nobleza.

Muchos de ellos sabían más de armas y caballos que de latines y gorigoris litúrgicos. Vivían como grandes señores, tenían barraganas y se les conocían hijos naturales, a los que, a veces, dejaban en herencia episcopados y abadías.

En un nivel inferior, estaban los curas de a pie, el proletariado eclesial. Éstos procedían del pueblo y eran casi tan ignorantes como él; curas de misa y olla que no aspiraban a un ascenso. Finalmente, estaban los monasterios, que eran como sociedades en pequeño. Probablemente el abad pertenecía a la nobleza y vivía como un gran señor, pero los últimos legos de las cocinas o los que labraban el campo no estaban mejor que los siervos de una casa nobiliaria. Con todo, en la Iglesia había una minoría ilustrada que mantuvo y transmitió el legado cultural del mundo antiguo como una lamparita que apenas alcanzaba a iluminar el vasto océano de tinieblas de una mayoría analfabeta, en la que también se incluyen nobles e incluso reyes. En este sentido, la apertura del Camino de Santiago, que recorría Francia y los reinos cristianos de España, constituyó un propicio cauce por el que la cultura medieval, especialmente representada por las órdenes francesas de Cluny y del Cister, fertilizó los secarrales españoles y preparó el camino para otras instituciones más hispánicas, especialmente los frailes franciscanos y dominicos. Hubo también sucursales de las órdenes militares más prestigiosas, los templarios y los hospitalarios, monjes guerreros a imitación de los voluntarios de la fe islámicos, que inspiraron otras órdenes específicamente españolas (Calatrava, Alcántara, Santiago y Avís).

La vida era tan dura y trabajada que el hombre envejecía hacia los cuarenta años, y la mujer, antes, devastada por partos casi anuales.

La cultura laica comenzó su vacilante andadura en el siglo XIII desde las universidades de Castilla (Palencia) y León (Salamanca), pero, no obstante, durante toda la Edad Media se mantuvo casi permanentemente sometida a la Iglesia.

Dentro de la aristocracia había magnates o riscoshombres, que eran grandes señores con enormes propiedades y capacidad para mantener un pequeño ejército personal. Los que se llevaban bien con el rey eran sus consejeros, y él los distinguía con honores y mercedes. Los no tan nobles ni

tan ricos eran fijosdalgo («hijos de algo»), infanzones en Castilla y mesnaderos en Aragón, vasallos de los grandes señores, a los cuales asistían en la guerra. Después del siglo X, la pequeña nobleza creció con la incorporación de los caballeros, es decir con los que tenían hacienda suficiente para mantener un caballo, que entonces valía un buen dinero. Todos estos pugnadores estaban obligados a participar en las campañas guerreras (fonsado). La campaña podía ser larga, de muchos días (hueste), o mera incursión saqueadora (cavalgada).

A las clases sociales tradicionales hay que agregar dos apéndices importantes: los moros y judíos de los territorios conquistados. En las ciudades más importantes, estas minorías disponían de barrios propios, aljamas o juderías y morerías, que gozaban de cierta autonomía. Todavía la sociedad hispánica era plural, y la xenofobia era una actitud más europea que española. Por eso, no es sorprendente que Alfonso VI se titulara emperador de las Dos Religiones ni que el epitafio de Fernando III se redactara en latín, en árabe y en hebreo.

En tiempos de Roma, el Estado central protegía los derechos del ciudadano, pero en la Edad Media la autoridad se atomizó entre magnates, obispos y monasterios, que funcionaban casi autónomamente, cobraban sus propios impuestos, a menudo abusivos y por los más variados conceptos (peajes, portazgos, montazgos), y administraban justicia en sus dominios. Esto explica que los más débiles se acogieran a la dependencia de algún gran señor, con el que establecían vínculos de vasallaje: a cambio de obediencia y tributos, el señor los tomaba bajo su protección. Ya que hemos hablado de impuestos, quizá sea un buen momento para deshacer un recalcitrante error. El tan cacareado derecho de pernada que ejercieron algunos señores medievales sobre sus súbditos no era, como se cree, el derecho del señor a desvirgar a la esposa del siervo en su noche de bodas, sino simplemente el derecho a recibir una pernada, un pernil, es decir, un jamón, de cada res sacrificada.

Con la conquista de las grandes ciudades musulmanas a partir del siglo XIII (Toledo, Lisboa, Valencia, Córdoba, Sevilla), el mundo cristiano se urbanizó, y los concejos o ayuntamientos establecidos en esas ciudades se hicieron tan poderosos como muchos grandes señores. Entonces, curiosamente, surgieron en España las Cortes, que son las primeras formas democráticas europeas.

Eran asambleas en las que los magnates y los representantes de las ciudades aconsejaban al rey y deliberaban sobre altos asuntos de Estado. Con el crecimiento de las ciudades, surgió también una clase social más libre, los artesanos y mercaderes, de los que se formó también una aristocracia urbana, los caballeros ciudadanos o burgueses, germen de la futura burguesía.

También la administración fue ganando en complejidad a medida que crecían los reinos y se reactivaba la economía. El rey era asistido por un canciller, que controlaba la creciente burocracia (escribientes, cartas, archivos, correspondencia diplomática); por un mayordomo, que administraba el palacio y las finanzas reales, y por un alférez (más adelante condestable) o jefe del ejército (*senyaler*, en Cataluña). El rey nombraba, además, gobernadores provinciales o merinos (luego, adelantados).

Capítulo 37

Los cinco reinos (1252-1479)

A la caída de los almohades, España había quedado dividida en cinco reinos cristianos (Portugal, León, Castilla, Navarra, Aragón-Cataluña) y uno musulmán, Granada. Durante el resto de la Edad Media, casi tres siglos, hubo muchas guerras, tanto civiles como entre reinos, pero las fronteras permanecieron bastante estables.

Fernando III falleció en 1252. En su lecho de muerte, llamó a su hijo y heredero para encomendarle que mantuviera y prosiguiera su obra, pero Alfonso X había salido más contemplativo que hombre de acción y, en lugar de ponerse en el tajo y conquistar Granada, volvió los ojos a Europa y gastó ingentes cantidades de dinero en promocionar su candidatura al Sacro Imperio romano germánico.

En este sentido, Alfonso X el Sabio inaugura la serie de reyes que sacrifican los intereses del país por otros ajenos. A partir de ahora, España abre los grifos de su economía hacia Europa en desastrosas y utópicas empresas.

Antes de proseguir, será mejor que veamos en qué consistía esta institución tan pomposamente titulada Sacro Imperio romano germánico, un sumidero insaciable, en el que fueron a perderse los caudales españoles en varias ocasiones a lo largo de la historia.

Ya vimos, muchas páginas atrás, que, cuando los romanos restablecieron la monarquía hereditaria, inventaron el título de emperador para designar a sus reyes, porque el de rey estaba tan desprestigiado que más valía ni mentarlo. Cuando el Imperio romano se desmembró entre los jefes bárbaros que lo ocuparon, el título imperial se convirtió en una especie de tutela simbólica, que el emperador de Roma ejercía sobre los reyes bárbaros que iban ocupando sus provincias. Luego, ya ni eso, y el título cayó en desuso durante tres siglos.

En el año 800, el papa León III lo desempolvó astutamente y se lo otorgó a Carlomagno, el poderoso rey de los francos. Entonces, la cristiandad se denominó Sacro Imperio romano germánico, puesto que estaba integrada por los antiguos romanos, a los que las invasiones habían añadido los germanos. Al principio, el título de emperador se transmitió de padres a hijos entre los sucesores de Carlomagno (Francia, siempre tan en su papel de rectora de Europa), pero cuando la dinastía carolingia se extinguió, pasó a los príncipes alemanes y se hizo electivo, no hereditario.

La intención del papado al resucitar al Imperio difunto fue siempre la de servirse del emperador como de un guardia de la porra para imponer su voluntad a la cristiandad. No obstante, algunos emperadores les salieron respondones y se enfrentaron al papa. Uno de ellos, nuestro Carlos V, llegó a asaltar y saquear Roma, no digo más. Después de estos conflictos, la institución se deterioró, y la verdad es que acabó sin ser «ni sacro, ni romano, ni imperio», como decía Voltaire; pero como la sangre azul es tan vanidosa, lo mantuvieron por espacio de un milenio, hasta 1806.

Regresemos ahora a Alfonso X, que olvida el tajo que le ha dejado su padre en la guerra contra el moro y sueña con coronarse emperador de Europa. Su derecho a ser elegido lo hereda de su madre, la princesa alemana Beatriz de Suabia. Con el trono imperial vacante, Europa era un hervidero de intrigas y pretendientes, cada cual con sus alianzas y sus cabildeos. La candidatura de Alfonso la apoyaban los franceses y los gibelinos italianos, pero había otra candidatura rival, que contaba con los votos de los siete príncipes electores alemanes, Inglaterra y el papa.

La cuestión se mantuvo indecisa durante muchos años, pero Alfonso, encaprichado con su Imperio, se titulaba, por la gracia de Dios, rey de

romanos y emperador electo, y mantenía una rumbosa cancillería imperial, regentada por italianos, y una campaña electoral interminable, cuyo principal cometido consistía en sobornar a los príncipes electores. ¿Con qué dinero? Naturalmente, con subsidios extraordinarios que extirpaba a las renuentes Cortes castellanas. Todo para nada, porque finalmente el papa dijo no, impuso a su candidato, que era el de la competencia, y el asunto quedó en agua de borrajas. Bueno, en agua de borrajas no exactamente porque, como todas las alegrías se pagan, en Castilla hubo que devaluar la moneda y subir los impuestos.

Salvando sus empresas culturales, que fueron muy estimables, la gestión política de Alfonso X fue un rosario de descalabros y desaciertos. Quiso imponer una ley única en el reino, el Fuero Juzgo, inspirado en el derecho romano, pero encontró tal oposición en la nobleza y las ciudades que tuvo que desistir. Quiso gobernar en paz sus estados, pero los moros sometidos en Levante y Andalucía se le rebelaron. Quiso nombrar heredero a su nieto (hijo de su difunto primogénito), pero su segundo hijo, Sancho, que por algo será llamado el Bravo, se rebeló contra tal decisión y le hizo cruda guerra, apoyado por la nobleza y las ciudades. Así comenzó una larga contienda civil, que se prolongaría hasta la muerte del monarca.

Visto desde nuestra perspectiva moderna, Alfonso X pretendía recuperar el Estado como institución pública. Influidor por la idea de que el rey es el vicario de Dios en la tierra, tendía al gobierno absoluto, lo cual, lógicamente, implicaba la recuperación del poder y los privilegios detentados por los magnates y los concejos de las grandes ciudades. Esa misma concepción del Estado tuvieron sus sucesores. Por eso, durante los tres siglos siguientes, del XIII al XV, asistimos a un pulso continuo entre monarquía y nobleza. La corona va ganando lentamente parcelas de poder y consigue introducir tribunales reales o audiencias y gobernadores o corregidores, e imponer una especie de gobierno nacional en su consejo real, pero la otra parte fortalece las Cortes, defensoras de las libertades locales, que condicionan la aprobación de los impuestos propuestos por el rey a la promulgación de leyes favorables. Más adelante, con los usurpadores monarcas Trastámara chantajeados por los magnates, la aristocracia recuperó parte de su poder y copó los puestos dominantes, los adelantamientos mayores de Castilla, de Murcia y de

Andalucía, además del gobierno de las ciudades.

La economía del reino se reactivó gracias a la naciente burguesía de las ciudades y a pesar de la turbulenta nobleza, que anclada en sus costumbres militares despreciaba el comercio. Desde Alfonso X, la gran fuente de divisas y riquezas fue la Mesta, una poderosa sociedad ganadera, que explotó enormes rebaños de oveja merina entre Andalucía, Castilla y Extremadura. Esto favoreció un activo comercio de lana con los centros textiles de Flandes, Inglaterra y Francia. También se exportaba mucho hierro en bruto de Vizcaya. (Ya Europa comienza a explotar a España; nosotros suministramos la materia prima, y ellos hacen el gran negocio, vendiéndola a altos precios convertida en mantas, tocas y armaduras. ¿Me siguen?). Con todo, el negocio era bueno, aunque podía haber sido mucho mejor, y dio para construir grandes catedrales góticas, entre ellas las de Burgos, Segovia, León y Burgo de Osma. ¿Reinvertirlo en crear algo de infraestructura industrial? No, en eso no pensaron.

Volvamos al contencioso entre Alfonso X y su hijo Sancho. Al final, el hijo rebelde se salió con la suya y heredó la corona. En su pecado llevó la penitencia porque su reinado fue una trabajadera incesante; por una parte, frenando a una nueva invasión de fundamentalistas africanos, los benimerines (o meriníes), y por otra, a los partidarios de su persistente sobrino, que intentaban derrocarlo.

En este tiempo sucedió el famoso episodio de la defensa de Tarifa por Guzmán el Bueno, cuyo hijo degüellan los benimerines por haberse negado el padre a rendirles la plaza. El escéptico lector hará bien en poner en cuarentena tan romántico episodio, que unos historiadores aceptan y otros rechazan.

A Sancho le sucedió su hijo de diez años, Fernando IV el Emplazado, cuyo curioso sobrenombre se debe a otra leyenda. El desafortunado rey se dirigía a poner sitio al castillo de Alcaudete cuando comparecieron ante él dos sospechosos de asesinato, los hermanos Carvajales. Como tenía prisa, los condenó a muerte sobre indicios insuficientes y, aprovechando que estaban en Martos, ciudad famosa por su peña, decidió que la ejecución consistiría en despeñar a los reos en sendas jaulas de hierro desde la altísima peña. Los condenados, viendo que los mataban con tuerto, protestaron, aseguraron que eran inocentes y emplazaron al monarca a juicio de Dios para que, en el plazo

de un mes, compareciera ante el tribunal divino. En efecto, al mes justo de la ejecución, el rey murió, en Jaén, durante una siesta, antes de cumplir los veintisiete años. Algunos historiadores antiguos insisten en que su poco juicio en comer y beber le acarrearón la muerte, pero la leyenda es tan persistente que incluso ha dejado, al pie de la peña de Martos, una columna de piedra rematada en cruz que señala el lugar donde se detuvieron las jaulas de los condenados después de rodar por la escarpada ladera. El dibujante francés Gustavo Doré la plasmó en un evocador grabado de su viaje por España. En realidad, la leyenda, aunque bella y romántica, parece ser una patraña. El joven rey de Castilla era un muchacho enclenque, que probablemente falleció de una vulgar trombosis coronaria, como cualquier hijo de vecino. Otra cosa sería que Dios hubiese permitido, incluso provocado, la trombosis al mes justo del emplazamiento, lo que bien pudo hacer dada su omnipotencia y lo inescrutable de sus designios.

A rey muerto, rey puesto. Alfonso XI, el siguiente monarca, ascendió al trono cuando era un mamoncete de un año, pero tenía una abuela emprendedora, que le administró juiciosamente el patrimonio. Su reinado fue largo, ajetreado y fecundo. Además de contener a la nobleza levantisca, un mal endémico en toda la Baja Edad Media, derrotó memorablemente a una coalición de moros marroquíes y granadinos en la batalla del Salado y arrebató al moro africano su cabeza de puente de Algeciras. Estas dos hazañas alejaron para siempre (¿para siempre?) el peligro de una reconquista de España por el islam. Por lo menos, de una reconquista violenta, porque de la conquista pacífica, por infiltración, Dios dirá, que arrieritos somos, paisa, y por el camino nos encontraremos.

Capítulo 38

Pelotas de hierro como manzanas grandes

En esta memorable toma de Algeciras, que fue declarada cruzada y a la que concurrieron caballeros y aventureros de toda Europa, los moros usaron una nueva arma de gran futuro: la artillería. Los toscos cañones o truenos arrojaban *pellas de fierro* del tamaño de una manzana grande, de trayectoria un tanto errática, sin puntería. Tampoco alejaban mucho, y era más el ruido que las nueces, pero el impacto psicológico debía ser considerable. «Los ornes avían muy grand espanto, ca en cualquier miembro de orne que diese, llevábalo a cercén, como si se lo cortasen con cuchiello: et quanto quiera poco que orne fuese ferido della, luego era muerto, et non avía cerurgia nenguna que le podiese aprovechar: lo uno porque venía ardiendo como fuego, et lo otro porque los polvos con que la lanzaban eran de tal natura, que cualquier llaga que ficiesen, luego era el orne muerto; et venía tan recia que pasaba un orne con todas sus armas». Aunque acojonados, los cristianos se mantuvieron firmes y al final ganaron la plaza. En este país el que aguanta gana, como decía el maestro Cela.

Algunos autores aseguran que los primeros cañones europeos habían tronado en 1331 en la expedición del moro granadino contra Alicante y Orihuela. El lector más patriota que escéptico disimule su frustración, pero existen dos manuscritos, uno florentino y otro inglés, fechados en 1326, que

hablan ya de cañones. Estos primitivos cañones europeos eran de pequeño tamaño y más adecuados para lanzar flechas de hierro que pellas.

No está claro quién inventó la pólvora ni si fue inventada simultáneamente en distintos lugares de Europa, pero lo cierto es que los chinos (que como se sabe, y mientras no se demuestre lo contrario, lo han inventado todo) la venían usando desde hacía siglos. A Europa pudo llegar de mano de los mercaderes árabes. Sin embargo, los alemanes, siempre tan suyos, reclaman la paternidad del invento para el fraile teutón Berthold Schwarz y el primer empleo de artillería para el sitio de Metz, en 1324. Los italianos aducen que la gloria de haber disparado el primer cañón es suya, en Cividale, en 1331. Tampoco es para partirse la cara disputando la paternidad de un invento mucho más dañino que provechoso. Sin embargo, nadie se disputa la benéfica invención de la rueca o del gazpacho, para que se vea cómo somos.

Conquistada Algeciras, no quedaban ya puertos donde pudiera desembarcar el moro africano (aunque los benimerines retenían todavía Gibraltar). Además, la marina castellana vigilaba las aguas del Estrecho.

Alfonso XI, como su abuelo, también miró a Europa, o quizá fuera Europa la que lo miró a él, pues Francia e Inglaterra, en trance de llegar a las manos, se disputaban la amistad de Castilla, ya gran potencia y en plena expansión del comercio lanero con Flandes. Mientras los reyes de allende lo cortejaban, Alfonso XI cortejaba a las mujeres de aquende porque había salido muy faldero y doñeador.

Tenía diecinueve años cuando conoció en Sevilla a la mujer más hermosa del reino, doña Leonor de Guzmán, viuda, algo mayor que él, y quedó tan prendido de sus reposados encantos y de sus ojos garzos que ya no supo vivir sin ella; le puso casa y corte, y la hizo tratar como a una reina. Leonor le dio nueve hijos, ocho varones y una hembra.

Como la historia la escriben los mandados, véase cómo la crónica justifica la infidelidad del monarca: «porque el Rey era muy acabado hombre en todos sus fechos, témase por muy menguado porque non avia fijos de la Reina; et por esto cató manera como oviese fijos de otra parte», es decir, de la sevillana. Tan romántica historia acabó trágicamente porque, en cuanto el rey murió, la reina, que llevaba muchos años criando odio contra la favorita, la hizo apresar y ejecutar.

Capítulo 39

Ni quito ni pongo rey

La reina, aunque tarde, concibió y parió un heredero, Pedro I el Cruel. Lo del apodo está justificado, porque era un desequilibrado con tendencias homicidas, pero es seguro que la historia lo hubiese tratado mejor de haber vencido. Este déspota reinó durante diecinueve años, nunca quieto, siempre de un lado para otro, y por donde iba dejaba un rastro de cadáveres de enemigos o de amigos caídos en desgracia. Por cierto, uno de ellos fue el que, antes de morir, dijo aquellas terribles y aleccionadoras palabras: «Ésta es Castilla, que faze los hombres y los gasta».

Quizá el lector recuerde, e incluso observe en su conducta, el sabio y crudo refrán que aconseja: «Donde tengas la olla no introduzcas la polla». Pedro I, aunque burgalés de pura cepa, ignoraba el refrán castellano y echó a perder una alianza con Francia al desairar a su esposa, Blanca de Borbón, sobrina del poderoso rey francés, a la que dejó compuesta y sin novio dos días después de la boda para galopar al lado de su amante, María de Padilla, sin la cual no podía vivir. Ésta María era menudita de cuerpo, que así gustaban entonces las mujeres, acuérdense del Arcipreste en su elogio a las «dueñas chicas» que lo tienen todo tan a mano.

¿Y la francesita? La desventurada no es que fuera fea, que era «blanca e ruvia, e de buen donayre», pero se conoce que Pedro sólo tenía ojos para la

otra. Triste y malcasada, vivió el resto de sus días virtualmente presa, de castillo en castillo, y a los ocho años murió, probablemente no de muerte natural, sino a manos de los ejecutores de Pedro, que solían ultimar a sus víctimas de un mazazo en la cabeza, con la sutileza que usaba el jefe. Tuvo el rey otra esposa a la que no le fue tan mal, una dama noble llamada Juana de Castro (por cierto, hermana de Inés de Castro, la de «reinar después de morir», del drama portugués). La señora, viuda de muy buen ver y, a lo que parece, ambiciosilla y deseosa de codearse con la *jet*, se resistió calculadoramente a las solicitudes reales, con el consabido argumento de que yo soy una mujer decente y el hombre al que yo me entregue tendrá que pasar antes por la vicaría. «¿Será por vicarías? —se dijo don Pedro—: ¡Castilla está llena de ellas!» Así que, más encalabrinado que nunca, ordenó a los obispos de Salamanca y Ávila que convencieran a la viudita de que su matrimonio con la reina no era válido y que, por tanto, bien podría casarse con quien le pluguere. Se casaron, pasaron la noche juntos, empleándose a fondo, y a la mañana siguiente, si te vi no me acuerdo. La dejó plantada y no volvió a acordarse de ella. Ella de él, sí, que quedó preñada.

El mayor de los hijos engendrados por la amante de Alfonso XI, doña Leonor de Guzmán, era Enrique de Trastámara. Apoyado por una facción nobiliaria que quería sacar pesca del río revuelto, el bastardo disputó el trono a su hermanastro Pedro I, e inmediatamente la volátil Castilla se escindió en una guerra civil, otra. En cierto modo, y reduciendo las cosas a sus debidas proporciones, esta guerra puede considerarse un episodio de la guerra de los Cien Años que disputaban Francia e Inglaterra.

En un principio, Pedro, con ayuda de las tropas inglesas del Príncipe Negro, logró derrotar a Enrique, que a su vez contaba con el auxilio de los franceses, pero al final el bastardo ganó la partida y asesinó a Pedro en una emboscada que le preparó en su tienda, frente al castillo de Montiel. El escéptico lector hará bien en no conceder demasiado crédito a la versión que sostiene que los dos hermanos se enzarzaron en agria disputa y que cuando rodaron por el suelo, daga en mano, Pedro encima de su enemigo en posición aventajada, Beltrán Duguesclín, el jefe de los mercenarios franceses que apoyaban a Enrique, lo sostuvo para que el otro lo apuñalara mientras se justificaba ante la historia diciendo: «Ni quito ni pongo rey: sólo ayudo a mi

señor».

El bastardo usurpador, ya instalado en el trono, sobornó a la nobleza con dádivas y privilegios, por eso lo llamaron «el de las Mercedes». A los Trastámara de la dinastía que él inaugura nunca se les desprendió el tufillo de usurpadores. Por eso, psicológicamente, compensaban su ilegitimidad alardeando de escudo de armas o logotipo, pues pusieron de moda la heráldica decorativa. Un hijo y sucesor de Enrique el de las Mercedes, Juan I, reclamó Portugal por derecho de boda y fue derrotado por los portugueses en Aljubarrota, la *batalha* por excelencia de la historia lusa y símbolo de su independencia frente a España.

En los reinados siguientes asistimos al sempiterno pulso entre la monarquía, que quiere limitar los privilegios de la nobleza, y la nobleza, que más bien quiere ensancharlos. Así, hasta llegar al reinado del degenerado Enrique IV el Impotente, cuya vida, que daría cumplidamente materia para un culebrón televisivo, mejor será dejar para más adelante.

Capítulo 40

Los peces portan las barras de Aragón

En la corona de Aragón, que en realidad era una inestable confederación de aragoneses, catalanes y valencianos, cada cual con sus costumbres y su humor por más que Jaime II los declarara indisolubles, también se produjo el pulso entre reyes y nobles privilegiados que hemos visto en Castilla, sólo que aquí lo perdieron los reyes. Ya desde Jaime I, los nobles tenían derecho a su propio juez o justicia, pero no contentos con ello aprovecharon que Pedro III estaba ocupadísimo conquistando Sicilia para rebelarse contra su autoridad y obligarlo a aceptar, además, Cortes anuales y fiscalización del gobierno. En el siglo XIV incluso nació una comisión permanente que controlaba los impuestos reales, origen de la Generalitat, que, con el tiempo, se convertiría en símbolo de las libertades catalanas frente al absolutismo real.

Ya vemos que los reyes aragoneses estuvieron bastante supeditados a sus magnates y a sus ciudades. Naturalmente, estas trabas los dejaron en inferioridad de condiciones respecto a sus vecinos, castellanos o franceses. La próspera Barcelona, actuando virtualmente como ciudad-Estado, no inferior en pujanza e iniciativa a las repúblicas italianas, la gobernaban cinco concejales y el Consell de Cent.

Hacia el final de la Edad Media, la vocación mediterránea de Aragón dio lugar a la incorporación más o menos permanente de Sicilia, Cerdeña,

Mallorca y hasta la mitad sur de Italia, el reino de Nápoles. La cosa empezó cuando Pedro III reclamó los derechos de su mujer, que era de la familia Hohenstaufen, a Nápoles y Sicilia contra el rey de Francia, Carlos de Anjou, al que el papa había entregado la isla graciosamente. Por entonces, unos oficiales franceses registraron de modo inconveniente a una novia siciliana que iba a bodas, y la afrenta desencadenó una sublevación popular contra los ocupantes. Aprovechando la coyuntura, el aragonés desembarcó, ocupó la isla en un paseo militar y los sicilianos lo aclamaron rey. El papa lo excomulgó y hasta organizó una cruzada contra él, pero la convocatoria fue escasa, que ya no estaba Europa para cruzadas.

El escéptico lector no se escandalizará de sorprender a un papa en posturas tan escasamente evangélicas. Es que, hasta tiempos relativamente recientes, los pontífices no se molestaron en disimular sus ambiciones mundanas y sus marrullerías políticas, a las que frecuentemente supeditaban sus obligaciones como vicarios de Cristo.

Eran testarudos aquellos aragoneses. Pedro III no se amilanó porque el papa lo excomulgara y sus sucesores mantuvieron el tipo igualmente y prosiguieron la lucha contra el papa y contra los franceses. A la postre, ganaron la partida, puesto que el Vaticano acabó cediendo Cerdeña y Sicilia. Por cierto, los almogávares o mercenarios aragoneses que habían luchado en Sicilia (como antaño los mercenarios iberos a sueldo de griegos y cartagineses), cuando la isla quedó pacificada, fueron contratados por el emperador de Bizancio para luchar contra los turcos que amenazaban Constantinopla. La conquista de Sicilia había extendido por todo el Mediterráneo la fama de invencibles de aquellos montañeses.

Las Grandes Compañías Catalanas de almogávares constituían una infantería tan temible como hoy la de los mercenarios gurkas. En reposo puede que se parecieran más a una turba de desaliñados salteadores que a un cuerpo militar, porque iban vestidos con pieles y apenas protegidos por un pequeño escudo y una red de hierro que les cubría la cabeza, y tan sucintamente armados (con dos venablos, un cuchillo carnicero y un breve chuzo) que no impresionaban a nadie. Pero cuando, antes de entrar en combate, golpeaban la herrada contera del chuzo arrancando chispas de las piedras y gritaban «¡Desperta Ferro!», infundían espanto al enemigo más bragado. Metidos en

harina se conducían con proverbial ferocidad, sin dar ni esperar cuartel.

El caudillo que los mandaba era un aventurero llamado Roger de Flor, al que el taimado emperador nombró megaduque y casó con una de sus sobrinas, que tenía muchas para tales casos. Mientras los almogávares derrotaron a los turcos y pacificaron las fronteras, los bizantinos los adoraron, pero en cuanto dejaron de necesitarlos les pareció que aquella horda salvaje desentonaba con la armonía y la belleza de sus ciudades. Además, a Roger de Flor se le habían subido los humos a la cabeza y aspiraba a recibir un reino como recompensa por su actuación. El emperador fingió estar de acuerdo pero lo atrajo a una trampa, junto con ciento treinta de sus capitanes y oficiales, y los asesinó a todos. La trampa fue un banquete, como en el caso de la jornada del Foso de Toledo, en 797. ¿Se acuerdan? ¡Siempre esa obsesión hispánica por comer de balde que tantos disgustos nos acarrea!

Cuando la chusma almogávar supo lo ocurrido a sus oficiales, su reacción fue tan violenta que todavía por aquellas costas se habla de la venganza catalana. Los almogávares entraron a sangre y fuego por pueblos y aldeas sin dejar títere con cabeza, hasta que, algo más calmados y cansados de ir de un lado para otro, decidieron sentar cabeza y fundaron un reino que duraría casi un siglo (el ducado de Atenas).

La expansión política y militar de Aragón se correspondía con una expansión comercial paralela. La potente marina mercante catalana se sumó al activo comercio mediterráneo en competencia, a menudo armada, con genoveses y pisanos. Su prestigio era tal que el Libro del Consulado del Mar, especie de código de derecho marítimo catalán, era aceptado casi unánimemente por las otras marinas de Europa. Con hipérbole patriótica se llegó a decir que, para navegar por el antiguo Mare Nostrum, hasta los peces tenían que lucir las barras de la enseña aragonesa.

En 1412, el rey de Aragón murió sin sucesor. Después de muy tortuosas negociaciones, en las que no faltaron violencia y sobornos, los nobles catalanes, aragoneses y valencianos reunidos en Caspe acordaron entregar el trono a Fernando el de Antequera, hermano del rey de Castilla. El hijo y sucesor de éste, Alfonso V el Magnánimo, conquistó Nápoles y se consagró por entero a aquel reino donde lo dejaban mandar como le daba la gana, y se desentendió de Aragón, donde para cualquier cosa había que pedir permiso a

unas Cortes cada día más quisquillosas.

Aragón ganaba territorios en la península italiana, pero los perdía más cerca. Los franceses ocuparon las comarcas catalanas del Rosellón y la Cerdaña, aprovechando el conflicto entre Juan II, hermano y heredero de Alfonso V, y su hijo Carlos de Viana. Es un contencioso que traería mucha cola, como se irá viendo en páginas venideras.

Capítulo 41

El reino de Granada

Es casi milagroso que el último reino islámico de España, Granada, lograra perdurar durante dos siglos y medio a la sombra inclemente de Castilla. El milagro se basaba en dos razones, una económica y otra estratégica. Por lo que se refiere a la económica, Castilla sangraba a Granada como los batutsis sangran a sus vacas. La sangre del moro era el oro que seguía llegando de Sudán, por vías africanas. Europa, en plena expansión comercial, estaba ávida de oro, y las arcas de Castilla ingresaban unas veinte mil doblas anuales en concepto de parias de Granada. Pero cuando Portugal intervino en África y desvió la ruta del oro hacia Lisboa, la gallina dejó de poner huevos, y los castellanos, siempre escasos de liquidez, comenzaron a pensar en la gallina misma, en sus sabrosas carnes, en la Alhambra, en las vegas, en los surcos de prietas hortalizas, en las aromáticas manzanas, en las verdes olivas, en las lujuriantes higueras, en el pan de higo, en las almunias, en las norias, en los puertos.

La otra razón es la estratégica. La diplomacia granadina hilaba delgado y era virtuosa en el mantenimiento de equilibrios. Entre la hoz castellana y la coz marroquí, los soberanos granadinos habían aprendido la lección de las antiguas taifas y supieron mantenerse en equilibrio, aplacar a Castilla con sobornos y tributos, aceptar solamente pequeños contingentes de tropas de

Marruecos y sacar provecho de las debilidades y rencillas internas de tan poderosos vecinos aliándose con el bando más débil.

La otra clave de la estabilidad granadina fue su pujante economía, basada en una población numerosa, en un racional aprovechamiento de los recursos agrícolas y en un activo comercio con países mediterráneos, tanto cristianos como musulmanes, que impulsó la industria y la artesanía del reino. Por ejemplo, en Europa se usaba papel fabricado en Granada, y los arquitectos y albañiles granadinos eran contratados tanto por los reyes de Castilla como por los de Marruecos para labrar sus palacios y yeserías.

En la frontera, estable durante varias generaciones, a pesar de las tensiones intermitentes, una serie de útiles instituciones comunes, como alcaldes de moros y cristianos, mediaban en los pleitos que afectaran a individuos de una y otra comunidad. Había también alhaqueques o agentes, que pasaban libremente de uno a otro lado para mediar en tratos, buscar reses robadas o personas cautivadas y ajustar el rescate después de que los fieles del rastro, es decir, rastreadores o peritos en seguir sobre el terreno las huellas de cuatros y reses, les hubieran indicado el destino final de las presas. En los largos períodos de paz, había incluso una relación de vecindad cordial. Por ejemplo, el alcaide moro de la plaza fuerte fronteriza de Cambil y Alhabar es invitado a bodas cristianas de sus colegas y enemigos de Jaén. Lo que no quita que a los pocos meses intenten arrebatar los castillos, devasten la tierra y maten a los atalayas, que lo cortés no quita lo valiente. Hay también un episodio de lo más curioso, una reina que se acerca a la frontera porque le hace ilusión disparar un tiro de ballesta contra una fortaleza enemiga; los moros que la ven y saben que es la reina salen a hacer alarde para divertir a la señora y a sus damas. Es casi una guerra de opereta.

Hasta que la guerra de veras llegó. En el siglo XV, Castilla había reanudado esporádicamente la Reconquista. Primero, cayó Antequera; luego, Jimena y Huéscar, y poco después, Huelma. Luego, Gibraltar. En Granada, crecía el descontento contra un gobierno incapaz de defender las fronteras del reino. Quizá el pueblo ignorante no podía comprender que Granada no pudiera soñar ya en equilibrarse militarmente con Castilla, pero desde luego advertía que, tarde o temprano, los castellanos les arrebatarían sus casas, sus huertos, sus emparrados y sus moreras. (Granada producía mucha seda; algunas

moreras tenían hasta cuatro dueños). En una reacción típicamente fundamentalista que observamos también en el mundo árabe actual, la impotencia frente a la superioridad cristiana los llevó a refugiarse en una fe fanática. A la larga, fue peor para ellos. La tradicional tolerancia hacia los cristianos que vivían en Granada, muchos de ellos como cautivos, se transformó en creciente opresión.

¡Los moros maltratan a nuestros infelices correligionarios! En Castilla, los halcones tuvieron un excelente pretexto para plantear la necesidad de conquistar Granada. Sólo faltaba un *casus belli*.

En 1481, el rey Muley-Hacén se lo puso en bandeja. Dejó de satisfacer el tributo y conquistó el castillo de Zahara en un golpe de mano. La leyenda romántica quiere que rechazara al recaudador cristiano arrogantemente: «Dile a tu rey que Granada ya no acuña moneda para pagar a cristianos; antes bien forja espadas y lanzas para combatirlos». Y los Reyes Católicos responderían: «Yo he de arrancar uno a uno los granos de esa granada».

Es que, inevitablemente, la guerra de Granada, después de que Washington Irving y los románticos pasaran por ella, se tiñe de romanticismo.

Fernando planeó la conquista de Granada con metódica astucia (no en balde Maquiavelo lo tomaría como ejemplo en su *Príncipe*). Lo primero que hizo fue fomentar las rencillas internas de la familia real granadina y las banderías que se disputaban el dominio del reino. Era un juego a tres bandas: por una parte el rey, que quiere conservar su trono, y por otra su hijo Boabdil y su hermano el Zagal que, cada cual por su cuenta, quieren arrebatárselo. Y el zorro de Fernando apoyando a la parte más débil contra la más poderosa.

Boabdil, el hijo de Muley-Hacén, se había rebelado contra su padre con el apoyo del poderoso clan de los abencerrajes, pero el rey recuperó Granada con la ayuda de los no menos poderosos zegríes. Entonces, su hermano, el Zagal, lo depuso, apoyado por el clan de los Venegas. Muley-Hacén, fortificado en la Alhambra, resistió. En esto, Boabdil, el hijo, fue capturado por los cristianos en la batalla de Lucena, pero Fernando lo liberó para que siguiera incordiando a su padre y a su tío. Muley-Hacén y el Zagal se unieron contra Boabdil demasiado tarde, cuando ya les había ganado la partida. Muley-Hacén hizo lo único que le quedaba por hacer, morir, y el Zagal, desanimado, arrojó la toalla y se retiró a vivir a Tlemecén. Boabdil, ya rey

indiscutido, se instaló en la Alhambra.

El campo musulmán había quedado convenientemente sangrado. La fruta estaba madura. Entonces, los Reyes Católicos asediaron Granada. Los granadinos llevaban tres siglos viendo llegar cristianos a la vega para robar y talar durante un tiempo, pero después, en cuanto llegaban los fríos, levantaban sus tiendas y se marchaban. Sin embargo, los Reyes Católicos habían llegado para quedarse: el campamento que montaron era de casas de adobe y piedra, una auténtica ciudad (que aún existe): Santa Fe. Es falsa, naturalmente, la leyenda que atribuye a la reina católica la promesa de no cambiarse de camisa hasta que conquistara Granada, una empresa que le llevó años. Por este motivo, los franceses denominan *isabelle* al color amarillento. Volviendo a Granada, la población estaba dividida entre palomas y halcones: unos querían entregar la ciudad a cambio de que sus bienes fueran respetados; otros eran partidarios de resistir a ultranza. Pero los tiempos de Numancia ya estaban olvidados. Al final, Boabdil puso a los halcones ante el hecho consumado de que ya había entregado la Alhambra. Secretamente, dejó que una guarnición cristiana ocupara el castillo y las torres principales. Después de esto, no tenía objeto resistir, y los halcones, aunque clamaron venganza y se acordaron de toda la parentela del rey, tuvieron que transigir (más de uno, quizá, con alivio).

La capitulación se firmó el dos de enero de 1492, y Boabdil y los suyos tuvieron que abandonar la Alhambra para trasladarse a las tierras que los Reyes Católicos les habían concedido en las Alpujarras.

Existe en las cercanías de Granada una eminencia llamada el Suspiro del Moro, un lugar propicio para escauceos de enamorados, desde el cual se puede contemplar la ciudad. Allí es donde sostiene la leyenda que Boabdil volvió la cabeza para captar con la mirada todo lo que dejaba atrás y, sin poderse contener, rompió a llorar. Entonces, su madre, la noble Aixa, una mujer que los tenía bien puestos, le dijo: «Llora, llora como mujer por lo que no has sabido defender como un hombre». Las madres muchas veces es que son un gran consuelo.

España era nuevamente cristiana, toda ella, como ocho siglos antes, en tiempos de los godos. Con una pequeña diferencia: quedaban dos numerosas comunidades que no eran cristianas: los judíos y los moros.

Capítulo 42

Isabel y Fernando, tanto monta, monta tanto

En 1469, en Valladolid, una fría mañana de otoño, se celebró una boda que iba a alterar el curso de la historia de España. La novia, Isabel, había cumplido dieciocho primaveras y era una chica menuda, rubia, de cara redonda, ancha de caderas y con cierta tendencia a engordar. El novio, Fernando, un año menor que ella, era un joven de mediana estatura, no mal parecido, que pronto se quedaría calvo hasta media cabeza. Tenía la voz aguda, como el general Franco, dicho sea sin segundas.

La boda fue un tanto irregular. Se casaron en secreto, con el novio llegando de tapadillo y disfrazado de criado, tan en su papel que hasta servía la cena de sus escoltas en las ventas donde pernoctaban. Es que Isabel no podía contraer matrimonio sin permiso del rey de Castilla, su hermano. Además, Isabel y Fernando eran primos segundos, y la dispensa papal que exhibieron ante el sacerdote que ofició la ceremonia era tan falsa como una moneda de corcho. No empezaban mal los luego llamados Reyes Católicos. Pero a estas alturas no será necesario recordar al escéptico lector que los historiadores siempre justifican al que gana, y los Reyes Católicos eran vencedores natos.

A Isabel no le correspondía reinar: sólo era medio hermana del rey Enrique IV, y por delante de ella, en el orden sucesorio, había dos personas: su otro medio hermano, Alfonso, y su sobrina Juana. Pero se había propuesto

ser reina de Castilla y, al parecer, las personas que podían estorbar su designio tenían una tendencia a fallecer prematura y misteriosamente. Así le ocurrió a Alfonso, el heredero de la corona, y la misma suerte corrió don Pedro Girón, el maestre de Calatrava, un novio que le buscó el rey a su hermana, muy en contra de la voluntad de la interesada.

Muerto Alfonso, la sucesión recaía sobre la princesa Juana, la hija del rey, pero una poderosa facción nobiliaria empeñada en destronar al monarca apoyó la candidatura de Isabel y consiguió que el rey admitiera que su hija Juana era producto de las relaciones adúlteras entre la reina, su esposa, y el favorito don Beltrán de la Cueva. Por eso la apodaron la Beltraneja, y a Enrique IV, el Impotente, aunque sabían muy bien que era un hiperactivo bisexual de pelo y pluma, que se tenía más que pistoleadas a todas las putas de Segovia y a los moros de su escolta sodomita. Todo esto para conseguir que Isabel heredara el trono. Al escéptico lector quizá le dé la impresión de que la mosquita muerta de Isabel se abrió camino sin reparar en medios. Probablemente no fuera ella sola, sino el poderoso *lobby* nobiliario que apoyaba su candidatura. En cualquier caso, el rey, su hermano, tampoco era una persona que concitase grandes simpatías. Era un sujeto degenerado e irresoluto, cobarde y vil, producto de una estirpe ya degenerada por casamientos consanguíneos, «un degenerado esquizoide con impotencia relativa [...], displásico eunuco con reacción acromegálica» (Marañón).

En aquel tiempo era impensable que un miembro de la familia real se casara sin permiso del rey. La elección del esposo de Isabel correspondía a Enrique IV y, dado que la novia podía algún día heredar la corona, la elección era asunto de alta política. Había tres candidatos principales: un portugués, un francés y un aragonés. A Enrique IV le gustaba el portugués, su colega el rey Alfonso, pero las Cortes castellanas, que también tenían algo que decir, patrocinaban al pretendiente francés. Y la novia, influida por los magnates que la apoyaban como sucesora de Enrique, escogió al aragonés, el príncipe Fernando. De aquí que tuvieran que casarse en secreto y sin permiso del rey. El concertador que había apañado la boda, repartiendo generosamente sobornos y promesas en el *entourage* de Isabel, era el padre de Fernando, Juan II, el rey de Aragón, un zorro que andaba con el agua al cuello y necesitaba desesperadamente la alianza con Castilla en su contencioso contra

la poderosa Francia por el reino de Nápoles. Es que los franceses se lo estaban comiendo vivo. Le habían ganado ya los condados catalanes de Cerdaña y el Rosellón, y le habían tomado Gerona.

Aragón, ya lo hemos visto, sólo aportaba problemas con Francia. Por el contrario, la unión con Portugal, cuyos intrépidos marinos estaban ya lanzados a la exploración y conquista de nuevas rutas, hubiese robustecido el imperio colonial que Castilla iba a iniciar tras el descubrimiento de América. Por otra parte, las instituciones portuguesas se podían adaptar mejor a las de Castilla que las aragonesas. Ya se sabe de lo poco que sirve dar capotazos a toro pasado, pero el escéptico lector convendrá en que hubiera sido más sensato y conveniente para España que Isabelita se hubiese casado con el portugués.

En realidad, a pesar de la boda de los Reyes Católicos, Aragón y Castilla no se unieron. Hubiera sido cruzar un erizo con un pez: las leyes, el sistema económico y hasta las costumbres eran completamente distintas.

Sin embargo, a pesar de los términos de igualdad en que se estipuló la boda, y a pesar del «tanto monta, monta tanto», parece que Fernando salió beneficiado con el casorio. Por ejemplo, la política matrimonial seguida por la pareja fue típicamente aragonesa, pues tuvo como principal objetivo emparentar con todas las casas reales europeas para aislar a Francia. Quizá con este objetivo como meta, y ello no descarta gusto y atracción, los Reyes Católicos tuvieron ocho hijos. (Número en el que no incluimos las tres hembras y un varón extramatrimoniales que Fernando engendró en diversas amantes, porque el aragonés «amaba mucho a la reina su mujer, pero dábase a otras mujeres», como dice el cronista).

A pesar de estos defectillos de Fernando, Isabel podía considerarse una mujer afortunada porque sus otros pretendientes salieron bastante peores. Por ejemplo, el novio que había propuesto Inglaterra, el duque de Gloucester, el futuro Ricardo III, era malvado, feo, contrahecho y jorobado. Acabaría convirtiéndose en rey, después de asesinar a sus sobrinos de corta edad, para morir declamando aquello de «¡Mi reino por un caballo!», como nos enseña Shakespeare en un famoso drama histórico.

La desgracia de España fue que los Reyes Católicos fundaron un Estado fuerte y de gran porvenir, pero lo dejaron en manos de extranjeros. El príncipe Juan, heredero de la corona, murió joven (según los médicos diagnosticaron,

debido a los excesos conyugales con su atractiva e insaciable esposa); la segunda en la línea sucesoria, la princesa Isabel, murió de sobrepeso. Los derechos dinásticos vinieron a recaer sobre la tercera hija, Juana la Loca, que transmitió la corona a su hijo Carlos V, habido de su matrimonio con Felipe el Hermoso, de la casa de Borgoña, regida por los Habsburgo. En Carlos V confluían la corona de Castilla y Aragón, por herencia materna, y la de los Habsburgo, por el padre. Así fue como, al mezclarse los intereses de las dos ramas, España (que ya comenzaba a conocerse por ese nombre) cayó en manos de extranjeros, los Habsburgo o Austria, que, por servir a sus intereses europeos, empantanaron al país en el lodazal sin fondo de las guerras de Flandes y los Países Bajos, y en las guerras de religión en Alemania, territorios todos pertenecientes a la casa de Borgoña, donde a los españoles no se nos había perdido nada.

Bien pensado, las consecuencias de la política matrimonial de Fernando el Católico no pudieron ser más desastrosas. Él mismo, cuando vio que el negocio se torcía, ya viudo y anciano, se apresuró a casarse en segundas nupcias con la joven Germana de Foix, ¡una princesa francesa!, en un intento de engendrar un hijo que heredara Aragón. (Es decir que prefirió pactar con el enemigo secular antes que ver su reino en manos de su yerno Felipe el Hermoso). Esta precipitada decisión le costó la vida porque Fernando murió de indigestión de testículos de toro, un alimento que en aquel tiempo se creía infalible afrodisiaco, «que face desfallecerse a la mujer debajo del varón», según leemos en un texto médico.

En justicia, el catastrófico resultado de la política matrimonial se debe achacar más a los reveses de la voluble fortuna que a la torpeza de Fernando. ¿Cómo iba a prever que sus dos primeros herederos iban a morir sin descendencia? Por lo demás, Fernando fue quizá el mejor político de su tiempo. Era de ingenio claro, un hombre juicioso, prudente y, por encima de todo, carecía de escrúpulos; un político moderno, pragmático, en el más amplio sentido. E Isabel no le fue a la zaga.

Por eso, a pesar del fracaso dinástico, los Reyes Católicos llevaron a España a primera división y la pusieron en el camino de convertirse en la primera potencia mundial que sería durante dos siglos.

¿Qué habría ocurrido de haberse casado Isabel la Católica con el rey de

Portugal como quería su hermano, el infortunado Enrique IV? ¿Puede imaginarse el lector un mapa actual de la Península dividida en dos países: Aragón, Cataluña y Levante por un lado, y el resto, incluido Portugal, por otro? Quizá nos habría ido mejor en la historia tanto a unos como a otros. En fin, aquí no hemos venido a escribir ficción histórica, así que será mejor que regresemos a la realidad.

Cuando Enrique IV supo que Isabel se había casado sin su permiso montó en cólera y volvió a reconocer a su hija Juana la Beltraneja como legítima heredera. Su rabieta sólo sirvió para provocar una larga y dolorosa guerra civil. Ganó Isabel, y la Beltraneja tuvo que meterse a monja y pasar la vida encerrada en un convento portugués. Los portugueses, siempre tan gentiles con las damas, la llamaron «a excelente senhora» y, de vez en cuando, cuando tenían que ablandar diplomáticamente a Isabel, amenazaban con sacarla al siglo y darle alas. Isabel, como toda usurpadora, nunca tuvo la conciencia tranquila y no cejó hasta conseguir del papa una bula que condenaba a su desdichada sobrina a reclusión conventual de por vida.

Tanto monta

No fue el de Isabel y Fernando un matrimonio romántico, por amor, sino más bien un arreglo interesado por ambas partes, con un largo documento de capitulaciones, en las que se especificaban minuciosamente las respectivas obligaciones y derechos. Isabel y Fernando, «tanto monta, monta tanto», es decir, Castilla y Aragón unidos por matrimonio, sí, pero no revueltos. La reina reinando en Castilla, y su esposo, en Aragón. No convenía embrollar las cosas más de lo que estaban. No obstante, los aduladores cronistas definieron a los reyes como «una voluntad que moraba en dos cuerpos», y para dar noticia del alumbramiento de la reina decían: «Este año parieron los Reyes nuestros señores».

La razón social Reyes Católicos heredó un negocio ruinoso. Castilla, a pesar de su lana tan estimada en los mercados europeos, era como un navío a

la deriva, carcomido de parásitos y desarbolado, sin rumbo ni aparejo: el clero estaba corrompido; la nobleza, sublevada; el sufrido pueblo, mohíno y descontento; las arcas reales, vacías, y el Estado, paralizado por lustros de desgobierno y guerra civil. Un país pobre y subdesarrollado, que iba camino de quedar relegado a mero proveedor de lana para la industria textil europea. Para colmo, su díscola nobleza tenía acogotada a la corona porque desde el advenimiento de la dinastía bastarda de los Trastámara, los magnates se habían acostumbrado a manipular a los reyes a su antojo.

En Aragón tampoco ataban los perros con longaniza. El rey estaba arruinado por la guerra con Francia, y los nobles lo tenían atado de pies y manos por una serie de antiguos fueros y privilegios.

Isabel y Fernando eran ambiciosos y pragmáticos. Su primer objetivo fue meter en collera a la nobles. En Castilla se consiguió cuando fue necesario, incluso demoliendo sus castillos y las murallas de ciudades controladas por facciones levantiscas. Quedó claro que en lo sucesivo era la corona la que ejercía el poder y que la época de los ejércitos particulares había pasado ya. Pero en Aragón no hubo manera, porque allí las costumbres y las instituciones medievales pesaban mucho. Otro lastre que impediría la normalización del Estado moderno.

A pesar de estas cortapisas, los Reyes Católicos consiguieron modernizar el país, centralizar el poder y levantar los cimientos de un Estado poderoso. Por eso, todos los dictadores los ponen como ejemplo, olvidando sus torpezas, y no dejan de loar las excelencias de la pareja.

En su proyecto para debilitar a la nobleza, los Reyes Católicos sustituyeron el arcaico Consejo Real, heredado de la Edad Media, por una burocracia palaciega, más acorde con los nuevos tiempos y nutrida por funcionarios procedentes de las clases humildes fieles a la corona antes que a intereses de grupo. Con ellos formaron varios consejos o ministerios: de Finanzas, de la Hermandad, de la Inquisición, de las órdenes de Caballería. Quizá se pregunte el lector, ¿y qué pintan aquí las órdenes de caballería?, ¿esa antigualla de cuando los moros eran un peligro? Es que conservaban aún importantes patrimonios y ejércitos privados. Llevaban ya un siglo al servicio de los grupos de presión a los que pertenecieran sus maestros. Los Reyes Católicos consiguieron concentrar los tres maestrazgos (Calatrava, Alcántara,

Santiago) en manos de Fernando, lo que robusteció considerablemente el poder de la monarquía.

De igual manera consiguieron nacionalizar la Iglesia, para que fuera más obediente a la corona que al propio papa. Esto también contribuyó a domesticar a la nobleza. Desde entonces, las familias más encopetadas tuvieron que hacer méritos al servicio de los reyes para que éstos concedieran los cargos eclesiásticos mejor dotados a sus hijos segundones.

Capítulo 43

Colón y el descubrimiento de América

En el siglo XIV, la economía europea había crecido. La gente tenía dinero y aspiraba a vivir mejor, florecían las ciudades y se activaba el comercio. Entre los productos de lujo cuya demanda aumentaba destacaban las especias traídas de la India. La pimienta, el clavo, el jengibre, la nuez moscada, se atesoraban en los arcones de la alcoba, entre las joyas de la familia. La pimienta llegó a constituir un valor tan sólido que, a falta de oro y plata, se reconocía como medio de pago en los contratos. Ninguna familia europea que hubiese alcanzado un mediano pasar podía prescindir del uso, incluso del abuso, de las especias. Así como ahora uno muestra que es rico conduciendo un coche importado de gran cilindrada, entonces se mostraba en los trajes de domingo y en el consumo de especias. Los nuevos ricos, quizá acuciados por la memoria genética de pasadas hambrunas, despreciaban todo lo que no fuera carne. Además, como se desconocían el café, el té, el limón y el azúcar, los sabores resultaban tan monótonos que sólo las especias podían prestar cierta variedad a los platos. La adición de distintas proporciones de pimienta, clavo, cardamomo y nuez moscada permitían confeccionar cinco o seis platos diferentes a partir de la misma carne simplona. Por otra parte, como no existía refrigeración que retardara la descomposición de la carne, disimulaban sus olores y sabores putrefactos. La cerveza dudosa se adobaba con jengibre; el

vino avinagrado y picado, con canela y clavo.

Desde la época romana, había existido una ruta de la seda, por la que llegaban a Europa, además de la seda, las especias, las joyas, los perfumes y otros lujos orientales. En el siglo XIV, en el momento de mayor demanda de estos productos, la ruta quedó estrangulada por dos convulsiones políticas: la conquista de Constantinopla por los turcos y la islamización de los tártaros. Los mercaderes genoveses, venecianos e incluso catalanes dedicados al comercio de Oriente se arruinaron de la noche a la mañana. La demanda crecía, la oferta caía en picado, y unos productos que siempre habían sido caros se pusieron por las nubes.

Por si esto fuera poco, el auge del comercio y la nueva riqueza europea demandaban más oro, pero Europa producía poco y de África llegaba el de siempre, insuficiente para satisfacer la creciente demanda.

Se imponía buscar nuevas rutas comerciales que aseguraran el suministro de especias y oro. El país europeo que encontrase el modo de llegar a Oriente por mar, la única alternativa posible a la ruta terrestre tradicional, podría, además, prescindir de intermediarios. Se haría rico, inmensamente rico.

¿Por dónde llegar a Oriente? El camino más obvio era rodeando África, pero ello implicaba navegar por el Atlántico. Los últimos que habían navegado por el océano habían sido los fenicios y, para mantener el monopolio de sus rutas comerciales, habían fomentado o simplemente inventado las supersticiones marineras que hicieron creer a la posteridad que aquellas aguas eran innavegables: horribles monstruos marinos, mares hirviendo que derretían el calafateado de los barcos, calmas chichas que los inmovilizaban para siempre. Desafiando lo desconocido, los intrépidos marinos portugueses se arriesgaron a explorar las costas de África y organizar sus *rescates*, es decir, sus expediciones comerciales en busca de «oro o plata o cobre o plomo o estaño [...], joyas, piedras preciosas, así como carbunclos, diamantes, rubíes o esmeraldas [...], toda clase de esclavos negros o mulatos u otros [...] y cualquier clase de especiería o droga». ¿Intuye el escéptico lector por dónde van los tiros de la colonización europea que aquí comienza? ¿Ve al europeo dispuesto a exprimir el limón del mundo, una actitud que, a pesar de las apariencias, todavía perdura después de la creación y liquidación de sucesivos imperios coloniales?

Bordeando el continente y fundando sucesivas factorías y colonias comerciales, los portugueses, como los antiguos fenicios, aspiraban a alcanzar, primero, el río del oro (de donde se pensaba que procedía el dorado metal africano que, desde tiempo inmemorial, comercializaban los árabes); después, el país del marfil, otra exportación de lujo, y finalmente, las tierras de la pimienta, ya en la India. Ése era el plan.

¿Y España? Después de la conquista de Granada, los Reyes Católicos decidieron dedicar algunos recursos a la exploración de una ruta alternativa hacia los mercados de las especias. Como Portugal les llevaba la delantera en la ruta africana prestaron oídos a Cristóbal Colón, que proponía la ruta atlántica.

Lo que Colón sugería era llegar a Oriente navegando hacia Occidente. No era una idea descabellada. Puesto que la Tierra es redonda, crucemos directamente el océano en lugar de bordear África. Aquí tienen ustedes una ruta alternativa, que les permitirá llegar a la India antes que los portugueses. Colón, debido a su deficiente cultura, ignoraba cuestiones científicas elementales y basaba su proyecto en cálculos erróneos. Por ejemplo, creía que la circunferencia de la Tierra era mucho menor a como es en realidad, y que el océano sólo tenía 1125 leguas de anchura (por eso, cuando llegó a América, creía estar en Asia, le sobraba el océano Pacífico). Los cosmógrafos portugueses, y luego los españoles, más entendidos que él, calcularon con mayor exactitud la circunferencia de la Tierra (ya establecida en la antigüedad por Ptolomeo) y cifraron la anchura del océano existente entre Europa y Asia en más del doble, exactamente 2495 leguas. Una carabela no podía recorrer tanta distancia sin escalas intermedias, por lo tanto rechazaron el proyecto. Colón tercamente se mantuvo en sus trece. No les podía revelar que, a pesar de todos los cálculos, él sabía que a setecientas cincuenta leguas exactas de la isla canaria de Hierro había unas islas pequeñas (las Antillas Menores y Haití) y una mayor, Cuba, que él identificaba con Japón (Cipango).

El secreto de Colón era doble: sabía a qué distancia estaba exactamente la tierra al otro lado del océano y conocía la ruta precisa por la que había que llegar a ella y volver con un torpe barco de vela, aprovechando la corriente del Golfo y los vientos alisios, una información que algunos creen que obtuvo de un náufrago al que atendió en la isla de Madeira, el llamado piloto

desconocido. Es evidente que Colón reveló este dato en la mesa de negociaciones para convencer a los Reyes Católicos. Por eso, en las capitulaciones, se habla de lo que Colón «ha descubierto en las mares oceanas», concediendo al genovés un descubrimiento que todavía está por hacer, pero que ya se da por hecho. Colón sería además almirante vitalicio, virrey y gobernador de las tierras descubiertas, y por si fuera poco, obtendría un tercio de los beneficios y un diezmo de las mercancías. Luego, los Reyes Católicos no respetaron los términos de este fabuloso trato. También es cierto que Colón hizo trampa siempre que pudo. Por ejemplo, ocultó el yacimiento de perlas de la isla Margarita «hasta que sintió que en España se sabía», después de concebir el proyecto de buscarse un socio capitalista y explotarlo en secreto.

Capítulo 44

Colón, el misterioso

¿Quién era Cristóbal Colón y de dónde procedía? No hay año que no salga un erudito local reivindicando para su pueblo o provincia el honor de ser patria de Colón. Por eso, nos lo presentan simultáneamente como balear, gallego, castellano, catalán, francés, inglés, extremeño o andaluz, o incluso como descendiente de judíos españoles, obligado a ocultar su raza.

Todo son ganas de enredar y de buscar misterios donde no los hay. El hallazgo de documentos notariales relativos a su familia ha disipado todas las dudas: Cristóbal Colón había nacido en Génova y era hijo de un humilde tejedor que antes había sido tabernero. Lo que pasa es que era un trepa nato, que se había propuesto ser alguien, y se pasó la vida procurando ocultar sus humildes orígenes.

Colón no fue famoso en su tiempo. El romanticismo lo idealizó como aventurero y perdedor, y el nacionalismo italiano lo erigió en héroe nacional. Como persona, la verdad es que dejaba bastante que desear. Era un tipo sin escrúpulos, vanidoso, soberbio, megalómano, desconfiado, ambicioso y sediento de oro (como tantos genoveses). Era hombre de mundo, baqueteado en el trato con gentes muy diversas. En una carta a su hijo Diego envía una pepita de oro para que se la entregue a la reina Isabel y le aconseja hacerlo en la sobremesa, que es cuando se reciben mejor los regalos.

Colón fue un hombre contradictorio, típico producto de una época a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento. «Persona de muy alto ingenio sin saber muchas letras», por una parte estaba mediatizado por sus creencias religiosas, y por otra, se abrió a la experiencia del mundo que le suministraba su inteligencia analítica y penetrante, pero a menudo se dejaba llevar por supersticiones o por descabelladas fantasías basadas en la Biblia y en los autores clásicos. Por eso, creyó que había llegado a las costas de Asia e identificó las bocas del Orinoco con el paraíso terrenal, y la zona de Veragua, con las tierras que el rey David mencionaba en su testamento.

A la aventura

En el primer viaje, Colón se las vio y se las deseó para enrolar la tripulación necesaria. En total, fueron ochenta y siete hombres (otros dicen que algunos más), entre los cuales había cuatro condenados a muerte, a los que se les había prometido la libertad, y un intérprete judío converso que sabía hebreo, caldeo y «aun diz que árabigo», y que, como es natural, no se estrenó.

Esperaban llegar a las tierras de la abundancia descritas por Marco Polo unos siglos antes. Pero Marco Polo, siguiendo la ruta de la seda, había visitado realmente China y el Oriente. Por el contrario, las carabelas llegaron a un continente nuevo, completamente desconocido. Ni rastro de India, la de las especias, nada de palacios de jade y tejados de oro, nada de seda y joyas de ensueño. Lo que encontraron fueron unos pocos indios con taparrabos, más pobres que las ratas, ellas con las tetas al aire, todos sonriendo bobaliconamente. Había, sí, algunos productos que con el tiempo se mostrarían de mucho provecho (el maíz, el tomate, la patata, el tabaco), pero lo que Colón buscaba obsesivamente era oro, perlas, pimienta, y de esto, nada. Durante tres meses, Colón recorrió el mar de las Antillas, yendo de isla en isla, atropelladamente, vacilando sobre el rumbo que debía seguir, esperando siempre que la próxima escala fuera el fabuloso Japón.

Pero Japón, China y la India no aparecieron por parte alguna. El resultado

de la primera expedición fue desalentador: poco oro y nada de especias, nada de los fabulosos reinos de Japón y China descritos por Marco Polo. Algo había fallado. En España, los cada vez más numerosos enemigos de Colón lo llamaban «almirante de los piojos que ha hallado tierras de vanidad y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos». Colón, tan mercader como siempre, acarició la idea de esclavizar a los indios para compensar la escasez de oro, pero Isabel la Católica rechazó, disgustada, el plan.

No obstante, la esperanza seguía en pie. En los siguientes viajes, ya no hubo problemas para enrolar voluntarios, antes bien se produjeron colas, y la gente se daba de bofetadas por ir. Las nuevas tierras descubiertas no eran tan ricas como se pensaba pero se había corrido la especie de que las indias «son de muy buen acatamiento y son las mayores bellacas y más deshonestas y libidinosas mujeres que se han visto». Unos años más tarde, cuando el rebelde Roldán desertó de la primera colonia americana y se echó al monte, el programa electoral que pergeña para atraer a la gente a su bando abunda en la misma idea: «En lugar de azadones, manejaréis tetas; en vez de trabajos, cansancio y vigiliás, tendréis placeres, abundancia y reposo».

Es dudoso, por lo tanto, que los conquistadores fueran a América impulsados por el noble ideal de ganar almas para la verdadera fe y tierras para el rey de España, como la historia de nuestra mocedad nos hacía creer. Más bien da la impresión de que se embarcaban en la aventura atraídos por las promesas de ganancias y placer.

Parecía que Castilla le había ganado la partida a Portugal en abrir una ruta corta y fiable hacia las especias de Oriente. Crecieron los celos y se ahondó la rivalidad entre las dos potencias atlánticas. No obstante, al final, se impuso la razón: mejor pactar que pelearse, porque de un conflicto entre los Estados ibéricos sólo podían salir provechos para el resto de las naciones europeas.

Con la bendición del papa (que era el español Alejandro VI, el tan calumniado Papa Borgia), Castilla y Portugal se repartieron no sólo las tierras descubiertas, sino las por descubrir en el globo terráqueo. Fue muy fácil. Se limitaron a trazar una línea que dividía la esfera en dos mitades, pasando por el meridiano 46. Así, por la cara. Los otros países europeos, deseosos de participar también en el pastel colonial, protestaron airadamente. El rey de Francia comentó: «Antes de aceptar ese reparto quiero que se me muestre en

qué cláusula del testamento de Adán se dispone que el mundo pertenezca a los españoles y a los portugueses». Si alguien salió perdiendo, fueron los españoles, que no podían sospechar que Brasil quedaba a este lado del meridiano 46 y, por lo tanto, les tocaba a los portugueses.

Las nuevas tierras se dividieron en encomiendas o haciendas. A cada encomienda se asignó un grupo de indios, que, bajo la dirección del encomendero, trabajarían la tierra. A cambio el encomendero se comprometía a alimentarlos, cuidarlos y evangelizarlos. En teoría, no estaba mal, pero lo que hicieron los encomenderos fue explotarlos como esclavos. Los pobres indios, como estaban desacostumbrados a trabajos tan fatigosos, morían fácilmente de agotamiento. Los Reyes Católicos, primero, y el Consejo de Indias, después, legislaron a favor de los indios y promulgaron leyes humanitarias. La dura realidad fue que las leyes quedaron en papel mojado y que a seis mil kilómetros de distancia, océano por medio, no había manera de velar por su cumplimiento. «Se acata, pero no se cumple», declaraban cínicamente los encomenderos. Y seguían deslomando a los indios en las minas y los sembrados.

En España hubo violentas diatribas entre los que apoyaban la conquista de las nuevas tierras y los que pensaban que había que respetar la soberanía de los indios. Estos proto-objetores de conciencia se preguntaban: ¿con qué títulos puede España imponer su dominación sobre otras naciones? Al final, se impuso la tesis más conveniente: la coartada de convertir a los paganos a la fe de Cristo. Moralmente, la conquista sólo se justificaba por la obligación de extender el cristianismo y la cultura cristiana entre los pueblos paganos. De hecho, una gran cantidad de misioneros, especialmente dominicos y franciscanos, se encargaron de convertir a las poblaciones indígenas, que eran idólatras o animistas.

El impacto de Europa en el Nuevo Mundo fue devastador. La población indígena del Caribe, los indios taínos y caribes que habitaban aquellas islas y archipiélagos, desapareció en menos de veinticinco años. La causa principal de la extinción de muchos pueblos y culturas indígenas fue biológica: los europeos llevaban consigo una serie de enfermedades desconocidas en América, frente a las cuales los indios se encontraban genéticamente inermes por carecer de anticuerpos. Las epidemias de viruela y sarampión mataron a

tres de cada cuatro indígenas. El tifus, la gripe, la neumonía y la rubéola, unidos al hambre y a la explotación, hicieron el resto.

El indio taíno se negó a vivir. Cuando advirtió que no podía sacudirse el yugo de los blancos, optó por escapar de la única manera posible. Los que todavía eran libres dejaron de cultivar la tierra y se condenaron a morir de inanición; los que habían sido esclavizados se suicidaron, a veces por docenas, en las haciendas de los encomenderos; otros se abstenían de sexo o abortaban.

Tampoco los españoles resultaron biológicamente inmunes a los agentes patógenos de muchas enfermedades americanas desconocidas en Europa, especialmente de la sífilis. La mortandad de los primeros colonos era también muy elevada. A los cinco años, el treinta por ciento de la población blanca padecía sífilis, que finalmente se extendió con rapidez por Europa. Al principio, la llamaron *morbo gálico*, endilgando a los franceses la responsabilidad de su propagación.

Exterminada la población india de las Antillas, los colonos los sustituyeron por esclavos negros importados de África, que eran mucho más resistentes y ya se explotaban en Europa desde un siglo antes. Los descendientes de estos negros son los que hoy pueblan las islas del Caribe. El tráfico de esclavos africanos con destino a América no se interrumpió en los cuatro siglos siguientes. Los que hoy componen un estimable porcentaje de la población estadounidense son descendientes de esclavos llevados a las plantaciones de algodón del sur en los siglos XVIII y XIX.

La fiebre de la plata

Ya que andamos embarcados en tan largo viaje quizá sea mejor que prosigamos con la historia de los españoles en América hasta nuestros días, antes de regresar al Viejo Mundo y seguir con los avatares de la Península.

Cuando las minas de las Antillas dieron muestras de estar sobradamente explotadas y ya la población autóctona había desaparecido, los conquistadores

buscaron nuevas fuentes de riqueza, y nuevos paganos que ganar para la fe de Cristo, en tierra firme, es decir, en el continente americano, un continente cuya forma y extensión ignoraban. Por eso, colonizaron primero lo que tenían más a mano, es decir, Centroamérica, y luego se fueron extendiendo hacia el sur y hacia el norte.

Hernán Cortés, ya en tiempos de Carlos, el nieto de los Reyes Católicos, conquistó el poderoso imperio azteca, en México (o Méjico, tanto da), con un ejército de tan sólo quinientos hombres, aprovechando que los caballos y las armas de fuego (desconocidos en aquellas tierras) espantaban a los indígenas. Al propio tiempo, otros conquistadores españoles, Pizarro y Almagro, conquistaron el imperio inca, en Perú. Es impresionante lo que puede la fascinación del oro.

La mítica ciudad de El Dorado, donde el oro abundaba como los cantos rodados en los pedregales de Castilla, no apareció por parte alguna, pero los dos extensos territorios incorporados al Imperio español eran ya suficientemente ricos y además se descubrieron en ellos dos buenos filones de plata (Zacatecas, en México, y Potosí, en Perú). Todavía en España se escucha decir a veces para ponderar precio: «Vales un Potosí». Se instituyeron sendos virreinos, el de Nueva España, en México, y el de Lima, en Perú. América no era la India, no había especias, no había pagodas con los techos de oro, pero comenzaba a ser rentable, sin olvidar la cantidad de paganos que fueron iluminados por los misioneros e incorporados a la fe de Cristo.

La burocracia imperial dotó las nuevas tierras americanas con sus instituciones básicas. Las nuevas ciudades fundadas allá, muchas con nombres españoles (Córdoba, Toledo, Jaén...), se dotaron de cabildos municipales, de gobernadores (corregidores) y de tribunales de justicia. La justicia se centralizó en audiencias, en Santo Domingo, en México, en Guatemala, en Lima, en Bogotá. Durante siglos, todo el comercio con América se encauzó a través del puerto de Sevilla, regulado por un ministerio especial, la Casa de Contratación (1503). No obstante, como Castilla carecía de infraestructura necesaria para administrar la compleja empresa americana, el gran negocio lo hicieron los banqueros genoveses y alemanes, y los fabricantes italianos y flamencos. Los catalanes no eran súbditos de Castilla, por lo tanto tuvieron que competir por su parte de pastel en igualdad de condiciones con los

extranjeros. También hubo mucho negocio para los contrabandistas que llevaban y traían productos sin pasar por Sevilla.

Desde mediados del siglo XVI el descubrimiento de nuevos métodos de decantación permitió explotar racionalmente los grandes filones de plata de México y Perú. Durante el siglo y medio siguiente los españoles sacaron de América unas doscientas toneladas de oro y unas dieciocho mil toneladas de plata. Estas ingentes riquezas se revelaron, a la postre, un desastroso negocio, pues la abundancia de metales preciosos provocó una monstruosa inflación, con la consiguiente alza de precios y sucesivas bancarrotas de la Hacienda real, y fue responsable, en última instancia, de la ruina del país. España dependió cada vez más del metal americano, hasta el punto de que cada año los funcionarios y proveedores de la corona esperaban ansiosamente la llegada de la flota de Indias para cobrar. Los sucesivos reyes no se preocuparon de desarrollar la industria ni otras formas más racionales de economía; antes bien, se implicaron en empresas ruinosas por mantener los intereses de la Casa de Austria en Europa: costosos ejércitos y continuas guerras, para los que constantemente pedían préstamos a los banqueros extranjeros, siempre a intereses usurarios sobre el fiado de la plata americana de la flota siguiente. Por otra parte, la defensa de las colonias americanas y de la flota mercante contra los continuos ataques de piratas y corsarios franceses, ingleses y holandeses se fue encareciendo hasta alcanzar proporciones alarmantes. En el siglo XVII, absorbía tres cuartas partes de lo recaudado. A la postre, fueron Inglaterra y Holanda, y los banqueros italianos y alemanes, los que recogieron los frutos de tanto esfuerzo y de tanto sacrificio. Algunos claros ingenios lo vieron claro, entre ellos Quevedo en aquella canción que escribió para Paco Ibáñez:

*Poderoso caballero es don Dinero.
Nace en las Indias honrado
donde el mundo lo acompaña
viene a morir en España
y es en Génova enterrado.*

Un tesoro vino, para nada, y otro tesoro quedó allí para echar vigorosas raíces y dar sazonados frutos: el de la lengua española, que hoy hablan veinte

pueblos del continente americano, cada uno con su acento y su gracia. Porque, a pesar de sus muchas lacras y contradicciones, España extendió al continente americano la savia civilizadora de Grecia y Roma, de la que se nutre el más fértil y poderoso tronco de la humanidad, y eso es un valor estable y en alza cuando ya han periclitado los discursos paternalistas de la hispanidad. Todavía existen historiadores que se preguntan si fue positiva o perniciosa la labor de España en América. Antes de entonar mea culpas que nadie ha pedido hay que considerar que no se puede juzgar con criterios modernos el comportamiento de unos hombres de mentalidad y principios muy distintos a los nuestros. Ni podemos medir con el mismo rasero a los españoles del siglo XVI y a los colonos anglosajones del siglo XIX que exterminaron sistemáticamente al indio americano, «al piel roja», al de las películas de John Wayne. La diferencia estriba quizá en la mentalidad racista de los anglosajones frente a la meramente mercantilista de los latinos. Los latinos del siglo XVI, nosotros, eran unos fanáticos ignorantes, que todo lo cifraban en el derecho de conquista del guerrero valeroso, que gana honor y hacienda con las armas. Los anglosajones del XIX eran hombres cultos, que habían pasado por el tamiz humanizador de la Ilustración y que se limitaban a trasplantar su cultura a los nuevos territorios, anulando por completo al indígena. Españoles y portugueses produjeron inmediatamente un mestizaje y una nueva comunidad cultural en el solar de las culturas indias. Los anglosajones han tardado más de dos siglos en comenzar tímidamente a producirlo, aunque, agotado por exterminio el filón del indio, sólo les queda el negro para experimentar con él la bondad de sus sentimientos.

Capítulo 45

Judíos, moros y cristianos

La sociedad española en tiempos de los Reyes Católicos distaba mucho de la utopía del reino feliz que algunos escépticos aprendimos en el bachillerato.

En Castilla, una docena de magnates poseían el noventa por ciento de la tierra, especialmente de la más productiva. Luego, estaba la pequeña nobleza, los hidalgos, quizá unos sesenta mil, puede ser que más, entre cuyos privilegios figuraba el de no pagar impuestos. Finalmente, había los pecheros, es decir los que pagaban impuestos, el pueblo llano, asendereado y mísero.

Ya ven qué país: castas inamovibles coexistiendo en un territorio quebrado y desigual; países con leyes distintas, con idiomas distintos, con costumbres distintas. A pesar de la historia, muchas cosas no habían cambiado tanto desde los romanos acá.

La uniformidad social era impensable, claro, pero Fernando e Isabel, como buenos gobernantes absolutos, se habían propuesto fundar su Estado ideal sobre la uniformidad (un ideal, por cierto, plenamente moderno, al que han aspirado tanto los Estados totalitarios como las democracias autoritarias). Los Reyes Católicos creyeron que España ganaría en cohesión interna si, al menos, procuraban la unidad racial y religiosa que se observaba en otros países europeos, que también emergían como Estados modernos. Se trataba de una igualdad probablemente más religiosa que racial porque, a estas alturas, y

después de un revuelto milenio de historia, el intenso mestizaje de ibero, celta, romano, judío, godo, árabe, eslavo y bereber no dejaría distinguir el hilo de la trama.

Había dos minorías raciales y religiosas en España, los moros y los judíos, que profesaban el islam y el judaísmo. Una tercera minoría era más bien racial o cultural: los conversos y moriscos, también llamados *cristianos nuevos*, descendientes de judíos y musulmanes convertidos al cristianismo. El pueblo llano sospechaba de ellos porque dudaba de la sinceridad de su conversión. Muy razonablemente, porque muchos habían sido convertidos a la fuerza, a veces con un cuchillo en la garganta, y seguían practicando ocultamente la religión de sus antepasados.

Para igualar hubo que eliminar lo que fuera diferente. Esto explica la expulsión de los judíos, una decisión objetivamente errónea, aunque no faltan historiadores que la justifican. Unos ciento cincuenta mil judíos tuvieron que malvender lo que tenían y abandonar España. Los que eran pobres fueron a parar al norte de África, donde fueron mal recibidos y, en ocasiones, hasta desvalijados y asesinados. Los más pudientes fueron a Portugal, a los Países Bajos o a tierras del turco.

Oficialmente, ya no había judíos en España, pero aún quedaban los conversos, que habrían de ser eliminados o, cuando menos, socialmente desactivados por la Inquisición. Dos razones, la una social y la otra política, aconsejaron a los Reyes Católicos suprimir a los conversos. Primera: porque los planes absolutistas de la monarquía chocaban frontalmente con la vocación oligárquica del grupo capitalista converso, cuyo creciente poder estaba adueñándose de las más altas jerarquías del Estado y de la Iglesia. Segunda: el taimado Fernando mataba dos pájaros de un tiro: apuntalaba su escuálida cuenta corriente con el dinero confiscado a los conversos y disponía de un tribunal real para reforzar su poder en Aragón, donde los fueros y los privilegios de sus súbditos lo tenían atado de pies y manos. Una Inquisición a sueldo de la corona garantizaba el control político y social del reino.

A largo plazo fue una medida de desastrosas consecuencias porque, si en los siglos siguientes hubiese habido en España financieros judíos, el oro y la plata llegados de América se habrían invertido seguramente aquí, creando riqueza y quién sabe si apuntalando una industria, en lugar de ir a parar a las

arcas alemanas y genovesas.

Capítulo 46

La Inquisición

Cuando el escéptico se aventura a abandonar la segura placenta del solar hispano y sale al ruedo del ancho mundo, una de las primeras cosas que tienden a fastidiarlo es que le saquen a colación la crueldad de las corridas de toros y la de la Spanish Inquisition. La Inquisición y los toros son el contrapunto oscuro de los tópicos alegres de playas soleadas, sangría, flamenco, vino, alegría, tunos pedigüeños en las terrazas de verano y bolsas de basura en los arcenes de las carreteras, que constituyen la cultura hispánica de muchos extranjeros. La Inquisición de los foráneos es una Inquisición tópica, aprendida en noveluchas sadomasocas o en el cine de terror: hermosas doncellas desnudas sobre el potro de tormento, contempladas por encapuchados frailes lascivos a la agria luz de un hachón que pende de una argolla sobre el muro salitroso de la mazmorra subterránea. (Pongo punto seguido y abro pausa para que el lector respire, no por falta de munición descriptiva). Ya sigo: y al fondo de la horrible escena, recortado en el angosto ventanuco, una visión de las noches de Oriente, la Alhambra, la Giralda o la Puerta de Alcalá (¡ellos qué saben!).

Mucha gente ignora que casi todos los países de Europa tuvieron sus inquisiciones, algunas incluso bastante más crueles que la española; pero ninguna tan larga, ni tan impresa, ni tan difundida.

El fundamentalismo cristiano medieval convirtió al hereje en el mayor delincuente social. Entonces, la Iglesia, siempre tan prudente, ideó una figura jurídica desconocida en el derecho romano: la acusación por la autoridad. El párroco quedaba obligado a denunciar ante el obispo a cualquier feligrés sospechoso de herejía para que el prelado interrogara al acusado en una *inquisito* o pesquisa. Pero como muchos obispos eran personas ignorantes, apenas curas de misa y olla, ayunos de latines y teología, la Iglesia tuvo que crear una policía teológica especializada en descubrir al hereje y hacer que confesara su delito: la más propiamente llamada Inquisición. Santo Domingo de Guzmán consiguió que la empresa fuera confiada a la orden dominica por él fundada, dado que poseía los conocimientos teológicos necesarios y, al propio tiempo, estaba libre de los compromisos monásticos de otras órdenes.

Los reyes colaboraron con la Iglesia en la represión de la herejía y dado que el Concilio de Letrán (1179) había prohibido que los clérigos mataran a sus semejantes, era el gobernador civil el que oportunamente se encargaba de quemar al hereje en la plaza pública.

Esta Inquisición antigua, que llamaremos *pontificia*, actuó en Francia, Alemania, Italia, Polonia y Portugal. En España, se circunscribió al reino de Aragón.

Los Reyes Católicos resucitaron la institución como tribunal eclesiástico al servicio de la religión. En realidad, era un instrumento represivo al servicio del absolutismo real. No actuaba en nombre de la Iglesia, sino del rey. Todos sus documentos comienzan por la fórmula «Su Majestad manda...». Los inquisidores eran elegidos y pagados por la corona, aunque teóricamente fueran delegados del papa, del que recibían facultades canónicas omnímodas.

Otras inquisiciones actuaron en Europa, a veces más severamente que la española. ¿Por qué, entonces, la fama de la nuestra? Porque ninguna Inquisición europea duró tanto. Mientras que nuestros vecinos de continente suprimieron sus tribunales religiosos a lo largo del siglo XVII, España, parece mentira, mantuvo el suyo hasta bien entrado el siglo XIX. Su solitaria actuación en épocas en que los derechos humanos comenzaban a ser tímidamente reconocidos le granjeó la pésima fama que aún arrastra.

Con esto queda defendida la Inquisición española hasta donde puede defenderse. Porque defensa tiene; lo que no tiene es disculpa. Solamente

falseando la verdad puede disculparse una maligna institución, un tribunal en el que el acusador y el juez son la misma persona, en el que las funciones policiales y judiciales se confunden, en el que el acusado desconoce los cargos que hay contra él; una institución que, con el pretexto de orientar al descarriado para salvar su alma, lo persigue, lo arruina y puede condenarlo a muerte en nombre del dulce Jesús.

El primer pretexto de la Inquisición fue resolver el problema judío. El escéptico lector habrá advertido que en la Europa actual, cuando los excesos del capitalismo generan malestar social, los nativos la toman con los emigrantes extranjeros, especialmente si tienen la piel oscura y cocinan con aceite. En otras épocas, cuando algo marchaba mal, el chivo expiatorio era el judío. A finales del siglo XIV, las masas urbanas desheredadas andaban hambrientas y mohínas, y el ambiente se fue caldeando hasta que estalló en 1391. Ciertos predicadores populares acusaron a los judíos, en su condición de asesinos de Cristo, de causar todas las desgracias, y el sencillo pueblo, que en tiempos predemocráticos recibía el nombre de *chusma*, se inflamó y asaltó las juderías para robar, asesinar y violar a sus pobladores. Aterrados, miles de judíos apostataron de su religión y abrazaron el cristianismo; en algunos casos, para escapar de una muerte probable, y en otros, con la esperanza de que en lo sucesivo los dejaran vivir en paz. La sencilla ceremonia del bautismo era, para ellos, un salvoconducto.

Los conversos de aquel año fueron tantos que los cristianos de pura cepa, los de toda la vida, nunca los asimilaron. Además, sospechaban que sus conversiones no eran sinceras. El pueblo no los perdió de vista y los llamó, con desprecio, *marranos*.

Parte de los conversos rompieron los tenues lazos que los ligaban a su antigua religión y, en el plazo de un par de generaciones, se diluyeron en la sociedad cristiana. Otra parte se acomodó a una doble vida: en público, iban a misa y observaban los preceptos del cristianismo, pero en secreto se mantenían fieles a la religión mosaica. Estos criptojudíos serían el pretexto para establecer la Inquisición, su razón de ser oficial (ya queda dicho que la verdadera fue de orden político).

El impacto social de los conversos fue tremendo. Al equipararse a la sociedad cristiana como ciudadanos de pleno derecho, muchas puertas que

hasta entonces no habían soñado traspasar quedaron abiertas. Libre de trabas, el judío emprendedor y laborioso, escapaba del encierro de la judería y escalaba rápidamente puestos relevantes en la sociedad cristiana. Muy pronto, los cargos en la administración, en la judicatura, en la universidad, las canonjías y hasta las sedes episcopales se llenaron de antiguos judíos o de sus descendientes; también en la banca y el mundo de las finanzas. Muchos potentados descendientes de conversos emparentaron con la aristocracia. Entonces, como ahora, existían grandes títulos nobiliarios venidos a menos a los que no quedaba más patrimonio que el lustre del apellido. Entonces, como ahora, el gran pecado de la alta burguesía española consistía en aspirar a ingresar en la aristocracia. El trapicheo matrimonial entre aristócratas sin blanca y conversos ricos fue muy intenso, más en Aragón que en Castilla. Los más altos linajes del reino emparentaron con conversos. Incluso el propio Fernando el Católico era nieto de una judía.

¿Cuál pudo ser el origen de esa especial aptitud de los judíos para el ascenso social? Probablemente, la instrucción: mientras que los cristianos descuidaban la educación de sus hijos, y la inmensa mayoría de la población, incluidos muchos nobles, se mantenía rigurosa y hasta honrosamente analfabeta, los judíos, incluso los más pobres, apreciaban la instrucción y cuidaban de que sus hijos aprendieran a leer, a escribir, a contar. Luego, procuraban guiarlos hacia profesiones bien remuneradas, como el comercio o la medicina.

La súbita promoción social de la minoría había generado en el pueblo llano el resentimiento que nace de la envidia. La palpable evidencia de que la conversión al cristianismo había favorecido a los judíos dio paso a la sospecha de que había sido dictada por el oportunismo, de que no podía haber sido sincera. Se divulgó la especie de que todos los conversos, especialmente los ricos, seguían practicando el judaísmo en la clandestinidad. De este modo, la envidia se disfrazó de celo religioso, y los cristianos de pura cepa pudieron justificar su rencor. Quizá esta circunstancia explique la indudable popularidad de que gozó la Inquisición. Los descendientes de conversos, quizá medio millón de personas, en su mayoría cristianos sinceros, se convirtieron automáticamente en sospechosos.

Capítulo 47

Alguaciles, tormentos, sambenitos

Ya hemos visto que España se gobernaba por una serie de ministerios o consejos. El de la Inquisición era uno de ellos, con el inquisidor general a la cabeza, asistido por un tribunal de apelación, la Suprema, dos de cuyos seis miembros pertenecían también del Consejo de Castilla, el máximo organismo político. La Suprema, además de tribunal, era un puntilloso consejo de administración, que vigilaba al céntimo los ingresos y los gastos.

Del Consejo de la Inquisición dependían varios tribunales provinciales, con sus inquisidores, sus secretarios, sus escribanos, sus alguaciles, sus carceleros y sus criados. Además de estos funcionarios de plantilla, la Inquisición disponía de numerosos colaboradores voluntarios, es decir, delatores, denominados *familiares* de la Inquisición. Casi todos eran gente humilde, y estaban tan orgullosos de su vil cometido que hasta se hacían esculpir el emblema de la Inquisición sobre el dintel de sus casas, como una ejecutoria de nobleza. Ser delator de la Inquisición confería honor y prestigio. El familiar, además, no estaba sujeto a la jurisdicción ordinaria. Si delinquía, sólo la propia Inquisición podía procesarlo.

El sistema procesal se basaba en el secreto. Los alguaciles de la Inquisición detenían al sospechoso y lo incomunicaban en un calabozo. No se le daba ninguna pista que pudiera orientarlo sobre la persona que lo había

denunciado ni sobre el delito del que se le acusaba. Solamente se le permitía que escribiese una lista con los nombres de personas que pudieran desear perjudicarlo, pero ésta garantía era relativa, porque, a menudo, el denunciante resultaba ser un amigo envidioso, un pariente interesado o un vecino del que jamás se hubiese sospechado.

El paso siguiente era la confesión general del detenido, al que no se le facilitaba pista alguna sobre el delito del que se le acusaba. Muchos detenidos revelaban delitos de los que el inquisidor no tenía noticia, que engrosaban el sumario. Si se negaba a declarar o se empeñaba en declararse inocente, se le podía someter a tortura. Los acusados sometidos a tortura revelaban no sólo sus presuntos delitos, sino incluso otros que no habían cometido, cualquier cosa para que el interrogador se diera por satisfecho y suspendiera la sesión de tormento.

Las sentencias eran de reconciliación (castigo) o de relajación (muerte). Los reconciliados podían ser *de levi*, cuando el delito era leve, o *de vehementi*, si era grave. El procesado *de vehementi* tenía que andarse con mucho cuidado en lo sucesivo. Si reincidía, podían condenarlo a muerte.

Las penas impuestas por el tribunal eran muy variadas: abjuración pública y solemne de los pecados; multa o confiscación de bienes; prisión, destierro, azotes, remar en las galeras del rey, o la muerte.

Las penas de muerte se aplicaban mediante el delicioso eufemismo de «relajar al brazo secular»; es decir, la Iglesia no mataba, lo que hubiese sido contrario a sus enseñanzas, sino que transfería sus reos al Estado para que éste los ejecutara.

Al principio, todas las ejecuciones se cumplían en la hoguera, pero más adelante se impuso la piadosa costumbre de estrangular al reo y quemarlo ya muerto (excepto cuando el reo era contumaz y se negaba a reconciliarse con la Iglesia; al que se mantenía en sus trece, lo quemaban vivo).

Cada cierto tiempo, el tribunal celebraba un *auto de fe*, una especie de ceremonia religiosa, pero también teatral, al gusto de los tiempos. Sacerdotes, frailes y autoridades locales acompañaban a los reos en solemne procesión desde la cárcel a la plaza pública, en la que se había dispuesto un estrado adornado con colgaduras y altares portátiles. Allí, en presencia de una muchedumbre de curiosos, llegados incluso del campo y de lugares vecinos

para presenciar el espectáculo, los reos se reconciliaban con la Iglesia o eran condenados a muerte y ejecutados, cada cual según su caso.

Los solemnes autos de fe contaban con el aplauso del respetable, pero salían tan caros, entre tablados, ropones, colgaduras, cera y dietas, que a partir del siglo XVII se celebraron muy pocos y siempre coincidiendo con las conmemoraciones más importantes de la corona. En 1632 se celebró el feliz parto de la reina con un auto de fe, en el que figuraron cincuenta y siete sentenciados, de los que siete fueron quemados.

Capítulo 48

Devoción privada y morcillas públicas

El ambiente de sospecha y delación que envenenó la sociedad española acabó viciando la vida de los pueblos. Cada cual espiaba a sus odiados o envidiados vecinos o enemigos por si los sorprendía en algún desliz que pudiera interesar al Santo Tribunal. El complejo tinglado inquisitorial satisfizo la comezón del vicio nacional de la envidia, del dolor por el bien ajeno. Incluso circularon profusamente panfletos, llamados *Libros verdes*, en los que se censaban familias nobles, o simplemente adineradas, contaminadas con sangre judía. Escudriñar la tara en el honor del vecino o del pariente odiado se trasformó en rutina; la difamación, en un hábito, y el miedo al qué dirán, en una obsesión.

En una comedia de Lope de Vega aparece un filósofo horaciano que alaba la vida retirada, pero continúa residiendo en la corte. Alega, para justificar su contradicción, que en los lugares pequeños no se puede ser libre, dado que el vecindario observa maliciosamente todos los actos e intenciones. Por eso, él prefiere vivir en lugar donde pueda pasar inadvertido. Una conclusión que, a cuatro siglos de distancia, todavía suscribirían muchos españoles, al menos los que sienten que en lugares pequeños y vecindades cerradas subsisten hábitos inquisitoriales, y la gente propende a entrometerse en la vida del prójimo. Para que se vea cuánto arraigó la Inquisición.

En el capítulo siguiente, cuando hablemos del Siglo de Oro, tendremos

ocasión de explayarnos sobre la obsesión nacional por la pureza de sangre, la limpieza de sangre. Prosigamos ahora con la Inquisición.

El ciudadano que no acataba los dogmas y principios de la Iglesia con fe de carbonero corría peligro de arder en la hoguera. El que quería mantenerse libre de sospecha no sólo tenía que ser cristiano legítimo, sino, además, parecerlo, es decir, exhibir su atuendo más descuidado los sábados y alardear de afición al cerdo. La ingestión pública y notoria de carne de cerdo era la mejor prueba de cristiandad, puesto que resultaba un animal abominable tanto para moros como para judíos. Quizá ello explique que, en la España tradicional, la matanza del cochino se convirtiera en una fiesta familiar, ruidosa y exhibicionista, al aire libre, a la vista de los vecinos, y a menudo seguida de reparto de preseas porcinas entre parientes y amigos. Cada humeante morcilla estofada de piñones o cebolla es una profesión de fe: «Soy cristiano sin tacha; mi manjar es el cerdo». ¿Y cuál es la suprema golosina de las reposterías de los conventos? El tocinillo de cielo.

En sus cuatro siglos de vida, la Inquisición fue adaptándose a las cambiantes condiciones de los tiempos. Al principio, con la euforia de la novedad, recién abierta la veda del converso, llegaron a funcionar veintitrés tribunales, que se cebaron en el inmenso coto de antiguos judíos, casi siempre ricos, a los que confiscaron los bienes y condenaron alegremente a la hoguera. Con ello se alcanzaron tres objetivos: uno político, otro económico y un tercero social. El político fue la aniquilación de una minoría conversa, emparentada con la nobleza, que frenaba el absolutismo real; el económico, las saneadas sumas que el rey y la propia Inquisición percibían de las confiscaciones; el social, porque la desgracia del odiado converso satisfacía al pueblo llano. Los partidarios de la lucha de clases saben que no hay mayor consuelo para el humilde que la desgracia del poderoso, aunque a él no le reporte beneficio alguno.

Al principio, el negocio inquisitorial marchaba viento en popa, pero luego comenzó a decaer debido a la sobreexplotación de los recursos. Muchos conversos sucumbieron en las hogueras, pero otros, viéndolas venir, transfirieron su dinero al extranjero, hicieron la maleta y pusieron tierra por medio. De los que emigraron a diversos lugares de Europa, la mayoría demostró que era cristiana sincera, puesto que en ambientes de libertad

religiosa, alejados de toda coacción, se mantuvo fiel a la religión de Cristo.

En cuanto a los judíos oficiales, contra los que la Inquisición no tenía potestad, ya hemos visto que en 1492 fueron expulsados de España por decreto. Las consecuencias fueron desastrosas. El rey Fernando, nada versado en los arcanos de la economía, no pudo prever que su medida repercutiría negativamente: a corto plazo, agotó el manantial de los judaizantes de los que se nutría la Inquisición; a largo plazo, perdió un activo económico importante, representado por la comunidad judía. Tener súbditos judíos resultaba rentable tanto para las monarquías cristianas como para el Gran Turco. Este interés crematístico, y no los sentimientos humanitarios, explica que tantas veces nobles y eclesiásticos hayan protegido a sus súbditos judíos de las iras del populacho. Entre los judíos, abundaban expertos comerciantes y economistas, prósperos banqueros por cuenta propia o del señor, hábiles artesanos y prestigiosos médicos (con los médicos, por cierto, Fernando hizo una excepción).

Quizá, si los Reyes Católicos no hubieran expulsado a los judíos y luego la Inquisición no hubiera perseguido a los conversos, el oro de América se habría quedado en España, creando riqueza y suministrando el activo necesario para industrializar el país. Esquilmar y aniquilar a los conversos ricos fue un buen negocio a corto plazo, pero a largo plazo constituyó una de las causas de la decadencia de España.

La Inquisición entró a sangre y fuego en el ubérrimo rebaño de los conversos. Los primeros inquisidores, como eran nuevos en el oficio, se excedieron en su rigor y mandaban a los sospechosos a la hoguera después de juicios sumarísimos, sin garantía jurídica alguna y sin permitirles siquiera reconciliarse, es decir, mostrar arrepentimiento. En estos primeros procesos se calcula que un cuarenta por ciento de los procesados terminaron en la hoguera. Diecisiete años después, la brutal sobreexplotación del coto converso acarrearba un brusco descenso de las capturas, consecuencia lógica de la disminución de las piezas, particularmente de las más rentables, los ricos, en los que se habían cebado preferentemente los tribunales.

La Inquisición tuvo que someterse a una radical reconversión y redujo sus tribunales a siete, a los que se añadirían, más adelante, los de Lima y México (1569), el de Cartagena de Indias (1610) y otros en Sicilia y Cerdeña.

También disminuyeron las condenas a muerte, que se estabilizaron en un tres por ciento de las sentencias. Se calcula que, en sus tres siglos y pico de actuación, la Inquisición española ejecutó a unos veinticinco mil reos. Otras Inquisiciones europeas, que funcionaron menos tiempo, sobrepasaron cumplidamente esta cifra.

La Inquisición invirtió medio siglo en aniquilar a la minoría conversa. Lo que no pudo erradicar fue la sangre judía que corría por las venas de al menos medio millón de españoles descendientes de conversos (la población total de España era de unos ocho millones). Habida cuenta de la sorprendente capacidad de los conversos para ascender por la cucaña social, seguía existiendo el peligro de que estos conversos, sospechosos de criptojudáismo, recuperaran su antigua preeminencia. En el siglo XVI, la anexión de Portugal vendría como llovida del cielo porque la Inquisición renovó su coto de caza con la llegada a España de numerosos conversos portugueses, atraídos por el comercio con las Indias.

La historia restante de la Inquisición, que abarca tres siglos y pico, es la tortuosa y a veces patética andadura de un colectivo de funcionarios que lucha por mantener a toda costa su puesto de trabajo y, para conseguirlo, tiene que adaptarse al cambiante paso de los tiempos. Cuando las especies más rentables, es decir, los criptojudíos, se hayan extinguido, se ocuparán de otras hasta entonces despreciadas o inadvertidas: luteranos, iluminados, bígamos, sodomitas, blasfemos, hechiceros, etcétera, es decir, perseguirán a los humildes pececillos, sin desdeñar inmaduros, con tal de justificar su labor y ganarse la vida. Y se la ganaron a costa de ímprobos esfuerzos, pues, casi siempre, como cualquier burócrata real, estuvieron mal pagados. Ello explica que, con el tiempo, la Inquisición prefiriese la multa a los castigos corporales. En 1571 esta empresa estatal que aspiraba a mantenerse de sus propios recursos no tuvo inconveniente en sentarse a la mesa de negociaciones con los potenciales enemigos de la fe y redimir a los moriscos de las confiscaciones de bienes a cambio de un impuesto anual de cincuenta mil sueldos. Y, en 1604, acordó con el grupo converso portugués aplicar solamente penas espirituales a cambio de una crecida suma. Si esta actitud interesada se observa en las alturas, con mayor razón se dejaban tentar por el dinero los funcionarios subalternos, peor pagados, que alargaban el sueldo con sobornos y

corruptelas, lo que, paradójicamente, alivió los rigores de los prisioneros.

Los comienzos del reinado de Felipe IV fueron malos para el Santo Tribunal. El Estado estaba en quiebra, bajaba el listón de los valores eternos y sentado con los herejes a la mesa de negociaciones, especulaba con las antes inalienables exigencias de la religión. El conde-duque de Olivares sustrajo a los conversos de la Inquisición a cambio de una fuerte suma de dinero.

La Inquisición, si quería sobrevivir, no podía permanecer anclada en el pasado; debía evolucionar e incorporarse a los nuevos tiempos. Así lo hizo. Comenzó a cambiar condenas por multas y puso precio a los azotes, a los ayunos, a las penitencias y a los destierros. Los quemaderos se convirtieron en una antigualla utilizada sólo de tarde en tarde para carbonizar a algún pecador insolvente. El hereje rico estaba a salvo siempre que se aviniese a satisfacer su cuota; las comunidades se protegían colectivamente con el impuesto revolucionario.

El número de los procesos descendió notablemente. Aquel celo vengador que dos siglos antes había exterminado a la judería, se trocó en rutina y almoneda. La caída del conde-duque de Olivares devolvió brevemente su esplendor a la Inquisición, pero los conversos importantes emigraron a países más tolerantes. La Inquisición, privada otra vez de sus mejores piezas, tornó a rebañar su sustento multando herejías y errores de menor cuantía.

El siglo XVIII, llamado *de las Luces*, el siglo que deslinda religión y derecho (es decir, pecado y delito), es también el del acoso y derribo de la Inquisición. El Santo Tribunal era un edificio enorme lleno de achaques, pálida sombra de lo que fue antaño. En la primera mitad del siglo, sólo quemó a ciento once personas y reconcilió a otras mil y pico. En la segunda mitad, los relajados no llegaron a quince, casi todos por motivos políticos más que religiosos. Son cifras exiguas si las comparamos con las del período precedente. Es que el monstruo, aplastado por su propio volumen, esclerotizado por la edad y los achaques, estaba ya para poco. Los tribunales se limitaban a reprimir a blasfemos, bígamos y solicitadores (es decir, clérigos propensos al acoso sexual): delitos contra la moral, no contra la fe. En las altas esferas del poder, el ambiente era desfavorable a la Inquisición. Los ministros ilustrados eran racionalistas, franceses, realistas: que cada ciudadano piense lo que quiera con tal de que permanezca fiel a la corona y

pague sus impuestos. Es decir, más o menos como ahora.

La Inquisición se convirtió paulatinamente en un tribunal de represión de delitos políticos, lo que denominaban «proposiciones liberales», las que la Revolución francesa sembraba en Europa. Además, ejerció una severa censura moral. Sus esbirros examinaban la mercancía procedente de allende los Pirineos en busca de libros procazmente ilustrados (cuyos grabados licenciosos arrancaba y destruía), y de cajitas de rapé y relojes con dibujos o mecanismos pornográficos. Incluso confiscaban los bustos de cera demasiado escotados de los escaparates de las peluquerías de Madrid. Minucias así.

A finales del siglo XVIII la Inquisición estaba en franca decadencia. Los poderes fácticos —rey, aristocracia, banqueros, intelectuales y barberos—, eran todos ilustrados, incluso lo eran muchos obispos y parte del clero. El obsoleto y herrumbroso mecanismo de la Inquisición chirriaba desagradablemente dentro de la maquinaria del Estado.

Durante la guerra de la Independencia, el tribunal del Santo Oficio fue, por fin, abolido tanto por los franceses que mandaban en media España como por los españoles que resistían en la otra media. Pero luego regresó el rey Fernando VII, el más vil de cuantos han ceñido corona en España, y restauró la Inquisición para servirse de ella como policía política. La última víctima del Santo Tribunal, ajusticiada en agosto de 1826, fue el maestro de escuela Cayetano Ripoll, que se había declarado deísta naturalista.

La Inquisición fue definitivamente abolida durante la regencia de doña María Cristina el 15 de junio de 1834. Larra le compuso un epitafio: «Aquí yace la Inquisición: murió de vejez».

Murió el tribunal, pero la polémica de si fue buena o mala sigue viva y coleando. ¿Fue la Inquisición culpable de la decadencia de las artes, o debemos achacarla a otras causas? ¿Es responsable del retraso científico y técnico de España respecto a Europa? Unos lo afirman, otros lo niegan, y después de dos siglos de polémica, los contendientes siguen abrazados en el centro de la lona, morados de golpes, sin que el árbitro sepa a quién corresponde la victoria.

Parece cierto que a finales del siglo XV España era, desde el punto de vista científico, uno de los países más adelantados de Europa y que después, en el siglo siguiente, cayó en una especie de letargo intelectual, se cerró a cal

y canto, y se marginó de las corrientes del progreso. En 1559, Felipe II prohibió que los españoles estudiaran en otros países. Los agentes inquisitoriales impedían la entrada de libros de pensamiento en España, pero, a pesar de ello, el tribunal prohibía menos que otros organismos censores de Europa. Probablemente, la decadencia nacional no sea imputable a una labor directa de la Inquisición, sino al ambiente enrarecido por los problemas políticos y sociales. Lo que ciertamente adjudica parte de la responsabilidad al Santo Oficio.

Durante siglos, la Inquisición mantuvo amordazado el pensamiento español, más que por la censura directa por la autocensura, que fue aún más dañina. En 1523, el humanista Luis Vives profetizaba: «Ya nadie podrá cultivar las buenas letras en España sin que al punto se descubra en él un cúmulo de herejías, errores, de taras judaicas [...]. Esto ha impuesto silencio a los doctos». Un siglo después, el padre Mariana recomendaba jesuíticamente al intelectual doblegarse a las exigencias del ambiente.

Los intelectuales no podían expresarse libremente; los artistas figurativos, tampoco. Los pintores y escultores quedaron confinados al Nuevo Testamento, mientras sus colegas extranjeros vivían días de vino y rosas en las verdes Arcadias de la mitología pagana. La consigna inquisitorial, que las imágenes no se pinten ni adornen con procaz hermosura, era de obligado cumplimiento. Menos encarnadura y más sangre redentora; menos brocados y más trajes talares, tome ejemplo del maestro Zurbarán. A la Magdalena le interpusieron un biombo de cabellos; el desnudo quedó relegado al sacro pretexto de los san Sebastianes y a los despellejamientos de san Bartolomé. Las diosas en cueros, los faunos y las ninfas se desterraron a su Italia natal; allá el pontífice con su conciencia. El desnudo glúteo quedó limitado a sus expresiones menos comprometidas, los asexuados angelitos que sostienen el nuboso soporte de las Inmaculadas. La excepción fue la Venus velazqueña, con esos hoyuelos sugerentes que se le forman en la rabadilla, los cinco centímetros cuadrados más gloriosos de la pintura universal, dicho sea salvando gustos.

Capítulo 49

¿Somos moros?

Hace años, cuando, después del fallecimiento de Franco y tercera Restauración borbónica, floreció el cantonalismo autonómico y España pasó a llamarse *el país o el Estado*, y sus regiones, históricas o no, se constituyeron en naciones que aspiraban a sacudirse la tiranía del poder central, surgió cierto movimiento autonomista en el sur que reivindicaba como seña de identidad el origen árabe de los andaluces. Aquella majadería ya está casi olvidada, aunque todavía florezcan grupúsculos de neomusulmanes que trocan sus nombres de pila, Sebastián, José, Paquita, por Abderramán, Mohamed o Aixa. La onomástica, ya se sabe, va a gustos, como todo lo demás, historia incluida.

En realidad los andaluces tienen de moros tanto como los gallegos, los catalanes o los vallisoletanos. Ya hemos visto que, durante la larga vecindad de los ocho siglos de España islámica, los musulmanes tomaron frecuentemente esposas cristianas. Estos enlaces contribuyeron a la diversidad racial de la población islámica, pero como la ley islámica prohíbe el enlace de musulmana con cristiano bajo pena de muerte, el proceso inverso se produjo sólo muy raramente. Por otra parte, la rica convivencia y provechosa vecindad que cristianos y musulmanes mantuvieron durante los primeros siglos de al-Andalus quedaron interrumpidas cuando las comunidades mozárabes

desaparecieron de tierras musulmanas debido a la emigración a las tierras cristianas del norte o a la deportación a Marruecos forzada por los almohades.

Luego, vino la conquista de media Andalucía en sólo veinticinco años. Alfonso VII había fracasado en esta empresa porque cometió el error de dejar población musulmana a su espalda. Fernando III escarmentó en cabeza ajena y vació de moros, literalmente, el valle del Guadalquivir. A medida que avanzaba, expulsaba a los moros y repoblaba las ciudades desiertas con colonos cristianos traídos del norte. Las casas, las alquerías y los campos se entregaban a los colonos gallegos, castellanos, vascos... Los moros expulsados se establecían en tierra musulmana, de donde, a los pocos años, nuevamente los desalojaba el avance cristiano.

Las morerías o barrios moros que Fernando III dejó atrás eran insignificantes, apenas un par de docenas de vecinos donde antes hubo muchos miles. De los escasos moros que quedaron atrás, Alfonso X expulsó a muchos después de la rebelión de 1264. Unos se acogieron a la superpoblada Granada; otros, bastantes, pasaron al Magreb. El historiador González Jiménez ha calculado que a finales del siglo XV sólo quedaban en toda Andalucía unas trescientas veinte familias mudéjares.

¿Y los moros de Granada? También tuvieron que abandonar la ciudad para establecerse en las Alpujarras. Durante las negociaciones, los Reyes Católicos habían prometido respetar su religión y sus costumbres, pero en cuanto ocuparon el reino olvidaron el trato. Al poco tiempo, enviaron misioneros y predicadores a evangelizar a los musulmanes y, en vista de los escasos resultados, los convirtieron por decreto. Los que se resistieron fueron expulsados del país en 1502. Las mezquitas se transformaron en iglesias.

La inmensa mayoría de los moros optaron por fingir que se convertían ante la perspectiva de perder sus bienes y arrostrar un incierto futuro en el norte de África. Aquella conversión en masa planteó grandes problemas a la Iglesia, que no disponía del clero necesario para catequizar a tanto converso. No obstante, los estabularon en los templos y los bautizaron en masa, a veces rociándolos con escobas mojadas en agua bendita. Cumplido el trámite, los moriscos regresaron a sus hogares y continuaron practicando en secreto la fe de sus padres. De este modo, una minoría de criptomusulmanes se agregó a la de los criptojudíos.

La Iglesia sabía que los conversos no habían sido instruidos en los dogmas cristianos. Por eso, les concedió una moratoria de cuarenta años, antes de que ingresaran, como el resto de los cristianos españoles, en la jurisdicción inquisitorial. Mientras se cumplía ese plazo, la represión fue solamente cultural, concentrada en el idioma, las costumbres y el atuendo. Sucesivas leyes fueron prohibiendo el uso del árabe, los trajes moriscos, los baños, la cocina sin cerdo, el baile, el folclore... Las más inocentes actividades parecían sospechosas al observador cristiano. Cuando había boda de moros, las puertas de la casa debían permanecer abiertas para que la autoridad se asegurara de que no se entregaban a ritos prohibidos. En los alumbramientos tenía que asistir una comadre cristiana por los mismos motivos. Y en los libros de bautismo, se señalaba el nacido con la nota *morisco o moriscote*.

Los aperreados moriscos vivían con la esperanza de que algún día diese la vuelta la tortilla. Con esa curiosa proclividad del árabe a creerse sus propias patrañas, muchos esperaban que el Gran Turco, en el que creían como los niños creen en los Reyes Magos, desembarcaría algún día en España para liberarlos de la opresión cristiana; otros estaban convencidos de que un mítico e invencible caudillo, llamado Alfatim, reconquistaría el país a lomos de un caballo verde. (Estamos ya en el siglo XVI, cuando hasta los cristianos más crédulos confían más en la pólvora negra que en Santiago Matamoros).

La situación llegó a ser tan intolerable que los moriscos se rebelaron en 1568, pero la guerra de las Alpujarras les fue adversa a pesar del apoyo del mundo musulmán, de los turcos, de los berberiscos y de la incordiante Francia. Bautizada y sometida, aquella minoría inasimilable y sospechosa continuó su tortuoso camino enquistada en el flanco de la sociedad cristiana, con una tasa de natalidad superior. Llegará el día, advertían los alarmistas, en que los moriscos serán más numerosos que nosotros y se harán otra vez con España sin disparar un tiro. Más o menos lo que hoy dicen a la vista de la creciente y lenta invasión de ciudadanos magrebíes que cruzan el Estrecho para establecerse en Europa.

¿Cómo resolver el problema morisco? Los más moderados se inclinaban por la expulsión, como antaño se hizo con los judíos, pero Felipe II el Prudente ya había tenido ocasión de constatar en sus propias carnes lo desastrosa que había resultado aquella medida. Los moriscos eran excelentes

agricultores, artesanos laboriosos, dóciles y frugales obreros y, lo más importante de todo, pagaban impuestos en un país donde, entre privilegios, fueros y franquicias, el ministro de Hacienda se las veía y se las deseaba para arrancar un miserable óbolo a la ciudadanía. La comunidad morisca, esa verruga peluda que afeaba la blanca epidermis de sus reinos, repugnaba a Felipe II, pero renunciar a los impuestos que pagaban le causaba una repugnancia aún mayor. Optó por mantenerlos.

Fue su hijo y sucesor, Felipe III, el que los expulsó. En unos pocos años, medio millón de moriscos abandonó España, lo que produjo los desastrosos efectos económicos que se preveían. Es posible que el fisco perdiera la mitad de los ingresos. Algunas provincias quedaron tocadas de ala por espacio de siglos, entre ellas Aragón, donde los moriscos suponían casi el cincuenta por ciento de la población agraria.

Capítulo 50

El traspaso

Los Reyes Católicos habían planeado que su hijo Juan heredara un Estado fuerte, centralizado, moderno y aliado (por la política matrimonial) con todas las casas europeas, esto último para hacer la vida imposible a Francia, la gran enemiga de Aragón.

Pero el tiro les salió por la culata. Su heredero, el príncipe Juan, era de constitución más bien endeble y, por el contrario, la novia que le buscaron, Margarita de Borgoña, era una rubia fogosa, fortachona, saludable e inclinada a la gozosa coyunda, y se merendó al marido en unos meses. Los médicos de la corte, que veían al desventurado príncipe cada día más delgado, flojo de rodillas y con unas preocupantes ojeras cárdenas, se alarmaron y aconsejaron a la reina que los separara y les diera treguas, que la cópula tan frecuente era un peligro para el príncipe; pero Isabel, por algo llamada la Católica, les replicó: «Los hombres no pueden separar a quienes Dios unió con el vínculo conyugal».

Si uno además de escéptico fuera desconfiado (que no lo es) pensaría que Margarita de Borgoña se cargó al príncipe a posta, para que las coronas de España recayeran en su familia. El caso es que aquella inoportuna muerte dejó a España en manos de la familia de Margarita, y el negocio monárquico de la Casa de Trastámara, tan española, se traspasó a la de Habsburgo, extranjera,

también conocida como Austria. Para evitar confusiones será mejor que en adelante los llamemos Habsburgo-Austrias o, mejor todavía, Austrias a secas.

El escéptico lector quizá tenga oídos grandes elogios al poder y la grandeza de España bajo los Austrias. Es porque la historia la escriben historiadores apesebrados por los reyes y los políticos. Bien mirado, el traspaso de la cosa española a la Casa de Austria fue una calamidad nacional y trajo más daño que ganancia. España, por fin, culminada la Reconquista, con todo su incipiente y prometedor Imperio colonial, con sus buenos pastos, sus ovejas merinas, sus hierros vizcaínos, sus huertas lechugueras y sus ríos trucheros, cayó en manos de una familia extranjera, reyes rubios que ignoraban el idioma del país, que bebían cerveza en lugar de vino, que desconocían las costumbres españolas y que antepusieron sus intereses europeos a los de España. En el *holding* de los Austrias fuimos la empresa saneada, cuyos beneficios se utilizan para enjugar las pérdidas de otras empresas ruinosas. La diferencia es que España no sólo dio dinero, sino también la sangre de sus hijos, derramada en guerras absurdas, de las que, en cualquier caso, no iba a sacar ningún provecho.

Antes de proseguir quizá convenga recordar el origen de la Casa de Austria.

En la Edad Media, los Habsburgo habían sido una familia noble como tantas otras. Tenían unos estados patrimoniales, un castillo y algunas tierras en Suiza, nada del otro mundo.

No eran casi nada los Habsburgo, apenas un puntito en el mapa de los principados alemanes, pero picaban alto. El mnemotécnico lema de la familia rezaba: AEIOU, es decir: *Austria Est Imperari Orbi Universo*. ¿Querían mandar sobre todo el mundo? ¿Y cómo esperaban conseguirlo? Tropas no tenían, o al menos, no las necesarias. Entonces, en la cama.

*Bella gerant alii, tu felix Austria nube
Nam quae Mars aliis, dat tibi regna Venus.*

Es decir: «Deja las guerras a otros; tú, Austria feliz, cástate porque los reinos que a otros otorga Marte, a ti te los regala Venus».

¿Van entendiendo ya que a lo mejor la muerte por consunción del príncipe

Juan, tísico como la Traviata, no fue tan fortuita?

Eran listos estos Austrias, ¿eh? Casándose y heredando, hicieron su fortuna y crecieron. Entre bodas y alianzas, lograron hacerse con Austria, Hungría, Bohemia y, por supuesto, con España durante los dos siglos en que fue la nación más poderosa del globo, no a causa de ellos, como a veces se dice, sino más bien a pesar de ellos.

Regresemos ahora a los Habsburgo-Austrias. Sin necesidad de echar mano a enredados y no siempre fiables árboles genealógicos, los miembros de esta familia se distinguen por el inconfundible aire familiar de su mandíbula prognática, el labio inferior grueso y caedizo, y el superior retraído. Muchos de ellos presentan, también, la frente demasiado alta y los ojos espantados, pero esto es menos notorio. Durante siglos se casaron entre ellos —primos con primas, tíos con sobrinas y sobrinos con tías—, ignorantes de las funestas consecuencias de la consanguinidad, un abuso que acentuó los rasgos negativos hasta convertirlos en taras físicas (y en taras mentales). La degeneración culminó con Carlos II de España, nuestro último Austria, un verdadero engendro, como veremos cuando le toque.

Otra característica familiar, quizá mero producto de la mentada consanguinidad, fue el carácter obsesivo, las ideas fijas, la testarudez y, en sus grados más patológicos, la locura. Maximiliano, el suegro por partida doble de los Reyes Católicos y abuelo de Carlos V, no se separaba de su ataúd, ni siquiera cuando viajaba, y sostenía con él largas conversaciones.

Sí. Nuestros Austrias descendían de locos por las dos ramas, porque por la parte española, la de Isabel y Fernando, también los había habido. El más conspicuo, como su propio nombre indica, fue Juana la Loca, madre de Carlos V, aparte de que la influencia de la rama borgoñona mandibular y pirada afectaba también a las casas reales españolas desde hacía siglos. Recordemos que las hermanas de Alfonso VI, Teresa y Urraca, se casaron con dos príncipes de Borgoña. Un hijo de Urraca, Alfonso VII, fue ya prognático, así como su nieto, Alfonso VIII de Castilla, el vencedor de las Navas. Luego, la marca familiar se transmitió a otros reyes de Castilla sin perdonar a la dinastía bastarda de los Trastámaras. Enrique II de Castilla, abuelo de Isabel la Católica, padecía acusado prognatismo, como se puede comprobar en su retrato fúnebre de la catedral de Toledo, y no digamos Enrique IV el

Impotente, el de las «quijadas luengas y tendidas de la parte de ayuso». Con tantas bodas cruzadas, los Trastámaras volvieron a reforzar el prognatismo de los Austrias. Doña Leonor, hija de Enrique II, se casó con Eduardo I de Portugal, que fue abuelo de Maximiliano de Austria, abuelo, a su vez, de nuestro Carlos V. Por lo tanto, Carlos V heredaría el defecto por duplicado, ya que, además, era nieto de Isabel la Católica y biznieta de Juan II. ¿Me siguen?

Lo curioso de la tara prognática es que parece consustancial a la historia de España, porque también se transmitió a los Borbones, como en su momento se verá.

Carlos V, el hijo de Juana la Loca, se parecía más al padre, Felipe el Hermoso. Tiraba a pelirrojo, y su mandíbula inferior era de tal calibre que no podía encajarla al masticar, ni cerrar la boca en reposo. En una visita a Calatayud, un caballero se le acercó para aconsejarle, con socarronería aragonesa: «Mi señor, cerrad la boca, que las moscas de este reino son traviesas...». Carlos procuró disimular este defecto dejándose crecer la barba, y sus pintores de cámara echaron fantasía a sus pinceles para mitigar el desaguisado. No obstante, basta echar una ojeada a cualquiera de los retratos de Tiziano para advertir la descomunal quijada. Los cortesanos, aduladores, se dejaron barba también, se aficionaron a la cerveza y se esforzaron por descifrar el habla ceceante, casi ininteligible, del emperador.

Fue Carlos un hombre vitalista, a la manera alemana; gran glotón, gran bebedor y aficionado a las mujeres, tanto a las de alta como a las de baja condición. Y culito que veo, culito que deseo, si una mujer le caía en gracia. ¿Querrán ustedes creer que preñó a la viuda de su abuelo Fernando el Católico? Hay que alegar, en su descargo, que la viuda era una francesa bastante atractiva, y en su punto exacto de sazón, con veintinueve años recién cumplidos, y que Carlos tenía diecisiete y un hervor en la sangre. Además, su abuelo Fernando, antes de morir, le había recomendado en una carta que cuidara de ella «y la tendréis donde pueda ser remediada de todas sus necesidades» (probablemente, Fernando estaba pensando en otras necesidades). El caso es que Carlos se prendó de su abuelastra y se hizo construir un puente de madera que cruzaba la calle desde su residencia a la de Germana, en Valladolid. De este trato familiar, nació una hija, a la que cristianaron como doña Isabel y a la que algunos documentos titulan infanta de

Castilla.

También fue Carlos muy viajero: «Nueve veces fui a Alemania, seis he pasado a España, siete a Italia, diez he estado aquí en Flandes; cuatro, en paz y en guerra, he estado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos contra África... todas las cuales son cuarenta [...]. He navegado ocho veces el Mediterráneo y tres el Océano [...]. Doce veces he padecido las molestias y los trabajos del mar».

Carlos I de España y V de Alemania había heredado España por parte de madre, y por parte de padre los dominios de la Casa de Austria, es decir, los Países Bajos, Austria y el sur de Alemania.

Eran muchos lugares, cada uno con su conflicto, donde gastar los hombres y recursos de España.

Carlos V se educó en los Países Bajos y ya había cumplido diecisiete años cuando llegó a España. Por cierto que desembarcó en Tazones, no lejos de Villaviciosa, y los navíos que lo traían causaron alarma y conmoción entre los lugareños, pues los tomaron por piratas. No iban muy descaminados los rústicos: el numeroso séquito de rubios borgoñones que acompañaba a Carlos venía dispuesto a llenar la bolsa en España. A poco, ya tenían copados los más altos cargos de la administración. El monarca no se quedaba atrás: hizo saber a sus súbditos que necesitaba dinero. Las Cortes de Castilla, Aragón y Cataluña aflojaron la bolsa sin entusiasmo. La mano derecha del emperador era Guillermo de Croy, el señor de Chièvres, cuyo apellido flamenco fue inmediatamente castellanizado por Chevres y traducido por Cabrito. Este hombre rapaz se hizo muy pronto paradigma de la riza borgoñona, a la que se atribuía la creciente escasez de monedas de oro que padecía el país. El pueblo hizo un chiste de su propia desgracia y saludaba en verso a los cada vez más raros ducados de a dos.

*Libreos Dios, ducado de a dos,
que el señor de Chevres no topó con vos.*

Después del primer ordeño y antes de que se cumpliera el plazo establecido, Carlos necesitó más dinero porque los alemanes lo habían elegido emperador del Sacro Imperio romano germánico, y vestir el cargo

conllevara gastos cuantiosos (especialmente, sobornos a los príncipes electores). España, sobre todo Castilla, volvió a aflojar la bolsa.

En los tiempos de que estamos tratando, el Sacro Imperio, del que ya hablamos páginas atrás, era un club exclusivo, cuyos miembros eran las cabezas de un enjambre de dinastías reinantes en los minúsculos reinos y señoríos del territorio imperial. Abarcaba Alemania y sus zonas limítrofes, Austria, parte de Checoslovaquia y Francia, Suiza, Países Bajos y la mitad superior de Italia. Los miembros del club, es decir, los príncipes electores, urdían toda clase de intrigas y pactos para ver cuál de ellos resultaba elegido. En la rebatiña por los votos, los muñidores al servicio de los diferentes candidatos no descartaban las más sucias maniobras: el soborno, el chantaje, la prevaricación, el pucherazo y la componenda. De hecho, algunos príncipes venidos a menos casi vivían de estos corretajes.

España nunca fue territorio imperial. Sin embargo, como estamos viendo, en dos ocasiones distintas, dos reyes aparentones la sangraron para atender sus ambiciones u obligaciones imperiales. El primero fue Alfonso X el Sabio, quien, en lugar de terminar la obra conquistadora del padre, malgastó los recursos de la agotada Castilla en sufragar su candidatura imperial. A la postre, no le sirvió de nada, porque el papa lo dejó tirado. El segundo fue Carlos I. Por cierto, después de que él rompiera los dientes a nuestros antepasados por pretender que la corona de España fuera más importante que la imperial, los dóciles españoles hemos aprendido a conocerlo más como Carlos V, su título imperial, que como Carlos I, el título español.

Pues bien, Carlos V resultó elegido, para desgracia nuestra, y como era tan novelero y tan lector de libros de caballerías, se tomó a pecho el cargo y, en su papel de protector de la Iglesia católica, no vaciló en sacrificar los intereses de España a los del Imperio romano germánico, financiando con dinero y sangre españoles una costosa e inútil campaña contra el protestantismo que se extendía por Alemania como una mancha de aceite.

El Imperio (en alemán *Reich*) fue siempre un asunto esencialmente alemán. Por eso, en el siglo XIX, cuando Alemania dejó de ser una federación de principados para constituirse, por fin, en Estado soberano, se denominó pomposamente Segundo Imperio, es decir, Segundo Reich, el que arremetió contra media Europa en la primera guerra mundial. Y Adolfo Hitler instituyó

el Tercer Reich, que arremetió contra medio mundo unos años después. Con los fervientes deseos de que nunca haya un Cuarto Reich cerramos este capítulo y regresamos a Carlos V, es decir Carlos I, al que dejamos aguardando con el belfo caído.

Capítulo 51

Los comuneros con su bandera roja

Cuando Carlos pretendió extirpar nuevos impuestos del bolsillo de España para sufragar los gastos de su elección imperial, las Cortes se mostraron más reticentes. El flamenco tuvo que sobornar a unos diputados y amenazar a otros para conseguir que le votaran el nuevo subsidio. Con todo, algunas ciudades se negaron en redondo a aflojar la bolsa, a pesar del resultado de la votación, y hasta lincharon a algún diputado. Las cosas se ponían feas. Mientras Carlos iba a recibir el Imperio, España se alzaba en armas.

En Castilla, los representantes de algunas ciudades, los comuneros, decidieron destronar a Carlos y devolver la corona a su madre, Juana la Loca, que vivía su demencia, retirada del mundo, en Tordesillas. Los comuneros constituyeron una milicia ciudadana que tomó como enseña el pendón rojo de Castilla. (La Segunda República española sustituyó una de las dos franjas rojas de la bandera borbónica por otra morada en recuerdo de los pendones comuneros, pero se equivocaron de color).

Juana la Loca rechazó el trono que le ofrecían. No quería malquistarse con su hijo, al que apenas conocía. Los nobles, por su parte, no movieron un dedo por el emperador, molestos como estaban porque los había postergado en favor de los flamencos. Solamente cuando vieron que el movimiento comunero iba adquiriendo un preocupante cariz revolucionario y podía caer en manos de

agitadores sociales que fueran contra sus intereses de clase, constituyeron un ejército nobiliario que derrotó a los rebeldes en la batalla de Villalar. Es curioso cómo se repite la historia. Unos siglos después, el desmadre de otro frente popular acarrearía la caída de otros comuneros que intentaban liberar al país de los abusos de una monarquía corrupta. El pueblo es que no aprende nunca.

Los caudillos comuneros —Padilla, Bravo y Maldonado— fueron decapitados, el país quedó pacificado y el poder real robustecido. Las ciudades seguían gozando de cierta autonomía bajo la atenta supervisión del corregidor o gobernador real. Aparte de esto, todo quedó como estaba. Los nobles siguieron sin pagar impuestos y el pueblo continuó pagándolos con creces y aumentos, lo que, a la larga, impidió el desarrollo de una burguesía comercial y de una industria emprendedora, un fenómeno que la modernidad estaba impulsando en otros países europeos.

El Imperio tenía sus servidumbres. Del emperador se esperaba que defendiese a la cristiandad, esa vaga sombra de unidad europea alentada por los papas sobre el lejano recuerdo del Imperio romano. Alemania era un mosaico de principados cuya tutela ejercía Carlos en su condición de emperador. El luteranismo se estaba extendiendo rápidamente por aquellas tierras. Carlos se creyó en la obligación de reprimir la herejía y mantener el Imperio dentro de la obediencia a la Iglesia de Roma. Por lo tanto, tomó sobre sus hombros la tarea de combatir a los príncipes protestantes. Además, en su calidad de paladín de la cristiandad, acató la tarea de contener la expansión de los turcos por el Mediterráneo. Todo ello con dinero español, en especial castellano, naturalmente.

Carlos implicó los recursos españoles en una guerra larga y costosísima, y a la postre, fracasó, pues tuvo que otorgar libertad religiosa a los principados imperiales. Además, involucró a España en una larga contienda con Francia por un territorio ajeno a los intereses españoles, el ducado de Borgoña. El escenario de la guerra fue principalmente Italia, donde los franceses fueron derrotados en Pavía y su rey, Francisco I, cayó prisionero. El francés se comprometió, entonces, a entregar a Carlos el ducado de Borgoña y el Milanesado, en el norte de Italia, pero en cuanto se vio libre, incumplió lo tratado. Nuevamente se encendió la guerra, y las tropas de Carlos V, entre las

cuales, además de españoles e italianos, se enrolaban regimientos de mercenarios alemanes y suizos, los famosos *lansquenets* (muchos de ellos protestantes), asaltaron y saquearon Roma, aliada del francés. Es *il sacco di Roma*, un sonado y sangriento episodio en el que no faltaron monjas violadas, sacerdotes destripados, iglesias saqueadas, las pinturas de Miguel Ángel en la capilla Sixtina dañadas por *graffiti* hechos a punta de alabarda, etcétera. Al protonotario pontificio, que era de Jaén, lo colgaron de sus partes nobles para que revelara el escondite de los tesoros del pontífice, pero él murió sin soltar prenda, con un par.

En el Mediterráneo, la guerra contra los turcos fue menos afortunada. Desde sus bases en el norte de África, los corsarios berberiscos atacaban y saqueaban el comercio español y los pueblos del litoral. Uno de los caudillos piratas, Barbarroja, incluso se apoderó de Argel. Carlos V contraatacó, conquistando Túnez, pero fracasó en otra expedición contra Argel, que quedaría en manos de los piratas y seguiría siendo un peligro para los intereses españoles.

España, especialmente Castilla, se despoblaba mientras sus tropas se multiplicaban para intervenir en todos los conflictos: no sólo había que colonizar América, lo que, después de todo, podía considerarse una empresa rentable, sino suministrar tropas y recursos para las múltiples campañas europeas: Italia, Alemania, los Países Bajos y cuatro guerras contra Francia, herencia de los conflictos por el reino de Nápoles.

Así fue como España, sin comérselo ni bebérselo, acabó identificándose con el Imperio europeo de los Austrias, un pozo sin fondo que continuamente demandaba oro y sangre. A las Cortes, tras la derrota de los comuneros, no les había quedado fuerza para imponer sus derechos. El rey ignoraba las súplicas de los representantes del pueblo.

A algunos lectores menos escépticos les puede parecer que, aunque los Austrias fueran extranjeros, a la postre, se hicieron más españoles que nadie, y aquí se quedaron, pues Carlos V murió en Yuste, y Felipe II, su hijo, en El Escorial. También cabría considerar que los Austrias se instalaron aquí por interés, porque España, y especialmente Castilla, era la mejor finca del *holding* familiar, la situada más estratégicamente, la más cómoda y rentable, y desde luego, la más dócil.

Capítulo 52

Dios y rey

Aquella España, en cuyos dominios no se ponía el sol, era más apariencia que otra cosa. El Estado poderoso, monolítico y virtuoso que presentaban los libros de historia de nuestro bachillerato, aquel paladín victorioso del catolicismo contra los herejes protestantes y contra los paganos turcos, era, en realidad, un endeble conglomerado de regiones que no tenían casi nada en común: ni costumbres, ni instituciones, ni lengua, ni intereses económicos. Su precaria unidad política se basaba en la fe, que, como es sabido, mueve montañas. Religión y política se fundieron y confundieron hasta el punto de que en la correspondencia palatina circulaba la expresión «ambas majestades», alusiva a Dios y al rey, un pomposo título, traído también por los Austrias, que había venido a sustituir al genuinamente español *alteza*, usado por los reyes españoles.

Carlos se casó, ya talludito, con una prima hermana suya, la princesa Isabel de Portugal. El principal móvil del rey era apoderarse de las novecientas mil doblas de oro de dote que aportaba la chica (es que los portugueses, ya abierto el camino de las especias, se habían hecho inmensamente ricos). Para su sorpresa, encontró también a una mujer bellísima y amable, dulce y discreta. Se prendó de ella, claro (aunque, en los viajes, se solazaba con otras, que, en lo tocante a la coyunda, el flamenco siempre fue

muy liberal).

La guapa portuguesa cumplió con su oficio con dignidad y eficacia: dio un heredero (Felipe II) al emperador y gobernó España sensatamente durante las largas ausencias de su esposo. Murió de sobrepardo a los treinta y seis años. La escolta de su cadáver hasta Granada recayó en el marqués de Lombay, Francisco de Borja, que estaba secretamente enamorado de ella. Al llegar a su destino, el protocolo requería que se abriese el féretro para formalizar la entrega de los restos. El de Borja se asomó a ver a su amada por última vez: la belleza se había convertido en una horrible imagen de la muerte. Conmocionado, el marqués se retiró del mundo e ingresó en la Compañía de Jesús, en la que llegaría a general y luego a santo. Traemos a colación el episodio porque, aunque no afecte decisivamente a la historia de España, puede, sin embargo, contribuir a la edificación del lector.

Capítulo 53

Felipe II, ¿ángel o demonio?

Carlos V abdicó en su hijo Felipe II en 1557. El emperador no había cumplido todavía los sesenta, pero era ya un hombre acabado, prematuramente envejecido y baldado por la gota, esa enfermedad propia de glotones y devoradores de carne, para la que el seco refranero castellano propone un drástico remedio: se cura tapando la boca. Imposible en el caso del emperador, que ni siquiera podía encajar las mandíbulas. Además, el insaciable apetito de aquel émulo de Pantagruel era proverbial. En una misma comida consumía sopas, pescados salados, vaca cocida, cordero asado, liebres al horno, venado a la alemana y capones en salsa, y trasegaba hasta cinco jarras de cerveza, de un litro más o menos, sin contar el vino. Y encima de todo, los postres.

El emperador vivió su jubilación en el monasterio de Yuste, en Extremadura, donde la intendencia de palacio le mantenía la despensa bien repleta: pasteles de lamprea, perdices, liebres, venados, incluso ostras vivas y picadas, que le enviaban desde Santander.

Su hijo Felipe II fue algo más moderado en la mesa, pero en política salió tan desacertado como el padre. Físicamente, no se le parecía, como no fuera en el maxilar adelantado y el belfo caído. Era menudo, pálido, de pelo rubio y fino, y ojos azules acuosos. Además era estreñado y, a pesar de los anillos de

hueso que usaba para remediarlas, padecía almorranas. Es que la dieta de los pudientes era demencial, prácticamente solo carne, a palo seco, sin verduras ni fruta.

Felipe II nunca aprendió idiomas (carencia que le acarrearía algún disgusto), pero poseía una cultura considerable, adquirida con buenos preceptores y por sus muchas y variadas lecturas. Era muy aficionado a la música y al ocultismo, y coleccionista compulsivo de todo lo coleccionable (monedas, medallas, estatuas, cuadros, armas, animales africanos). De mozo, fue algo cazador y bailón; luego, se tornó triste y austero. Es natural, puesto que vivió toda su vida aplastado por el peso del Estado, siempre empapelado hasta las cejas.

Felipe II fue un «débil con poder» (Marañón), un hipocondriaco inexpresivo y taciturno, distante y frío, terriblemente indeciso y muy tímido, aunque estuviera investido de todo el poder del mundo. No deja de ser curioso que este hombrecillo, siniestro por muchas vueltas que se le dé, y llamado con evidente desacierto «el rey prudente» por historiadores aduladores, haya tenido siempre sus partidarios, que lo han identificado con la íntima esencia de España. El rígido protocolo Austria exigía que el cortesano aguardase a que el rey hablara primero. Felipe clavaba su helada mirada azul en el desventurado que venía a evacuar consultas durante un tiempo que al otro se le antojaba eterno y, cuando lo veía temblar, le decía: «Sosegaos». De este modo, lejos de tranquilizarlo, lo desasosegaba más todavía.

Felipe II era un burócrata, un hombre gris (aunque prefería el negro, color que desde entonces fue imitado por la corte). Su padre había pasado la vida viajando; él optó por establecer su corte en un lugar fijo, a ser posible en el centro, como la araña en su tela. La corte, hasta entonces, había sido itinerante, y Carlos V casi la había fijado en Valladolid. Pero Felipe la trasladó a Madrid, que era un poblachón manchego, y luego a El Escorial, el sórdido, aunque monumental y faraónico, monasterio-panteónpalacio real que construyó a su imagen y semejanza. Por cierto que, corriendo el tiempo, inspiró la arquitectura grandilocuente de los nazis. Al megalómano Hitler le encantaba El Escorial y cada vez que uno de sus ministros aterrizaba en Madrid la visita al monasterio era obligada.

Desde El Escorial, Felipe lo controlaba todo. Desconfiado hasta extremos

patológicos, pasaba el día en su oficina, revisando resmas de informes y haciendo el trabajo que normalmente hubiera correspondido a media docena de secretarios y ministros.

La maquinaria del Estado se había tornado extraordinariamente compleja. Los cinco ministerios o consejos que tuvieron sus bisabuelos, los Reyes Católicos, habían aumentado a nueve con Carlos V, y él los elevó a catorce. Pero los altos funcionarios, virreyes y gobernadores, no disfrutaban de gran autonomía, pues el rey pretendía controlarlo todo desde su despacho.

Felipe tuvo cuatro mujeres; sucesivas, claro. A los dieciséis años, todavía príncipe, lo casaron con María de Portugal, prima suya por partida doble (los dos eran nietos de Juana la Loca). La novia era gordita y risueña, y el príncipe se aficionó a ella; pero los recién casados no pudieron vivir una gran pasión porque el emperador les había asignado un ayo rodrigón y plenipotenciario que les racionaba el sexo. Temía Carlos que el exceso de fornicio quebrantara la salud de su heredero como quebrantó la de su tío Juan, el de los Reyes Católicos. No sabemos si sería por esa vigilancia que le restaba intimidad, pero lo cierto es que la coyunda llegó a resultar un penoso ejercicio para el joven Felipe. «Cuando cumple sus deberes conyugales sufre tal irritación nerviosa que procura hacerlo lo menos posible». Fue en su madurez cuando nuestro hombre aprendió a saborear los sazonados frutos del amor y hasta tuvo también, el santurrón, unas cuantas amantes. No obstante, lo de su relación con Ana de Mendoza, princesa de Éboli —menudita, guapa, tuerta de un ojo, que tapaba con coquetuelo parche de seda— es seguramente un infundio sin la menor base histórica.

La primera mujer, la portuguesa, murió pronto, de sobrepeso, después de alumbrar al infortunado príncipe don Carlos. Es alarmante la cantidad de mujeres de la casa real que fallecían de sobrepeso. Ello se debe probablemente a la atención médica que recibían. Los médicos lo arreglaban todo con sangrías, que debilitaban al enfermo y, muy a menudo, lo llevaban prematuramente a la tumba. Los pobres, como no podían costearse los servicios de un médico, eso llevaban ganado.

El segundo matrimonio de Felipe fue con su tía María Tudor, reina de Inglaterra, la cual, aunque aparentaba ser su abuela, sólo le llevaba once años. La señora era repulsiva, beata, neurótica, propensa a los embarazos histéricos

y, lo peor de todo, tremendamente apasionada. Felipe hizo de tripas corazón y se sacrificó por razón de Estado. ¿Se imagina el lector lo que podría haber ocurrido de tener esta pareja hijos que heredasen a un tiempo España e Inglaterra? Sin duda, la historia del mundo hubiese sido otra. Pero este matrimonio tampoco duró mucho porque María falleció cuatro años después. La señora era ferozmente católica y antes de morir se llevó por delante a muchos protestantes. Por eso la apodaron *Bloody Mary*, Mary la Sangrienta, apelativo que hoy, ¡lo que son las cosas!, designa un famoso combinado.

El tercer matrimonio de Felipe fue con la hija del rey de Francia, Isabel de Valois, que antes había sido prometida al príncipe Carlos, el primogénito de Felipe. Este Carlos era un desequilibrado, típico fruto de la consanguinidad de los Austrias. El chico se enamoró de su madrastra, y ésta fue una de las causas de su temprana muerte (aunque, desde luego, no fue ejecutado por su padre como asegura la leyenda negra). Finalmente, Felipe, de nuevo viudo, se casó por cuarta vez, en esta ocasión con su sobrina Ana de Austria, de la que tuvo a Felipe III, que lo sucedería en el trono.

Capítulo 54

Hacienda no éramos todos

Felipe II no recibió de su padre el título imperial ni las tierras de Alemania. Carlos prefirió dejarlas a su hermano Fernando, a sabiendas de que la herencia dividiría a los Austrias en dos ramas. La española se mantuvo hasta 1700 y la propiamente llamada austríaca perduró en Austria hasta 1918 (el famoso Imperio austro-húngaro de las películas de Berlanga y de las de Sissi emperatriz). Felipe heredó, eso sí, las otras posesiones europeas de la Casa de Austria, con su carga de conflictos corregida y aumentada, una guerra crónica con Francia y una deuda de veinte millones de ducados. El nuevo rey, lejos de alterar la política católica e imperial de su padre, la sostuvo (ya se sabe: «sostenella y no enmendalla»), y se embarcó en la ruinosa empresa de defender el catolicismo con el oro que obtenía de América y con los impuestos que exprimía de sus súbditos. Los castellanos (toda España, a excepción de Aragón, Cataluña y Valencia) contribuían o pechaban más que los demás: de cada siete ducados que el fisco recaudaba, seis procedían de Castilla. Como de costumbre, Castilla cargaba con el esfuerzo principal. En compensación también eran castellanos los funcionarios situados en los puestos más relevantes y no compartían con nadie los beneficios del monopolio americano.

En el reinado de Felipe II, en cuyos dominios no se ponía el sol, España sufrió tres bancarrotas, una cada veinte años más o menos. El gasto de tanta

guerra, espías y sobornos desbordaba el presupuesto. Los fabulosos envíos de plata americana que los galeones descargaban en los muelles de Sevilla no bastaban. Tampoco bastaron los crecientes impuestos que abrumaban al pueblo trabajador (las clases pudientes, es decir, la Iglesia y la nobleza, seguían gozando de exención fiscal). Felipe recurrió, entonces, a vender ejecutorias de nobleza a plebeyos adinerados (que en lo sucesivo pasaban a engrosar la creciente lista de los que no pagaban impuestos), a vender títulos de ciudades a las villas y a enajenar todo lo enajenable. Nada bastó. Para hacer frente a sus dispendios militares, el monarca pidió dinero prestado a los banqueros genoveses (los Bonvisi y los Centurione) y alemanes (los Welser y los Fúcares). Aquellos buitres de las finanzas internacionales adelantaban el dinero necesario dónde y cuándo el rey lo necesitara para cobrarse después, con aumentos usurarios, en la plata que llegaba de América.

Las guerras de Felipe fueron muchas y variadas: contra Francia, contra el papa, contra Inglaterra, contra el turco, contra los holandeses, contra los corsarios berberiscos y hasta contra los moriscos sublevados en las Alpujarras.

Francia, sintiéndose amenazada por el matrimonio inglés de Felipe, se alió con el papa y los turcos. ¡Tan extraños compañeros de cama hace la política! Felipe respondió invadiendo simultáneamente las tierras pontificias y las francesas. Acojonado, el papa solicitó la paz; pero los franceses sostuvieron la apuesta y fueron derrotados en San Quintín. En esta batalla, Felipe se percató de que no podía ser como su padre, al que tanto admiraba. Asistió a ella, aunque a prudente distancia, armado de punta en blanco, y le disgustó tanto la experiencia que comentó: «¿Es posible que esto le gustara a mi padre?».

La situación interna de Francia degeneró. El avance del protestantismo dividió al país en dos bandos irreconciliables, católicos y calvinistas, que al final se trabaron en una guerra civil. El candidato protestante, un Borbón, lo vio claro: mientras Felipe II ayudara a los católicos, él no podría vencer. «¿Qué quieren? —razonó con su conciencia—. ¿Que reine un católico? Pues se hace uno católico y en paz. París bien vale una misa». El muy ladino se convirtió al catolicismo y dejó a Felipe sin argumentos para expulsarlo del trono. Ése fue el comienzo de la dinastía borbónica en Francia.

Luego estaban los flamencos rebeldes, por un lado; por otro, los turcos, que avanzaban irresistiblemente por Europa central y el Mediterráneo, y finalmente los ingleses, que incordiaban lo suyo apoyando a los rebeldes flamencos y enviando corsarios contra las colonias americanas. Las guerras por sostener el catolicismo o los dominios de la Casa de Austria se lo llevaron todo, pero Felipe sostuvo, sin una vacilación, los errores de su padre, incluso con mayor convicción debido a su carácter puritano e intolerante: «Prefiero perder mis Estados a gobernar sobre herejes».

La situación hubiera requerido una mente pragmática y dúctil, y no al testarudo e indeciso Felipe. Fracasó en todas partes. Como un bombero pirado acudía de un frente a otro con la manguera del oro y la sangre sin dejar completamente sofocado ningún incendio, de modo que tarde o temprano todos se reproducían, incluso más devastadores que al principio. En el Mediterráneo, los turcos continuaron avanzando, a pesar de la gran victoria de Lepanto, que, a la postre, no resolvió nada. En Flandes, la rebelión, atizada desde Francia e Inglaterra, fue a más. A pesar de la radical intervención del duque de Alba, aquello se convirtió en una especie de Vietnam español («universal sepulcro de España», lo llama Quevedo), que consumió tropas y hacienda para finalmente perderse. Tan desesperado llegó a verse Felipe, acuciado por las deudas y por la necesidad de seguir gastando más y más en la guerra, que incluso recurrió a unos alquimistas, a los que instaló un laboratorio para ver si le fabricaban plata; sin resultados, claro. Como su padre con los protestantes alemanes, Felipe tuvo que ceder ante los flamencos. Los protestantes se integraron en las provincias del norte (actual Holanda), mientras que al sur la mayoría católica formaría, más adelante, Bélgica. El fracaso de Flandes, además de precipitar la ruina de España, dejó un secular resentimiento en unos países en los que todavía las madres, para asustar a los niños inapetentes, amenazan con llamar al duque de Alba, que es el coco de aquellas latitudes.

Capítulo 55

Chamuscar las barbas del rey de España

«Chamuscar las barbas del rey de España». Eso es lo que, según los patrioterros ingleses, hizo el famoso corsario Drake cuando asaltó el puerto de Cádiz y destruyó la flota española allí fondeada. Fue una más de las provocaciones que forzaron a Felipe a escarmentar a los ingleses, con tan mala fortuna que el remedio fue peor que la enfermedad.

El más sonado fracaso de Felipe II fue el de la Armada Invencible, enviada contra Inglaterra. En realidad, nunca se denominó *invencible*: el adjetivo se lo adjudicaron, para mayor escarnio, los enemigos de España, y paradójicamente, ha echado aquí más raíces que en ningún otro lugar. El plan parecía bueno, incluso era bueno, siempre que se contara con el telégrafo o, en su defecto, con el teléfono o cualquiera de los inventos modernos que sirven para comunicarse a distancia, un móvil, un fax, incluso. Para el nivel técnico de su época era un plan demencial, absolutamente imprudente, como advirtieron al rey sus consejeros. Se trataba de expulsar del trono a Isabel y reinstaurar el catolicismo en la isla. Para ello, bastaba con transportar el ejército de Flandes al otro lado del canal de la Mancha. Pero con las limitadas comunicaciones de la época era completamente imposible coordinar las dos fuerzas, barcos y tropas. Cuando llegaron los barcos, las tropas no estaban listas, y la Armada, acosada por los ingleses, tuvo que regresar a sus lejanas

bases por el único camino que le quedaba libre, rodeando Irlanda en la época de las tormentas.

Como es natural, los historiadores han exculpado a Felipe II y han cargado toda la responsabilidad del desastre en el comandante en jefe de la flota, el duque de Medina Sidonia, cuyo comportamiento, en realidad, fue ejemplar y hasta heroico. Además este hombre tuvo la vergüenza torera de apartarse del mundo, regresar a casa y no decir ni pío el resto de su vida).

La Armada Invencible se saldó con treinta y cinco barcos perdidos y dos de cada tres hombres muertos, de los que solamente mil cuatrocientos perecieron en combate. Los dieciocho mil restantes murieron en naufragios, por enfermedad y privaciones, o desembarcaron en Irlanda y fueron asesinados por los ingleses.

Los ingleses asocian el nombre de España a la Armada y fundamentan su orgullo nacional en aquella victoria. Desde la escuela les inculcan la fantástica y legendaria versión que tejió la propaganda protestante: España era el gigante Goliat, poderoso y armado hasta los dientes, y fue vencido por el diminuto David británico. Imaginan la Armada española mucho más poderosa de lo que en realidad fue y reducen las fuerzas inglesas a un puñado de heroicos navíos, tripulados por audaces patriotas. La decepcionante realidad es que los ingleses movilizaron 226 naves y los españoles solamente 137, de las cuales la mayoría eran simples mercantes, torpes de maniobra. A ello cabe añadir que la artillería española daba pena. Los arqueólogos han rescatado muchos cañones de los naufragios de la Invencible en las costas de Irlanda. Muchos de ellos eran ya obsoletos en tiempos de la Armada; otros, fabricados precipitadamente para la ocasión, no habrían pasado un mínimo control de calidad: están mal fundidos, con las ánimas torcidas y el hierro poroso. Con estos datos, el escéptico lector ya puede hacerse una idea de quién derrotó a la Armada. No los ingleses, ciertamente, sino la chapuza hispánica, el tente mientras cobro.

Felipe no escarmentó. Envío otras tres armadas contra Inglaterra, que fracasaron igualmente, siempre por el mismo motivo: pensadas para navegar en las propicias aguas del verano, los retrasos las retenían hasta el otoño, y cuando se hacían a la mar, las tormentas propias de la estación las cogían de recio y las dejaban echas unos zorros. Lo dicho, la perseverante chapuza

hispánica.

Los éxitos de Felipe II, si exceptuamos Lepanto, fueron más bien domésticos: el aplastamiento de la sublevación morisca, la represión de la rebelión aragonesa y la anexión de Portugal, después de que su sobrino, el rey don Sebastián, desapareciera sin dejar herederos.

Los moriscos del antiguo reino de Granada, abrumados por los impuestos y enfurecidos por los decretos que prohibían el uso de su lengua y la observancia de sus costumbres, se alzaron en armas con la esperanza de recibir apoyo de los turcos; pero los turcos no comparecieron, la rebelión fue violentamente sofocada, y los supervivientes, desterrados a distintos lugares del reino, donde tampoco se asimilaron.

El conflicto de la corona con los aragoneses se debió al contencioso de Felipe II con su secretario Antonio Pérez, que hizo valer su condición de aragonés para ampararse en los fueros de aquel reino y escapar de la justicia real. Entonces, Felipe intentó burlar la inmunidad haciéndolo procesar por la Inquisición, pero Aragón se levantó en armas, y el rey tuvo que enviar tropas para sofocar la rebelión.

Felipe II heredó Portugal, y su considerable Imperio, después de sobornar generosamente a una parte de la nobleza portuguesa para que apoyara su candidatura. Nunca fue aceptado por los suspicaces portugueses, y eso que los halagó ratificando sus libertades y privilegios y permitiéndoles que administraran sus colonias.

Capítulo 56

El Tibet de Europa

El Rey Prudente, y más papista que el papa, esquilmo España y se gastó el dinero que tenía y el que pidió prestado en mantener el catolicismo en Europa. Si seguimos llamando Siglo de Oro a la época de los Austrias es porque, paradójicamente, la literatura, la pintura y la mística florecieron hasta alcanzar sus más altas cotas, como las flores, que crecen más bellas y lozanas en el estiércol, o como el olor de santidad que, a veces, por puro proceso químico, emanan los cadáveres.

A la España pluriforme y multirracial de la Edad Media sucedió la reaccionaria y recelosa de los Austrias, un país en el que la libertad escandalizaba. En el *Quijote* (11,55) se censura a Alemania «porque allí cada uno vive como quiere porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia».

Ya empezaba el «viva las cadenas». España, paladín de la Contrarreforma, acató con entusiasmo las directrices del Concilio de Trento. El pensamiento se hizo sospechoso. Se desconfiaba de los libros y de la cultura. El buen cristiano acataba, a puño cerrado, con la sencilla fe del carbonero, los dogmas y enseñanzas de la Iglesia y no necesitaba saber más. La lectura era un hábito protestante que *lleva a los hombres al brasero y a las mujeres a la casa llana.*

Abrumada por su destino imperial, España se convirtió en «el Tibet de Europa» (Ortega y Gasset), se aisló en su maniqueísmo intolerante y hostil a lo extranjero, y se cerró a las ideas liberales que el Renacimiento sembraba en Europa. La vida se ensombreció. La gravedad castellana impuso sus severas normas al resto del país y a sus satélites.

España se había erigido en defensora del honor de Dios. Teólogos y pensadores (de éstos, hubo menos) llegaron al convencimiento de que España y Dios estaban unidos por un pacto. Dios la había promocionado al rango de pueblo elegido, la protegía y le otorgaba riquezas y poder (las Américas) a cambio de que ella ejerciese de gendarme y se convirtiese en paladín de la verdadera fe contra protestantes y turcos. El honor de Dios exigía que los portadores de sangre maldita, descendientes de judíos, fuesen apartados de todo cargo o empleo oficial. No debían aspirar a nada. Por espacio de más de un siglo, el candidato a ingresar en una orden religiosa, en una hermandad o en una cofradía, el aspirante que pretendía un cargo o un honor, un canonicato o cualquier otra sinecura en la administración o en la Iglesia (esa secular aspiración hispánica de vivir de los Presupuestos Generales del Estado), tenía que presentar un estatuto de limpieza de sangre, en el que probaba documentalmente y con testigos la pureza de su linaje y que sus antepasados no habían sido ni moros ni judíos. De nada sirvió que voces sensatas clamasen contra ese desatino, ni que algunos intelectuales denunciases los sórdidos motivos que se disimulaban detrás de aquellas medidas. Un cristiano viejo incompetente y tarado obtenía prioridad sobre el individuo inteligente y capaz, pero descendiente de judíos o moros. Así dilapidaba sus recursos humanos un país ya bastante esquilado demográficamente.

La gente sencilla acató con entusiasmo las exigencias de la limpieza de sangre. Ellos no tenían nada que perder. Los conversos no se habían mezclado con ellos, sino con la aristocracia y la burguesía. El aperreado ganapán descubría, de pronto, que tenía un motivo para sentirse importante. Aunque estuviera en lo más bajo de la escala social, podía mirar por encima del hombro a muchos vecinos de mayor posición y riqueza, pero manchados con el estigma de una bisabuela judía o un pariente converso.

De pronto, los desheredados de la fortuna descubrieron que tenían pedigrí y se aferraron a él como lapas. Ser limpio de sangre, descendiente de

cristianos viejos, sin mezcla alguna de judío, de moro o de hereje, era un honor del que otros más ricos o nobles no podían presumir. Los nobles tenían honra, excelencia y virtud heredadas de su linaje; los pobres tenían un don más precioso: el honor, es decir, la pureza de sangre.

La vida social se degradó. Cundieron la miseria moral, la incultura, el fanatismo religioso y el desprecio al trabajo, actitudes propias de la aristocracia, a la que ahora imitaba el pueblo, alentado por su concepto del honor. La figura del hidalgo pobre y muerto de hambre como el del *Lazarillo* se hizo familiar. En un país eminentemente agrícola, los campos estaban abandonados. Cualquier pretexto era válido para declarar día feriado. Apenas quedaban cien jornadas laborables en el año. Tampoco estimulaba el trabajo una economía demencial, que favorecía las importaciones y la adquisición de caros productos manufacturados procedentes de la materia prima que ella misma vendía a bajo precio.

En el ambiente de apatía generalizada, las costumbres se corrompieron, el trabajo se consideró marca de bajeza y muchos individuos que en otra circunstancia hubieran sido buenos artesanos o labradores dieron en la picaresca y en vivir a salto de mata, en las mismas lindes de la delincuencia, cuando no inmersos en ella. Nubes de mendigos invadían los caminos e iban de una ciudad a otra, especialmente a Sevilla, trampeando con la vida. Muchos se empleaban como criados sólo por la comida. En alguna ocasión un señor al que se censuraba el excesivo número de criados que mantenía replicó: «No los tengo porque los necesite, sino porque ellos me necesitan a mí».

En materia moral, las costumbres libres del período anterior se corrigieron, al menos externamente. En el imperio de la doble moral, la obsesión del pecado de la carne presidía las relaciones entre los dos sexos: «Nuestros sentidos están ayunos de lo que es la mujer —escribe Quevedo— y ahítos de lo que parece».

Capítulo 57

Felipe III

Felipe II fue, ya lo hemos visto, uno de esos empresarios obsesivos que pretenden controlarlo todo en su negocio, incapaces de delegar en sus subordinados. Como no se fiaba de nadie, nunca enseñó a gobernar a su hijo. El príncipe, cuando accedió al trono, ignoraba el oficio y prefirió descargar la pesada tarea de reinar en manos de un hombre de confianza. Ya lo había sospechado su padre. Poco antes de morir, comentó amargamente al marqués de Castel-Rodrigo: «¡Ay, don Cristóbal, que me temo que me lo han de gobernar!». En efecto, como en la antigua Córdoba califal visitada por el lector páginas atrás y ya quizá olvidada, el gobierno del Estado volvió a estar en manos de hombres de confianza o privados, elegidos a dedo, y a menudo equivocadamente, por el rey. Él firmaba los documentos, como su padre, pero sin leerlos previamente ni discutirlos.

Felipe III salió a su padre en lo piadoso, cristiano sincero y gran rezador, pero el parecido se detuvo ahí porque no era trabajador y sólo le interesaban las fiestas y los saraos.

En aquel tiempo la principal preocupación de las casas reales consistía en casar a los futuros reyes con princesas paridoras que asegurasen la sucesión de la corona. Antes de morir, Felipe II hizo honor al sobrenombre de *Rey Prudente*: concertó el matrimonio de su heredero con una prima lejana,

Margarita de Austria, de trece años, hija de Carlos de Austria. La muchacha venía de casta fértil: la madre había parido quince veces.

La nueva reina, además de fecunda (dio al rey cuatro varones y cuatro hembras), era tan devota y pía que hasta visiones tenía.

Los dos primeros partos fueron niñas, y el tercero, el esperado varón que reinaría como Felipe IV. Un báculo en forma de T, que, según la tradición, había pertenecido a santo Domingo de Silos, presidía los paritorios de Margarita. La tradición de *infantar* en presencia de esta venerada reliquia se transmitió durante siglos, por las sucesivas reinas de España, hasta Victoria Eugenia. Al final, los microbios pudieron más que el santo, y Margarita murió a los veintisiete años, de una infección puerperal, muy auxiliada, todo hay que decirlo, por las sangrías de los médicos. Felipe, abatido, no se volvió a casar.

Vayamos ahora al gobierno. El primer valido real fue el duque de Lerma, que lo hizo tan mal como lo pudiera haber hecho el rey en persona, si no peor. Su incompetencia era conmovedora, pero se mantuvo en el cargo sobornando y comprando el silencio de los que podían descubrir su ineptitud. El cohecho y la corrupción alcanzaron extremos nunca vistos. Baste decir que la corte cambió de Madrid a Valladolid (y nuevamente de Valladolid a Madrid seis años después) al vaivén de los generosos sobornos que repartían en las altas esferas los comerciantes de cada ciudad. España, como buque a la deriva, se mantuvo a flote por la inercia del reinado anterior, pero el rumbo era cada vez más errático y a merced de los intereses de las potencias europeas.

Hacienda ingresaba diez millones de ducados anuales. La deuda del Estado andaba por los setenta millones. Lo normal hubiera sido reducir gastos, pero, después de dos generaciones en la meseta, los Austrias habían aprendido a «sostenella y no enmendalla». El nuevo rey arrojó en el pozo sin fondo de la guerra de Flandes sumas de dinero cada vez mayores como quien las tira al mar. En su última etapa, el ejército de Flandes costaba la astronómica suma de trescientos mil ducados mensuales; demasiado para un país al borde de la bancarrota.

Y al final para nada. Se ganaban batallas, pero se perdía la guerra. Felipe II, ya a las puertas de la muerte, debió intuirlo, aunque nunca dio su brazo a torcer, cuando delegó la resolución del problema de Flandes en su yerno, y éste, de acuerdo con el general Spínola (el genovés a sueldo de

España que recibe la llave en el cuadro de *Las Lanzas* de Velázquez), adoptó la sensata decisión de negociar con los rebeldes holandeses y liquidar por la vía rápida aquel cáncer. Los protestantes holandeses ganaron su independencia.

Solventado el problema de Flandes, y con Francia e Inglaterra temporalmente fuera de juego debido a sus problemas internos, sucedió un raro período de paz, que abarcó casi veinte años. España creció. Sus enemigos no la molestaban. Fue como una apacible jubilación para un agotado país ya a punto de abandonar para siempre el club de las grandes potencias. Conservaba aún su formidable Imperio colonial, y sus tropas, todavía invencibles, estaban acantonadas en los Países Bajos, en Italia, en el Rin, pero ya la nave del Estado antaño temible hacía agua por todas partes. No existía una política exterior coherente. El gobierno mantenía espías en las cortes de Europa, a cuyos funcionarios y aristócratas sobornaba espléndidamente, todavía obsesionado por los compromisos dinásticos de los Habsburgo-Austrias, pero no sacaba provecho alguno de estos dispendios.

Fue una suerte que, en 1617, el duque de Lerma cayera, por fin, en desgracia, pero cuatro años más tarde el rey murió, y su hijo y sucesor, Felipe IV, dejó el gobierno en manos de otro válido, el conde-duque de Olivares.

Capítulo 58

Se van los moros

Se equivocaron los que pensaban que la economía del país había tocado fondo con las tres bancarrotas de Felipe II. Todavía se podía caer más bajo, como demostró la hacienda de Felipe III. Algunos le echan la culpa a una epidemia que causó medio millón de muertos sólo en Castilla. Al escasear la mano de obra, se encarecieron los jornales. La administración intentó paliarlo acuñando moneda pobre, el vellón, y la acción combinada de problema cierto y falsa solución dispararon la inflación nuevamente, con su secuela de bancarrota. Una vez más, las Cortes tuvieron que hacerse cargo de los platos rotos; es decir, el pueblo, el sufrido contribuyente.

La guinda que adornó la tarta de la desastrosa política económica fue la expulsión de los moriscos. Después de la derrota y dispersión de los antiguos habitantes del reino de Granada, en tiempos de Felipe II, la población morisca se concentraba principalmente en el reino de Valencia y en Aragón. Eran excelentes agricultores, cultivaban arroz y caña de azúcar, y vivían en paz y contentos porque los grandes señores propietarios de la tierra los cuidaban como las hormigas cuidan a sus pulgones.

El gobierno, o el desgobierno, como si no tuviera otra cosa de la que ocuparse, dio en pensar que ya iba siendo hora de resolver el problema morisco, nuevamente la obsesión religiosa, y a pesar de las voces que se

alzaron en defensa de aquellos cuitados, especialmente las de los patronos que se quedaban sin aparceros ni quien les cuidara las huertas, el duque de Lerma se empeñó en expulsarlos. En 1614, un cuarto de millón de moriscos, aproximadamente, abandonó el país con lágrimas en los ojos. Atrás quedaron, llorando a lágrima viva, los dueños de la tierra, que tuvieron que reconvertir sus feraces campos de arroz y azúcar en viñedos, los cuales, aunque no requerían tanta mano de obra, rentaban mucho menos. También quedaron con una mano detrás y otra delante los inquisidores aragoneses y valencianos, que, de pronto, se veían privados de su principal clientela.

Morir de un calentón

Se dice que Felipe III murió prematuramente, a los cuarenta y tres años de edad, por culpa de uno de los muchos usos absurdos que imponía el rígido protocolo de la corte Austria. Yo lo cuento, y el lector lo cree o no, que por algo es escéptico. Era marzo, que en Madrid puede ser mes crudo y siberiano, y habían colocado un potente brasero tan cerca del rey que éste comenzó a sudar copiosamente en su sillita de oro. El marqués de Tobar hizo ver al duque de Sessa que quizá convenía retirar un poco el brasero, que «su majestad se nos está socarrando», pero, por cuestiones de protocolo, ese preciso cometido correspondía al duque de Uceda. Buscaron al duque de Uceda, pero se había ausentado del Alcázar, y cuando pudieron localizarlo y traerlo, el rey estaba ya empapado de sudor. Aquella misma noche se le presentó una erisipela que se lo llevó al sepulcro.

Hablar del protocolo de la corte Austria sería cosa de nunca acabar. Otro ejemplo bastará para poner de relieve hasta qué absurdo extremo puede llegar el endiosamiento de las personas. En una ocasión, un pueblo famoso por las medias que fabricaban sus artesanos quiso regalar a la reina un lote de esta prenda, pero el presente fue rechazado airadamente por el mayordomo real: «Habéis de saber —dijo— que las reinas de España no tienen piernas». En la corte Austria nadie podía volver a montar un caballo en el que hubiese

montado el rey, y la misma ley se hizo extensiva a las amantes reales, lo que determinó que muchas de ellas, pasados los ardores del monarca, ingresaran en conventos de clausura. Hay que suponer que la abusiva costumbre le malogró algunos planes al egregio personaje. Por lo menos hay constancia de que una dama de la corte solicitada por Felipe IV declinó el honor, replicando: «Gracias, majestad, pero no tengo vocación de monja». Los Borbones, ya escarmentados, nunca pretendieron que sus amantes se apartaran del mundo y, después del capricho, las dejaron seguir en sus escenarios y sus platós.

Capítulo 59

El rey pasmado

*Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.*

*Es pálida su tez como la tarde;
cansado el oro de su pelo undoso,
y de sus ojos, el azul, cobarde.*

*Sobre su augusto pecho generoso,
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.
Y, en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.*

Lo que no refleja el bello soneto de Manuel Machado es la cara de alelado, la mandíbula eminente y el belfo caído que Velázquez tanto retrató con piadosos y cortesanos pinceles.

En la cima del barroco, también la cima de la desvergüenza y del despilfarro, los aduladores llamaron a Felipe IV *el Grande y el Rey Planeta*, sin sarcasmo, aunque Quevedo explicó ácidamente que Felipe era como los agujeros, «más grande cuanto más tierra le quitan», lo que es el colmo de la

lisonja. Y le quitaron mucha tierra, que ya nuestra procesión colonial iba de vencida y Francia tomaba definitivamente la delantera en la Europa continental mientras Inglaterra y Holanda la tomaban en los mares.

Felipe IV fue lánguido en el trabajo, pero ardiente en los lances de Venus. En eso, en la afición al teatro, a los bufones y a la caza se le fue todo el fuelle. Delegó en los validos la pesada tarea de gobernar, como había hecho su padre.

Felipe IV había cumplido los dieciséis años cuando heredó el trono y ya estaba casado desde los quince con Isabel de Borbón, una atractiva francesa, algo mayor que él. Nunca le bastó, porque el muchacho era un obseso sexual, que buscaba compulsivamente amantes. Se calcula que a lo largo de su vida engendró treinta y siete hijos bastardos y once legítimos, seis con su primera mujer y cinco con la segunda, Ana María de Austria. Sin embargo, su gran amor, si es que amó a alguien, fue una cómica famosa, María Inés Calderón, *la Calderona*, cuyo hijo, Juan José de Austria, fue el único bastardo real que el rey hizo educar como príncipe de sangre. El mozo era tan ambicioso que concibió el desatinado plan de suceder a su padre en el trono y, para ir allanando el camino, tuvo la desfachatez de solicitar al rey la mano de una infanta, es decir, de su hermanastra. Felipe IV, escandalizado, lo apartó de la corte y no volvió a recibirlo.

Felipe IV confió el gobierno a su valido, el conde-duque de Olivares. Este presidente de gobierno no robó como los anteriores, pues se conformaba con mandar. Con más voluntad que acierto, se propuso reformar el país, pero sus proyectos resultaban demasiado adelantados para su tiempo. Además, era un hombre terco y soberbio, mal equipado para las sutilezas de la política. Aparte de que tuvo que vérselas con oponentes europeos de gran calado, entre ellos el famoso cardenal francés Richelieu, un zorro con capelo, mucho más listo de lo que aparece en *Los tres mosqueteros*.

Mientras tanto, el rey se entregaba a sus aficiones, queridas, cómicos y podencos. No era muy viajero, nunca le interesó conocer sus estados, pero hizo un gran viaje que no podemos pasar por alto, así que le dedicaremos todo un capítulo.

Capítulo 60

Trescientos jamones

Felipe IV viajó al hondo sur en 1624. En lo más negro de la decadencia hispana, al rey le dio por visitar Andalucía, y avisó al duque de Medina Sidonia que iría a cazar a sus estados del coto de Doñana. En aquel momento, el duque no estaba para fiestas, que andaba corto de numerario y los dolores de gota lo tenían baldado, pero echó la casa andaluzamente por la ventana para recibir al rey y a la corte con la prodigalidad y munificencia que cabía esperar en un Medina Sidonia: arregló caminos, demolió casas ruinosas, adecentó estancias y proveyó todo lo necesario para que no faltara de nada al ejército de gorriones que se le venía encima. Durante medio mes, hospedó a mesa y mantel a cerca de dieciséis mil cortesanos. Las cifras de la cocina son pavorosas: para satisfacer el desaforado apetito de los visitantes no basta allegar toda la pesca de once leguas de costa y toda la caza de veinte leguas de coto. Además, devoraron dos mil barriles de pescado de Sanlúcar, trescientos jamones de Rute, de Aracena y de Vizcaya; mil barriles de aceitunas, la leche de seiscientas cabras, ochenta botas de vino añejo y gran cantidad de vino de Lucena. Cincuenta mulas no daban abasto arrimando nieve de la sierra de Ronda para los refrescos y la conservación de las viandas.

El andrajoso y hambriento pueblo de los alrededores acudió en masa al cebadero, a ver si caía algo, y aunque el duque había pregonado pena de

azotes al que se acercara a las cocinas, al final eran tantos que no hubo más remedio que alimentarlos. De todas formas, luego, lo purgarían en impuestos, pues el duque los tuvo que subir para resarcirse de las pérdidas.

Las jornadas cinegéticas fueron muy provechosas. El rey, intrépido cazador, apuñaló a un jabalí cautivo mientras el animal era sujetado entre varios monteros, y abatió tres toros en un corral, disparando con su arcabuz desde el parapeto del burladero.

Otra vez la pica en Flandes

Regresemos ahora al conde-duque de Olivares. Su mayor metedura de pata consistió en reanudar la guerra de Flandes, que fue otra vez abrir la herida por donde, desde hacía más de un siglo, se desangraba y perdía su fuerza el toro negro de España.

Lo de Flandes, en sus comienzos, había sido una cuestión religiosa y de reconocimiento de soberanía real. Ahora, el conflicto se reducía a cuestiones mucho menos espirituales: los piratas holandeses se habían convertido en algo más que la mosca cojonera que hostigaba el tráfico marítimo español con las colonias americanas. Se reanudó la guerra, que costó mucho más de lo que se perdía por las acciones piráticas porque, además, trajo otras contiendas engarzadas como cerezas.

El caso es que Olivares tenía las ideas claras sobre el modo de conducir las operaciones: primero, mantener bien comunicada España con Flandes, para lo cual cultivó la amistad de Inglaterra, que iba ya camino de ser gran potencia marítima; en segundo lugar, atacar a los holandeses donde más les doliera: el tráfico marítimo con el Báltico. Para ello, contaba con la colaboración entusiasta de daneses y hanseáticos, tradicionales competidores del comercio holandés.

No estaba mal pensado el plan, pero la escaldada Europa temía un fortalecimiento de la Casa de Austria (la otra rama mantenía grandes intereses en el norte). Flandes se convirtió nuevamente en un pozo sin fondo, donde

desaparecían los impuestos españoles y la plata, cada vez más escasa, que llegaba de las Américas. La intendencia era tan desastrosa que solamente comprando material a los comerciantes holandeses podía mantenerse el ejército en campaña. Y con la ganancia de este comercio, los holandeses sufragaban su propia guerra contra España, al menos es lo que alegaban los mercaderes para justificar sus ventas al enemigo. España obtuvo una considerable victoria en Breda, pero la guerra fue a peor y acabó por ser absolutamente adversa cuando Francia y Suecia intervinieron y derrotaron a los tercios españoles en Rocroy. Allí acabó el mito de la invencibilidad de aquellas tropas, forjado desde las campañas italianas del Gran Capitán.

Y por si fuera poco, la guinda: la rama imperial de los Austrias, los primos de Viena, se había empantanado en la guerra de los Treinta Años. Allí que va el Austria español en su socorro sin pensárselo dos veces. Pero fíese usted de los parientes: los vieneses, cuando vinieron las cosas mal dadas, firmaron la paz por su cuenta y dejaron a España en el atolladero. Lo que es peor, los primos Austrias habían cedido a Francia las tierras en litigio, Alsacia y el Rin, cortando el puente que comunicaba las posesiones españolas de Italia con Flandes. A Felipe IV no le quedó más salida que hacer las paces con los holandeses y reconocer su independencia. Si algo bueno se sacó del lance fue que, en adelante, al carecer de intereses comunes, las dos ramas de la Casa de Austria, española y vienesa, se distanciaron.

Se obtuvo algo más. En un momento de lucidez, el gobierno se había percatado de que estaba haciendo el primo. Esta constatación lo ayudó a apear a la nación de su papel de paladín del catolicismo para concentrar los esfuerzos en la defensa del suelo nacional, amenazado por Francia. Más vale tarde que nunca.

La herida de Flandes estaba otra vez abierta, y el país, comido de miseria. Por ese lado, es evidente que Olivares no estuvo acertado. ¿Y en las reformas interiores? El conde-duque quería modernizar y fortalecer España. Para ello, había que empezar por homogeneizar la legislación de todos los reinos, adaptándola al modelo más gobernable, que era Castilla. Pero esto implicaba suprimir fueros y privilegios, especialmente los fiscales, para que aragoneses, catalanes y el resto arrimaran el hombro como lo hacía Castilla. No podía resultar. Ya se sabe cómo reacciona la gente cuando le tocan el bolsillo.

El conde-duque bajó el listón. ¿Y acabar con la corrupción heredada del reinado anterior? El valido Lerma había repartido alegremente los Consejos y otras sinecuras y enchufes entre aristócratas incompetentes. ¿No se podía redistribuir todo eso entre gente más capaz? Tampoco esta reforma era fácil. Olivares no podía apartar tantas bocas de los pechos exhaustos del Estado: se volverían contra él y lo devorarían vivo. Por lo tanto, emprendió reformas indirectas, nombrando juntas de expertos que asesoraran a los Consejos.

Finalmente, el proyecto más utópico de todos: reeducar a la sociedad. Quería que los españoles abandonaran sus prejuicios y sus malas costumbres, y que las clases dirigentes apreciaran el trabajo y las actividades mercantiles, como ocurría en todos los países desarrollados de Europa, de los que cada vez nos quedábamos más descolgados. Olivares quería europeizarnos. Para ello, naturalmente, habría que empezar por abandonar aquella absurda obsesión por la limpieza de sangre que pesaba como una rémora sobre la anquilosada sociedad española. Pobre hombre.

Finalmente, intentó, también sin éxito, reformar el sistema financiero. El presupuesto del Estado ascendía a ocho millones de ducados, y los ingresos fijos apenas alcanzaban a la mitad. Además, los impuestos eran tan arbitrarios que sólo gravaban a los humildes y al trabajo, y especialmente a Castilla. Olivares intentó que los otros territorios de la corona también cargaran con su parte del peso imperial, pero, aunque les ofreció a cambio participación en el gobierno del Imperio, con sus sabrosos gajes y sinecuras, ellos no mordieron el anzuelo y se atuvieron a sus privilegios y libertades. Castilla se resignó a seguir siendo la burra de carga, y como las deudas aumentaban, Olivares tuvo que recurrir, patéticamente, a solicitar un préstamo de los conversos portugueses para sostener al Estado. Lo que son las cosas, ahora se echaba de menos a los judíos.

No quedó así la cosa. En pos de la normalización, Olivares convocó Cortes de Aragón, Cataluña y Valencia para que votaran un subsidio extraordinario con el que sostener los gastos militares. Los aragoneses y los valencianos aflojaron la bolsa, aunque no sin resistencia, pero los catalanes se mostraron inasequibles al desaliento y, cuando Olivares intentó aplicar la reforma por la fuerza, se levantaron en armas.

La galopante inflación condujo a nueva bancarrota y subida de impuestos

en Castilla. A estas alturas, Olivares, impaciente, pensó en atacar Francia, la eterna enemiga, por la frontera catalana, sólo para implicar a Cataluña en la guerra. Los campesinos catalanes, molestos por la imposición de tropas reales que les robaban las mieses y los cochinos, se alzaron en armas en Barcelona y asesinaron al virrey, es decir, al representante del poder central. El Corpus de Sangre, el de *Els segadors*. Allá fue Troya: media Cataluña sublevada contra la monarquía durante doce años. Olivares envió tropas para sofocar la rebelión, y los catalanes solicitaron la ayuda del rey de Francia. El gallo no desaprovechó la oportunidad que le brindaban, claro, y envió un cuerpo expedicionario. Durante unos años, la victoria estuvo indecisa, pero al final se inclinó del lado de Olivares, especialmente cuando aquellas brigadas internacionales francesas tuvieron que regresar precipitadamente a casa, donde tenían servida su propia y sangrienta rebelión popular (la Fronda). En todas partes, cuecen habas.

El gobierno sofocó la rebelión de los catalanes, pero, procediendo por una vez inteligentemente, se guardó bien de suprimir sus fueros. Fue una experiencia saludable para las dos partes porque también los catalanes aprendieron que el rey francés era peor padrino que el rey castellano. Es decir, más vale malo conocido que bueno por conocer.

Distinto asunto fue lo de la rebelión de Portugal. Los lusos se alzaron también en armas aprovechando que las tropas reales estaban empeñadas en la represión de Cataluña. No tenían los portugueses motivos para estar contentos de su unión con España: las clases bajas, porque odiaban visceralmente a los vecinos, y las altas, que al principio pensaron que dentro de España iban a medrar con el comercio americano, ya se habían desengañado y, echando cuentas, advertían que las ganancias no compensaban las pérdidas. Mientras formaran parte de España, los piratas holandeses seguirían devastando sus colonias y atacando sus barcos, así que dieron un golpe de Estado y colocaron en el trono de Portugal al duque de Braganza. A río revuelto, hasta Andalucía tuvo su tímido movimiento independentista que mantuvo atadas las manos al gobierno central y dio tiempo a que los portugueses se fortalecieran y cimentaran su independencia.

España hacía aguas por los cuatro costados. Crecían los gastos, disminuían los ingresos y la espiral inflacionista provocaba otra bancarrota. Olivares,

socavada su posición por los nobles castellanos, cayó en desgracia, y el rey, atormentado por los remordimientos de su propia ineficacia, resolvió gobernar personalmente. Le obsesionaba la idea de que Dios desfavorecía a España para castigar la liviandad de su rey. Pero los buenos propósitos le duraron poco, y sobreponiéndose a ellos, entregó el gobierno a un nuevo valido, don Luis Méndez de Haro, sobrino por cierto de Olivares, pero menos inteligente que su tío.

Felipe IV envejeció prematuramente. En sus últimos años, se volvió piadoso y rezador, como el don Guido machadiano, y mantuvo una curiosa correspondencia con una monja que lo aconsejaba y dirigía espiritualmente desde su convento soriano. Murió a los sesenta años (aunque aparentaba ochenta), más gastado de vicios que de labores, muy consolado por la religión y compartiendo casto lecho con la momia de san Isidro.

Habíamos comenzado el reinado de Felipe IV con un soneto. Vamos a cerrarlo con otro, éste de Quevedo, que describe con intensidad lírica su decadencia y la de España:

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.*

*Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados;
y del monte, quejosos, los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.*

*Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo y menos fuerte,
vencida de la edad sentí mi espada
y no hallé cosa en que poner los ojos*

Capítulo 61

El rey hechizado

Carlos II, concebido casi milagrosamente de zurrapas seminales, en el último coito de su decrepito padre, es el producto final de docenas de cruzamientos consanguíneos a lo largo de unos cuantos siglos. Era hijo de tío y sobrina unidos con doble vínculo, y cinco de sus ocho bisabuelos eran descendientes directos de Juana la Loca. En su persona concurrían las deficiencias nefríticas del padre, la hipocondría del abuelo, la gota del bisabuelo y la epilepsia del tatarabuelo. Además, era esquizofrénico paranoide. Nació cubierto de costras y tan raquítrico que decidieron no mostrarlo a la Corte, como exigía el protocolo. En sus primeros meses, lo criaron entre algodones, la incubadora de entonces; tardó dos años en echar los dientes; sólo se destetó de sus catorce nodrizas cuando cumplió los cuatro años; comenzó a caminar después de los cinco, y aprendió a leer y escribir, a duras penas, ya adolescente. Era canijo, ojos saltones, carnes lechosas, con una nariz enorme que le caía sobre el labio flojo de la mandíbula fieramente prognática. No hay más que ver los retratos que le hizo Claudio Coello, aunque procuró favorecerlo dentro de lo posible. Villars lo despachó en una frase: «Asusta de feo». El embajador francés gastó más prosa: «[Es] de aspecto enfermizo, frente estrecha, mirada incierta, labio caído, cuerpo desmedrado y torpe de gestos». El pobre monarca se pasó la vida entre médicos pomposos e ignorantes, santas reliquias, exorcismos y

sahumerios. Su confesor y dos frailes dormían en su alcoba para guardarlo del diablo.

Cuando Carlos cumplió los catorce lo casaron con María Luisa de Orleans, sobrina del rey de Francia, una morenaza de grandes ojos negros y el vello del pubis reducido y espeso (precisión que obtenemos de un informe médico). De sus retratos y descripciones se deduce que estaba buena («de famoso arte y cuerpo, alta proporcionadamente, airosa y bien entallada»). Y procedía de casta paridora. ¿Qué más se puede pedir? Hubo que solicitar dispensa al Papa porque, como de costumbre, los contrayentes eran parientes (ella, biznieta de Felipe II).

Pasaron los meses, y la reina no se quedaba preñada. En una operación de alta política y espionaje internacional, el embajador francés logró hacerse con unos calzoncillos usados del monarca y los sometió al examen de dos cualificados médicos. Después de analizar las manchas de la prenda, los galenos emitieron dictámenes opuestos. Uno dijo que el rey podía preñar; el otro, que no. Acertó este último, porque Carlos II, aunque se casó dos veces, no tuvo hijos. Y eso que está probado que, esforzándose mucho, conseguía una erección morcillona suficiente para penetrar a la reina; con fatigas, eso sí, porque, además, era eyaculador precoz. Seguramente el semen que producía su único testículo era estéril.

Toda Europa y especialmente España estaban pendientes de la gran incógnita: ¿quedará preñada la reina? Por Madrid circulaban coplillas sediciosas; ya se sabe cómo es la gente:

*Parid, bella flor de lis,
que en ocasión tan extraña
si parís, parís a España;
si no parís, a París.*

No parió —¿qué culpa tenía ella?—, pero tampoco hubo que devolverla. La desdichada falleció al poco tiempo. ¿Envenenada con arsénico para facilitar un nuevo matrimonio del rey con otra más fecunda?, ¿de salmonelosis?, ¿de cólico miserere? Vaya usted a saber. Lo único cierto es que la pobrecilla escapó de las penas de este mundo, especialmente de la alcoba de Carlos, a los veintisiete años.

A reina muerta, reina puesta. Apenas transcurrido un mes, ya le habían buscado sustituta. La elegida fue Mariana de Neoburgo. ¿De casta fecunda? Fecunda es poco. Estas Neoburgo eran auténticas conejas: su madre había parido veinticuatro hijos. Carlos y Mariana se encontraron en Valladolid, al año siguiente. Las bodas fueron sonadas: misas, fiestas, banquetes, cucañas, corridas de toros, fuegos artificiales...

Los mayores fuegos artificiales fueron los de la alcoba nupcial. Mucho ruido y nada. La alemana era robusta, alta, de busto opulento y bien metida en kilos, pelo rojizo, rostro pecoso, ojos azules algo saltones y larga nariz. Carlos, que esperaba una mujer tan agraciada como la primera, se llevó una gran decepción. Además la teutona era ambiciosa y calculadora, altanera y desabrida, e insatisfecha sexual. Hoy no hubiera tenido precio para gobernanta de un local sado-maso. La muy ladina se conchabó con un médico alemán que trajo consigo para fingir hasta doce embarazos, que acababan indefectiblemente en imaginarios abortos. Mientras estaba supuestamente embarazada hacía y deshacía a voluntad, y todo se le volvían antojos, con la mayor desfachatez. Así, sustraía al marido de la influencia de la suegra, la reina madre, de la que Carlos era muy dependiente. Las dos Marianas, la de Austria y la de Neoburgo, suegra y nuera, se llevaban a matar y mantenían frecuentes rifirrafes, durante los cuales se insultaban en alemán, la lengua materna, con gran chasco de los cortesanos asistentes.

Durante años, Mariana (la de Neoburgo) trajo de cabeza a una legión de médicos, algunos de importación, en sus simposios mamporreros sobre cómo traer al mundo al ansiado heredero de la corona. Como no se conseguía, y la cuestión era capital en la monarquía, dieron en pensar que los enemigos de España habían hechizado al rey. Esto explicaría también sus ataques de epilepsia. Entonces, lo sometieron a espeluznantes exorcismos y tratamientos. Por ejemplo, le daban a beber polvo de víbora con chocolate y le aplicaban enemas de jugo de ciruela y emplastos de entrañas de cordero recién sacrificado. Por su parte, Carlos, obsesionado con la idea de que su desgracia era castigo de Dios por no haber asistido a la agonía de su padre, se hizo llevar al panteón real de El Escorial, ordenó a los frailes abrir el féretro, y abrazó y besó el cadáver de Felipe IV. Más adelante, haría lo mismo con los cadáveres de su madre, con el de su hermano Baltasar Carlos y con el de su

primera esposa; o sea, necrofilico además de paranoico, una alhaja de persona.

Vamos ahora con el país y con el reinado que el embajador veneciano definió como «una serie ininterrumpida de calamidades».

Carlos se dejó dominar por sus dos esposas, las cuales, a su vez, fueron manejadas por cortesanos ambiciosos. España era una rebatiña en la que cada cual sacaba lo que podía y nadie cuidaba del procomún. Bajó a tales niveles de desgobierno que casi podemos decir que tocó fondo.

Hubo un intento de restaurar la maltrecha economía fijando la moneda y reavivando el comercio, pero, a la postre, quedó en agua de borrajas. Castilla, deslomada por el esfuerzo económico y humano de dos siglos de absurda explotación, se hundió. Al resto de España, menos castigada por el esfuerzo, no le fue tan mal, pero, en cualquier caso, las funestas consecuencias de la decadencia afectaron a todos. La población, estragada por las epidemias, por la miseria interior, por las guerras exteriores y por la gran cantidad de personas que ingresaban en religión y no tenían hijos, se redujo de casi nueve millones de habitantes a menos de siete. Esto provocó una escasez de mano de obra que incluso atrajo a emigrantes extranjeros, especialmente franceses.

España, desangrada por contiendas absurdas, ya no declaraba la guerra a nadie ni intentaba imponerse en Europa. Ahora se la declaraban a ella y bastante hacía con defenderse. Los franceses aprovecharon su postración para, en tres sucesivas guerras, arrebatarle el Franco Condado y algunas ciudades belgas, y ocupar Flandes y Cataluña (dos regiones que le fueron luego devueltas porque el rey francés, el astuto Luis XIV, advirtió que, con un poco de suerte, iba a ganar toda España por vía pacífica cuando Carlos II falleciera sin sucesores). Lo que le restaba de Flandes hubiese sido fácil presa de los protestantes del norte, pero también lo respetaron porque les interesaba que aquella provincia perteneciese a la debilitada España y sirviese de aislante entre sus lindes y las de la poderosa Francia.

Para que se vea el grado de postración al que había llegado un país que poco antes era la superpotencia indiscutida.

Mientras la salud de Carlos II iba de mal en peor, las casas reales de Europa movían sus peones para repartirse el pastel español. Carlos II moría sin herederos directos. ¿Quién ocuparía el trono español? Había dos

candidatos: Austria y Francia. El que se hiciera con España (y su apetecible Imperio colonial) se convertiría en potencia hegemónica del continente. Dado el sentido patrimonial de la monarquía, el candidato con mayores derechos era el francés, un nieto de Luis XIV, el Rey Sol. Pero se trataba de un Borbón. Los Austrias de la rama vienesa, los del archiduque Carlos, proponían a un candidato de su propia familia, un Austria de pura cepa. Inmediatamente, Inglaterra y Holanda apoyaron la propuesta; cualquier cosa con tal de evitar que España se convirtiera en un satélite de la superpotencia francesa.

Y los españoles, ¿qué opinaban? El agobiado pueblo no entendía de política y, con la experiencia que llevaba a la espalda, ¿qué más le daba ser explotado por un francés o por un austríaco? En cuanto a la aristocracia se dividió en dos bandos: los sobornados por el rey de Francia y los sobornados por los austríacos. Al final, el francés se llevó el gato al agua.

Finalmente, el primero de noviembre de 1700, con el siglo que agonizaba y en el mes de los difuntos, Carlos II entregó su alma al creador y cerró la dinastía austríaca en España. El duque de Abrantes escribió al embajador alemán: «Querido amigo: tengo el gusto de despedir para siempre a la Casa de Austria».

Éste fue el final de los Austrias y el comienzo de los Borbones. El lector, aunque escéptico, no ignora que se trata de la dinastía felizmente reinante, después de tres expulsiones y otras tantas restauraciones.

Capítulo 62

Llegan los Borbones

Los Borbones proceden del pueblecito francés de Bourbon-l'Archambault (provincia de Allier), poco más que un villorrio, que, en época medieval, fue cabeza de un modesto señorío. Nadie hubiese adivinado que aquel lugarejo sería cuna de dos poderosas dinastías europeas. En el siglo XIII, el sexto hijo de Luis IX, rey de Francia, se casó con la heredera del señorío. Un hijo de la pareja, Luis I, fue ennoblecido por el rey y pasó a titularse duque de Borbón. Uno de sus descendientes alcanzó el trono de Navarra y, poco después, en 1589, el de Francia como Enrique IV (el que dijo aquello de «París bien vale una misa»), aprovechando que el último representante de la dinastía Valois moría sin sucesión. De esta cepa, descienden todos los Borbones que en el mundo han sido, a saber: las dos ramas francesas, la española, la pamesana, la napolitana-siciliana y la brasileña.

Muchos españoles de a pie, ajenos a los tejemanejes de la corte, saludarían, aliviados, el cambio de dinastía. Pensaron, precipitadamente, que nueva savia vitalizadora renovaba el tronco podrido de los Austrias. Pero aquel nuevo rey —un jovenzuelo de diecisiete años, no muy alto, rubio, de ojos azules—, al que recibieron triunfalmente en Madrid, no era la joya que parecía. En realidad, era abúlico y retraído, hasta el punto de haber llamado la atención del prestigioso médico Helvecio, que se interesó por él como caso

clínico. Es que el Borbón llevaba en sus venas un cuartillo de sangre Austria, con toda su perturbadora herencia genética, pues era biznieto de nuestro Felipe IV Además, era hijo de una esquizofrénica y nieto de una loca, así que también esta familia padecía las taras resultantes de la consanguinidad de sus antepasados. Como iremos viendo, los Borbones del siglo XVIII fueron proclives a las depresiones y a la locura, y a muchos de ellos les dio por joder a calzón quitado, que es, como se sabe, la fijación de los bobos. De Felipe V, que, además, era extremadamente religioso, escribió su ministro Alberoni: «Sólo necesita un reclinatorio y una mujer». Otro observador dijo: «Pasa dos veces al día de los brazos de su mujer a los pies de su confesor». Este freno de la religión, y un cierto sentido de la decencia, hizo que Felipe V y los otros Borbones del siglo XVIII fueran fieles a sus esposas. Solamente a partir de Fernando VII, ya en el siglo XIX, les da por el puterío, por las queridas y las cómicas. (Ya veremos que hubo una excepción, pero tan breve que apenas confirma la regla).

La implantación de la nueva dinastía acarreaba una nueva guerra que requeriría sangre y dinero de un país casi exhausto, pero también tuvo su lado positivo, vaya lo uno por lo otro, porque los franceses trajeron con ellos la bendita semilla de la Ilustración. Ya queda dicho que el siglo XVIII fue el Siglo de las Luces, de la tolerancia, el siglo que deslindó religión y derecho, el que diferenció pecado y delito. Fue también un siglo pródigo en probos y bienintencionados funcionarios, que honradamente intentaron redimir al país de su secular atraso, entregándose al regalismo o defensa de los intereses de la monarquía contra la codicia acaparadora de la Iglesia, que, aprovechando la debilidad de los últimos Austrias, había ampliado abusivamente sus competencias y su poder.

La obsesión de la monarquía era, como siempre, asegurar la sucesión del trono. Inmediatamente casaron al joven rey con una prima segunda, la princesa María Luisa de Saboya, una joven de trece años de edad, francamente fea, pero tan femenina, pizpireta e ingeniosa que conquistó no sólo a su esposo, sino a cuantos la trataron. Como suele acaecer con las mujeres menudas, despertó una gran pasión carnal en su marido, que se pasaba el día retozando en el tálamo y no vacilaba en recurrir a afrodisíacos para apuntalar sus apetitos. Mientras, en el cielo europeo, se acumulaban los espesos nubarrones

de la coalición antiborbónica, porque en las cortes de Europa nadie se llamaba a engaño: el fantoche que señoreaba el trono de España no era más que una marioneta en las manos de su todopoderoso y sagaz abuelo, el Rey Sol.

No les faltaba razón. Con el inexperto Felipe V (como con el primer Austria, Carlos V, cuando llegó de Flandes, ¿recuerdan?) había llegado una plaga de funcionarios y cortesanos franceses, a los que el Rey Sol enviaba para hacerse cargo de la herencia española. Al menos, éstos no venían a robar, como aquellos borgoñones de Carlos, porque ya quedaba poco que robar, sino a reflotar el negocio y hacerlo rentable. España era una vaca de exhaustas ubres y había que reponerla para poderla ordeñar de nuevo.

Por alguna parte, había que empezar. El rey de Francia, Luis XIV, como el que hereda un negocio desastrosamente regentado, aspiraba a sanear la economía de España y a modernizar su administración. Los tecnócratas franceses reformaron drásticamente la administración, acabaron con los ineficaces ministerios (los Consejos de los Austrias ocupados por la alta nobleza) y promocionaron a puestos de responsabilidad a burócratas capaces sin mirar si eran nobles o no. En cuanto se renovaron los cargos, se notó la recuperación.

Los franceses formaron la excelente escuela de la cantera local, que a lo largo del siglo dio al país muy buenos ministros y capaces funcionarios, entre ellos José Patiño, José de Campillo y el marqués de la Ensenada. Trabajo no les iba a faltar, porque España se encontraba en un estado de postración verdaderamente lastimoso, especialmente en el plano demográfico y productivo. Había un millón de mendigos y otro de frailes, monjas o clérigos, o de hidalgos rentistas (con sus cohortes de servidores y pajes), es decir, individuos dados a lo divino y económicamente improductivos, o tan dados a lo humano que consideraban desdoro el trabajo. Con esta tara auestas, se inició el despegue, hasta alcanzar ocho millones de habitantes. Al pesado lastre de tanto parásito se añadía la escasa productividad de un estamento laboral propenso a la holganza. Las tierras estaban mal cultivadas, particularmente las concentradas en manos eclesiásticas o de la alta nobleza. Fértiles fincas se subexplotaban dedicadas a dehesas para la cría de ganado; la industria era escasa y obsoleta. Dentro de la apatía general, la vida se había

tornado mediocre y provinciana; la sociedad, carcomida por la pereza y la envidia —esos entrañables vicios nacionales—, navegaba a la deriva, acanallada, sin horizontes, encallecida en sus prejuicios y en su ignorancia.

El bando austríaco, que aspiraba a la corona de España, no se había dado por vencido. Aún no había transcurrido un año desde el nombramiento de Felipe V cuando tropas austríacas invadieron los dominios españoles en el norte de Italia. Había comenzado una verdadera guerra mundial: Inglaterra, Holanda, Austria, Prusia, Hannover y el Imperio contra los Borbones de España y Francia. Nuestro flamante rey tuvo que hacer un alto en su frenesí amoroso para capitanear sus tropas. Desembarcó en Nápoles y, después de asistir al anual milagro de la licuefacción de la sangre de san Jenaro, partió para Milán a enfrentarse con los austríacos. Su joven esposa quedaba en Madrid en calidad de regente, con la inestimable ayuda de su sagaz camarera mayor, la princesa de los Ursinos, que el rey francés había enviado para asistir a la reina (y para espiar al rey).

La princesa de los Ursinos fue una de esas mujeres excepcionalmente dotadas para el gobierno que la Historia produce de vez en cuando. Sabiamente dirigida por ella, la reina se mostró una excelente primera ministra, que contribuyó poderosamente al robustecimiento de la monarquía y a la ordenación del reino.

La guerra no se limitó al norte de Italia. Esta vez, España la sufrió en sus propias carnes. El archiduque Carlos, candidato austríaco a la corona, desembarcó en Lisboa y emprendió la conquista con la ayuda de un partido austríaco, al que se sumó una legión de descontentos, especialmente aragoneses, catalanes y valencianos, a los que el Borbón había recortado sus privilegios forales y había aumentado los impuestos. También se le unieron buena parte de la nobleza y la Iglesia, por los mismos motivos: huir del Borbón que pretendía limitar sus tradicionales sinecuras y privilegios.

Los austríacos, contando con el dominio del mar, enviaron una escuadra anglo-holandesa, que saqueó las costas andaluzas y capturó parte de la flota de la plata recién llegada de América. El episodio prueba el anquilosamiento de la administración española. La flota de la plata se había refugiado en el puerto de Vigo, pero, en lugar de desembarcar inmediatamente su precioso cargamento y ponerlo a buen recaudo, dejaron pasar los días en espera de que

llegara de Madrid el funcionario contador. Como es natural, los ingleses y los holandeses recibieron un soplo, se adelantaron y les limpiaron el granero.

No fue ésta la mayor calamidad de una guerra en la que las tropas de Carlos llegaron a ocupar Madrid y Barcelona, pero, a pesar de todo, Felipe V, sin más apoyos que los de su abuelo francés y los de Castilla, no sólo resistió, sino que ganó. Después de la victoria, el Borbón pasó factura a los que habían militado en el bando contrario: abolió los fueros y franquicias de Aragón, Valencia y Cataluña, y sometió a la Iglesia a la jurisdicción ordinaria. El nacionalismo catalán todavía respira por la herida que le infligió el primer Borbón.

Las únicas tierras aforadas que quedaron en la corona fueron Navarra y el País Vasco, en recompensa por su fidelidad al vencedor.

La guerra se saldó con enormes pérdidas territoriales. No sólo volaron todas las posesiones europeas fuera de España (Bélgica, Luxemburgo, Milán, Cerdeña y Nápoles), sino Gibraltar, que los ingleses habían capturado en nombre del pretendiente austríaco y luego han retenido en su propio provecho hasta hoy. Además, los hijos de la Gran Bretaña abrieron una brecha en el monopolio comercial americano, pues obtuvieron derecho de enviar un barco anual a las colonias. El que entraba en puertos era siempre el mismo, pero los muy ladinos lo hacían seguir por toda una escuadra que lo reabastecía de género en alta mar. Un negocio redondo.

La Saboyana (así llamaban a la reina), tuvo cuatro hijos, lo que garantizaba la continuidad de la estirpe borbónica, y murió de tuberculosis pulmonar antes de cumplir los veinticinco años, el miércoles de ceniza de 1714, lo que dejó al rey en el mayor desamparo.

Era urgente encontrarle una nueva esposa al monarca, una mujer que cubriera el doloroso hueco que la extinta dejó en su corazón y, sobre todo, en su lecho, porque Felipe, más encalabrinado que nunca, era tan piadoso que por nada del mundo se habría aliviado con amantes o mujeres mercenarias.

Capítulo 63

Donde la Ursinos resbala en la mantequilla de la Farnesio

El embajador de Parma en Madrid, el taimado abate Julio Alberoni, un italiano que «todo es menos lo que parece», se entrevistó con la influyente princesa de los Ursinos para proponerle la candidata ideal: «Hay en Parma — le dijo— una princesa, Isabel de Farnesio, una excelente muchacha de veintidós años, feúcha, de poca presencia, que se atiborra de mantequilla y queso parmesano, pero que está educada en lo más cerrado del país y no sabe de nada que no sea coser y bordar».

«Una excelente candidata —debió de pensar la de Ursinos—, una aldeana ignorante que se dejará mangonear como se dejaba la reina difunta».

Esta vez la sagaz princesa se equivocó de medio a medio. La nueva reina de España era, en efecto, feúcha, caballona, picada de viruelas y dotada de un notable saque cuando le ponían delante un queso parmesano, pero, por lo demás, no tenía un pelo de tonta: era culta, hablaba varios idiomas y se interesaba por la política.

Antes de llegar a España, Isabel de Farnesio se detuvo en Francia para pasar unos días junto a su tía, la reina viuda del anterior rey de España, Mariana de Neoburgo. La anciana, que se consideraba desterrada por la princesa de los Ursinos, aprovechó la ocasión para aleccionar a su sobrina

sobre el imbécil del rey que había desposado y sobre la mala pécora que lo dominaba, la princesa de los Ursinos.

Prosiguió Isabel su viaje hacia Madrid, y la de Ursinos salió a recibirla al castillo de Jadraque, en Guadalajara. El encuentro fue breve y sustancioso. La Ursinos, nada más ver a la reina, la tomó del brazo, le hizo dar la vuelta, examinó apreciativamente su latitud y le dijo: «¡Cielos, señora, que mal formada estáis! ¡Y qué cintura tan gruesa!». Quizá la Ursinos, de ordinario tan diplomática, quería que la recién llegada supiera, desde el primer momento, quién mandaba allí. Quizá no creyó que la ignorante pamesana pudiera entenderla. Pero la pamesana hablaba idiomas, como demostró en seguida. Mandó presentarse al jefe de la guardia y, en perfecto castellano, le ordenó: «¡Llevaos de aquí a esta loca que ha osado insultarme...!». El oficial titubeó. Él sí sabía quién era la princesa de Ursinos y cómo se las gastaba. No se atrevía. Pidió la orden por escrito. La pamesana no lo dudó un momento; tomó asiento en un banco y, apoyando el papel en la rodilla, pergeñó la orden: destierro fulminante del reino. No concedió tiempo a la Ursinos ni para cambiarse de vestido. La princesa, anonadada, tuvo que partir hacia Francia inmediatamente, sin equipaje, de noche.

¿Cuál fue la reacción del rey ante la expulsión de su fiel colaboradora, la mujer que era sus ojos, sus pies y sus manos? Ni un mal reproche. El monarca sólo iba a lo suyo, es decir, al sexo.

En lo del sexo, el monarca encontró en su nueva esposa la horma de su zapato, porque la lombarda era fortachona y muy capaz no sólo de satisfacer sus apetitos sino de agotar a un regimiento (un cortesano observó a poco de la boda: «El rey decae a ojos vista por el excesivo comercio con la reina [...], vigorosa y que lo soporta todo»).

Isabel, con su corpulencia, ocupó el espacio que antes se habían repartido las dos francesas, esposa y ministra. Primero dejaba al rey exhausto, y luego se ponía en gobernante y dirigía la política; no la del país, sino la suya propia, con ayuda de Alberoni, que ya era cardenal. El purpurado era un maestro en darle el punto exacto a los macarrones. Por este conducto, y quizá por algún otro, se había ganado el hospitalario corazón de Isabel de Farnesio.

El rey firmaba todo lo que su nueva esposa le ponía por delante, y ella gobernaba el país. En la primera parte del reinado, España había estado al

servicio de los intereses de Francia. En esta segunda, estuvo al servicio de los intereses particulares de la Farnesio. Y la señora sólo tenía un objetivo: colocar bien a los hijos. Puesto que el rey había tenido otros con su primera esposa que heredarían la corona, ella se dedicó única y exclusivamente a conseguir reinos italianos para los suyos.

El coste fue una guerra con Austria, que perdimos, naturalmente, y una sucesión de desdichas, con los ingleses atacando por mar y los franceses por tierra. Pero el principal objetivo se consiguió porque, al final, Isabel se salió con la suya y logró instalar a sus dos hijos en Italia. Carlos recibió Parma, y Felipe, Plasencia y Toscana. No está mal la señora. Por cierto, este Carlos que aparece ahora no terminó la carrera en Parma: sería después rey de Nápoles y, finalmente, rey de España, Carlos III, a la muerte de sus hermanastros.

España estaba muy decaída, pero su rey no lo estaba menos. Con la madurez, las depresiones y rarezas de Felipe V degeneraron pura y llanamente en locura: pasaba meses sin lavarse ni cambiarse de ropa, y despedía tal tufo que sus colaboradores sentían náuseas cuando tenían que despachar con él.

Capítulo 64

Un rey visto y no visto, y una reina contemplada

Que Felipe V estaba loco de atar no era un secreto. A muchos les pareció natural y hasta conveniente que abdicara en su hijo y heredero Luis I, pero el nuevo monarca, delgado, rubio, gran nariz borbónica, bailón, juerguista y compulsivo cazador, había salido tan lelo como el padre. La esposa que le buscaron, Luisa Isabel de Orleans, no enmendaba el cuadro. Era un francesa poco agraciada y algo contrahecha, pero tan desinhibida y graciosa que ventoseaba y eructaba en público, con escandaloso quebranto de la rígida etiqueta palaciega. También sabía exhibir sus encantos en transparente *negligé* ante criados y visitantes. El embajador francés, obligado por su cargo a ejercer como detective de conductas conyugales, comunicó a París sus sospechas de que la joven pareja no hacía vida marital «por incapacidad del rey, ya que la reina traía aprendido de París todo lo necesario». El nuevo rey no era incapaz, lo que ocurría era que no aguantaba a su mujer y prefería desfogarse en ventas y burdeles, a los que acudía disfrazado de chulo madrileño (este gusto por los usos populares se manifestará también en otros Borbones). Probablemente, fue una suerte para el país que el nuevo monarca muriera, de viruelas, a los diecisiete años, ocho meses después de ocupar el trono.

El experimento había fallado. El sucesor del rey muerto, su hermano

Fernando, sólo tenía once años. Isabel de Farnesio vio el cielo abierto: era la ocasión para volver a ser reina y liberarse del forzado retiro que vivía en el palacio de La Granja. Se las compuso para que su marido, cuyas facultades mentales estaban cada vez más deterioradas, se hiciera cargo nuevamente de las riendas del Estado.

Felipe V tuvo una vejez muy melancólica, apenas aliviada por el contratenor Farinelli, un castrado italiano al que nombró su ministro. Por cierto, Farinelli mantuvo su puesto en el siguiente reinado, con Fernando VI, pero cayó en desgracia con Carlos III, al que «sólo le agradaban los capones en la mesa».

En el segundo reinado de Felipe V, los recursos de España, sus intereses y su sangre, se pusieron plenamente al servicio de la reina, empeñada en labrar un porvenir a sus hijos. El cardenal Alberoni perdió su favor y tuvo que ceder el puesto a un ambicioso holandés, el barón de Riperdá, un trepador nato que la había embaucado. Incluso llegó a convencerla de que estaba negociando la boda de su hijo Carlos con la heredera de Austria, un auténtico braguetazo, porque Austria era el bocado más apetitoso de Europa. La consecuente alianza con Austria fue causa de nuevas guerras desastrosas para el país.

Cuando se descubrió que lo de la boda austríaca era puro enredo, el barón de Riperdá cayó en desgracia y acabó en la cárcel, pero logró huir a Inglaterra, donde se hizo protestante, y de allá a Túnez, donde se hizo musulmán y fundó una secta espiritualista que pretendía armonizar las tres grandes religiones. No se puede negar que era hombre de ambiciosos proyectos.

Mientras España se metía en los berenjenales europeos y se implicaba sucesivamente en las guerras de sucesión de Polonia y Austria, y en otro pacto de familia inspirado por Francia, las colonias americanas seguían con el trasero a la intemperie. La obsoleta e insuficiente escuadra española era incapaz de proteger el tráfico marítimo, especialmente desde que Inglaterra disponía de una escuadra tan poderosa que «dicta la ley en las olas», como orgullosamente proclama uno de sus himnos patrióticos.

Que los ingleses invadían las colonias americanas con sus productos y sacaban gran tajada del contrabando no era ningún secreto. Incluso provocó, en 1739, la llamada guerra de la Oreja de Jenkins. Este Jenkins era un capitán

inglés que se presentó ante el Parlamento, en Londres, y exhibió ante los diputados una cortecita negruzca: «Esto es —informó— la oreja que me cortó hace ocho años un capitán guardacostas español». No tenía mayor importancia, pero el incidente suministró pretexto para emprender una cruda guerra, durante la cual los hijos de la Gran Bretaña saquearon Portobelo y otros lugares del Caribe. Es decir, que la oreja nos salió por un riñón.

Murió Felipe V, el primer Borbón español, el 9 de julio de 1746. A la capilla ardiente acudió el pueblo fisgón y macabro, que estamos en el país de grandes entierros, y se juntó tan apiñada muchedumbre que «en la sala malparieron dos mujeres y a otra le sacaron un ojo, siendo todos accidentes sensibles».

Capítulo 65

Paz y barcos

El nuevo monarca, Fernando VI, hijo de Felipe V y María Luisa de Saboya, era pequeño de estatura y no mal parecido, pero tenía cierta propensión a la melancolía, que, en su vejez, degeneró en franca locura, como la del padre. Casó el chico, no sin repugnancia (pero estos sacrificios acarrearán a los reyes las razones de Estado) con la princesa portuguesa Bárbara de Braganza, algo pariente suya y descendiente de los Austrias. La novia distaba de ser una belleza: ojos churretosos, carirredonda y tan picada de viruelas como la madrastra del novio. Sin embargo, andando el tiempo, Fernando aprendió a quererla porque era dulce como sólo saben serlo las lusitanas y además inteligente, bondadosa y culta. Y bordaba que era un primor. Si no tuvieron descendencia fue por defecto de Fernando, que, al parecer, tenía los testículos atrofiados, pero fueron felices, especialmente después de desterrar al palacio de La Granja a la reina madre, la tremenda Isabel de Farnesio, que no dejaba de incordiar.

En política no se portaron mal, puesto que no se metieron en dibujos y se guardaron de arriesgar al país en nuevas aventuras. Fernando VI reinó trece años, los más provechosos que tuvo España desde los Reyes Católicos; años sin guerras, de buena administración y sabia política exterior, años de desarrollo. Baste decir que su sucesor encontró en las arcas reales trescientos

millones de reales. Era la primera vez, en siglos, que la monarquía salía de los números rojos.

La suerte de Fernando VI fueron los estupendos ministros ilustrados que le gobernaron el país, especialmente dos de ellos: don Zenón de Somadevilla, marqués de la Ensenada, y don José de Carvajal y Láncaster; francófilo el primero, anglófilo el segundo, pero patriotas y hombres de bien. Ellos mantuvieron al país equilibrado y en paz, e intentaron concederle un respiro para que le volvieran los pulsos, porque llevaba más de dos siglos desangrándose en guerras casi continuas. Además, ordenaron la Hacienda y la administración, y enviaron intendentes o gobernadores locales a poner un poco de orden en las provincias y ciudades importantes. Con este nuevo impulso, se construyeron carreteras y puentes, canales y acueductos, se plantaron jardines botánicos, se protegieron las ciencias y las artes aplicadas, y hasta se organizó un sistema postal no inferior al actual.

España era un país descapitalizado y desprovisto de industria. Las grandes flotas de la plata que llegaban de América pertenecían al pasado y la posible riqueza del monopolio comercial americano hacía aguas por todos lados: gran parte de sus rentas iban a parar a las compañías inglesas y a los contrabandistas, todos ellos bienvenidos en las colonias americanas, cuya creciente burguesía apreciaba los bienes de consumo europeos.

Ensenada puso especial empeño en la reconstrucción de la escuadra, pero, reconociendo que España carecía de los medios económicos necesarios para aspirar al rango de primera potencia marítima, se impuso la no por realista menos ambiciosa meta de dotar a la marina española con una escuadra de sesenta navíos y sesenta y cinco fragatas, suficiente para representar un papel disuasorio si se aliaba con otra potencia europea en contra de una tercera. Los ingleses se preocuparon tanto de este rearme que no cejaron hasta conseguir que el marqués de la Ensenada fuese destituido, pero Carlos III continuó apoyando el programa del depuesto ministro. A la postre no serviría de nada porque el rey siguiente, Carlos IV, redujo drásticamente el mantenimiento de la flota y la dejó empobrecida y mal entrenada, muy a punto para que los ingleses la hicieran trizas en Trafalgar. La típica chapuza hispánica: plantan el jardín, pero luego se olvidan de regarlo.

La reina falleció a los cuarenta y siete años, de cáncer de endometrio. La

viudez acentuó la locura de Fernando VI. El monarca sufría súbitos accesos de violencia y vivía desordenadamente: se recluyó en el castillo de Villaviciosa de Odón, se abstuvo de comer hasta quedarse en puro esqueleto, dejó de asearse, pasaba el día deambulando por los pasillos, de madrugada, profería alaridos que despertaban a sus servidores. Su salud se resintió, y los médicos lo remataron con purgantes y sangrías. Falleció al año justo de la muerte de su mujer, también a la edad de cuarenta y siete años.

Como había muerto sin descendencia («Sin hijos y padre de una numerosa prole por su virtud», reza su epitafio) lo sucedió su hermanastro, Carlos III, el hijo de Isabel de Farnesio.

Capítulo 66

El rey albañil (y tornero).

De Carlos III se murmuró que no era hijo de Felipe V, sino del cardenal Alberoni, el que le preparaba los canelones a doña Isabel de Farnesio. En tal caso, debió heredar el buen juicio del prelado porque, prosiguiendo la política de su antecesor, fue un rey prudente y buen administrador de su casa, y supo escoger sabiamente a sus colaboradores.

En lo físico, Carlos III se mantuvo tan invariable que su sastre no tuvo que alterar las medidas de sus casacas en más de treinta años. Sus retratos ofrecen siempre la misma imagen: francamente feo, ojos ahuevados, enorme nariz borbónica, estatura media, delgado, algo cargado de espaldas y muy moreno. En realidad, tenía la piel blanca, pero el continuo ejercicio de la caza lo mantenía pavonado en rostro y manos, el típico moreno de albañil. (Y él lo era, o así lo llamaban cariñosamente, «el rey albañil», por los numerosos edificios con que hermoseó Madrid. También podrían haberlo llamado el rey carpintero, o ebanista, que queda más fino, porque otra de sus aficiones era tornear palos de sillas). Aborrecía el lujo y la alharaca; era puntual y constante; comía siempre lo mismo en la misma vajilla, con los mismos cubiertos, como un burgués honrado, satisfecho de haber alcanzado un mediano pasar.

No era Carlos III muy inteligente, pero tenía sentido común, y si no elevó

el país al rango de primera potencia, al menos consiguió destacar en algo: su corte era la más aburrida de Europa. Por lo demás, era un buen profesional. Sin dejar de estar en su puesto, trataba con afable cordialidad a sus colaboradores, y toda su ambición residía en formar un buen equipo de gobierno (Floridablanca, Olavide, el conde de Aranda, Campomanes...) que impulsara al país y lo enmendara del retraso respecto a Europa, mientras él, con su infatigable escopeta, causaba estragos en la cabaña nacional.

Siempre estuvo Carlos muy sometido a sus padres. Su correspondencia con ellos, cuando era rey de Nápoles, es interesantísima. En una carta le preguntan si tomaba rapé (sucio hábito que hacía furor en las cortes europeas), y él les responde que no lo gasta, pero que, si ellos lo ordenan, lo tomará. Se dejó casar, siendo ya rey de Nápoles, con la princesa María Amalia de Sajonia, que era espigada, blanca y rubia, pero nada bonita, nariz excesiva, ojos chicos y saltones, voz chillona y desagradable. Al principio, la chica era un compendio de virtudes: amable, culta, lista, gran fumadora de labores nacionales y buena administradora, pero con los años se fue volviendo histérica y desequilibrada, en parte por inclinación de carácter y en parte por la insoportable tensión en que vivía. Es que todo el mundo andaba pendiente de que suministrara un heredero a la corona, y ella, aunque estaba continuamente embarazada, sólo paría hijas, muchas de las cuales se le morían a poco. Cuando finalmente parió un hijo varón, el infante Felipe, resultó que salió epiléptico e imbécil, y el rey tuvo que incapacitarlo. El segundo hijo varón, que sería el rey Carlos IV, les salió algo mejor, aunque con una cabecita tan minúscula que desde pequeño lo hicieron llevar peluca para disimularla. Y el cerebro, a lo que parece, era a la medida de la cabecita.

Carlos y María Amalia fueron tan felices como cualquier matrimonio burgués de morigerados hábitos. Cuando ella murió, después de veinte años de matrimonio en los que casi nunca se separaron, el rey declaró: «Éste es el primer disgusto que me da».

Carlos III, gran escopetero, gastó toda su munición amorosa en su juventud. Cuando enviudó, a los cuarenta y cinco años, las mujeres dejaron de interesarle. Para compensar, intensificó su actividad cinegética con tal denuedo que despobló de fauna mayor los montes cercanos a Madrid.

Hombre prudentísimo, sólo cometió un error en su vida, pero, eso sí,

garrafal: dictó la famosa Pragmática Sanción, que provocaría unas cuantas guerras en el siglo XIX y que todavía colea de vez en cuando. La Pragmática es simplemente una disposición de derecho civil (no ley sucesoria de la corona como se cree) que privaba de la legítima a los hijos que se casaran sin consentimiento de los padres. Los secretos motivos de Carlos eran bastante ruines: excluir a su hermano Luis de la línea de sucesión para castigarlo porque, ya cincuentón, se había casado con una plebeya de dieciocho abriles, hermosa y risueña, mirando sólo las carnes firmes, los pechos valentones y las buenas hechuras de la moza, y no la alcurnia de la familia real. Se trataba de una venganza típica del reprimido sexual que era porque Carlos III, aunque ya hemos visto que se impuso voluntariamente el celibato a los cuarenta y cinco años, continuaba recibiendo la llamada de la carne, por más que él la reprimiera cazando hasta quedar extenuado y dando paseos, descalzo, sobre las heladas losas del dormitorio.

El caso es que la Pragmática Sanción fue revocada por el rey siguiente, Carlos IV, que rehabilitó a su tío, el infante Luis y a los hijos de éste, otorgándoles el apellido Borbón y reconociéndolos como miembros de la familia real. No lo hizo por su tío, sino por halagar a Manuel Godoy, el amante de la reina, su esposa. Es que Godoy se había casado con una hija del infante don Luis. De este modo, todo quedaba en familia. Hizo más Carlos IV: además, restableció la antigua ley sucesoria española, la llamada Ley de Partida, que permitía reinar a las mujeres, una ley que Felipe V, el primer Borbón, había sustituido en 1713 por la Ley Sálica, machista y francesa, que daba preferencia en el trono a las líneas masculinas ante las femeninas. Así, el Borbón se aseguraba de que la corona de España recayera siempre en su casa. No obstante, el restablecimiento de la Ley de Partida por Carlos IV, aunque reconocido por las Cortes, no fue promulgado. En la ley impresa en 1805 (*Novísima recopilación*) siguió figurando el auto de Felipe V. Esta omisión costaría a España tres sangrientas guerras carlistas a lo largo del siglo XIX, como se verá más adelante.

Capítulo 67

Banderita, tú eres roja

Cuando Carlos III heredó la corona española, trajo de Nápoles experiencia y ministros. Y por cierto, también la bandera española actual (oficial desde 1843), la roja y amarilla (que los cursis dicen «gualda»), con la franja central el doble de ancha. Hasta Carlos III, la bandera española había sido la de la Casa de Borbón, completamente blanca, color nada sufrido, pero práctico, porque cualquier sábana servía. En 1785, siendo rey de Nápoles, Carlos adoptó la roja y amarilla para sus navíos de guerra, que, hasta entonces, se confundían fácilmente con las de los otros estados borbónicos, España incluida, y ello le acarreaba disgustos.

Algunos extranjeros encuentran nuestra bandera un tanto folclórica, quizá porque casi no se ve fuera de estancos y plazas de toros. Se echa de ver que su primer uso fue destacar para evitar que los enemigos naturales de los Borbones, que dominaban el mar, estragaran la parca flota napolitana. Luego, se le añadió el escudo de armas real con las lises borbónicas. La Primera República (1873) la mantuvo, aunque cambiando en corona mural la real del escudo, pero la Segunda República (1931) sustituyó la franja roja inferior por una morada y emparejó la anchura de las tres franjas. Como en su momento se dijo, escogieron el morado en memoria de los comuneros que combatieron por las libertades del pueblo contra Carlos V bajo el pendón morado, o eso creían

ellos. En realidad, los pendones comuneros eran la enseña medieval castellana, es decir, rojo grana o carmesí. El morado que los republicanos adoptaron por error era, en realidad, el color del pendón del conde-duque de Olivares. No es que tenga mayor importancia.

Aparte del diseño de la bandera, Carlos III tuvo el acierto de rodearse de ministros competentes que le hicieran el trabajo mientras él cazaba ciervos y perdices.

Los ilustrados soñaban con un país autosuficiente y, sobre todo, capaz de fabricar los productos manufacturados que las colonias americanas demandaban. Se habían propuesto recuperar un mercado invadido por los extranjeros y financiar con esas ganancias el desarrollo español. Contaban a su favor con una notable recuperación demográfica, que se operó a lo largo del siglo, así como un desarrollo paralelo de la agricultura. La tendencia era al crecimiento económico. ¿Podríamos equipararnos a las naciones más poderosas de Europa? ¿Podríamos recuperar nuestro prestigio y nuestra potencia? Para alcanzar aquélla utopía, el gobierno se fijó dos objetivos: orden y economía, nada de dispendios inútiles, y paciente eliminación de los estorbos y antiguallas que atoraban las acequias del progreso, especialmente los privilegios medievales de la devastadora Mesta, que mantenía postrada la agricultura en extensas regiones. Había, también, que aventar los encallecidos prejuicios hidalgos contra el trabajo manual. Un real decreto declaró solemnemente que el trabajo manual no deshonoraba a nadie (1783). Pero los medios no estuvieron a la altura de las intenciones. Ya se sabe lo difícil que es redimir para el trabajo a un vago de alcurnia. El mismo fracaso cosechó el gobierno cuando intentó hacer trabajar al otro estamento gandul de la sociedad, a los mendigos.

Los ilustrados apoyaban la libre empresa, que la gente pudiera enriquecerse sin trabas de clase o comerciales, porque de este modo el Estado se enriquecería con ellos, y el beneficio de los particulares redundaría en el procomún, una ideología liberal plenamente moderna. Querían, además, producir una sociedad culta y libre de prejuicios, en la que cada cual viviera en perfecta libertad de conciencia. Pero las reformas sociales y económicas que proponían se estrellaron contra la inercia de la sociedad española, con el sopar secular de sus clases.

Capítulo 68

Cencerradas, tapados, tapadas

El famoso motín de Esquilache constituye el ejemplo más notorio del fracaso de la Ilustración, el primer intento de europeizar España. Este Esquilache era un marqués siciliano que Carlos III trajo de Nápoles y había nombrado ministro de Hacienda y Guerra. Esquilache concibió la idea de europeizar y modernizar los usos del pueblo madrileño, el claro espejo cortesano en el que se miraban las provincias. Lo primero era terminar con ciertas entrañables costumbres carpetovetónicas, como las crueles cencerradas que sufrían los viudos que se aventuraban a unas segundas nupcias. Al lector, como es escéptico, a lo mejor le parece motivo baladí, pero lo cierto es que el temor a las cencerradas disuadía a muchos viudos de reincidir en el casorio, sin contar la merma y el daño que recibía la república al malograrse tanto posible matrimonio con su carga potencial de hijos, tan necesarios para el incremento demográfico.

Por lo de las cencerradas pasó el pueblo mal que bien (aunque no parece que pasara, puesto que se siguieron celebrando hasta nuestros pecadores días en muchos lugarejos de la geografía hispana). Por donde no pasó fue por lo del traje a la europea.

Los españoles gastaban grandes chambergos y amplias capas, con las cuales se embozaban al salir a la calle. En el fondo, era una costumbre

higiénica, pues, debido a la reprobable y cochina costumbre de arrojar a la calle basuras y desperdicios, la pestilencia de la vía pública era insufrible, especialmente en los meses de calor. Las mujeres, a falta de capa, tenían mantillas y tocas, con las que también se tapaban el rostro, como vemos en Goya. Claro, con tanto tapado y tapada parecía que siempre era carnaval y prácticamente no se le veía la cara a nadie. Esquilache, con su mejor voluntad, se propuso incorporar a los españoles a la moda europea, que era la francesa de calzón corto y peluca empolvada. Para dar peso a sus argumentos señaló que bajo las amplias capas de los embozados se disimulaban frecuentemente pistolas, dagas y otras armas prohibidas. Es que en aquellos tiempos todavía bravos existía cierto problema de orden público y menudeaban los desafíos, duelos y reyertas. El caso es que, como nadie obedecía la nueva normativa, Esquilache se puso farruco y decidió proceder manu militari, que por algo era también ministro de la Guerra. Cuadrillas de alguaciles reforzadas con sastres patrullaron las calles de Madrid, deteniendo embozados y reformando su atuendo en el acto: un corte al ruedo de la capa, para dejarla corta, tome usted el sobrante que da para falda de mesa camilla, y tres tijeretazos y tres puntadas al chambergo de ala ancha, que, en un santiamén, se transformaba en el tres picos.

El pueblo andaba algo resabiado con Esquilache por sus anteriores reformas y ya lo habían publicado de cabrón inventándole amores a la marquesa, su señora, pero lo de los alguaciles capeadores fue demasiado. Los majos más exaltados se echaron a la calle y fueron juntándose en cuadrillas suficientes para resistir a la autoridad. Después de los primeros incidentes, los ánimos se caldearon hasta que el asunto degeneró en franco motín, que obligó al propio Carlos III a salir al balcón de palacio para prometer la suspensión de las reformas. La consecuencia política fue la destitución de Esquilache de todos sus cargos y su destierro. Por una vez ganaba el pueblo, pero el precio del pan, que era lo que verdaderamente afectaba a la gente menuda, no bajó.

No se ha demostrado que los instigadores del motín contra Esquilache fueran los jesuitas.

Capítulo 69

El chocolate de la Iglesia

Los ilustrados fundaron sociedades de amigos del país destinadas a catequizar a sus compatriotas sobre los beneficios de la libre empresa y a divulgar las modernas técnicas agrícolas y artesanales. Estas propuestas hallaron escaso eco. España ya era, irremediablemente, diferente. En otros países, los ilustrados habían impulsado sus reformas apoyándose en una activa e inquieta clase media. En España, esa clase que debía suministrar los misioneros del progreso no existía. El nuestro seguía siendo un país campesino, inculto y atrasado, con un pueblo cerril, impermeable a toda idea renovadora. Además, había que contar con el inmenso poder de la Iglesia, gran enemiga de los cambios, y con la resistencia de la nobleza, anclada en sus privilegios de clase. El rústico cacique se cerró al progreso, adoctrinado por el cura en pausadas tertulias de bizcocho y chocolate, en el cuarto de respeto, con señoras de misa y comunión diaria enlutadas y dignas. La Iglesia tenía una fuerza tremenda y no estaba por la labor de acatar ideas disolventes llegadas de Francia, donde eran enarboladas por ateos y librepensadores de la calaña de Voltaire y Rousseau. La revolución francesa, con su secuela de subversión social y aniquilamiento de la aristocracia, vino a darles la razón desde su particular punto de vista.

Ningún ministro ilustrado se atrevió a lidiar el inmenso toro negro de la

Iglesia. Juntando mucho valor, a todo lo que llegaron fue a expulsar a los jesuitas (una medida que ya habían tomado Francia y Portugal), lo que, a la postre, no trajo consecuencia alguna porque la pluriforme y adaptable Iglesia siguió obstaculizando el progreso.

La renovación económica no tuvo más suerte que la social. Naturalmente, los ilustrados propusieron una reforma agraria que pusiera a producir las grandes fincas mal cultivadas o dedicadas a dehesa ganadera en Andalucía, Castilla y Extremadura. La idea era buena, pero no hubo gobierno que se atreviera a ponerle el cascabel al gato. La gran aristocracia y la Iglesia, propietarias de la tierra, eran todavía dos escollos formidables contra los que ningún ministro quería hacer naufragar su carrera política. La Iglesia había acumulado un gigantesco patrimonio agrícola procedente de donaciones pías inalienables (*manos muertas*), que estaba, como casi todo lo demás, pésimamente administrado.

Quedaba la industria, el último cartucho. Pero la industria no consiguió despegar de la mera producción artesana para mercados regionales o poco más y preferentemente en la periferia (textiles en Cataluña, hierro en Vasconia, pesca en Galicia y Andalucía) mientras que el centro de Castilla permanecía comparativamente atrasado. Algo remedió la supresión del monopolio del comercio americano, que había pasado de Sevilla a Cádiz, y la liberalización de la economía colonial combinada con su reestructuración administrativa. Inmediatamente, los impuestos americanos se multiplicaron, lo que alarmó a las oligarquías locales, que ganaban más cuando estaban peor administradas. En ese clima de descontento, se fue preparando el terreno para los movimientos independentistas que estaban a la vuelta de la esquina. Tampoco encantó a los ingleses, que estaban acostumbrados a hacer grandes negocios en América aprovechando la incompetencia comercial española.

Capítulo 70

La espina inglesa

Todo el buen juicio que asistió a Carlos III en la política interior (otra cosa es que los logros correspondieran a los objetivos) se le turbó en la exterior. Para empezar, se implicó en una alianza con Francia (el tercer Pacto de Familia) dejándose arrastrar por su odio a Inglaterra. Los Borbones no aprenden, pero tampoco olvidan, y a Carlos III le seguía escociendo un humillante chantaje al que lo sometieron los ingleses en 1742, cuando todavía era rey de Nápoles. Una escuadra inglesa fondeada en la bahía lo obligó a jurar neutralidad en el conflicto austríaco bajo amenaza de bombardear su capital. Por el Pacto de Familia, España se implicó en la guerra de los Siete Años al lado de Francia y contra Inglaterra. Como es natural perdimos la guerra y con ella volaron unas cuantas colonias americanas (entre ellas Florida y el Misisipí), aunque, como compensación, Francia nos traspasó la Luisiana. También ganamos experiencia porque, después de esta guerra, Carlos allegó la sabiduría necesaria para acuñar aquella famosa máxima de gobierno: «Con todos guerra y paz con Inglaterra». Otros se la atribuyen a su ministro Carvajal y Lancaster, y otros, a Fernando VI. Tanto da.

Después, con singular miopía y nuevamente a remolque de Francia, España apoyó la independencia de las colonias inglesas en América (los Estados Unidos actuales) sin advertir el funesto ejemplo que daba a las suyas. Éstas no

tardarían en seguir el ejemplo de las inglesas y sacudirse su yugo colonial. Un aspecto positivo fue que recuperó de los ingleses Florida y la isla de Menorca, pero no Gibraltar.

Capítulo 71

Tragicomedia de la Trinidad en la Tierra

Carlos III hubiera sido relativamente feliz de no haberle preocupado tanto las crecientes muestras de imbecilidad que le daba su hijo y heredero. Por ejemplo, en una tertulia cortesana en la que se conversaba sobre esposas adúlteras, el príncipe, futuro Carlos IV, dejó caer:

—Nosotros los reyes, en este caso, tenemos más suerte que el común de los mortales.

—¿Por qué? —quiso saber su augusto y algo amoscado padre.

—Porque nuestras mujeres no pueden encontrar a ningún hombre de categoría superior con quien engañarnos.

Carlos III se quedó pensativo y luego sacudió la cabeza y murmuró con tristeza:

—¡Qué tonto eres, hijo mío, qué tonto!: ¡Las reinas también pueden ser putas!

Éste era Carlos IV, un infeliz grandón y brutote, sonrosado y regordete, quizá un pelín feminoide, de mínima cabeza, ojos vacunos y enorme nariz borbónica. Hasta que sus obligaciones lo ataron al trono solía campar por las cocheras y cocinas de palacio, donde se sentía más cómodo que en los salones, y prefería departir en corrillos de criados y palafreneros antes que en tertulias y consejos de ilustrados.

Lo casaron con su prima María Luisa de Parma (de quien recibió el nombre *la hierba luisa*), seguramente la reina menos agraciada que ha tenido España, quizá hasta Europa, la cual le salió, además, ninfómana sin que sepamos a ciencia cierta la parte que cupo al monarca en los catorce hijos (y diez abortos) que tuvo. Por lo menos uno de ellos, el infante don Francisco de Paula, se parecía muchísimo a Godoy. Este Godoy era un jayán guaperas con tendencia a la obesidad, que fue amante semioficial de la reina toda la vida. Es fama que la reina le echó el ojo cuando era un simple guardia de corps en palacio y lo encumbró hasta el rango de príncipe de la Paz y valido todopoderoso del rey. Fue un civilizado *menáge a trois*: el rey salía de caza todos los días para que Godoy visitara los aposentos de la reina en su ausencia. Para mayor discreción y comodidad, el valido utilizaba un pasadizo secreto. El caso es que, a pesar de lo claro que parece todo, diversos indicios inducen a sospechar que quizá el rey era tan imbécil que ignoraba el asunto del valido con su mujer, a no ser que pensemos que era un redomado farsante. En una ocasión comentó confidencialmente a la reina:

—¿Sabes lo que murmura la gente? Que a Manolito lo mantiene una vieja rica y fea.

La correspondencia íntima de la reina con Godoy está repleta de emotivos detalles, como corresponde a una pareja romántica. Le comunica, por ejemplo, que le ha bajado la regla, «la novedad, mis achaques mensiles».

María Luisa también le fue infiel a Godoy, al que a veces alternó con un tal Mallo y con otros garañones cortesanos, pero, no obstante, parece que sintió un gran amor por el valido. Camino del exilio, solicitó «que se nos dé al Rey, mi marido, a mí y al príncipe de la Paz con qué vivir juntos todos tres en un paraje bueno para nuestra salud».

Al trío le tocó vivir una época de grandes cataclismos históricos. Durante todo el siglo precedente, España había crecido bajo la tutela de la superpotencia de allende los Pirineos. De pronto, en 1793, la Revolución francesa decapitó al Borbón francés y dejó a sus parientes españoles como huérfanos.

¡El pueblo en armas contra la opresión de la monarquía! Un huracán republicano amenazaba los palacios de las casas reales europeas y los castillos y mansiones de la aristocracia. Las pesadas lámparas de cristal, los

recargados aparadores, las cuberterías de oro, las vajillas de cristal tallado, los cortinajes de damasco, los clavecines taraceados de marfil, las silentes arpas en las salas de música, los bellos y suntuosos objetos que testimoniaban la explotación de los humildes por los privilegiados, ya no se contemplaban con la misma seguridad arrogante de la víspera. Algo se había alterado para siempre en la mecánica celeste. Las aristocracias europeas temblaron ante la posibilidad de que cundiera el ejemplo francés en sus propios reinos. Los reyes que hasta ayer mantenían abiertas viejas rencillas dinásticas firmaron precipitadamente la paz y corrieron a alistarse en el banderín de enganche que abrían los ingleses, siempre oportunistas, contra su tradicional enemigo, Francia. Había que aplastar a todo trance a la naciente República antes de que cundiera su ejemplo. En España la conmoción barrió a dos ministros capaces, Floridablanca y Aranda, y puso el gobierno en las manos inexpertas de Godoy, cuya única sabiduría política estaba en la cama de la reina. Pero él, mozo ambicioso y no del todo lerdo, estaba dispuesto a aprender.

Los Borbones españoles no podían dejar impune la ejecución de sus primos y mentores franceses a manos de los revolucionarios. Por lo tanto, declararon la guerra a Francia y arrastraron al país, convaleciente aún de tantas miserias pasadas, a un nuevo desastre. Los revolucionarios franceses, inflamados de ímpetu neófito, invadieron España por los dos extremos de los Pirineos y ocuparon Bilbao, San Sebastián y Figueras. Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, la indignación borbónica por el asesinato de los primos quedó en agua de borrajas. Godoy, como una veleta bien engrasada, giró ciento ochenta grados para firmar una alianza con los franceses contra Inglaterra.

Una torpeza se tapaba con otra aún mayor. Nos llovieron los palos. La escuadra inglesa, dueña del mar, cortó las comunicaciones con América, dejando a las colonias a merced de los proveedores ingleses o norteamericanos (y tan contentas, porque ya las clases dirigentes miraban más por su bolsa que por la madre patria). Como los portugueses se negaron a cerrar sus puertos a la flota inglesa, Napoleón, el nuevo dueño de Francia, decretó la invasión de Portugal. Carlos IV, llorando, se lamentaba al embajador de Francia:

—¡Ay, qué desgracia es ser rey y verse obligado a hacer la guerra contra la

propia hija!

Se refería a la infanta Carlota Joaquina, casada con el rey de Portugal. Ésta es la que aparece con el rostro vuelto, mirando hacia atrás, en el célebre retrato de la familia real, de Goya. Como estaba en Lisboa cuando se pintó el lienzo, no pudo posar.

Manolito Godoy, ufano como un pavo real —la incipiente panza comprimida por el fajín de generalísimo—, se puso al frente del ejército combinado franco-español. Fue un paseo militar que duró solamente dos días. En los jardines de Yelves, los soldados cortaron un hermoso ramo de naranjas, y Godoy se lo envió a la reina.

La «guerra de las naranjas» no prestigió a Godoy más que en los versos laudatorios de cuatro poetas subvencionados. En España nadie estaba contento: la nobleza porque se veía amenazada por la política errática del valido, y el pueblo bajo porque la carestía de la vida estaba alcanzando extremos insoportables. Mientras tanto, Godoy jugaba a la alta política. Esperaba ingenuamente que Napoleón compartiera Portugal con él. Muy al contrario, el socio francés, con el pretexto de la guerra de Portugal introdujo tropas en España y dispuso guarniciones en lugares estratégicos. Napoleón no iba a conformarse con Portugal; también aspiraba a España.

En su papel de comparsa, España unió su flota a la de Francia, que intentaba burlar el bloqueo naval inglés y desembarcar tropas en Gran Bretaña. Inglaterra las aniquiló en Trafalgar, cerca de Cádiz, el mayor desastre naval de la historia de España, tan pródiga, por otra parte, en desastres navales. Fue una derrota por goleada: la coalición franco-española perdió veintitrés navíos; los ingleses, solamente cinco.

Capítulo 72

El descalabro de Trafalgar

El celebrado plan de batalla del almirante Nelson (el *Nelson's touch*) hubiera resultado descabellado frente a un enemigo experto, pues implicaba la exposición de su flota al fuego del adversario durante media hora antes de situarse en condiciones de replicar eficazmente con su artillería. Nelson lo adoptó porque, después de una vida en el mar enfrentándose a escuadras españolas y francesas, conocía las limitaciones del enemigo y podía permitirse el lujo de despreciarlo. Es que, comparados con los ingleses, los aliados eran unos aficionados: la escuadra francesa, porque no se había repuesto aún de las restricciones impuestas por los revolucionarios; la española, porque disponía de un presupuesto tan exiguo que apenas salía a la mar, sus arsenales estaban desabastecidos y sus hombres desentrenados. Por eso, los héroes españoles de Trafalgar (Churruca, Gravina, Alcalá Galiano) eran oficiales que habían destacado en el plano científico. Les quedaba tiempo para dedicarse a la investigación civil y así combatían la frustración de no disponer medios con los que entrenar a sus hombres.

La escuadra franco-española de Trafalgar constaba de treinta y tres navíos (dieciocho franceses y quince españoles) que sumaban 2856 cañones. La inglesa solamente alineaba veintisiete navíos y 2314 cañones. No obstante, en términos reales, la flota británica era netamente superior, pues los artilleros

ingleses eran capaces de limpiar, cargar y disparar el cañón en poco más de un minuto, mientras que los del adversario tardaban casi tres minutos, lo que, lógicamente, duplicaba, y hasta triplicaba, la potencia de fuego británica.

Esta consideración me trae a la memoria la noticia de un incidente ocurrido en el verano de 1994, aunque trascendió meses después. Un buque de la Armada española, la corbeta *Infanta Elena*, que participaba en unas maniobras conjuntas con Estados Unidos, Argentina, Brasil y Uruguay, en aguas del Atlántico sur, embistió contra el destructor norteamericano *Stump*, y luego, por si quedaba duda de su pericia marinera, disparó una andanada con tan mala fortuna que erró el blanco y fue a acertar en la fragata *Samuel B. Roberts*, igualmente americana. En su descargo alegaban los de la *Infanta Elena* que el blanco era muy pequeño y apenas se divisaba en el agua, y que las tripulaciones no estaban suficientemente entrenadas por falta de presupuesto. Justamente lo que ocurría en los años que precedieron a Trafalgar. Así nos luce el pelo.

Capítulo 73

El indeseable Deseado

Aquí se aparece ocasión propicia para hablar del primogénito del rey, el futuro Fernando VII. Es sabido que Dios, en su infinita sabiduría, muchas veces compensa la fealdad física de algunas de sus criaturas dotándolas de relevantes cualidades morales e intelectuales. Sin embargo, a Fernando VII, además de hacerlo feo («ese narizotas, cara de pastel», lo llamaban), lo hizo vil, falto de escrúpulos, rencoroso, miserable y taimado. No añado *abyecto* y *felón* porque son los adjetivos que usan casi todos los historiadores y no quisiera dar la impresión de que me dejo influir por ellos. Ya, de príncipe, se veía venir, aunque destacara más su zafia simpatía, su populachera llaneza, cuando acudía de incógnito a tabernas y colmaos para refocilarse con ramerías baratas y trasegar vinazo en compañía de arrieros y majos.

La familia de Carlos IV (retratada inmisericordemente por Goya en el famoso óleo) era un hervidero de ambiciones, de rencillas y de odios. Exceptuando al padre, un bendito que no se enteraba de nada, todos conspiraban contra todos, y la puñalada trapera y la zancadilla eran moneda cotidiana. Y mientras tanto, el interés de España, postergado como siempre.

El príncipe Fernando despreciaba a su padre y odiaba a su madre y a Godoy. ¿Por celos o por ambición de reinar? El caso es que, en su impaciencia por heredar el trono, se enredó en tratos secretos con los ingleses

y preparó un golpe de Estado contra su padre. Cuando lo descubrieron, imploró el perdón paterno y, para demostrar la sinceridad de su arrepentimiento, delató a sus partidarios. El buenazo del rey lo perdonó.

Ya eran más de cien mil los soldados franceses acantonados en lugares estratégicos de España con el pretexto de ocupar Portugal. Había que ser muy lerdo para no advertir que Napoleón pretendía adueñarse del país. El plan del corso, según luego se supo, consistía en trasladar la frontera francesa al río Ebro y compensar a España de su pérdida con un trozo de Portugal (Carlomagno mil años antes intentó lo mismo, pero no ofreció nada a cambio). Godoy, alarmado por las tropas francesas que seguían entrando en España, ya sin las formalidades del principio, le vio las orejas al lobo y decidió enviar a los reyes a Sevilla, por si había que ponerlos a salvo en el extranjero. Agitadores a sueldo de Fernando, o vaya usted a saber de quién, soliviantaron a la plebe para que se amotinara e impidiera a los reyes abandonar su residencia en el Real Sitio de Aranjuez. Este «motín de Aranjuez» culminó con el asalto y saqueo de la casa de Godoy por el populacho o por el heroico pueblo en armas, según se mire. El príncipe de la Paz, trémulo, se había ocultado en un desván, detrás de la alfombra. Lo descubrieron y se salvó del linchamiento por los pelos, rescatado en el último momento por sus guardias de corps. Carlos IV, aterrorizado, abdicó en su hijo Fernando, pero el amo virtual de España, el general francés Murat, lo obligó a firmar un decreto en el que anulaba su abdicación y recuperaba el poder. Es que Napoleón tenía otros planes.

El francés convocó en Bayona a la familia real. El rey, la reina, el príncipe y Godoy comparecieron prestamente, abyectos y serviles, y representaron de buena gana la vergonzosa comedia que Napoleón les iba dictando: Fernando abdicaba en su padre; Carlos IV abdicaba en Napoleón, y éste, a su vez, traspasaba la corona de España a su hermano José Bonaparte.

El asunto parecía discurrir según el guión preparado por el corso cuando en Madrid surgió un imprevisto que lo echó todo a rodar. Cuando las tropas francesas sacaban del palacio real al infante Francisco de Paula para llevarlo a Francia estalló un motín popular. Era el dos de mayo de 1808, el Dos de Mayo famoso. Al heroico pueblo en armas (en esta ocasión nadie lo llamó *chusma*) se unieron algunos destacamentos del ejército y los capitanes del

parque de artillería Daóiz y Velarde. Goya retrató magistralmente dos escenas de aquella jornada: la carga de los mercenarios egipcios a sueldo de los franceses, los mamelucos, en la Puerta del Sol, y los fusilamientos de la Moncloa de aquella misma noche, a la luz de los faroles.

La guerra de la Independencia había comenzado.

Mientras España se desgarraba, Fernando VII, su hermano y su tío, con un nutrido séquito de amigos y servidores, vivían por cuenta de Napoleón en el castillo de Valençay. Allí, el futuro rey de España entretenía sus ocios bordando y jugando al billar y a la lotería. También seguía, por la prensa y el correo, la marcha de la guerra de la Independencia y felicitaba a Napoleón por sus victorias sobre los españoles. Esto da idea de la catadura moral del individuo. Años después, Napoleón, en su meditativo exilio, se lamentaría de haberlo retenido en Francia: tenía que haberlo dejado en libertad para que todo el mundo supiese cómo era y desengañar a sus partidarios.

Capítulo 74

La guerra de la Independencia

Con la familia real española prisionera de Napoleón, en el ruedo ibérico se produjo división de opiniones. Numerosos ilustrados admiradores de la cultura francesa (los afrancesados) aceptaron a José I, el hermano de Napoleón, pues, aparte de ser más presentable que cualquiera de los Borbones, les pareció que la nueva dinastía francesa encarnaba el espíritu liberal y progresista de la Revolución francesa, y la regeneración que España estaba necesitando. Y la verdad es que no iban descaminados, aunque el modo deshonesto como Napoleón se había hecho con España, por medio de engaños y violencias, resultara inaceptable.

Como los afrancesados, la Iglesia —que siempre ha tenido la vista larga y el paso corto, y sabe más por vieja que por Iglesia— también comprendió que un prolongado dominio francés acarrearía ilustración y modernización del país, revisión de los viejos esquemas, y que, todo ello, amenazaba sus privilegios y su hasta entonces indiscutido papel como rectora de la sociedad.

La Iglesia tenía los medios: más de veinte mil púlpitos desde los cuales sembrar odio contra los invasores. Y se aplicó a ello con dedicación y empeño. El pueblo, que era volátil y tampoco necesitaba mucho para soliviantarse, se levantó en armas contra los gabachos. ¿Y las sabias y prudentes disposiciones de gobierno que mientras tanto tomaba José I en su

papel de ser rey benéfico y hacerse amar por sus súbditos? Ni se notaron. La propaganda patriótica le tejió una leyenda negra que lo acusaba de empinar el codo, a él que era completamente abstemio.

*Pepe Botella,
baja al despacho.
No puedo bajar,
que estoy borracho.*

En distintas regiones se constituyeron juntas para organizar la resistencia. La de Andalucía logró reunir un ejército considerable, que derrotó a las tropas del general Dupont en Bailén. La victoria consiguió un efecto multiplicador: José I tuvo que abandonar Madrid; Napoleón, que había menospreciado la capacidad ofensiva de los españoles, debió acudir personalmente para recuperar el terreno perdido. A partir de entonces, el ejército español sólo cosechó derrotas. Estaba visto que era insuficiente para enfrentarse contra las aguerridas y veteranas tropas napoleónicas que habían vencido ya a casi todos los ejércitos europeos. Entonces, recurrió a la vieja táctica de las guerrillas: hostigamiento continuo del enemigo, asalto a sus correos...

Napoleón, en su amargo exilio de la isla de Santa Elena, reprocharía a la úlcera española haber sido la ruina de su Imperio, pues le obligó a invertir en España hombres y recursos que necesitaba en otros lugares del continente. Esto, se comprende, llena de legítimo orgullo a los patriotas, pero el lector escéptico hará bien en creer que España ganó el premio *ex aequo* con Rusia, cuyo «general Invierno» aniquiló al mayor ejército francés, casi medio millón de hombres, que se dice pronto. Y tampoco conviene olvidar que el ejército que verdaderamente derrotó a Napoleón en los campos de batalla españoles fue el inglés de Wellington, desembarcado en Portugal.

En la guerra de la Independencia, por esos azares de la historia, el pueblo soberano estuvo nuevamente en condiciones de tomar decisiones por vez primera desde que los comuneros fueran aplastados en Villalar, tres siglos atrás. Huérfana de reyes y libre de intereses dinásticos, España pudo trazar su propio destino. En Cádiz, única población que, debido a su condición casi insular, no había caído en poder de los franceses, se reunió un Parlamento de emergencia, las Cortes, y redactó la Constitución de 1812, inspirada en las

ideas progresistas y liberales de la Revolución francesa. La Constitución limitaba los poderes del rey y otorgaba la representación del Estado a un Parlamento, sin privilegios para la Iglesia o la aristocracia, las dos columnas del antiguo régimen en las que se apoyaba la monarquía.

Paradójicamente, tanto los diputados de Cádiz como José Bonaparte pretendían el bienestar de España a partir de una mayor justicia social, la modernización del país y la abolición de los privilegios. Esta coincidencia en el programa fue fatal para los liberales porque, cuando se expulsó a los franceses, la reacción patriótica antiliberal, auspiciada por la Iglesia y los elementos más reaccionarios, fue terrible.

Capítulo 75

«¡Vivan las cadenas!»

Derrotado Napoleón, Fernando VII regresó a España para hacerse cargo del trono. Lo hizo en olor de multitudes, agasajos, arcos de triunfo y guirnaldas, pésimas odas, marchas triunfales y repique de campanas. Como remate, al llegar a Madrid una entusiasta turba de mujeres con vocación de burras desenganchaó los caballos de la carroza para arrastrarla ellas mismas hasta el Palacio Real.

Fernando VII se limpió el trasero con la Constitución de 1812 (me hago cargo de que la expresión es muy ordinaria, pero a él le habría gustado) y persiguió a muerte a los liberales. Los afrancesados, acusados de haber colaborado con el gabacho, tuvieron que poner tierra por medio, unos a Francia y otros a Inglaterra. Incluso Goya, que había denunciado las brutalidades del invasor en su serie de dibujos *Los desastres de la guerra* y en sus óleos históricos, tuvo que exiliarse y murió en Burdeos.

Fernando VII contaba con el apoyo de Iglesia y de las clases más reaccionarias del país. No tuvo dificultad para gobernar despóticamente, y sus seguidores lo aplaudieron cuando reinstauró la Inquisición, cerró las universidades y acabó con la prensa libre. También suprimió el Consejo de Estado para gobernar personalmente, auxiliado por una camarilla (así se llamó) integrada por sus amigos, algunos de ellos carentes de una mínima

instrucción, y no lo digo por el canónigo, que algo de latines sabría, sino por el aguador y el esportillero. Pero adulaban al encanallado tirano, incluso haciéndole creer que era un campeón del juego del billar, de donde procede el dicho: «Así se las ponían a Fernando VII». Se refiere a las bolas de billar, para que se luciera con carambolas fáciles. Mientras tanto, la corrupción administrativa y el trapicheo dominaban la vida nacional, y la policía perseguía el menor vestigio de oposición liberal. A todo esto, Carlos IV y su esposa solicitaban, desde su exilio romano, que se les permitiera regresar a España para pasar aquí su vejez, pero Fernando, tan miserable como siempre, no lo consintió y los mantuvo en un mediano pasar. Godoy les fue tan fiel en el exilio como lo había sido en los días de gloria.

Las colonias de América, que habían gustado el sabor de la libertad durante el aislamiento impuesto por la guerra napoleónica, decidieron que ya eran mayorcitas para gobernarse solas. Engolosinadas con el ejemplo de su próspera hermana mayor, los Estados Unidos de América, estallaron en movimientos independentistas: Bolívar, en el norte, y San Martín, en el sur, derrotaron a las guarniciones españolas.

Fernando intentó enviar un ejército para la reconquista de las colonias perdidas, pero la tropa que tenía que embarcar se sublevó en Cabezas de San Juan al mando del general Riego, en un pronunciamiento o golpe de Estado de signo liberal. Fernando, creyéndose perdido, transigió con los principios liberales y juró nuevamente la Constitución que había abolido unos años atrás: «Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional», proclamó cínicamente. Era la desvergüenza y el pragmatismo encarnados: cualquier cosa antes que perder el trono. Pero la procesión iba por dentro, como le recordaba el *Trágala, perro*, la grotesca cantinela de los liberales que iban saliendo de sus alcantarillas. Fueron los felices y breves tiempos del «¡Viva la Pepa!», el grito liberal alusivo a la Constitución de 1812, la *Pepa*, porque fue promulgada el día de San José.

Pero el segundo intento de liberalizar a España fracasó también. Los liberales no tenían experiencia de mando ni contaban con partidarios suficientes para desactivar el sistema autoritario. Por otra parte, tenían que lidiar con la Iglesia y los estamentos privilegiados. Demasiado morlaco para un torero primerizo. Además, estaban divididos en varias tendencias, que se

dedicaban a entorpecerse mutuamente. Dieron espacio sobrado para que actuara la Santa Alianza, una internacional europea reaccionaria que había entronizado de nuevo a los Borbones en Francia y perseguía las ideas disolventes (eso de Libertad, Igualdad y Fraternidad) que la Revolución francesa y las logias masónicas habían sembrado en Europa. La Santa Alianza envió un ejército a restaurar el absolutismo en España. Otra vez tropas francesas cruzaron los Pirineos e invadieron España, los Cien mil Hijos de San Luis, que no fueron tantos ni tan santos como da a entender su patronazgo, aunque, eso sí, su intervención fue mano de santo. Como esta vez la francesada le convenía, la Iglesia se guardó mucho de soliviantar al pueblo contra los nuevos invasores. La expedición resultó un agradable paseo militar. Fernando VII volvió a gobernar como un sátrapa, y los liberales hicieron nuevamente las maletas camino del exilio. Esta vez a Inglaterra; que la Francia borbónica se había vuelto peligrosa.

Después de este episodio, las colonias americanas alcanzaron la independencia. Aquel Imperio español donde antaño no se ponía el sol había quedado de pronto reducido a Cuba y Filipinas. Por poco tiempo.

Capítulo 76

Las mujeres de Fernando

Fernando VII era rencoroso y gozaba de excelente memoria. No olvidó las angustias pasadas durante la revolución liberal y, en los diez años siguientes, la década ominosa (1823-1833), instauró un Estado policiaco y persiguió sañudamente cualquier brote de liberalismo. En vista de que pintaban bastos, los liberales se mantuvieron al paio, en el exilio, aunque algunos intentaron derrocar al régimen y organizaron un par de desembarcos suicidas, que fracasaron estrepitosamente. A la postre, el único liberalismo posible fue el que Fernando, muy a pesar suyo, consintió, por razones prácticas, cuando comprobó que los ministros más afines a su pensamiento eran completamente ineptos, y más le valía confiar en otros más enterados del funcionamiento del Estado, aunque pecaran de liberaloides.

Esta apertura, aunque tímida, le granjeó la enemistad de los carcas, clericales e inmovilistas más intransigentes, que fueron agrupándose en torno al hermano menor del rey, el infante don Carlos, un meapilas tan ambicioso y enredador como Fernando, que acariciaba fundadas esperanzas de sucederlo en el trono. Ya que aparece Carlos, quizá sea el momento de volver al asunto de la Pragmática y de la ley de sucesión, puesto que en seguida acarreará las estúpidas y sangrientas guerras carlistas. Pero antes quizá convenga repasar los cuatro matrimonios a través de los cuales Fernando buscó afanosamente un

heredero que le evitara el disgusto de tener que dejar el trono a su hermano.

A Fernando, cuando era todavía un doncel de dieciocho años, lo habían casado con su prima hermana María Antonia Borbón Lorena, una chica menuda, más fea que guapa, rubia, de ojos claros, bello austríaco, nariz borbónica y carácter dulce. Falleció de una tuberculosis galopante a los tres años de casados, después de haber llevado una existencia anodina al lado de un marido zafio (ella era culta) y de una suegra odiosa.

Fernando, en el exilio de Valençay, intentó casarse por segunda vez con alguna sobrina de Napoleón, pero el emperador no se dignó acceder. Al regreso de Francia, ya rey y Deseado, contrajo segundas nupcias con su sobrina carnal María Isabel Francisca de Braganza, hija de los reyes de Portugal, a la que llevaba diez años. Ella era gorda, mofletuda, los ojos saltones y apagados, nariz grande y boca pequeña y torcida. En la verja de palacio amaneció un malvado pasquín liberal:

Fea, pobre y portuguesa... ¡Chúpate ésa!

Murió la pobre a los dos años, sin haber producido el ansiado heredero. Ya tenía el rey treinta y cuatro, y comenzaba a preocuparle la falta de descendencia. Por eso, no esperó ni siquiera un año para casarse de nuevo, y van tres, esta vez con su prima segunda (y al propio tiempo sobrina segunda) María Josefa de Sajonia. La chica, monilla y espiritual, sólo contaba dieciséis años, y nadie le había explicado cómo se fabrican los niños. La primera noche en la alcoba real se llevó tal sorpresa ante los requerimientos de su bastísimo cónyuge que hizo aguas menores y mayores en la cama, y Fernando, encalabrinado, montó un escándalo colosal, pero ni siquiera exhibiendo su regia ira logró que la testaruda alemana colaborara en la consumación del matrimonio. Tuvo que mediar nada menos que el papa para que la chica, una vez instruida en los misterios de la vida y en los rudimentos de sus deberes conyugales, se entregara a los deseos de Fernando.

Ni siquiera la intervención de tan alto mamporrero persuadió a la Providencia para bendecir aquel matrimonio con un heredero. Pasaban los años y la reina no tenía hijos, a pesar de que todos los veranos la corte peregrinaba al balneario de Sacedón, otras veces a Solán de Cabras, a tomar

las aguas que tenían fama de ser muy engendradoras. Por caminos polvorientos y llenos de baches, en traqueteantes carrozas, bajo la feroz canícula estival, aquellos viajes eran una odisea. Fernando, dolorido y gotoso, se quejaba al oficial que lo acompañaba en el estribo del carruaje: «¡De este viaje salimos todos preñados... menos la reina!».

La reina no sería muy despabilada, pero era piadosa y, además de rezar frecuentemente el rosario, escribía versos con aplicación. Para disipar el natural escepticismo del lector, séanos permitido copiar una de las producciones de la reina, en la que se prueba que una vez aprendidos los rudimentos de la procreación, por ella no quedaba. Son versos escritos en un balneario:

*No el buscar una salud
que Dios nunca me ha negado
otros fines me han guiado
de esta fuente a la virtud:
busco en mi solicitud
la pública conveniencia;
sigo a una probada ciencia,
y cumplo con mi deber;
por mí no quedó que hacer
Obre Dios con su clemencia.*

Pero Dios, cuyos designios son inescrutables, no obró, y la cuitada murió de fiebres en 1829, a los veinticinco años de edad, sin haber traído descendencia.

Fernando, cuarentón, baldado por la gota, pensó en casarse de nuevo. Necesitaba a todo trance un heredero. «No más rosarios ni versitos, coño», estalló cuando le propusieron otra princesa alemana. Esta vez prefirió una meridional, su sobrina María Cristina de Borbón, de veintitrés años, una napolitana alta, morena, de anchas caderas y nada mojigata. Hasta guapa era, si se le excusa la nariz familiar. El avejentado rey concibió una pasión senil, como consecuencia de la cual la nueva reina quedó preñada. El previsor Fernando, por si lo que venía de camino fuera niña, se apresuró a firmar la Pragmática de Carlos IV, la promulgada en 1789 y luego absurdamente archivada; ahí es adonde queríamos llegar, que al restablecer la antigua Ley de

Partida autorizaba que una mujer heredara la corona.

A su debido tiempo la reina dio a luz, una niña en efecto, a la que impusieron el nombre de Isabel. No había habido una reina en España desde Isabel la Católica.

Los partidarios del infante don Carlos, es decir, los carlistas, no aceptaron la componenda y se prepararon para imponer a su candidato, aunque fuera por las armas. En el bando contrario, los liberales se congregaron en torno a la reina María Cristina para defender la sucesión de la niña Isabel, que les parecía garante de mayores libertades.

Ya estaban las estacas dispuestas y el personal preparado para comenzar a sacudirse en cuanto muriera el rey. A poco, Fernando sufrió un ataque de gota tan violento que todos pensaron que era el último. Aprovechando su debilidad, sus confesores lograron que firmara un documento que derogaba la Pragmática Sanción, una jugada maestra que dejaría a los liberales con un palmo de narices; pero el moribundo se recuperó y abortó la maniobra: se desdijo de lo firmado y destituyó de sus cargos cortesanos a los partidarios de don Carlos. Por cierto, el que anduvo con el documento de un lado a otro, en su calidad de ministro de Gracia y Justicia, fue don Tadeo Calomarde. Ya que no por otra cosa ha pasado a la historia por haber dicho «Manos blancas no ofenden» cuando la infanta doña Carlota, hermana de la reina, le propinó una sonora bofetada después de hacer trizas la derogación de la Pragmática. Es éste un punto algo oscuro de nuestra historia porque otros autores aseguran que lo que Calomarde dijo fue «Manos blancas no infaman, señora», que es mucho más fino y ministerial. En realidad, era una frase proverbial española sin padre conocido. En lo que sí están de acuerdo los historiadores es en que la bofetada fue tremenda y en que la airada infanta era de las fortachonas y tenía las espaldas como un cargador de muelle.

Carlos se exilió a Portugal, y su sobrina Isabel fue jurada princesa de Asturias. Los dos bandos, carlistas e isabelinos, le sacaron brillo al correaje y se armaron para la guerra.

Capítulo 77

Las feroces y literarias guerras carlistas

Fernando VII murió al año siguiente, 1833. Isabel, la heredera, sólo tenía tres años. Mientras alcanzaba la mayoría de edad, la reina madre, María Cristina, ejercería de reina gobernadora.

Los carlistas se sublevaron por todo el país. La reina había procurado que los puestos claves del ejército estuvieran en manos de sus partidarios. Además, para ampliar su clientela por el único espacio político que le dejaba libre el enemigo, transigió con los liberales (que íntimamente le repugnaban) y puso el gobierno en manos de Martínez de la Rosa, un liberal tan moderado que apenas era liberal y cuya reforma de la Constitución decepcionó a las fuerzas progresistas que seguían añorando la Constitución de Cádiz.

España se escindió en dos bandos y comenzó una guerra civil que duraría seis años. Los carlistas, especialmente implantados en el medio rural de Navarra y el País Vasco, Aragón y Cataluña, azuzados por la Iglesia y los estamentos más reaccionarios, que consideraban el liberalismo una amenaza contra sus arcaicos fueros, alistaron fuerzas suficientes para enfrentarse al ejército regular o, por lo menos, para hostigarlo con guerrillas.

Frente a ellos, al gobierno de la reina lo sostuvo la incipiente burguesía liberal de las ciudades grandes y el apoyo internacional de Inglaterra, Francia y Portugal. Dentro de éste bando liberal se destacaron dos corrientes, la

oficial, muy moderada, y la progresista, que presionaba para la liberalización del país. Finalmente, consiguieron situar en la jefatura del gobierno a uno de los suyos, Mendizábal, que reorganizó el gabinete y decretó la famosa desamortización que lleva su nombre. El Estado puso a subasta pública gran parte de las propiedades que la Iglesia había ido acumulando a lo largo de los siglos, en total un tercio de las tierras del país. El ministro pretendía que este inmenso patrimonio, mayormente improductivo, pasara a manos de la burguesía y generara riqueza pública, que buena falta hacía.

Por lo demás, María Cristina, aliada con los liberales menos liberales, es decir, la facción conservadora del partido, sólo permitió reformas insuficientes. Los verdaderos liberales reaccionaron airadamente, con motines y levantamientos, y la obligaron a reconocer la Constitución de 1812. Después del chalaneo parlamentario, la pobre *Pepa* quedó considerablemente devaluada en el texto de la Constitución de 1837, pero menos da una piedra.

Las guerras carlistas habían prestigiado tanto a algunos generales que se animaron a participar en política. Había dos ideologías oficiales: moderados y progresistas. Los moderados eran gente de orden, burguesía acomodada y partidaria de la corona; los progresistas eran la clase media de menos lustre, dispuesta a esgrimir la amenaza revolucionaria de los trabajadores para conseguir su cuota de poder.

El general Espartero (el del caballo famosamente dotado) se convirtió en cabeza de los progresistas, pero los decepcionó, y muchos de ellos buscaron refugio bajo el espadón de su rival, el general Narváez.

A todo esto, los carlistas no dejaban de incordiar, pero a pesar de que dominaban extensas comarcas campesinas carecían de fuerza suficiente para someter las ciudades. El propio don Carlos fracasó en su intento de hacerse con Madrid, y su general más importante, Zumalacárregui, murió cuando sitiaba Bilbao, poco después de que su cocinero inventara la tortilla de patatas. El hallazgo de esta fórmula culinaria fue cuanto de bueno trajo una guerra tan absurda y cruel. El armisticio se precipitó cuando el general carlista Maroto, rebelado contra los meapilas que rodeaban a don Carlos, pactó la paz con Espartero en el famoso abrazo de Vergara.

Las guerras carlistas costaron trescientos mil muertos, más o menos lo que la guerra civil de 1936, y no resolvieron nada; más bien aplazaron el problema

del enfrentamiento entre liberales y conservadores hasta 1936. Lo que sí acarrearón fue otras consecuencias. Los militares se fueron engolosinando con el mando y con las sinecuras ministeriales y altos cargos. Dado que la tarta nacional no alcanzaba para todos, los descontentos se erigieron en oposición progresista.

Sucedió una época de inestable paz, en la que el país se recobró lentamente, aunque de vez en cuando se levantaba con el sobresalto de pronunciamientos de generales progresistas (*pronunciamiento* una palabra que hemos legado al vocabulario internacional, junto con *siesta*, *guerrilla*, *desesperado* y algunas otras, ninguna buena, salvo *siesta*). Entre los progresistas nació, en las principales ciudades, un partido democrático, de ideología revolucionaria, que aspiraba a destronar a Isabel.

En medio del torbellino de la política y la guerra de aquellos años, la reina gobernadora, doña María Cristina, vivió una singular historia de amor.

La reina no había sido feliz con el garañón taimado de su marido, pero, a las dos semanas de enviudar, el corazón le alivió los lutos poniéndole delante a un apuesto capitán de su escolta, Fernando Muñoz. Pasaron dos meses, y aunque se veían a diario y el capitán daba señales manifiestas de estar a su vez interesado en la reina, no se atrevía a declararle su amor. Decidió ella tomar la iniciativa y durante un paseo por la finca segoviana de «Quitapesares» (nombre como anillo al dedo) se encaró con él y le soltó:

—¿Me obligarás a decirte que estoy loca por ti, que sin tu amor no vivo...?

Los enamorados se casaron en secreto; un secreto a voces, pues tuvieron ocho hijos, y aunque los miriñaques que usaba la reina disimulaban algo sus preñeces, no bastaban para contener lo que ya era del dominio público. Cantaba el pueblo:

*Clamaban los liberales que la reina no paría
y ha parido más Muñozes que liberales había.*

Doña Cristina, romántica enamorada, renunció a la regencia en cuanto pudo y, en adelante, llevó una vida burguesa lejos del boato cortesano y fue feliz con su capitán, ya ascendido a duque.

A lo que no renunció fue a practicar el tráfico de influencias aprovechando su alta posición en la corte. En su casa-palacio de Madrid, abrió una gestoría de enchufes, corruptelas y apaños, gracias a lo cual amasó una considerable fortuna, que invirtió juiciosamente en Cuba, donde llegó a ser la mayor hacendada de la isla y la mayor propietaria de esclavos para el cultivo de la rica caña caribeña.

Capítulo 78

La reina niña

Fue Isabel una niña algo corta de entendederas y de educación tan descuidada que era prácticamente analfabeta. En lo que resultó precoz fue en el sexo; en parte, porque había heredado el carácter ardiente y lujurioso de la familia y, en parte, porque la corrompieron sus propios tutores. A los trece años, declararon su mayoría de edad y, a los dieciséis, la casaron con su primo Francisco de Asís, ocho años mayor que ella y descendiente también de Felipe V, el primer Borbón español. Francisco de Asís era un bisexual notorio, escorado a maricón y *voyeur*. ¿Qué puedo decir —se lamentaba Isabel— de un hombre que en nuestra noche de bodas llevaba más encajes que yo? El pueblo, con mordaz ingenio, lo apodó *Pasta Flora y Doña Paquita*.

En la desafortunada elección de tal marido para la ardiente Isabel se puede ver la esperanza secreta de la reina madre de que Isabel no tuviera hijos. Seguramente, quería que la corona recayera en su otra hija, la infanta Luisa Fernanda, que era su ojito derecho.

Creció Isabel, más a lo ancho que a lo alto, y se convirtió en una reinona gorda y fofa, castiza y chulapona, hipocondríaca y fecunda, que trasegaba fuentes de arroz con leche como el que come aceitunas. La reina era muy fogosa y tuvo decenas de amantes, uno de los cuales, Carlos Marfiori, llegó a ministro de Colonias, porque, según las gacetas, «le es muy necesario al *rey* y

sobre todo a la reina». Tuvo Isabel once hijos, de los cuales le vivieron seis. Los historiadores han echado cuentas y al parecer los que nacían muertos o morían lactantes eran los que engendraba de su primo y esposo. Los otros los tuvo con distintos amantes; el primero, una niña, del apuesto comandante José Ruiz de Arana, y el siguiente, un niño, el rey Alfonso XII, del bizarro capitán de ingenieros Enrique Puig Moltó. Más adelante, tuvo otras tres niñas de su agraciado secretario particular, don Miguel Tenorio de Castilla.

Sepa el escéptico y quizá algo sorprendido lector que desde el punto de vista dinástico no es mayor problema que Alfonso XII fuera hijo adulterino, pues, como se sabe, la ley española, fiel al código napoleónico, sostiene que todo hijo nacido dentro del matrimonio tiene por padre al marido. Ahora, con tanta prueba genética, no sabemos en qué acabará la cosa.

Por cierto que, para que se vea el carácter llano y borbónico de la reina, al ginecólogo que auscultándola predijo que estaba embarazada de un varón (Alfonso XII) le concedió el título de marqués del Real Acierto.

Dos influencias predominantes hubo en la *corte de los milagros*, como se llamó despectivamente a la de Isabel II: el confesor de la reina, el padre Claret, un minúsculo y enjuto clérigo, atormentado a causa de la permisividad sexual de los nuevos tiempos, y sor Patrocinio de las Llagas, una monja histérica y falsaria, que había sido procesada por fingidora de milagros y que, aprovechando que la reina, simplona y entregada, era incapaz de negarle un favor, se convirtió en una pía agencia de empleo, que colocaba a sus recomendados en los mejores puestos de la administración pública (haciendo con ello desleal competencia a la reina madre).

Muchos generales

Al final de la regencia de la reina, el general Espartero había gobernado dictatorialmente, con las Cortes disueltas. Un pronunciamiento lo derrocó y restituyó una sombra de gobierno parlamentario que nuevamente desembocó en dictadura, esta vez con el general Narváez. Y después de Narváez, en 1854,

tras otro pronunciamiento, gobernó el general O'Donnell, que llegó a un acuerdo con Espartero, para encabezar dos partidos que se alternaran en el poder, la Unión Liberal de O'Donnell y los moderados de Narváez. La política nacional no era aburrida ni previsible porque a los endémicos pronunciamientos, con su secuela de movilizaciones funcionariales, destierros de unos y regresos triunfales de otros, había que sumar una guerra en África (en la que Juan Prim tomó Tetuán), y otra en el Pacífico.

Hacia mediados de siglo la economía del país comenzó a prosperar y las inversiones de capital extranjero, especialmente francés, hicieron posible un cierto despegue económico: se abrieron fábricas textiles en Cataluña y acerías en el País Vasco, se intensificó la explotación minera, se tendieron ferrocarriles. En este ambiente propicio, surgieron los primeros especuladores, como el marqués de Salamanca, y una oligarquía de industriales enriquecidos, que constituyeron dinastías bancarias y empresariales, algunas de las cuales perduran todavía.

La reina, envalentonada, arrinconó a los elementos progresistas y provocó con ello una terrible marejada en las medanosas aguas de la política nacional. El papa, siempre al quite, apoyó la nueva orientación de la monarquía, tan conveniente para los intereses de la Iglesia. Años antes se había resistido a bautizar a Alfonso XII por ser hijo adulterino, pero echando pelillos a la mar, y comprendiendo que, si la monarquía caía, la Iglesia perdería su secular aliado, no vaciló en apoyar a Isabel, y hasta la condecoró con la más alta distinción vaticana, la Rosa de Oro. «Santo Padre, ¡es una *puttana!*!», objetó un cardenal de la curia. A lo que Pío IX replicó: «*Puttana, ma pia* (Putá, pero piadosa).»

El ala progresista, en vista del viraje autoritario de Isabel, se agrupó a la sombra del general Prim, que odiaba a los Borbones, y de los destacados generales Serrano y Domínguez. En 1868, triunfó el pronunciamiento de una parte del ejército, secundado por el pueblo, en lo que se ha llamado *Gloriosa revolución*. El voluble y tornadizo pueblo, por el que Isabel se creía adorada, se echó a la calle al grito de «Abajo la Isabelona, fondona y golfona», y el general Serrano, antiguo amante de Isabel, derrotó a las tropas de la reina en la batalla del Puente de Alcolea (aun existe el puente, bello y de piedra, cerca de Córdoba). Así terminaron los marchitos esplendores de la *corte de los*

milagros. Isabel, que estaba veraneando en San Sebastián, sólo tuvo que recorrer unos kilómetros para ponerse a salvo en Francia: «Creía tener más raíces en este país», declaró al traspasar la frontera.

Capítulo 79

Un gafe en el trono

El vacío de poder que la huida de la reina dejaba lo ocuparon prestamente una serie de juntas, que desmembraron el país en taifas regidas por movimientos federales de signo anarquista. Mal comenzaba la Gloriosa revolución, pero con un poco de aplicación todavía se podía empeorar bastante.

Se empeoró, claro.

Los generales, algo alarmados por el sesgo que tomaban las cosas, pensaron que había que instaurar una monarquía constitucional que les permitiera seguir mandando. Con una mano, ofrecieron al país la marchita zanahoria de la Constitución de 1869, con sufragio universal, libertad religiosa y todo, mientras con la otra descargaban garrotazos sobre los partidarios de la República.

Y comenzó la patética peregrinación por las casas reales europeas en busca de un monarca constitucional. Había que andarse con pies de plomo porque el equilibrio de poderes entre las superpotencias (Francia, Alemania e Inglaterra) era más sutil que nunca y cualquier posible elección amenazaba con desencadenar una tormenta política o, peor aún, una guerra. Después de mucho negociar, se alcanzó, por fin, una fórmula de consenso, y Prim encontró a un pelele que se dejaría manipular por los militares a cambio de la corona de España, el duque de Aosta, Amadeo I de Saboya.

Presencia tenía Amadeo, y embutido en su uniforme, con los bordados y las charreteras, parecía un figurín, pero aparte de la presencia era hombre de escasas luces y, lo peor de todo, peligrosamente gafe.

Lo que no se puede objetar es que no estuviera por agradar. En un paseo en carroza por Madrid, el secretario y cicerone que lo acompañaba le indicó que pasaban cerca de la casa de Cervantes, y él respondió sin inmutarse: «Aunque no haya venido a verme, iré pronto a saludarlo». Para que se vea la maldad de la gente, basándose en este dato, algunos detractores propalan que era hombre de pocas letras. Cabría replicar que casi todos los reyes de España lo han sido y ello no les ha impedido reinar, pero además, en el caso de Amadeo, es falso, puesto que era muy aficionado a las novelas pornográficas francesas.

En cualquier caso, tampoco permaneció en el país el tiempo suficiente como para visitar a Cervantes porque el mismo día de su llegada unos desconocidos asesinaron a Prim, que era su principal valedor. Era sólo cuestión de tiempo que republicanos y carlistas lo derrocaran. Intentó formar un gobierno de coalición en el que figuraran progresistas y radicales, pero los conservadores se negaron a pactar con sus adversarios y abandonaron el proyecto. Amadeo se vio obligado a abdicar, y las Cortes proclamaron la República por primera vez.

Las Cortes podían ser republicanas, pero en las provincias algunas juntas proclamaron el Estado federal. Nueva división del país en cantones, especialmente el de Cartagena, que fue el más ruidoso y decidido.

Cundieron la anarquía y el desorden, y los elementos conservadores y moderados capitalizaron el descontento del ejército, que se sentía agraviado, y lo atrajeron a la oposición. El general Pavía sacó a los diputados de las Cortes y entregó el poder al general Serrano para que formase un gobierno de salvación. El general Serrano sometió a los carlistas, nuevamente rebelados.

Capítulo 80

La Restauración

Mal porvenir se presentaba a un país aquejado de mil problemas y al borde de la guerra civil, fragmentado en cantones y agravado por dos guerras mal curadas que se repitieron, la de los independentistas cubanos y la de los carlistas. La Primera República fue una ficción que duró medio año. No es que fracasara, es que sólo existió sobre el papel, porque el poder siempre estuvo en manos de generales de uno u otro signo.

Los militares comenzaron a plantearse la posibilidad de una restauración borbónica, especialmente después de que Isabel II, políticamente quemada, abdicase en su hijo Alfonso XII. Antonio Cánovas del Castillo dirigió la operación con mano maestra, y la burguesía agraria e industrial, interesada en el regreso de la monarquía, la financió.

Los militares partidarios de la Restauración comenzaron a ocupar los cantones. El de Cartagena opuso una resistencia tan heroica como inútil, que inspiraría una excelente novela de Ramón J. Sender. El general Martínez Campos dio un golpe de Estado y proclamó la restauración de la monarquía en Alfonso XII de Borbón.

El hijo de Isabel II era un chico moreno, bajito, no mal parecido, con el rostro menudo y enmarcado por grandes patillas, a la moda prusiana. De salud andaba solamente regular. Tenía afición a las mujeres, no se sabe si por

tuberculoso o por Borbón, y también le gustaba codearse con el populacho en tabernas y colmaos, como a su abuelo Fernando VII.

Alfonso llegó a España a los dieciocho años, después de cinco de exilio. Su madre intentó seguirlo, pero Cánovas, a cuyos buenos oficios debía Alfonso el trono, se negó en redondo. Lo que no pudo impedir fue que el pipiolo se casara con su prima hermana, María de las Mercedes de Orleans y Borbón, de la que estaba muy enamorado. Esto de que un rey se casara por amor, como los pobres, prestigió mucho la monarquía a los ojos del pueblo. Las tonadilleras cantaban:

*El veintitrés de enero
se casa el rey
con su primita hermana
¡Mira qué ley!*

La novia era bajita, guapa y regordeta. Quizá el lector recuerde aquella detestable y lacrimógena película, *¿Dónde vas, Alfonso XII?* Para acabar de redondear una historia tan romántica, la reina falleció antes de cumplir dieciocho años, a los seis meses de casada, que fueron para la pareja una prolongada luna de miel, durante la cual pasaron más de doce horas diarias en la cama, con la consiguiente alarma de los médicos de palacio que temían por la vida del monarca (siempre el fantasma de aquel don Juan, hijo de los Reyes Católicos). Ahora se ha sabido que las fiebres tifoideas que se llevaron prematuramente a María de las Mercedes (y a todos sus hermanos) fueron provocadas por el agua de los pozos que abastecían la mansión familiar de los Montpensier, el sevillano palacio de San Telmo, que estaban contaminadas por filtraciones de fosas sépticas.

El rey necesitaba un heredero que garantizase la continuidad de la monarquía, lo de siempre, así que volvió a casarse, esta vez sin tanto entusiasmo como la primera, por deber de Estado, ya que su segunda esposa, María Cristina de Austria, no era lo que se dice su tipo. A él le gustaban llenitas, a la moda de la época, y Cristina era, más bien, delgada y huesuda. Además, tampoco era un dechado de simpatía y cordialidad, sino un poco envarada y seca, el tipo de institutriz germánica. Y culta, eso sí, que la señora hablaba varios idiomas y tocaba el piano, pero a don Alfonso la cultura lo

traía al fresco. El pueblo, siempre tan captador de matices, aunque luego, en lo fundamental, muchas veces yerre, apodó a la nueva reina *Doña Virtudes*. Alfonso cumplió como un caballero, pero nunca sintió una gran pasión por ella. El día en que se formalizó el compromiso, a la vuelta de la pedida, su sempiterno acompañante, Alcañices, como lo veía muy callado, se creyó en la obligación de elogiar el porte y la distinción de la que iba a ser reina de España, pero Alfonso lo interrumpió: «No te canses, Pepe; a mí tampoco me ha parecido guapa, pero te habrás dado cuenta de que la que está bomba es mi futura suegra». En efecto, la archiduquesa Isabel de Austria-Este-Módena era una cuarentona prieta, que estaba entonces en su justo punto de sazón.

Antes y después de casado, Alfonso XII tuvo diversas amantes ocasionales y una fija, la contralto Elena Sanz, a la que Castelar describe como «una divinidad egipcia, los ojos negros e insondables, cual los abismos que llaman a la muerte y al amor», y Pérez Galdós, más prosaico, «espléndida de hechuras y bien plantada». La cómica tuvo dos hijos del rey, Alfonso y Fernando.

Doña María Cristina, tan germánica en todo, se enamoró ardientemente del esquivo e infiel Alfonso, y aunque era mujer de carácter, soportó con resignación las infidelidades de su esposo, si bien en un par de ocasiones estuvo por tirar la toalla y hacer las maletas. Pero como era una gran profesional, disimuló y continuó sonriendo en los actos oficiales, aunque la procesión iba por dentro. Sólo cuando en 1885 el rey murió (de tuberculosis, a los veintiocho años) y ella accedió al poder como regente durante la minoría de edad de su hijo Alfonso XIII, manifestó sus reposados odios y su naturaleza vengativa apartando del gobierno a cuantos habían facilitado la vida tunante del difunto. También retiró la pensión que la casa real pasaba a Elena Sanz. La antigua cantante, como tenía unos hijos a los que mantener, chantajeó al gobierno con unas cartas íntimas del rey en las que quedaba patente su paternidad. Llegaron a un acuerdo y las rescataron pagando por ello una crecida suma de dinero.

Capítulo 81

Doña Cristina guarda el coño

Con los carlistas y los cubanos pacificados, España, en el último cuarto del siglo XIX, conoció la paz y el desarrollo mediante la ayuda de Cánovas del Castillo, quizá el mejor político español de todos los tiempos, gustos aparte. Había un sistema parlamentario, había partidos políticos y había elecciones, pero no había verdadera democracia, ni la sociedad la demandaba, fuera de grupúsculos revolucionarios o anarquistas. Todo el sistema se basaba en un gigantesco tongo porque los púgiles, los partidos liberal y conservador, o sus jefes Sagasta y Cánovas, se habían puesto de acuerdo para alternarse en el gobierno en riguroso turno, una legislatura liberal y la siguiente conservadora, ficción democrática que se garantizaba mediante el control caciquil del voto. La Constitución de 1876, otra más, inspirada por Cánovas, concedía al rey poder arbitral. El rey designaba al gobierno, el gobierno designaba a los gobernadores de las provincias, los gobernadores designaban a los alcaldes, todos de su cuerda, los alcaldes organizaban y supervisaban las elecciones y daban pucherazo en las urnas donde fuera necesario, de manera que el resultado confirmase al gobierno designado por el rey.

Por cierto, durante los debates parlamentarios que condujeron a la redacción de esta Constitución, cuando andaban a vueltas con su artículo primero, sobre los españoles, algunos diputados se acercaron al escaño de

Cánovas del Castillo para erigirlo en árbitro de la discusión, pues no se ponían de acuerdo sobre la definición constitucional de españoles. Cánovas, que era hombre de humor y profundamente sabio, hizo un chiste: «Son españoles los que no pueden ser otra cosa...».

En aquellas últimas décadas del siglo XIX, la estabilidad política permitió un ambiente de paz social y laboral, que favoreció el crecimiento de la economía del país. Aumentaron las exportaciones, especialmente de textiles catalanes, de mineral de hierro y de vino (la filoxera había destruido los viñedos franceses). No obstante, hacia el final del siglo, el campo entró en crisis y frenó el desarrollo.

Alfonso XII no dejó un testamento político escrito, pero existen indicios que nos permiten suponer que apoyaba la continuidad del sistema. Es lo que se deduce del último consejo que dio, ya en el lecho de muerte, a su inminente viuda: «Cristinita, ya sabes, guarda el coño, y de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas», estupenda formulación de la teoría política de la alternancia en el poder.

Para gran consuelo de todos, el hijo póstumo de Alfonso XII fue un varón, Alfonso XIII, que nació rey. Así lo entendió también doña María Cristina, que, al saber que se trataba de un varón (anteriormente había tenido dos hembras), exclamó castizamente: «*Mein klein koenig!*» Cánovas y Sagasta se felicitaron igualmente: «Es la menor cantidad posible que se puede tener de rey, pero es rey, al fin y al cabo». Es que el fantasma de una nueva guerra carlista pesaba todavía.

El gobierno nombró reina regente a doña María Cristina durante la minoría de edad de su vástago. La austríaca, que tenía muy pronunciada la inclinación autoritaria, se tomó a pecho el cargo e irradió su fuerte y adusta personalidad a toda la corte hasta su muerte en 1929. Aunque la política la hacían los partidos, ella siguió recibiendo embajadas y representaciones en su función de reina regente. Por cierto que un embajador de Marruecos, después de su entrega de credenciales, informó al sultán: «El palacio real, un edificio extraordinario, pero el harén, flojito, muy flojito». El moro aludía al séquito de ancianas y severas damas de compañía que rodeaban a Doña Virtudes.

Capítulo 82

El desastre

Los diecisiete años de la regencia de doña María Cristina fueron muy conflictivos por los problemas internacionales en los que se vio implicado el país. En lo interior, sin embargo, tuvo suerte con los dos ministros alternantes porque ambos reforzaron la monarquía. Sagasta, aunque había comenzado su carrera incendiando iglesias, se hizo tan monárquico de toda la vida como su contrincante, y éste, con suma habilidad, adaptó la maquinaria política al turno de dos partidos liberales. Quizá la entente se hubiera mantenido por más tiempo de no mediar la conmoción de 1898, que desencajó toda la maquinaria del Estado y despertó la fiera dormida del nacionalismo vasco y catalán.

Todo iba perfectamente y, de pronto, en el breve plazo de un decenio, se fue al garete. Los moros de Marruecos se sublevaron en 1890, Cánovas fue asesinado por un anarquista italiano en 1897, Estados Unidos hundió la escuadra y nos expulsó de Cuba y Filipinas en 1898. Sagasta falleció en 1903.

Estados Unidos de América, la joven y dinámica nación surgida de las colonias inglesas a finales del siglo XVIII, había dado el estirón a lo largo del XIX y había crecido en cuerpo y sabiduría, pero sobre todo en cuerpo, porque la franja atlántica donde comenzó su andadura nacional se había ensanchado hacia el oeste a costa del desierto, del indio y del mexicano. Cuando llegó al Pacífico, como aún le sobraban energías, dio en aspirar a un imperio colonial,

como cualquier nación europea de su tiempo. Naturalmente le echó el ojo a la vecina Cuba y ya había intentado comprarla al gobierno español, pero la perla del Caribe no estaba en venta.

Entonces, cambió de táctica. Siguiendo la llamada *doctrina Monroe*, «América para los americanos», tan conveniente para sus intereses, favoreció el movimiento independentista cubano. Cuando la rebelión se encontró, en 1898, fondeó el crucero *Maine* en el puerto de La Habana, en visita aparentemente amistosa, con el pretexto de proteger a los ciudadanos americanos residentes en la isla. Llevaba el buque unos días anclado en la bahía cuando, de pronto, una explosión lo hundió y ocasionó doscientos sesenta muertos. El gobierno español elevó vehementes protestas de inocencia, pero la opinión pública norteamericana, convenientemente caldeada por las campañas de los periódicos de Hearst (sobre el eslogan «Recordad al *Maine*. Al infierno con España [*To hell with Spain*]»), se inclinó por la guerra. Ya se sabe lo importante que es la opinión pública en los Estados Unidos, aparte, claro, de que el gobierno estuviera deseando armarla. Los americanos exigieron al gobierno español que abandonara la isla, una imposición inaceptable. De este modo, forzaron al gobierno español a declararle la guerra, aunque todo el mundo, menos algunos imbéciles patrioterros de aquí, la sabían de antemano perdida.

Una escuadra americana sorprendió a la española en la bahía de Manila y la dejó convertida en un montón de chatarra humeante. Ellos sólo tuvieron que lamentar siete heridos. («El desastre —informó Sagasta al Congreso— sólo se debe a la inmensa superioridad de la escuadra enemiga»). Dos meses más tarde le tocó el turno a la escuadra de Cervera, que defendía Cuba, con idénticos resultados. Los exaltados pasaron del triunfalismo del principio a la orgullosa aceptación de la realidad con aquello de «mejor honra sin barcos que barcos sin honra».

España se rindió y cedió sus últimas colonias, Puerto Rico incluida. Estados Unidos se vistió de largo e ingresó por la puerta grande en el exclusivo club de las potencias mundiales que hoy, después de un siglo de crecimiento ininterrumpido, sigue presidiendo. Han tardado noventa años en admitir que los españoles no hundieron el *Maine*. Parece que una de las santabárbaras del navío explotó accidentalmente, recalentada por la

combustión espontánea de uno de los depósitos de carbón que alimentaban las calderas del navío.

Los españoles no debemos respirar por la herida, aquello ya está olvidado, pero dejó una secuela difícil de superar: la coca-cola suplantó a nuestra típica zarzaparrilla, tanto que hoy más de media España, quizá me quede corto, no sabe de qué bebida estoy hablando.

La pérdida de las colonias, y, quizá más aún, el modo desastrado y humillante en que se perdieron, provocó una profunda crisis nacional, especialmente entre los intelectuales, porque la gente común leía poco la prensa y estaba más interesada en las hazañas taurinas de Lagartijo que en lo que pasaba en Cuba, donde no poseían fincas. Airadas protestas se elevaron en periódicos y tribunas. Había que regenerar la nación, expulsar a los podridos políticos profesionales, barrer el caciquismo, implantar una democracia verdadera, sin compra de votos, sin extorsión. Era un proyecto utópico para un pueblo carente de la mínima educación democrática e integrado mayoritariamente por analfabetos, pero por algo se empieza. Nuevas fuerzas políticas, más agresivas y menos dispuestas al compromiso, se sumaron a la ola de descontento nacional: por una parte, los nacionalistas vascos y catalanes; por la otra, los republicanos y los revolucionarios proletarios. Los políticos, siempre tan oportunistas, encabezaron la manifestación y reclamaron también el establecimiento de una verdadera democracia. Con Cánovas muerto y Sagasta a punto de tanatorio, los nuevos partidos tocaron a degüello. Se acabaron las limpias componendas de conservadores y liberales; desde hoy, que el más listo se alce con el santo y la limosna.

En estas difíciles circunstancias se hizo cargo del gobierno el joven Alfonso XIII. Era 1902, había cumplido dieciséis años, lo habían declarado mayor de edad y se daba por terminada la regencia de doña María Cristina.

Capítulo 83

El drama familiar de Alfonso XIII

Alfonso XIII fue un niño débil, enfermizo y enmadrado, al que malcriaron en palacio. Su tía, la Chata, le repetía hasta la saciedad que había nacido *rey* y, por lo tanto, estaba por encima de la ley y podía obrar a su antojo. De adulto, cuando tuvo que encarar sus limitaciones personales, y quizá también las de su país, al que amaba profundamente, derivó en neurasténico. Toda su vida necesitó el apoyo de la ríspida doña María Cristina, y cuando le faltó, en 1929, se quedó tan disminuido y tan propenso a las depresiones que esta circunstancia explica la facilidad con que tiró la toalla y abandonó la corona en 1931.

Don Alfonso no era muy culto y su trato resultaba algo plebeyo (por ejemplo, hablaba de tú a la gente), pero tenía gustos de señorito: automóviles, caballos, deportes elitistas, caza, películas porno (rodadas especialmente para él) y mujeres, de las que fue un gran coleccionista. Tuvo decenas de amantes ocasionales de toda condición; de algunas, concibió hijos naturales. Entre las más estables se citan una tal Melanie, parisina, que se trajo a Madrid, y la actriz Carmen Ruiz Moragas, a la que puso un chalecito. La ingrata se declaró republicana de toda la vida cuando advino la República. De Carmen Ruiz Moragas tuvo dos hijos, chico y chica. El chico ha publicado recientemente sus memorias con el deseo, muy legítimo, de abrirse un huequecito en la

historia y de reivindicar su parentesco, aunque sea por rama bastarda, con la Familia Real.

La debilidad por las cómicas parece consustancial a los Borbones. Alfonso XIII se encaprichó también de la conocida *vedette* Celia Gámez, a la que se benefició en el propio palacio real.

Alfonso se casó, en 1905, con una guapa y elegante sobrina de la reina Victoria de Inglaterra, María Victoria de Battemberg. El rey fue al altar ignorante de que la inglesa, tan sana como parecía, era transmisora de una terrible enfermedad, la hemofilia. Los afectados de hemofilia son deficitarios del factor coagulante de la sangre y pueden desangrarse por cualquier herida, por mínima que sea. Curiosamente, las mujeres no padecen esta enfermedad, pero pueden transmitirla a sus hijos varones. La reina María Victoria se la transmitió a dos de ellos, al heredero de la corona española, su primogénito don Alfonso (nacido en 1907), y a don Gonzalo (nacido en 1914).

La hemofilia de la casa real inglesa procedía de una alteración cromosómica cuya probabilidad remota (una en cien millones) se produjo en la reina Victoria, fruto del matrimonio de la duquesa de Kent con un Hannover, que aportaba una sangre degenerada por repetidos enlaces consanguíneos. Curiosamente, Eduardo VII, hijo y heredero de Victoria, no padeció hemofilia ni la ha padecido ninguno de sus descendientes. La casa real inglesa se limitó a transmitirla a las casas reales española y rusa (esta última en la persona del *zarevitch* Alexis, hijo de la princesa Alix, la nieta de la reina Victoria, casada con el zar Nicolás II).

Hacia 1910 se descubrió que el príncipe de Asturias era hemofílico. Alfonso XIII, tan inconstante en sus afectos, ya se había desenamorado de la reina y experimentó un rechazo irracional hacia ella, como si fuera culpable del mal que aquejaba al niño. La reina, británicamente fría, y frustrada como mujer por un marido que la despreciaba, que la traicionaba con otras y que le reprochaba frecuentemente haberle dado hijos tarados, quedó aislada en el opresivo e incómodo palacio real, en medio de una corte extraña, en un país meridional al que nunca logró adaptarse. Se refugió en los viajes y en la presidencia de obras benéficas (especialmente, de la Cruz Roja). De este modo, consiguió mitigar el dolor de su tragedia íntima, pero, a cambio, descuidó a su familia, sobre todo a sus hijos, tan necesitados de ella, cuyo

cuidado delegó en manos de empleados. Era la típica huida hacia adelante de una persona que no sabe cómo escapar de una situación de profunda infelicidad. El mismo desinterés mostró, ya en el exilio, hacia sus hijas las infantas, a cuyas bodas ni siquiera asistió, aunque ya en su vejez cambió de actitud y volvió a ocuparse de sus obligaciones familiares.

Capítulo 84

España airada

Alfonso XIII no lo tuvo tan fácil como su padre. Ascendió al trono justo a tiempo de asistir al desplome del cómodo sistema de dos partidos alternantes. El surgimiento de la conciencia obrera desestabilizó el sistema: en los veinte años siguientes, se sucedieron hasta treinta y dos gobiernos, todos inestables. El caciquismo perduraba en la España rural y profunda, pero en las grandes ciudades industriales la creciente masa profesional y obrera apoyaba a los partidos de izquierda. A principios de siglo, crecieron organizaciones políticas de nuevo cuño (socialistas, anarquistas, republicanos, regionalistas vascos y catalanes) y se enconaron el malestar social y los problemas incubados a lo largo de la Restauración. El fundamentalismo anarquista enviaba sus kamikazes a la caza del explotador o del ministro (o del propio rey, al que arrojaron una bomba el día de su boda); los movimientos sindicales y obreros iban alcanzando su mayoría de edad, y los separatismos catalán y vasco pisaban fuerte y se dejaban oír. Por si fuera poco, los moros se alzaron en la colonia marroquí y atacaron Melilla, lo que encendió una costosa guerra que duró muchos años, que provocó la Semana Trágica y que culminó en el desastre de Annual.

Los valores que antes parecían tan bien asentados, la monarquía y la unidad de España, comenzaron a tambalearse. En las elecciones de 1903

avanzó el partido republicano; en las de 1907, el nacionalismo catalán. El Partido Republicano Radical se agigantaba impulsado por el verbo fácil de Alejandro Lerroux, e incluso los anarquistas, que hasta entonces habían ido por libre apuñalando diputados y tiroteando ministros, mostraron su capacidad de fundar grupo propio con la CNT, en 1910. Los socialistas habían fundado el sindicato UGT en 1888, pero, como todavía estaban en mantillas, prefirieron unirse a los republicanos.

Los problemas sociales que comenzaban a apuntar iban a quedar durante un tiempo relegados ante la urgencia de los que muy pronto se plantearon en el exterior.

A finales del siglo XIX, en la euforia de la expansión industrial, todos los países de Europa dieron en formar imperios coloniales a costa del mundo subdesarrollado, especialmente África. El objetivo era triple: obtener materias primas casi gratuitas, ganar mercados para los productos industriales e invertir la riqueza que se iba acumulando. España, con el paso cambiado respecto a Europa, como casi siempre, perdió los restos de su imperio colonial precisamente cuando sus vecinos construían los suyos. Al final, para nosotros, lo más parecido que había a un imperio colonial era Marruecos, y hacia él se encauzaron las ambiciones y los intereses.

En Marruecos, aparte de naranjas, dátiles y artesanía bereber, lo que había era una gran riqueza minera, en cuya explotación se invirtió mucho capital español. Otras potencias europeas, que ya calentaban motores preparándose para la primera guerra mundial, también estaban interesadas en el mineral, pero, no obstante, en 1912, España consiguió el protectorado sobre Marruecos.

En 1909, bandas irregulares marroquíes atacaron los fuertes que rodean Melilla. Maura, jefe del gobierno conservador, se alarmó y llamó a filas a cuarenta mil reservistas. Esto, unido a las noticias de la emboscada del barranco del Lobo, donde habían perecido cientos de soldados españoles, soliviantó los ánimos de las masas. «¡Sangre de obreros —clamaron los revolucionarios de izquierdas—, que se derrama para defender los intereses de los capitalistas, mientras sus hijos se libran de ir al matadero y viven en la opulencia y el derroche!». Una muchedumbre se había concentrado en el puerto de Barcelona para despedir a los soldados que embarcaban para la

guerra de África. Estaban los ánimos ya bastante caldeados, porque los hijos de los ricos no iban, cuando llegó una expedición de damas de buena sociedad y se puso a repartir escapularios y medallas entre los que embarcaban para el matadero. Las bienintencionadas damas no advirtieron que el barro no estaba para pitos. A los abucheos, a los insultos y a los escapularios pisoteados, sucedieron los enfrentamientos con las fuerzas de orden público. La algarada degeneró en motín revolucionario, que se propagó por toda la ciudad. Al poco tiempo, comenzaron a arder algunos templos y otros edificios pertenecientes a la Iglesia, en la que los revolucionarios veían la principal aliada de la clase explotadora. La policía actuó contundentemente (la Semana Trágica).

Marruecos, como un Vietnam cualquiera, reclamaría cada vez mayor cantidad de sangre. La protección de los intereses de las compañías mineras podía plantearse de dos maneras: por las buenas, sobornando a los jefes de las cabilas rifeñas, que es lo que proponían los políticos, o por las bravas, metiendo a los rebeldes en collera, como proponían los militares.

La clase militar española, surgida como tal en el siglo XVIII, había salido muy prestigiada de la victoria sobre Napoleón en la guerra de la Independencia (victoria que no se debió a los militares, sino al pueblo en armas, azuzado por la Iglesia, y al cuerpo expedicionario inglés de Wellington, como ya dijimos). En 1898, después del descalabro de la guerra de Cuba, los militares necesitaban recuperar el prestigio perdido, reverdecen sus marchitos laureles, a ser posible contra un enemigo mal armado y poco numeroso. Los irregulares marroquíes, descalzos y armados de espingardas atadas con alambre, parecían muy a propósito para el lucimiento. Luego resultó que no estaban tan mal armados como se creía y que tenían un talento natural para la guerra, el propio de clanes y tribus que llevan matándose por una cabra o un pozo desde tiempo inmemorial.

Volvamos a lo de la Semana Trágica. El gobierno, sintiéndose en la obligación de buscar una cabeza de turco en la que escarmentar a la chusma desmandada, culpó de los desórdenes al ideólogo libertario Ferrer Guardia y lo fusiló. La reacción de los partidos de izquierda nacionales e internacionales fue de tal calibre que Alfonso XIII se asustó y dejó tirado al gobierno conservador de Maura para escorar a la izquierda y echarse en brazos de los liberales, es decir, de Canalejas. No fue mala elección, pues el nuevo

gobierno resultó progresista, benéfico y pacificador, pero fue muy breve, porque a Canalejas lo asesinó, dos años después, un anarquista cuando examinaba las novedades editoriales en el escaparate de una librería de la Puerta del Sol. ¿Se imaginan a un presidente de gobierno actual, benéfico, solo, sin escolta e interesado por los libros?

Capítulo 85

Huelgas y pistolas

En la primera guerra mundial, España permaneció neutral, pero muchos fabricantes amasaron grandes fortunas vendiendo bienes de equipo a las potencias beligerantes. La guerra fue un maná del cielo para la minería asturiana, el hierro vasco, los textiles catalanes y los bancos madrileños. Pero los problemas sociales, lejos de solucionarse, se agudizaron y tocaron techo en 1917: los obreros y los militares reclamaban aumento de salarios. El pistolero anarquista hacía de las suyas en Barcelona. Los nacionalistas catalanes aprovecharon la crisis, una vez más, para arrimar el ascua a su sardina (y, una vez más, el resto de España se sintió comparativamente agraviada por los nacionalistas vascos y catalanes, en los que vieron a unos privilegiados que se hacían los oprimidos para reclamar mayor ración de la tarta nacional). Un viejo prejuicio (¿prejuicio?) que todavía, por cierto, colea.

La creación de un gobierno nacional presidido por Maura no bastó para calmar los encrespados ánimos. En adelante, no hubo gobierno con fuerza suficiente para frenar la protesta obrera, la agitación social, la inquietud sindicalista, el pistolero anarquista o empresarial, el nacionalismo catalán y los mil menudos problemas añadidos.

Para acabar de arreglar las cosas, la guerra de Marruecos se recrudeció a partir de 1920, cuando el cabecilla Abd el-Krim consiguió que las cabilas

rebeldes reconocieran su jefatura y las empleó hábilmente, en guerra de guerrillas, para desgastar al ejército español. El general Fernández Silvestre, deseoso de inscribir su nombre en los anales de la milicia junto a los de Alejandro y el Gran Capitán, emprendió por su cuenta y riesgo una hábil maniobra para dominar Alhucemas. Abd el-Krim consiguió rodear su columna y la aniquiló en Annual (1921), donde perecieron unos trece mil hombres y gran cantidad de material bélico cayó en manos de los moros. El sector oriental del protectorado se desplomó, aunque, afortunadamente, Melilla se sostuvo.

Las armas habían fracasado. Se volvió a considerar la vieja solución de sobornar a los jeques de las cabilas, pero los militares se opusieron, especialmente los más jóvenes, que estaban aprovechando la guerra de Marruecos para ascender en el escalafón. El más destacado de todos ellos era un joven comandante llamado Francisco Franco.

La situación política se deterioró. El fraccionamiento de los partidos impedía la formación de gobiernos estables, crecían la agitación social y los atentados anarquistas, y la clase política se había acostumbrado a la componenda y la marrullería. Mientras tanto, la revolución que se iba gestando aterraba a la amplia clientela conservadora de España, que temía que se repitiera lo de Rusia. Incluso los catalanistas de la Lliga, los que diez años antes clamaban por la independencia, habían olvidado sus ambiciosos planes para considerar, consternados, las cuantiosas pérdidas que las continuas huelgas acarreaban. En esta circunstancia, el general Primo de Rivera dio un golpe de Estado, «para salvar a España de los profesionales de la política», en setiembre de 1923, y no sólo contó con la inmediata adhesión de la burguesía, de la Iglesia y del ejército, sino con la del propio rey, que lo llamó *Mi Mussolini*. Se conoce que don Alfonso estaba tan preocupado como los burgueses, y por idénticas razones. En cuanto al PSOE y a la UGT, se manifestaron ambiguos y neutrales. Sólo la CNT estuvo abiertamente en contra del dictador. Los comunistas convocaron a la huelga general, pero eran tan pocos todavía que nadie los escuchó.

Capítulo 86

Primo de Rivera

Primo de Rivera, como todo dictador que se precie, anunció que sólo venciendo una íntima resistencia había dado aquel paso y que, como no albergaba ninguna ambición de mando, bien lo sabe Dios, en cuanto se restableciera el orden dejaría el gobierno en manos capaces. Pero, por lo pronto, disolvió las Cortes y designó un Directorio Militar.

El general era, quizá, algo bruto, paternalista y simple (de lo que se burlaron los intelectuales), pero es indudable que hizo cosas por el país. Lo primero extirpar, de una vez por todas, el cáncer africano, obligando a los ineptos jefes del ejército a retirarse para después, en una operación combinada con los franceses (cuyas posesiones en Marruecos también había atacado Abd el-Krim), desembarcar en Alhucemas y asestar un golpe decisivo al caudillo rebelde. Abd el-Krim se rindió a los franceses declarando: «Me he anticipado a mi tiempo». Con esto se liquidó decorosamente aquella desastrosa guerra colonial.

El general no tenía programa político alguno, salvo el mantenimiento del orden público y la unidad de la patria a todo trance, pero era inofensivo si no se le provocaba e hizo cosas por la paz que merecieron la alabanza de propios y extraños (grupos escolares, pantanos, carreteras, ferrocarriles...), y, aprovechando que la peseta estaba fuerte y la economía nacional en expansión,

creó empresas públicas que todavía perduran de una u otra forma (CAMPSA, Telefónica, Tabacalera, Confederaciones Hidrográficas); pero no consiguió hacerse perdonar por los intelectuales ni por los nacionalistas catalanes. Aunque tuvo muchos partidarios, el partido con el que intentó arrojarse («la Unión Patriótica, para gentes de ideas sanas») nunca cuajó, mientras que, por el contrario, los grupos que se le oponían ganaban fuerza.

En 1929 una combinación de circunstancias lo dejó contra las cuerdas: el *crack* financiero internacional debilitó la peseta, y a los problemas económicos se unió el descontento del ejército (cuyos privilegios intentaba recortar), la labor de zapa de la CNT entre la masa obrera, los alborotos estudiantiles, las intrigas de sus adversarios políticos, las críticas de los intelectuales, los repetidos y chapuceros intentos de golpe de Estado de otros generales, sus conmitones. Primo de Rivera, como un boxeador sonado, bruto y noble, creía contar todavía con el respeto del voluble rey, y declaró a sus íntimos: «A mí nadie me borbonea». Esto ocurría el 29 de enero de 1930. Al día siguiente, Alfonso XIII lo dejó tirado, como había dejado a otros cadáveres políticos en el pasado. (*Borbonear*, un neologismo que data de entonces, significa una forma de engaño político propia de los Borbones). Primo de Rivera se exilió en París, donde murió al mes siguiente.

La crisis parecía haberse salvado con la retirada del dictador, pero la monarquía salía también tocada del ala porque el país, incluidos los mismos que aplaudieron el golpe de Estado siete años antes, no iba a perdonar a Alfonso XIII su complicidad con la dictadura. Durante la dictablanda del general Dámaso Berenguer, que sucedió a Primo de Rivera, crecieron los desórdenes, mientras fuerzas políticas opuestas coincidían en la necesidad de derribar a la monarquía (republicanos, nacionalistas catalanes, intelectuales). Incluso los liberales, hasta entonces monárquicos, se pasaron con armas y bagajes al campo republicano. En Jaca fracasó un intento de pronunciamiento de signo republicano y se saldó con el fusilamiento de los tenientes Galán y García Hernández, que inmediatamente fueron entronizados en el santoral laico republicano. Algunos de los intelectuales más prestigiosos del momento (Ortega y Gasset, Marañón, López de Ayala, entre ellos) se agruparon en la asociación Al Servicio de la República.

Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 mostraron que las

ciudades más importantes eran mayoritariamente republicanas. Los votos de los pueblos, todavía no escrutados, hubieran inclinado la balanza a favor de la monarquía, pero estos votos se despreciaban en los ambientes izquierdistas por considerarse manipulados por los caciques. El caso es que los madrileños, cuando supieron los resultados parciales, se echaron a la calle un tanto prematuramente a proclamar la República, y Alfonso XIII, amedrentado por las declaraciones del Comité Revolucionario, hizo las maletas y abandonó el país con cierta precipitación.

Capítulo 87

El rey no tiene quien le escriba

El exilio abrió un penoso capítulo de la vida del rey. Como no había motivo que justificara el mantenimiento de la ficción conyugal, Alfonso XIII y Victoria Eugenia se separaron, y ella puso en manos de abogados la reclamación de su dote y una pensión alimenticia que los tribunales cifraron en seis mil libras anuales. Al principio, mantuvieron ciertas relaciones, pero más adelante la situación empeoró cuando Alfonso exigió a su esposa que rompiera su estrecha amistad con los duques de Lécera, cuya doble intimidad con la ex reina de España se había convertido en la comidilla de los mentideros del Gotha europeo. Victoria Eugenia, puesta en el disparadero de escoger entre sus amigos y su esposo, le notificó, en inglés, naturalmente: «Los elijo a ellos y no quiero volver a ver tu fea cara».

Al resto de la familia no le fue mejor. Gonzalo, el benjamín hemofílico de la familia, murió en Suiza, en accidente de automóvil, en 1934, a los veinte años de edad. Alfonso, el príncipe de Asturias, renunció a sus derechos sucesorios en 1933 para casarse, contra el parecer de su padre, con una bella cubana, Edelmira Sampedro, a la que había conocido en un sanatorio suizo. Durante tres años la pareja vivió en hoteles de lujo de París y Londres, que la hospedaban gratis a cambio de exhibirse a ciertas horas en los salones y comedores del establecimiento. Después, la cubana se cansó de Alfonso, lo

abandonó y regresó a su tierra. Dos meses más tarde, el infante se volvió a casar con otra cubana, la modelo Marta Rocafort, de la que se divorció a los seis meses.

El infortunado Alfonso vagó durante un tiempo por los *cabarets* de Miami y, en un par de ocasiones, hubo que hospitalizarlo porque su salud se deterioraba. Finalmente, murió desangrado, tras un accidente de circulación, cuando conducía el coche de su más reciente amiga, la cigarrera de *cabaret* Mildred Gaydon.

El segundo hijo de Alfonso XIII, don Jaime, es otro caso patético. Tampoco conoció el amor de una familia, pues sus padres sentían un íntimo rechazo por este hijo que también nació tarado. No padecía hemofilia, pero su constitución era tan enfermiza que tuvieron que enviarlo con cuatro años a un sanatorio antituberculoso suizo. Al regreso, medio año después, sufrió una doble mastoiditis que lo dejó sordo. Su vida fue tan azarosa como un culebrón sudamericano. Era un hombre infantil y débil de carácter, al que dominaron sus dos esposas sucesivas, Enmanuela Dampierre, que lo abandonó por un amante, y la divorciada prusiana Carlota Tiedemann, cantante de *cabaret* (a la que los monárquicos presentaron como cantante de ópera), que también le fue infiel. De sus dos hijos, habidos con la primera esposa, Alfonso y Gonzalo, el primero casó con la nieta mayor del general Franco y fue tan desdichado como su padre.

Las dos infantas, Beatriz y María Cristina, se casaron con aristócratas italianos de segundo rango. Del infante don Juan, en el que abdicó Alfonso XIII, ya hablaremos más adelante.

Capítulo 88

La Segunda República

La Segunda República se inauguró con excelentes auspicios y con las mejores intenciones: establecer un Estado democrático, regionalista, laico y abierto a amplias reformas sociales. El proyecto quedó, al principio, en manos de un gobierno de coalición débil, presidido por Alcalá Zamora e integrado por facciones de muy distinto pelaje; pero, después de las primeras elecciones, escoró hacia Izquierda Republicana, y los socialistas dejando en franca minoría a moderados y republicanos católicos.

Desde octubre de 1931, el presidente Manuel Azaña se esforzó por sentar las bases de una democracia moderna, formando un gobierno integrado por Izquierda Republicana y los socialistas. El líder de la UGT, Largo Caballero, al frente del Ministerio de Trabajo, organizó sindicalmente a la masa obrera, pero no pudo impedir que muchos trabajadores, descontentos por la creciente burocratización de la UGT, se inclinaron hacia el otro sindicato, la CNT, más radical y menos comprometido con el gobierno y cuya ideología acabó identificándose con la Federación Anarquista Ibérica (FAI), más inclinada a conseguir sus objetivos por las bravas.

La legislación reflejó prontamente este desequilibrio político. La izquierda en el poder, fiel a sus tradicionales postulados anticlericales, arremetió contra la Iglesia y el Ejército, a los que consideraba, no sin razón, sus enemigos

tradicionales y los sostenes del viejo régimen que pretendían abolir. Los ateneístas que suministraron la munición dialéctica eran, algunos de ellos, capaces de componer un buen soneto, pero ignoraban la regla del tres y no advirtieron que, dadas las circunstancias, lo prudente era arrimar el hombro para paliar el paro y la inestabilidad social heredados de la crisis económica mundial, y templar gaitas con la escamada derecha en lugar de enmendar la plana a la historia resucitando agravios y poniendo al cobro viejas deudas de la derrotada facción conservadora. La secreta aspiración del gobierno de la República era librar a la sociedad de la influencia de la Iglesia. Al «anticlericalismo estrecho y vengativo» (Madariaga *dixit*) de muchos republicanos se sumó un revanchismo frentepopulista, que cándidamente se creía en condiciones de acabar con el poder de la Iglesia. En fin, que los republicanos, como eran legos en materia de gobierno, forzaron tanto el motor que lo quemaron. Para abrir boca declararon que la República era aconfesional, concedieron prioridad a la disolución de las órdenes religiosas, permitieron el matrimonio civil y el divorcio, y planearon arrebatarse a la Iglesia, a medio plazo, la educación de la juventud, su feudo tradicional, impulsando la educación laica y multiplicando las escuelas. La Iglesia, que sabe más por vieja que por Iglesia, se había propuesto, desde mediados del siglo XIX, controlar la educación, especialmente la de la infancia y primera juventud, cuando las conciencias son más moldeables y pueden acatar, sin cuestionarlos, los dogmas de fe. Los gobernantes republicanos, ignorantes del tremendo poder de la institución, no sólo le arrebataron esta irrenunciable parcela, sino que, además, toleraron la quema de templos y conventos por elementos incontrolados (mayo 1931) con el argumento de que un ciudadano es libre de ir por la calle con una lata de gasolina. Así, cuando el ciudadano penetraba en un templo, esparcía el líquido inflamable y le arrimaba una cerilla, ya era demasiado tarde para frustrar su propósito.

Quizá fuera la arrogancia que dan los votos. Los que tenían que dirigir el país con prudencia, vista larga y paso corto desoyeron las voces de alarma que se alzaban en su propio bando avisando de que atacando a la Iglesia enemistarían a media sociedad contra la República. Fatal error de cálculo, porque la Iglesia, a pesar de los embates del liberalismo, conservaba un inmenso peso social y disponía de veinte mil púlpitos desde los que señalar a

las gentes de orden el origen de todos los males y sus posibles remedios. También disponían de dos mil años de experiencia en la persuasión de las masas.

Los ánimos se fueron caldeando. Incluso Azaña, una de las inteligencias más despiertas que han gobernado España, sucumbió a la tentación de introducir en su vocabulario mitinero la desafortunada expresión *triturar* para anunciar lo que pensaba hacer con el bando contrario.

Como la alegría no dura mucho en la casa del pobre (y el país era pobre de solemnidad), sonaron a lo lejos tambores de guerra, aguándole la fiesta a los más discretos: el pronunciamiento de Sanjurjo (1932), la matanza de Casas Viejas (1933) y los actos de clausura de la revolución de Asturias, organizados por Franco (1934).

La sociedad, crecientemente politizada, se hallaba escindida en dos bandos cada vez más intransigentes: derechas, predio de burgueses y ricos, e izquierdas, refugio de los parias de la tierra y desheredados en general. Católicos de toda la vida por un lado; agnósticos, muchos de ellos recientes, por el otro. Sombrero flexible, casino, club y Círculo de Labradores por un lado; gorra menestral, taberna, blusón y alpargatas por el otro, y cada bando considerando al opuesto como una amenaza intolerable.

Cada parte pretendía catequizar a la contraria y convertirla a su estilo de vida, y si ello no fuera posible, por lo menos, exterminarla. Dado que el país era más fértil en analfabetos y hombres de acción apasionados y montaraces que en caviladores y contemplativos, el bagaje ideológico de cada bando se redujo a media docena de consignas fáciles de recordar. Los del bando republicano, muchos de ellos personas regladas que acataban, por convicción y costumbre, la moral cristiana, fueron acomodándose, no sin cierta íntima resistencia, a los principios del amor libre; al propio tiempo, muchos derechistas de suyo disolutos volvieron a usar el escapulario y acataron, al menos externamente, el magisterio de la Iglesia. Eran contradicciones que, como el personal tenía poca costumbre de pensar por su cuenta, no fueron cabalmente advertidas por los interesados.

La Iglesia, como ya había probado casi siglo y medio antes, cuando puso al país en pie de guerra contra los franceses, extendió su manto para cobijar a la derecha descontenta y aglutinarla en una fuerza única y coherente que

repeliera los desmanes de la izquierda. La burguesía, el capital y el funcionariado, que temían por sus propiedades o sus privilegios de clase, no se hicieron de rogar y se unieron, con más o menos entusiasmo, al frente común constituyendo la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), cuyo miembro más representativo era Acción Popular, el partido de Gil Robles.

Capítulo 89

El escándalo del estraperlo

Los partidos de la oposición (partidos católicos, carlistas navarros y radicales de Lerroux) no le proporcionaron a Azaña tantos quebraderos de cabeza como los nacionalistas catalanes, que estaban dispuestos a independizarse aunque fuera con la fórmula intermedia de la federación. Azaña, haciendo equilibrios de funambulista, consiguió consensuar a catalanistas y conservadores, y la cosa quedó en una Generalidad semiindependiente, administrada por Esquerra Catalana (Luis Companys).

Se produjeron, luego, ciertas disensiones. Los socialistas abandonaron la coalición gubernativa y dejaron a Azaña solo delante del toro de una derecha robustecida, que triunfó en las elecciones de 1933. La derecha triunfaba en Europa: Hitler y Mussolini eran populares, y aunque los más perspicaces observadores señalaban que no eran trigo limpio, la burguesía europea los apoyaba como antídoto contra el comunismo. Cualquier alternativa política que conjurara el peligro de la revolución obrera parecía buena.

Los socialistas no podían consentir que el gobierno centroderechista de Lerroux, apoyado por la CEDA y los monárquicos, demoliera lo que la República había construido trabajosamente en su etapa anterior e indultara a los golpistas de Sanjurjo. Comenzaron a promover huelgas y movilizaciones: la CNT, en su feudo zaragozano; la UGT, en el campo. El creciente deterioro

de la situación desembocó en la revolución de octubre de 1934, que fracasó en Madrid y Barcelona, pero triunfó en Asturias. Al río revuelto, Companys declaró la independencia de Cataluña, que quedó algo apagada ante los ecos que llegaban de Asturias, donde los comités mineros amotinados se ensañaban con las propiedades de los capitalistas y contra sus medios de producción.

La situación parecía intolerable en un Estado de derecho. El gobierno envió al ejército de África y sofocó sangrientamente la revolución. Por uno de estos guiños que a veces tiene la historia, los asturianos, tan orgullosos de la gesta de Covadonga, padecieron la represión de un ejército en el que abundaban los regulares moros.

Cayó el gobierno, claro, pero fue sustituido por otro muy parecido, que fue igualmente fugaz, y desacreditado, Lerroux especialmente, por el escándalo del *straperlo*. Esta fea palabra, que hoy ha quedado incrustada en el castellano como sinónimo de mercado negro y asunto turbio, es fruto del acoplamiento de los apellidos de un tal Strauss, holandés, empresario de juegos de azar en Niza, y de Perle, su socio capitalista. Estos individuos habían ideado un juego de sociedad basado en una especie de ruleta y pretendían introducirlo en los países de Europa donde estaban prohibidos los juegos de azar, entre ellos España. La bolita pasaba por un número, y si el jugador era rápido de reflejos, podía hacer un cálculo mental y adivinar en qué otro número iba a detenerse. Eso era para abrir boca, porque cuando el personal se caldeaba y las apuestas alcanzaban cifras respetables, los cálculos fallaban, y el apostador perdía hasta el último céntimo. La maquinita ya había funcionado en Holanda, por breve tiempo, y el gobierno la había prohibido. Strauss, Perle y el séquito de sinvergüenzas que los acompañaban, entre ellos un boxeador y una actriz, se trasladaron a Madrid dispuestos a conseguir el permiso en España, y acudieron a Aurelio Lerroux, hijo adoptivo de don Alejandro, al que entregaron dos relojes de lujo, uno para su ilustre padre y otro para el ministro de la Gobernación. Es posible que el soborno ni siquiera alcanzara a sus destinatarios, pero, en cualquier caso, los promotores obtuvieron la licencia necesaria. Unos días después, la maquinita comenzó a funcionar en el casino de San Sebastián, pero el gobernador civil la prohibió tres horas después. Algo parecido ocurrió en un hotel de Mallorca en el que los promotores intentaron implantar el invento.

En vista de las dificultades, Strauss escribió a Lerroux lamentándose del fracaso de su empresa, y tras informarle de la implicación de su hijo adoptivo y de otros políticos de su partido, solicitaba una elevada cantidad en concepto de indemnización. Lerroux ignoró la carta del chantajista y una segunda comunicación, incluso más explícita. Entonces, el estafador fue con el cuento a don Manuel Azaña, el más encarnizado enemigo de Lerroux, que, a su vez, se lo contó a Alcalá Zamora y a Prieto, con el que por entonces estaba a partir un piñón. El asunto se debatió en las Cortes, con intervención del fiscal del Estado, y cautivó a la prensa. El escándalo de los sobornos, hábilmente jaleado por los enemigos de Lerroux, dio al traste con el Partido Radical, pues salpicó no sólo a Lerroux, a la sazón ministro de Estado, sino a toda su plana mayor y, lo que es peor, desprestigió a la República.

Capítulo 90

Vísperas de sangre

En febrero de 1936, el Frente Popular, la amplia coalición de izquierdas, ganó las elecciones por estrecho margen. Las posturas de los dos bandos se habían ido radicalizando. Ya las izquierdas exigían sin ambages la dictadura del proletariado. Las ideas de la Revolución de Octubre (soviética) iban calando en la masa obrera cada vez más aperreada y descontenta. El Partido Comunista, que unos años antes era casi inapreciable, crecía como la espuma.

Por la derecha, los éxitos del fascismo en Italia y Alemania, y la alarma causada por el crecimiento de los partidos marxistas, animaban igualmente a la radicalización de posturas. Ya se iba llegando a las manos, como precalentamiento, para lo que se veía venir. Jóvenes falangistas se enfrentaban, en reyertas callejeras, con bandas de las juventudes socialistas y comunistas. La derecha, apiñada en el Frente Nacional, cortejaba a los militares animándolos a pronunciarse.

El caso es que los militares ya habían fracasado en un pronunciamiento prematuro, el del general Sanjurjo, cuatro años antes. Pero esta vez organizaron mejor las cosas y dejaron la coordinación al general Mola, al que por algo apodaban *el Director*.

El deterioro del orden público culminó con los absurdos asesinatos del teniente Castillo, notorio izquierdista, y del líder de la derecha parlamentaria,

Calvo Sotelo. Éste fue el fulminante que provocó la explosión. Como en el caso de la quema de conventos, que tanto favoreció a la derecha años atrás, el gobierno no supo prever que una acción semejante podía acarrear su ruina.

Finalmente, la España y la Antiespaña, el Espíritu y la Materia, el Bien y el Mal, la Verdad y la Mentira, llegaron a las manos como en el entrañable lienzo de Goya, en el que dos labriegos, enterrados hasta las rodillas, se tunden a palos. Sobre cuál de las dos Españas era la mala y cuál la buena, si es que alguna era buena, hay diversidad de opiniones. Lo que está fuera de toda duda es que cada una se creía la buena y estaba convencida de que la otra no tenía derecho a la vida.

La rebelión militar, también denominada *alzamiento*, estalló con éxito en Marruecos el día 17 de julio de 1936, y al día siguiente alcanzó la Península, donde fracasó parcialmente. El territorio quedó dividido en dos zonas, nacional y republicana, o fascista y roja, que libraron una larga y sangrienta guerra de tres años, hasta que la republicana (o roja) fue derrotada.

Del lado de los rebeldes quedaron Castilla la Vieja, gran parte de Andalucía, Galicia y Navarra, zonas eminentemente agrícolas. Del lado de los leales a la República, Madrid, Cataluña, el País Vasco y Levante, lo que en principio determinaba una cierta división entre la España agraria, tradicional y conservadora, y la urbana, industrial y revolucionaria. Los republicanos tenían el acero y la industria; los rebeldes, las lentejas. Cada cual tuvo que buscar en el extranjero lo que le faltaba.

El aplastamiento de la rebelión en Madrid y Barcelona se había debido, más que al gobierno, cuya reacción fue torpe y tardía, a la heroica y oportuna actuación de las organizaciones obreras constituidas en milicias. En los primeros meses de la guerra, estas milicias arrebataron al gobierno legítimo la dirección de las operaciones. Con funestos resultados porque la guerra, en manos de aficionados, entre los cuales había un alto nivel de indocumentados y analfabetos, no pudo ir peor frente a los rebeldes, que eran militares de carrera. Es cierto que muchos de ellos, panzones y rancios, no podrían ser considerados genios de la guerra, pero por lo menos tenían cierta experiencia de Marruecos. Además, la sociedad que habían venido a liberar los respaldó con entusiasmo, pues la facción republicana, uniendo a sus errores militares otros políticos, prácticamente había empujado a las gentes de orden a los

brazos de la derecha. Ya hemos mencionado el enorme poder de la Iglesia sobre la opinión de la clase media española. Por si el colegio episcopal albergaba alguna duda sobre el bando al que le convenía apoyar, en la euforia revolucionaria del primer trimestre de la guerra, los elementos incontrolados del bando republicano asesinaron a cerca de ocho mil religiosos y religiosas, entre ellos a trece obispos, y saquearon e incendiaron gran cantidad de templos. Pío XI elevó su mano blanca y delicada, los dedos índice y corazón suavemente flexionados, y bendijo al bando nacional. Los obispos se calaron firmemente la mitra para predicar una cruzada contra los enemigos de la religión, como en los tiempos de Ricardo Corazón de León.

El general Franco, jefe aceptado del grupo rebelde, estaba muy necesitado de legitimidades. Por lo tanto, agradeció la deferencia devolviendo a la Iglesia sus privilegios y prebendas, y consagrando al catolicismo la Nueva España que emergería de la guerra. Más aún: los cardenales fueron equiparados a generales de brigada y el Santísimo recibió, en lo sucesivo, honores militares.

La Iglesia canjeó su aval político por la recuperación de sus privilegios: se derogaron las leyes ateas de la República y se restablecieron las leyes de inspiración católica del antiguo régimen, con implantación de la pena de muerte y supresión del matrimonio civil, del divorcio y de la coeducación.

Capítulo 91

Vientos de guerra me llevan

Mientras los distintos partidos y tendencias del bando nacional se unían como una piña y aplazaban sus diferencias para cuando se ganara la guerra; en el bando republicano la autoridad quedaba difuminada entre un sinfín de organizaciones obreras, comités, sindicatos, milicias y cantones. En lugar de arrimar el hombro en la empresa común hasta constituir un frente sólido y coordinado contra los rebeldes; en lugar de aplazar la revolución social para después de la victoria, se dieron a colectivizar la producción, y a gestionar democráticamente industrias y explotaciones cuyo funcionamiento desconocían. Ya lo dejó dicho Azaña en sus memorias: «Rodeado de imbéciles, gobierne usted si puede». Faltaban oficiales en el frente, especialmente los imprescindibles mandos medios, y faltaban cuadros técnicos en la retaguardia.

En 1937, las utopías revolucionarias del bando republicano se desvanecieron. La grandeza, el sacrificio y el idealismo de los primeros días se convirtieron en mezquindad y codicia sobre el botín cobrado a la clase perseguida. Otra vez la secular envidia española tomaba pretextos en la justicia social. Mientras la turba de grupúsculos, comités y organizaciones de izquierdas se ponía de acuerdo sobre quién reunía mayores méritos para dirigir al resto, Franco había desembarcado en Andalucía y avanzaba por casi

todos los frentes. A la incertidumbre sobre el resultado final de la contienda, que poco a poco se iba abriendo camino incluso entre los más optimistas, se sumaba la dura realidad de la escasez, consecuencia del insensato derroche del período precedente. La sufrida población civil fue aprendiendo a engañar el hambre con pipas de girasol e inventó las chuletas sin carne y la tortilla de patatas sin huevo y sin patatas. Mientras tanto, los comunistas predicaban en el desierto por una dirección unitaria (la suya, claro está) en la coyuntura bélica, pero las otras organizaciones obreras seguían erre que erre en sus rencillas: los militantes de la CNT, divididos sobre la conveniencia de tomar parte activa en un gobierno (ellos estaban contra cualquier forma de gobierno), y los revolucionarios del POUM, sublevados en Barcelona después de desmarcarse del Frente Popular porque les parecía tibio. Los comunistas aprovecharon la ocasión para cobrarse la cabeza de Largo Caballero, su adversario político, al que hacían responsable de todos los males. Las turbias aguas de la izquierda volverían a su cauce con el gobierno de Juan Negrín, coalición de socialistas, comunistas y republicanos.

Con Franco a las puertas de Madrid, parecía que la partida estaba decidida pero entonces el esfuerzo heroico del ejército del centro, hábilmente dirigido por el general Miaja y considerablemente reforzado por las Brigadas Internacionales (de inspiración comunista) y por las nuevas armas rusas, consiguió aplazar la derrota y prolongar la guerra por espacio de dos sangrientos años.

El esfuerzo bélico requería suministros de armas, munición y carburante, que sólo podían llegar del extranjero. No faltaron generosos padrinos que respaldaron a cada bando, según afinidades y conveniencias. Las naciones totalitarias, Italia y Alemania, prestaron decidida ayuda al bando rebelde, mientras que las democracias occidentales, Inglaterra y Francia, que teóricamente apoyaban al bando republicano, alegaron el acuerdo de no intervención para maquillar su escaso entusiasmo ante la perspectiva de una España republicana en manos de elementos comunistas del Frente Popular. Ellos, aunque democracias, eran gente de orden y de derechas. Por eso, crearon las condiciones esenciales para que Franco triunfara y le hicieron llegar la gasolina que había de mover los aviones alemanes y las tanquetas italianas. La única que puso toda la carne en el asador (aunque también se lo

cobró con el oro del Banco de España) fue la Unión Soviética, lo que parece natural. A ella le interesaba la implantación de un satélite comunista en el vientre blando de Europa. La popularidad ganada con su apoyo determinó, ya lo estamos viendo, un inusitado crecimiento del Partido Comunista, que antes de la guerra no era muy numeroso. Algo parecido ocurrió, en el bando nacional, con el partido falangista crecido a imagen y semejanza del partido fascista italiano.

Dos ataques nacionales algo prematuros sobre Madrid terminaron en sendos descalabros (batallas del Jarama, febrero de 1937, y de Guadalajara, al mes siguiente, donde los expedicionarios italianos no se cubrieron de gloria). Después, la balanza se mantuvo en el fiel durante unos meses, pero, ya entrado 1938, se vio claro que ni siquiera «los tanques y los aviones rusos evitarían la ruina de la República». Franco comprendió que las uvas no estaban maduras, se armó de paciencia, dejó en paz Madrid y se fue con la música a otra parte, al Cantábrico, atraído por la mayor concentración industrial republicana. La gran obertura resultó quizá más sonada de lo que había previsto, pues el bombardeo de Guernica por aviones alemanes de la Legión Cóndor (donde Hitler montó su banco de pruebas para lo que habría de venir en Europa unos años después) tuvo repercusiones internacionales muy negativas para el bando nacional, la más duradera en el Guernica, el famoso cuadro que pintó Picasso, un lienzo impresionante, apaisado, destinado a sustituir el relieve de la Santa Cena en la devoción de los hogares progres de los años sesenta y setenta. (El conocido dibujo del Che Guevara sustituiría, por su parte, el retrato vertical del Sagrado Corazón de Jesús).

En medio año, Franco conquistó el norte. Con el acero vasco, el carbón asturiano y los jureles del Cantábrico del lado rebelde, la balanza se inclinaba decisivamente hacia los nacionales. Ya se sabía quién iba a ganar la guerra. Sólo era cuestión de tiempo. Entonces, Franco volvió sus ojos hacia Madrid, que nuevamente se daba ánimos con el «no pasarán». Los republicanos, en un intento por aliviar la presión enemiga, lanzaron una potente ofensiva por la zona de Teruel. A muchos grados bajo cero, con la piel adherida a tiras a los cañones helados de los fusiles, los dos bandos se zurraron durante interminables semanas en penosísimas condiciones. Franco no sólo recuperó Teruel, sino que prosiguió su avance hasta alcanzar el Mediterráneo a la altura

de Vinaroz, dividiendo el territorio enemigo en dos zonas incomunicadas. El siguiente paso era descender hasta conquistar Valencia, la capital republicana desde la evacuación de Madrid. Parecía que el ejército de la República había perdido toda iniciativa y sólo aspiraba a ganar tiempo y retrasar en lo posible el fatal desenlace.

Entonces, estalló la bomba, la gran sorpresa, la noticia en titulares de todos los periódicos del mundo: en la madrugada del 25 de julio de 1938 los republicanos contraatacaron y cruzaron el Ebro, abriendo brecha en el sorprendido flanco rebelde, por la que introdujeron seis divisiones completas. Comenzaba la batalla del Ebro (cien mil bajas). Los nacionales, dueños del aire, lograron frenar el avance republicano al día siguiente. Estabilizado el frente, Franco recuperó la iniciativa y durante los dos meses siguientes lanzó hasta siete ofensivas, que el ejército republicano contuvo a costa de rebañar y sacrificar sus últimas reservas. Al final, tres meses y tres semanas después del inicio de la aventura, la República cedió los cuatro palmos de tierra que había ganado y regresó al otro lado del río. Estaban como al principio, pero la izquierda carecía de fuerza para prolongar la resistencia. Por otra parte, las democracias occidentales la habían desahuciado. Con Hitler suelto por Europa, no estaba el horno para bollos y cada cual se estaba tentando la ropa.

La conquista de Cataluña fue un paseo militar mientras el bando republicano se enzarzaba en estériles discusiones sobre qué grupo político era el responsable de que perdieran la guerra. Después, recobraron la sensatez para decidir si convenía tirar la toalla o seguir recibiendo leña del enemigo. Los comunistas querían continuar, pero sus adversarios políticos abogaban por la paz, que evitaría al pueblo sufrimientos inútiles. La hambruna señoreaba la zona republicana.

El siete de marzo de 1939, en Madrid, los comunistas llegaron a las manos con sus adversarios. Veinte días después, las tropas de Franco entraron en una ciudad donde sus numerosos partidarios (la quinta columna), y los conversos del miedo o la conveniencia se echaban a la calle con saludos brazo en alto y tremolar de patrióticas banderas rojas y amarillas. En los campos de España, criaban malvas unos trescientos mil muertos. En el exilio (europeo, hispanoamericano o norteafricano), empezaban a coleccionar nostalgias u olvidos unas cuatrocientas mil personas.

Capítulo 92

¡Franco, Franco, Franco!

El final de la guerra trajo aparejada la forzada reconversión de la España republicana en la España de Franco. Como es natural, la historia la escribieron los vencedores: la patria, prostituida por el liberalismo y embaucada por el marxismo, había estado a punto de sucumbir, pero un valeroso paladín, el invicto caudillo Franco, al frente de la facción más sana del ejército, la había rescatado del borde del abismo. En el forcejeo, cierto es, la había dejado hecha unos zorros, pero la había salvado, que era lo importante. ¿La desampararía ahora, convaleciente y extenuada, en medio de la calle, a merced de las energías disolventes, de los designios subterráneos, del contubernio judeo-masónico, de la Antiespaña? ¿Permitiría el vencedor que nuevamente cayera en las garras del Kremlin, o debía cargar el peso de la tutela sobre sus viriles hombros? Pío XII, el nuevo papa, había proclamado que «de España ha salido la salvación del mundo» y había llamado a España «la nación elegida por Dios, el baluarte inexpugnable de la fe católica». El bando vencedor, que estaba a partir un piñón con el Vaticano, declaró por boca de Franco: «España tiene un destino providencial en esta vieja Europa [...]: salvar del marxismo la civilización cristiana».

Sin un instante de vacilación, el Caudillo y la Iglesia, representantes respectivamente del ejército y de Dios, asumieron la dura tarea. Doctores tuvo

la Iglesia y pensadores el Movimiento Nacional que suministraron, quemando arduas vigiliias, el bagaje ideológico del nuevo régimen.

Por otra parte, Europa se enzarzó en la segunda guerra mundial, y los resonantes éxitos alemanes parecían confirmar que el viento de la historia soplaba del lado de las dictaduras. No obstante, la guerra parecía ir para largo. No era momento de bajar la guardia, sino de permanecer atento, las armas prestas, impasible el ademán, por lo que pudiera venir. Franco estrechó su amistad con Italia y Alemania, y procuró que el prestigio guerrero del Duce y del Führer se reflejara en el suyo propio como Caudillo. En esto se dejó orientar por su entusiasta cuñado, Serrano Suñer, ferviente admirador de los fascismos europeos. Nadaba el Caudillo a favor de la corriente nazifascista sin sospechar que estaba apostando por el caballo perdedor, pero tuvo suerte, la *baraka* mora que lo acompañaba desde sus años de África, y no se implicó directamente en la guerra. La propaganda franquista vendería esta circunstancia, ya a toro pasado, como el triunfo de su astucia gallega sobre las presiones de Hitler y Mussolini. La realidad, según después se ha sabido, es que Franco estaba dispuesto a entrar en guerra, pero al Führer sólo le interesaban el volframio y las naranjas. No obstante, aceptó la División Azul de voluntarios contra Rusia.

¿Cómo era Franco? A los veintisiete años de su muerte una legión de hagiógrafos y detractores se disputan la verdad del personaje y nos dan imágenes distorsionadas y extremas de él, o ángel o demonio. Por poner un ejemplo, mientras sus detractores se mofan de su voz atiplada y maricona, a Jiménez Caballero le «parece bronceína voz con diamantinos armónicos».

Franco era un militar, con las típicas cualidades que imprime ese oficio y las no menos típicas limitaciones que acarrea. Era, además, esposo de doña Carmen Polo, y un jefe de Estado que durante unos cuantos años no las tuvo todas consigo, factores quizá más determinantes de lo que parece. Por eso, hay una imagen del Franquiño adolescente, alegre, parlanchín y bailón completamente distinta a la del Franco adulto, soso, serio y distante como un jefe apache, aquel hombre que dejaba helados a sus interlocutores por su frialdad y falta de cordialidad, pero luego iba de pesca con su dentista y amigo, y cuando estaban a solas, le contaba chistes verdes. Fue un hombre voluntarioso y ambicioso. Sus compañeros de academia lo superaban en

prestancia y estatura; Franquiño los superó en estudio y aplicación, y cuando otros andaban todavía bostezando en aburridas guarniciones peninsulares, él ya había hecho una brillante carrera en la guerra de Marruecos y se había ganado a pulso, balazo incluido, el fajín de general.

No tuvo más pasión que la del mando, que no la hay más alta, y a ella le consagró su vida. Por eso no tuvo inconveniente en seguir el consejo de Mussolini: «Un rey será siempre su enemigo; a mí me pesó mucho no haberme desprendido de la casa de Saboya». Al acabar la guerra se mantuvo en el poder, contra el parecer de algunos generales monárquicos, y evitó restaurar la monarquía, aunque, como era monárquico, nunca dejó de pensar que, después de él, se reanudaría la línea dinástica.

Horno de pasiones, tanto espirituales como físicas, nuestro hombre no tuvo más vicios que la caza y la pesca. Por ese lado, cosechó abundantes éxitos, ya que, dado que la tradición hispánica requería que los alzafuelles de palacio facilitaran hembras al monarca, en su tálamo cinegético nunca faltaron perdices, ciervos, truchas, salmones y hasta una ballena de veinte toneladas.

No era Franco un hombre de gran cultura, pero tampoco tan ceporro como muchos conmitones suyos. Pudo no ser una inteligencia privilegiada, pero fue más listo que sus posibles competidores. Por eso, aunque era el general menos comprometido de los que se sumaron al golpe de Estado, acabó liderándolo cuando la rebelión se había consolidado.

Franco era un producto típico de la burguesía provinciana española, modelada en el regeneracionismo, para la que la decadencia nacional era el castigo que la Providencia imponía a España por sus veleidades liberales y laicas, tan opuestas a la esencia cristiana de nuestro pueblo. También era un gallego pragmático, que, cuando las circunstancias lo requerían, modificaba sus convicciones sin mayor esfuerzo. Como hombre de orden y de derechas repudiaba el liberalismo, la política de partidos y la masonería, y apoyaba el catolicismo como norma de vida. Pero en sus últimos años aceptaba tácitamente que su sucesor tendría que adaptarse a la modernidad europea. A mediados de los sesenta, cuando la presión social reclamaba cierta permisividad sexual, transigió con las iniciativas liberadoras de su joven ministro Fraga Iribarne, aunque no las compartiera: «Yo no creo en esta libertad —confió a Fraga—, pero es un paso al que nos obligan muchas

razones importantes».

Lo mismo debió pensar cuando consintió los contactos del régimen con la socialdemocracia; cuando, cercano a la muerte, barruntaba que su sucesor tendría que restituir España al juego democrático. Era consciente de que en España, ínfimo satélite en la órbita de los americanos, del liberalismo capitalista y de las multinacionales, un país occidental con obreros propietarios del pisito y el coche y con casi todas las letras del televisor en color pagadas, el fantasma del comunismo y de la revolución estaba ya definitivamente conjurado. Cuando asesinaron a Carrero Blanco, autoritario puro y duro, y más franquista que Franco, comentó: «No hay mal que por bien no venga», refrán para el que se han propuesto toda clase de interpretaciones. ¿Querría indicarnos el abuelo que de buena se habían librado los de las trencas, el *rock-and-roll* y haz-el-amor-y-no-la-guerra?

El Caudillo vivía en un palacio dieciochesco, rodeado de muebles antiguos y tapices de Goya. Los obispos lo llevaban y traían bajo palio, pero su alcoba era de una austeridad monástica, de una simplicidad cuartelera: dos camas de caoba cubiertas con colchas verde manzana y separadas por la repisa del teléfono; sobre la mesita de noche, un modesto flexo, y sobre la cómoda, el brazo incorrupto de santa Teresa, bien a la vista, dentro de su artístico relicario.

A base de autodisciplina, como un bonzo nepalí, el Caudillo consiguió dominar sus necesidades fisiológicas. Su legendaria capacidad de retención urinaria atormentaba a sus colaboradores, que, cuando lo acompañaban en un viaje oficial, nunca encontraban ocasión de aliviarse. El ministro Fraga se percató de que el régimen comenzaba a hacer aguas el día que el dictador interrumpió uno de sus interminables consejos de ministros para ir al retrete.

Capítulo 93

Nosotros tenemos dos

La derrota de la República había acarreado el exilio de muchos intelectuales. Nuevos inquilinos, intelectuales de derechas comprometidos con el régimen, ocuparon prestamente los pesebres vacíos de las universidades. Fieles a las consignas, estos estómagos agradecidos suministraron el maquillaje cultural necesario para que España se asemejara lo más posible a sus modelos nazifascistas europeos. Italia y Alemania eran naciones de nuevo cuño, formadas sólo en el siglo XIX, que habían llegado tarde al reparto de los imperios y anhelaban formarlos ahora. Por mimetismo, España, que no tenía dónde caerse muerta (de hambre), dio en soñar con sus tiempos imperiales. Ideólogos al servicio del régimen señalaron las puras esencias de la raza, cuyo cultivo restablecería la pasada grandeza imperial. España, «Unidad de Destino en lo Universal», los Reyes Católicos, el cardenal Cisneros, el «prefiero perder mis Estados a gobernar sobre herejes», el «más vale honra sin barcos que barcos sin honra», el «es preferible morir con dignidad a vivir con vilipendio», comparecieron en todos los discursos. «Trento está en nosotros: somos más papistas que el papa», proclamaba, con orgullo, el rector de la Universidad de Valencia.

Mientras tanto, en los campos de Europa, en los desiertos de África, en las estepas rusas y en el pringoso mar proseguía un pulso emocionante entre

democracias y dictaduras, que llegó a su momento culminante en 1943, cuando se manifestó que el músculo alemán no daba más de sí, en tanto que sus oponentes recibían el refuerzo decisivo de Estados Unidos, con su inmenso potencial económico y humano. Hitler y Mussolini habían perdido la partida.

Los republicanos y liberales, que esperaban que las democracias invadieran España para derrocar a Franco y restablecer la República, sufrieron la gran decepción. La caída de Hitler había favorecido la ascensión de otra dictadura aún más peligrosa, la URSS. Concluida la guerra, a las democracias no les inquietaba tanto una España débil regida por un anticomunista furibundo como la posibilidad de una República manipulada por revolucionarios al servicio de Rusia.

Franco destituyó a Serrano Suñer, guardó la camisa azul en el baúl de los recuerdos y corrigió el rumbo del Estado, manteniéndolo en estricta neutralidad mientras hacía los cálculos para virar hacia las democracias occidentales en cuanto se presentara una coyuntura favorable. Hasta otorgó un paternalista Fuero de los Españoles, que garantizaba a sus súbditos libertad dentro de un orden, del suyo. Pero las democracias no se dejaron engañar y le hicieron el cerco diplomático, más por contentar a sus bases que por un sincero deseo de que cayera. Sólo algunos países autoritarios, como el Vaticano y Portugal, mantuvieron a sus embajadores en Madrid. Y Suiza, siempre tan pragmática y pesetera.

España reaccionó con orgullo hidalgo, despreciando al mundo como la zorra desprecia las uvas. ¿Que no nos quieren? Menos los queremos nosotros. Una muchedumbre enardecida se congregó en la plaza de Oriente un frío 9 de diciembre para testimoniar su inquebrantable adhesión al Caudillo. Entre las pancartas que se agitaban sobre la marea humana, se leía:

Si ellos tienen ONU nosotros tenemos dos.

Como una Albania de los años cuarenta, el asolado país, haciendo de la necesidad virtud, se arrellanó en su sillón frailer, elevó la castaña a categoría de plato nacional y se broqueló de desdén hacia lo extranjero.

«Los falangistas no sentimos hoy nostalgia del bienestar material», se escuchaba en los discursos. «Queremos la vida dura, la vida difícil de los

pueblos viriles», solicitó Franco, y la Providencia escuchó su ruego: a la destrucción de la guerra, sin ferrocarriles, sin fábricas, sin viviendas, se sumaron años de pertinaz sequía. El hambre y el estraperlo fueron el acompañamiento de una década de miseria y sufrimiento, epidemias, sarna, chinches, piojos grises, estilográficas a plazos, lámparas de carburo y gasógenos, talleres de restauración de cepillos de dientes y de carreras de medias, colas de indigentes frente a la sopa sobrante de los cuarteles, tranvías abarrotados, trajes vueltos, retales, sobras, recortes, realquilados... Los extranjeros que visitaron España en aquel tiempo consignan su hedor a paño húmedo, a miseria, a roña acumulada, a aceite refrito, a grasa rancia...

Mientras el país aguantaba los retortijones del hambre y muchos estómagos se habituaban a digerir algarrobas, en las tribunas resonaban las sustanciosas palabras del viejo tronco castellano: *viril, jerarquía, imperial, señero, vibrante, agosto*, a las que se añadió una nueva, la más brillante, un préstamo de Mussolini, aunque la vendieran como recién salida del troquel de la lengua: *autarquía*. *Autarquía* significaba «autoabastecimiento», apañarse con lo propio sin ayuda ajena. Había que cerrar las puertas al corrupto mundo exterior. Hasta el diccionario se expurgó de extranjerismos: el coñac se rebautizó *jeriñac*; la ensaladilla rusa se llamó *imperial*, y hasta Margarita Gautier trocó su apellido gabacho por el autóctono Gutiérrez por voluntad de un gobernador civil.

La minoría idealista de los vencedores, cada vez más minoría, se ahogó en la burocracia y en la vacua retórica. El vivir cotidiano se tejía sobre una urdimbre de complicidades, de corruptelas, de especulación, enchufismo, tráfico de influencias, cohechos... Agustín de Foxá diagnosticó: «Tenemos una dictadura dulcificada por la corrupción». Encima de esta olla podrida flotaba el inconfundible aroma de la beata burguesía.

Catolicismo y nación se fundían y confundían en perfecta simbiosis. La Iglesia recuperó, con aumentos, sus antiguos privilegios y se adueñó nuevamente de la educación del pueblo o, al menos, de la educación de la burguesía y de las clases medias, de la que saldría la clase dirigente del futuro (porque, consciente de sus limitaciones, desistió de evangelizar a la clase humilde).

La radio, eficaz instrumento del régimen, suministró la necesaria evasión a

muchas familias, que bostezaban con el estómago medio vacío en torno al desmayado brasero: partidos de fútbol, corridas de toros, seriales radiofónicos, quiniela semanal, copla patriótica de Conchita Piquer y Pepe Blanco y, sobre todo, los niños de San Ildefonso cantando el gordo de la lotería nacional sobre la que tantos sueños se cimentaban. Lo que no había era pan para todos.

Capítulo 94

La providencial guerra fría

En 1948, el bloqueo ruso de Berlín y la expansión del comunismo en China contribuyeron a despejar las nubes del horizonte patrio. Comenzaba la guerra fría, y Franco, visceral anticomunista, ganaba simpatías en el mundo libre. El Caudillo cobró confianza y anunció: «Los tiempos difíciles han pasado», pero luego, recordando la depreciación de la peseta y la creciente inflación, atemperó su optimismo y añadió, como si su fe en la autarquía zozobrase: «Necesitamos imperiosamente producir». Comenzaron los cambios. Discretamente desaparecieron de las cartas oficiales los saludos y las fórmulas vagamente fascistas. España se disponía a salir de su aislamiento para incorporarse a Europa. Los aparatosos haigas de los estraperlistas comenzaron a ceder terreno a los primeros Volkswagen o *Graciasmanolo* (por Manuel Arburúa, el ministro que concedía licencias de importación a sus enchufados). Era la avanzada de la clase media europea, próxima a hacerse carne y habitar entre nosotros.

En los míseros años cuarenta, la depauperada España no lograba levantar cabeza; en los cincuenta, escarmentada del fatigoso carril de las rutas imperiales, se instaló en carreteras de tercera, que la condujeron, con baches y pinchazos, a las actuales autovías de peaje.

El gran cambio sobrevino entre 1952 y 1953. De pronto, terminaron las

restricciones de agua y luz, desaparecieron las cartillas de racionamiento y se alcanzó la renta per cápita de antes de la guerra. El régimen recibió el respaldo internacional tras sus acuerdos con Estados Unidos, y Franco se vistió de paisano y abrazó a Eisenhower en Barajas. (A Hitler, en Hendaya, sólo le había estrechado la mano, aunque, eso sí, entre las dos suyas y muy cordialmente). Los americanos no nos suministraron locomotoras, como a los países del reciente Plan Marshall, pero nos socorrieron con sus excedentes de mantequilla, queso en lata y leche en polvo. Tampoco aportaron infraestructura industrial, pero enviaron al padre Peyton para que nos predicara la Cruzada del Rosario en Familia («La familia que reza unida, permanece unida»). La familia española estaba tan unida en torno al brasero de la mesa camilla que jamás hubiera pensado en disgregarse, pero, no obstante, el sueño americano reforzó la dimensión espiritual del vínculo. Fue un amor correspondido: España abierta de piernas, hechizaba al americano con tablaos flamencos, vino barato y alegría; el americano ponía Hollywood y el *Reader's Digest*.

Los primeros signos de progreso material no se hicieron esperar. Como si una varita mágica nos hubiera tocado, la cochambrosa sala de estar se transformó en *living*, a las incómodas sillas de enea sucedió el tresillo de cretona estampada mixto de skay verde con tachuelas blancas; el brasero dio paso a la estufa de gas butano; el anafe de soplillo, a la cocinita de petróleo; el disco de baquelita, al microsurco; los calzoncillos hasta las rodillas, al *braslip*; la mastodóntica motocicleta Ossa, a la grácil Vespa; el carricoche de tracción animal, al motocarro. Llegaron las ollas a presión, los cacharros de aluminio y acero inoxidable, los fregaderos de marmolina, las medias de nailon, el tergal inarrugable, las lavadoras automáticas, el colchón de muelles, las cafeterías con camareras, el plexiglás, los pisitos a plazos, los bolígrafos... La gente firmaba resmas de letras, heraldos del consumismo, con inocente entusiasmo. Creció el poder adquisitivo, creció la esperanza, creció el pluriempleo; los bancos extendieron su benéfica obra social hasta cubrir al completo a la ciudadanía; crecieron la especulación del suelo y el desorden urbano.

El agro hizo las maletas (de madera, atadas con cuerdas) para trasladarse a la ciudad, donde se malvivía mejor que en el campo.

Más de un millón de campesinos echó dos vueltas de llave a la

desvencijada casa del pueblo y se hacinó en chabolas de chapa y uralita a las afueras de la gran ciudad. Se adivinaban las primeras grietas en el compacto edificio de la España eterna.

Capítulo 95

«Frigidaire» y burro-taxi

La década que abarca de 1957 a 1967 constituye el período decisivo del franquismo. El Caudillo, con su proverbial astucia, se percató de que, salvados los traidores bajíos de la política internacional, la nave patria enfilaba ya, viento en popa, los escollos de una economía desastrosa. Renovarse o morir. Había que dejarse de pamemas y echarse en brazos del sistema capitalista y de la economía de mercado. Franco se afeitó el bigotito, archivó las carpetas del proyecto autárquico y desatornilló de sus poltronas a unos cuantos ministros falangistas para sentar en ellas a jóvenes tecnócratas opusdeístas.

Una bocanada de aire fresco, con ciertos efluvios a incienso, circuló por las camarillas del poder. Elegantes ministros y pulidos subsecretarios se movían con soltura con la estampa de san Ramiro de Maeztu en la billetera, junto a la foto de familia numerosa («Nos han hecho ministros», se felicitó san Josemaría Escrivá, marqués de Peralta). Los españoles que cada noche salían al balcón, muchos en camiseta, otros en pijama a rayas, a escrutar el firmamento en busca de la parpadeante lucecita del *Sputnik* no eran conscientes de estar doblando la bisagra de una nueva era, ni advertían que después de tres lustros de difícil equilibrio en el trampolín de la escasez, se estaban columpiando sobre el embalse del aperturismo, de la liberalización,

del neocapitalismo, de la abundancia consumista, de la sociedad del confort. La zambullida nos tomó por sorpresa. En un santiamén, se abrieron las esclusas, y dos millones de trabajadores españoles se vaciaron sobre Europa, mientras cuatro, seis, ocho millones de turistas europeos en paños menores trashumaban cada verano a nuestras cálidas playas, ávidos de insolación, de paella, de sangría y de burro-taxi *typical*. El negocio de exportar pobres e importar ricos atascaba de divisas las arcas del Estado; por otra parte, crecían las inversiones extranjeras, aprovechando que los salarios eran bajos y no había huelgas. Había que ser muy mal nacido y radioescucha de la emisora Pirenaica para negarse a admitir que el pueblo disfrutaba de un bienestar sin precedentes. Gas butano, tresillos de skay adornados con pañitos de croché y cojines de lana, secador de pelo, batidora Turmix, frigorífico, transistores vía Ceuta o Andorra, muebles de formica y diseño nórdico, cuartos de baño con bidé en una de cada cuatro viviendas, agua caliente en una de cada dos, utilitario familiar. Del subdesarrollo pasábamos al consumismo; del desempleo, al pluriempleo. Un mundo nuevo amanecía.

Franco, como un viejo patriarca rodeado de numerosa y feliz familia, podía sentirse orgulloso. Pero no se durmió en los laureles: se multiplicaba, timoneaba la nave del Estado con pulso firme, inauguraba pantanos, se hería en la falange (con minúscula) «estando cazando en El Pardo», capturaba una ballena en el Cantábrico y enviaba la pelota de golf más lejos que nadie. Había paz (XXV Años, en 1964), había pan, había fútbol, había concursos («Un millón para el mejor»), había quinielas millonarias. ¿Qué más podíamos desear? Vivíamos mejor que nadie. Por las carreteras españolas los primeros Seat 600 iniciaban su tímido rodaje en manos de inexpertos neoconductores. Los primeros Planes de Desarrollo iniciaban su tímido rodaje en manos de inexpertos ministros de Economía proclives a los frenazos y a los acelerones.

España, como una prometedora adolescente bien nutrida, daba el estirón. Quizá quedaba algo desgachada y asimétrica: en la costa, jornal seguro de albañiles y camareros; en el interior, pasaporte y maleta para Alemania. Arreciaba el éxodo del campo a la ciudad. Desertores del arado dejaban el pueblo, las boinas capadas, las tocas negras y los valores morales, hasta entonces salvaguardados por el qué dirán de un vecindario chismoso, y se volvían permisivos y modernos en cuanto desembarcaban en el anonimato de

la gran ciudad. La cartilla de ahorros se olvidó en el fondo del secreter de la cómoda, la gente vivía al día, quería disfrutar y resarcirse de las privaciones pasadas, consumía en cómodos plazos: «Compre ahora y pague después».

La Iglesia y el Estado franquista se habían prometido amor eterno apenas acabada la guerra. El Concordato de 1953 fue su boda formal. España, como una novia bonita y morena, aportaba como dote los ministerios de Educación e Información. La Iglesia se las prometía felices, pensando que, con esos dos instrumentos en la mano, tenía asegurada su influencia durante otros mil años. No advirtió que la novia iba preñada de modernidad y que las débiles costuras ideológicas del traje nupcial iban a estallar de un momento a otro. La fe, arremetida por el progreso, flaqueó. Incluso en el propio Vaticano cocían habas: el Concilio Vaticano II dejó estupefactos a los obispos españoles. ¡El Papa quería adaptar la Iglesia al mundo y no al contrario! Se produjo una desbandada general; grupos contestatarios exigían que la Iglesia se ocupara menos de la moralidad y más de la justicia social. La jerarquía se escindió en dos bandos: preconciarios integristas y conciliares progresistas. De éstos, comenzaron a salir algunos curas disidentes, con preocupación social, incluso obreros, lo que ocasionó grave escándalo y quebranto entre los obispos franquistas. Luego, pensándolo mejor, los consintieron. La Iglesia, tan sabia, evita poner todos los huevos en la misma cesta. Ve venir los cambios y sabe ganar la delantera. En las zonas industriales, comenzaba a haber huelgas y curas obreros entre los huelguistas. En el País Vasco empezaba a levantar cabeza el nacionalismo, y el terrorismo asomaba las peludas orejas, con curas encubridores suministrando infraestructura logística e incluso algo más.

Hacia 1957, los españoles, que hasta entonces habían creído que la esencia de la vida consistía en apretarse el cinturón, contemplaron con sorpresa cómo les germinaban debajo de los pies las semillas del consumo traídas, en vuelo estacional, por turistas y emigrantes. El terreno estaba bien estercolado. En tan sólo diez años, entre 1960 y 1970, la renta per cápita del país había crecido en un 82%.

Tras la remodelación ministerial de 1965, el gobierno se escindió en dos bloques antagónicos: por una parte, los retroinmovilistas, capitaneados por el vicepresidente y hombre de confianza del Caudillo, Carrero Blanco; por la otra, progresistas, abanderados por Fraga Iribarne, que aspiraba a normalizar

el país. La dictadura se desprendió de los lastres nacionalsindicalistas y ascendió a régimen autoritario dispuesto a ceder en lo superficial para mantener lo fundamental.

El 22 de noviembre de 1966, Franco presentó a las Cortes la Ley Orgánica del Estado, y Fraga Iribarne comenzó su combate por el título de la modernidad con la Ley de Prensa. Al año siguiente, 1967, floreció la Ley Orgánica del Estado, y la Virgen se apareció a unas niñas sobre un lentisco del Palmar de Troya, en la provincia de Sevilla. España se debatía rasgada por tensiones interiores, como parturienta a punto de cesárea. El rojerío progresista avanzaba sus peones. En los foros políticos, arreciaban voces exigiendo coeducación. En 1970, el presupuesto de Educación superó al del ejército por vez primera en la historia del régimen.

El radicalismo estudiantil, que en París se lanzó a la calle para destruir los coches de la burguesía, en España se lanzó a los catres de los cuchitriles estudiantiles a destruir los virgos, considerados también símbolo de la burguesía, del dominio papista y vestigio retro de la dictadura. Las barricadas se hacían esperar. España se estaba volviendo roja y libertaria, pero los alevines de la clase media, los chicos burgueses que hicieron el bachillerato en Acción Católica y las chicas que fueron Hijas de María en colegios de monjas, las nuevas generaciones que el régimen había amamantado generosamente a sus pechos, se tomaban su tiempo antes de lanzarse a la revolución. Fue al final, ya en la universidad, cuando se convirtieron por millares al marxismo-leninismo y se catequizaron con el *Libro Rojo* de Mao, tan profundo.

Y después de Franco, ¿qué?, venía preguntándose la ciudadanía desde el final mismo de la guerra. Después de Franco, vuelta a la monarquía, que parecéis tontos.

Capítulo 96

Don Juan, o el que espera desespera

Páginas atrás, al hablar de la familia de Alfonso XIII, habíamos aplazado lo referente a su quinto hijo (tercero varón), el infante don Juan, en el que Alfonso XIII abdicó.

El infante don Juan, como no era el primogénito, no estaba destinado a reinar, por lo tanto no lo prepararon para tan alta misión, aunque recibió una educación esmerada y, desde pequeño, aprovechando que su madre era inglesa, su abuela alemana y su nurse francesa, habló varios idiomas. En 1930, ingresó en la Escuela Naval de San Fernando para seguir la carrera de marino, pero la caída de la monarquía y el exilio de la familia real interrumpieron sus estudios apenas comenzados. Gracias a su pariente Jorge V de Inglaterra pudo completarlos en la academia naval británica, en la cual se graduó como oficial.

Don Juan era un marino de una pieza, brutote, tatuado, elemental, impulsivo, noble de corazón y proclive al vozarrón y al taco. En 1933, servía en el crucero *Enterprise* de la marina británica, que estaba fondeado en aguas de Bombay, en la India, cuando recibió un telegrama de su padre, el ex rey Alfonso XIII: «Por renuncia de tus hermanos mayores, quedas tú como heredero. Cuento contigo para que cumplas con tu deber con España». El mundo se le vino encima al joven oficial. Tuvo que abandonar el *Enterprise* y

regresar a Roma para hacerse cargo de sus nuevas obligaciones.

Durante la guerra civil española intentó por tres veces, siempre en vano, que Franco lo admitiera a su lado para luchar contra la República. Alegaba don Juan su experiencia en la marina de guerra inglesa: «He navegado dos años y medio en el crucero *Enterprise* de la Cuarta Escuadra; he seguido luego un curso especial de artillería en el acorazado *Iron Duke* y, por último, antes de abandonar la marina británica con la graduación de teniente de navío, estuve tres meses en el destructor *Winchester*».

Ni por ésas. Franco se negó a admitirlo. El 28 de febrero de 1941, Alfonso XIII falleció en la habitación 23 del primer piso del Gran Hotel de Roma, donde residía, y don Juan, a sus veintisiete años, se hizo cargo de la jefatura de la Casa Real. No tenía por delante un camino de rosas. El resto de su vida fue esperar a que Franco le cediera la corona y contemplar la evolución política de España desde la orilla portuguesa, en su chalecito de Estoril, «Villa Giralda», donde recibía el besamanos y acatamiento de los monárquicos de toda la vida, que iban a visitarlo y de camino aprovechaban para ir a Fátima y al Casino.

Don Juan hubiera sido, quizá, un buen marino, que el mar era su verdadera vocación, pero faltó como estaba, por formación y por temperamento, de las cualidades necesarias para navegar en las procelosas y turbias aguas de la política, toda su vida se dejó dirigir por un Consejo Privado, constituido por prestigiosos monárquicos, dentro del cual coexistían distintas corrientes no siempre confluentes. Al predominio de unas o de otras, en cada época, se pueden atribuir los bandazos del pensamiento político de don Juan, y los renuncios y contradicciones en que incurrió en su relación con Franco, que acabaron perjudicando su causa. Esto explica que el mismo personaje que en 1935 apoyó con entusiasmo al grupo Acción Española, claramente reaccionario, moderara su postura diez años después, cuando la derrota de las dictaduras europeas dejaba entrever que el futuro pertenecía a las democracias. Don Juan, adelantándose a muchos españoles, se declararía ya abiertamente demócrata a partir de 1965, cuando su avisado consejero José María de Areilza le hizo ver, y a algunos significados personajes del Consejo Privado también, que el porvenir de la monarquía pasaba por su adecuación a los nuevos tiempos. Areilza era un diplomático de gran talla, pragmático y con

gran visión de futuro, y convencido, como todo diplomático que se precie, de que París (o Madrid) bien vale una misa.

Sin embargo, el enfrentamiento de don Juan con Franco venía de mucho antes, de marzo de 1945, cuando publicó el Manifiesto de Lausanne, en el que conminaba solemnemente al general Franco para que, reconociendo el fracaso de su concepción totalitaria del Estado, abandonara el poder y diera libre paso a la monarquía. Al año siguiente, publicó las Bases Institucionales de la Monarquía, como si ya anduviera preparando el gobierno en la sombra. A Franco, como fácilmente se adivina, todo esto le sentaba como si le mentaran a su santa madre. Además, por vía diplomática le llegó la noticia de que don Juan se había ofrecido a las potencias vencedoras en la guerra como alternativa de gobierno en España al frente de una monarquía respetuosa de las libertades públicas. La misma fuente hablaba de su disposición para llegar a España como rey, a bordo de un navío de la Armada británica, en una hipotética invasión de las Canarias.

El siguiente paso del pretendiente no mejoró su situación ante el dictador. En 1947, cuando arreciaba el aislamiento internacional de Franco y parecía que los días del régimen estaban contados, replicó a la Ley Sucesoria promulgada por Franco con el llamado Manifiesto de Estoril, en el cual firmaba como rey.

Ésta fue la gota que colmó el vaso de la paciencia del Caudillo. Franco nunca le perdonó estas veleidades políticas y decidió que cuando restaurara la monarquía lo haría en otra persona. Porque Franco era monárquico y nunca dejó de serlo; lo que ocurre es que le tomó gusto al mando y decidió que la estabilidad y el progreso de España requerían que él estuviera al timón mientras Dios le diera vida, que se la dio y larga. Tiempo habría y siglos por delante para que la monarquía siguiera su curso. En cuanto a don Juan, ya que estaba incordiándolo con papelitos y declaraciones a la prensa, decidió castigarlo impidiendo que reinara y lo condenó a ser hijo de rey y padre de rey, pero nunca rey. Se salió plenamente con la suya. Ésta es otra de las cosas que dejó atadas y bien atadas.

Volviendo a don Juan y a su bondad intrínseca, quizá su ya mentada dependencia de consejeros con opiniones contrapuestas disculpe las aparentes traiciones que se observan en su trayectoria política; por ejemplo, en 1948,

cuando la flamante Confederación de Fuerzas Monárquicas se adhirió a la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas junto a socialistas y republicanos exiliados, en un común intento para forzar la salida del dictador. ¡Indalecio Prieto y la monarquía codo con codo! Al poco tiempo, don Juan mostró simpatías hacia el Movimiento en la entrevista con Franco en el yate *Azor*, frente a San Sebastián.

En esta histórica ocasión, Franco, que ya había decidido saltarse la línea de sucesión y que don Juan se quedara sin reinar, le pidió, y él aceptó, que su primogénito, don Juan Carlos, cursara bachillerato en España y se fuera preparando para sus eventuales responsabilidades como rey.

Después de la escena del *Azor*, don Juan evitó enfrentarse con Franco, incluso hizo declaraciones de fidelidad a los ideales del Movimiento Nacional y mencionó la ayuda divina y los aciertos del Generalísimo al frente de la nación, y hasta le ofreció la máxima condecoración, el Toisón de Oro, que Franco rechazó con brusquedad castrense, señalándole, además, que carecía de potestad para ofrecerla. El gallego era muy suyo en cuestiones de mando y prerrogativas.

Capítulo 97

El hombre que ha de reinar

El hombre que había de reinar, es decir, el primogénito de don Juan y nieto de Alfonso XIII era Juan Carlos, un niño guapo y avisado, nacido en Roma, en 1938, durante el exilio de sus padres. Había padecido una infancia desarraigada, primero en Lausana, en Suiza, donde residía su abuela, la ex reina de España; después, interno en un colegio religioso de Friburgo. Hay que imaginarse su desamparo cuando llegó a España, después de la histórica entrevista del *Azor*, a los diez años de edad y sin apenas hablar español, para estudiar bachillerato en una finca de los banqueros Urquijo, «Las Jarillas», reconvertida en laboratorio educativo para el futuro príncipe y otros ocho niños procedentes de familias de dirigentes franquistas para que aquel encierro pareciera un colegio. Fue una educación muy particular, inspirada por el dictador, en la que predominaron preceptores afines al Opus Dei. Franco deseaba que el futuro rey estuviera políticamente más cerca de él que de su padre carnal. El muchacho creció soportando humillaciones a la sombra del poder, espiado por sus más directos colaboradores, abucheado públicamente a veces, tanto por falangistas como por monárquicos juanistas, que lo consideraban un intruso impuesto por Franco. Y además, aguantando la vela frente a su propio padre. Todo su papel consistía en esperar y en no defraudar al amo supremo, ni al ejército ni a la Iglesia, ya que no a la Falange y mucho

menos a la oposición democrática, ferozmente republicana (eso predicaban entonces). Por eso, el ejército y la Iglesia, ambas reunidas en el almirante Carrero Blanco, fueron sus principales valedores en 1969, cuando, presionando sobre Franco, consiguieron que lo nombrara, de una vez por todas, sucesor a título de rey.

Don Juan Carlos se había casado con Sofía de Grecia, una princesa de la casa real helena, de origen prusiano y danés (y emparentada, además, con las dinastías de Inglaterra y Rusia). Su bisabuelo materno fue el káiser Guillermo II; el paterno, el príncipe Guillermo de Dinamarca, entronizado en Grecia como Jorge I, en 1852. Los apellidos de la esposa de Don Juan Carlos son Schleswig-Holstein Sonderburg y Glücksburgo.

En febrero de 1968, con ocasión del bautizo del príncipe Felipe, primer hijo varón de Juan Carlos, la ex reina Victoria Eugenia, ya anciana, regresó a España por unos días. Durante la ceremonia bautismal, cuando Franco le presentó sus respetos, ella afectuosamente le dijo: «General, ya tiene usted dónde escoger entre el abuelo, el hijo y el nieto». Con flema británica, la anciana señora no se quebraba la cabeza sobre el tema, pero entre los monárquicos los había muy capaces de abrísela al adversario, pues las diferencias entre juanistas, partidarios del padre, y juancarlistas, partidarios del hijo, se iban ahondando. Los unos, como cabe suponer, por fidelidad a las leyes monárquicas; los otros, por puro pragmatismo.

Los vientos de la política soplaban de este último lado. Carrero Blanco, López Rodó y el Opus Dei (en una maniobra combinada que denominaron Operación Salmón) instaron a Franco, con el debido respeto, para que eligiera sucesor. «La elección de sucesor —argumentaba Carrero ante el general— tendrá el efecto beneficioso de una traqueotomía». Fascinado por tan delicada metáfora, Franco se decidió y escogió sucesor, al año siguiente, 1969. Carrero fue el primero en saberlo y se lo comunicó con alivio a López Rodó: «Ya parió». Con parecido ingenio, Don Juan Carlos había escrito a su madre, en clave metafórica borbónica: «El grano ya ha reventado».

Como era de esperar, de los tres candidatos señalados por la ex reina, Franco había escogido no al abuelo, don Juan, a quien seguía sin perdonar sus insumisiones pasadas, sino al hijo, Don Juan Carlos, despreciando todas las normas de sucesión. ¿Acaso no estaba por encima de la historia?

Aquí fue la tragedia. Don Juan, viéndolas venir, tenía muy advertido a su hijo que por nada del mundo debería acceder a que el dictador se saltara graciosamente el orden sucesorio. A juzgar por sus declaraciones a la prensa extranjera, Don Juan Carlos estuvo al principio de acuerdo con su padre y se presentaba como un hijo abnegado y obediente. El 27 de noviembre de 1968 declaró al semanario *Point de Vue*: «Jamás aceptaré reinar mientras mi padre viva». Pero después cambió de idea, alegando el interés de España y su supremo deber de soldado, y acató las Leyes Fundamentales del Reino, entre las cuales se incluía, naturalmente, la Ley de Sucesión. Detrás de todo el asunto, hay que ver la mano peluda de Carrero, al que el joven príncipe agradeció «horrores» su apoyo. A la intencionada pregunta del periodista Emilio Romero «¿puede abdicar don Juan?» respondió el príncipe: «Por poder, puede».

Así que Don Juan Carlos estaba dispuesto a reinar antes que su padre. Este cambio de postura mereció la desaprobación de los juanistas, incluido el propio don Juan, que sólo había consentido su educación española como sucesor suyo, no de Franco. Inmediatamente, protestó en una nota oficial: «No se ha contado conmigo ni con la voluntad libremente manifestada del pueblo español [...] Ninguna responsabilidad me cabe en esta instauración».

Entre el padre y el hijo se produjo una gran tensión por lo que técnicamente era una traición, agravada por el hecho de que Juan Carlos había visitado recientemente a su padre en Estoril y no le había comunicado nada. Don Juan, que se había enterado de la noticia por la prensa, como los demás españoles, lo tomó muy a mal, convencido como estaba de que su hijo conocía de antemano la decisión de Franco y se la había ocultado.

Juan Carlos, disciplinadamente, pero con el corazón escindido por encontrados sentimientos, acató la decisión de Franco, subordinando su fidelidad filial a sus sagrados deberes hacia la patria, y se apresuró a aceptar. Pero envió un mensaje conciliador, que no calmó la ira de su padre biológico: «Es lógico que los más fieles mantenedores de los principios dinásticos acepten algún sacrificio en sus aspiraciones. Y si son verdaderos patriotas comprenderán que ante todo está el bien de España». Le pedía una cierta flexibilidad a don Juan, pero don Juan era un hombre más visceral que paciente, se consideraba llanamente traicionado y no cedió en sus

planteamientos legitimistas hasta 1977. Incluso en la primera ocasión que se le presentó, reclamó a su hijo la placa de Príncipe de Asturias que le había otorgado (años después, ya pasada la tormenta, se la entregaría a su nieto Felipe). Los juanistas sacaron a relucir que el príncipe, como Fernando VII, no vacilaba en atropellar los derechos de su padre con tal de alcanzar el trono, ni vacilaba en jurar lealtad a Franco y fidelidad a los principios del Movimiento Nacional y a las Leyes Fundamentales del Reino.

No obstante, los hagiógrafos de la corona, más papistas que el papa, han inventado la historia de la conspiración: hijo y padre como uña y carne, de acuerdo desde el primer momento para engañar a Franco y sin otra ambición que devolver España a la democracia. Eso, a pesar de que Don Juan Carlos no tolera que en su presencia se critique a Franco, «porque cada uno debe saber de dónde viene y fue Franco el que me puso en el trono».

La proclamación de Don Juan Carlos como sucesor no mejoró su situación personal porque no significaba que Franco hubiera decidido retirarse pronto. Don Juan Carlos y Doña Sofía, como los parientes pobres que esperan una herencia, soportaron todavía muchos desplantes y desprecios de la familia de Franco y de los falangistas. Incluso durante un tiempo peligró la candidatura de Don Juan Carlos puesto que la ley reservaba a Franco la posibilidad de designar a otro heredero. En 1972, la nieta de Franco, María del Carmen Martínez Bordiú, se casó con Alfonso de Borbón, hijo del infante don Jaime (aquel infante sordomudo, en el que, en su día, recayó la sucesión de la corona española antes de desplazarse hacia el tercer hijo varón de Alfonso XIII, don Juan).

A raíz de esta boda, los príncipes vivieron la ansiedad de una posible candidatura rival para la corona de España, que la ambiciosa familia de Franco intentaba forzar aprovechando que el general andaba ya mermado de facultades. No obstante, después de las declaraciones institucionales de tres años antes, la propuesta llegaba un poco tarde, y las maniobras de las Cármenes (doña Carmen Polo y su hija) para coronar a una Franco como reina de España no dieron fruto. Pero durante unos meses, la pelota estuvo en el tejado, y Alfonso se titulaba príncipe, y la nieta de Franco, su esposa, princesa, tratamiento reservado en España a los herederos del trono. En una fiesta, el marqués de Villaverde, yerno de Franco, requirió de un camarero:

«Un *whisky* para el príncipe». Don Juan Carlos, que estaba a su lado, creyendo que se refería a él, corrigió: «No, *whisky* no, he pedido una limonada». A lo que Villaverde replicó: «No: he dicho para el príncipe», y señalaba a su yerno, don Alfonso.

Capítulo 98

El frenazo de Carrero

En los años setenta, Franco era ya octogenario y estaba para poco. Inaugurados ya los pantanos, acondicionados los paradores nacionales, cazados los ciervos, abatidos los jabalíes, pescadas las truchas, paseados los palios, habiéndolo dejado todo atado y bien atado, desertó del NODO, se replegó del vivir cotidiano, se retiró del mundo y se convirtió en una delgada presencia que veía pasar los últimos vagones del tren de la vida desde el apeadero de El Pardo, como si la cosa no fuera con él.

Franco iba ya de retirada y parecía que el ascenso de la democracia era imparable, pero, de pronto, el almirante Carrero Blanco, ascendió a segundo de a bordo, se subió al pescante y, tomando las riendas de las vacilantes manos del Caudillo, frenó la cabalgadura. Carrero Blanco era un leal funcionario franquista. Guiado por López Rodó y otros miembros del Opus Dei, intentó instaurar un fascismo católico. El frenazo del aperturismo despidió a muchos por encima de las orejas de la caballería, entre ellos al propio Fraga, destituido en 1969 por su incapacidad para acabar con «la pornografía y el maoísmo».

En 1973 se designó a Carrero Blanco presidente del gobierno. Franco seguía detentando la jefatura del Estado. Mientras tanto, crecía la inquietud social. Las fuerzas de la oposición, que durante años habían permanecido

silenciosas, comenzaban a moverse cautamente, sólo lo suficiente para no alarmar al aparato del régimen y a la gente de orden temerosa del futuro. Porque la inmensa mayoría de los españoles, aunque monárquicos in pectore (¿sería mejor término *criptomonárquicos*?) según hoy demuestran las encuestas y las espontáneas declaraciones de los políticos, entonces ignoraban que lo eran, o quizá sólo lo sospechaban y no se atrevían a proclamarlo, inmersos como estábamos todos en el bendito limbo del apoliticismo. Es que los penosos años de la dictadura habían atrofiado el sentido político de la inmensa mayoría del pueblo español y nadie daba un duro por el futuro del príncipe designado, que falangistas y juanistas llevaban treinta años desprestigiando como tonto del haba y hasta lo apodaban Juan Carlos el Breve. No obstante, el progreso era imparable, o lo parecía, y la democracia estaba, aparentemente, a la vuelta de la esquina.

El mundo había cambiado irreversiblemente. Los subversivos, después de unos años de predicación alternativa en favor del amor, habían decidido hacer también la guerra. En 1970, apedrearon al papa en Cerdeña, y el presidente Nixon vivió una experiencia semejante en el otro confín del globo. En 1973 estrellaron al propio Carrero Blanco contra la cornisa de la casa de los jesuitas. El proyecto nacionalcatólico naufragó en los discursos de su heredero Arias Navarro, converso aperturista, dispuesto a atender las demandas de una sociedad cambiante, aunque con la otra mano sostenía firmemente el garrote de la ley y el orden y, para que el mensaje fuera cabalmente entendido, ejecutó a garrote vil a un activista político.

Franco, ya en sus ochenta, no tenía ninguna intención de retirarse, pero incluso sus más incondicionales se planteaban el futuro de España el día en que, por «imperativo biológico», eufemismo acuñado para aludir a la muerte del dictador, la jefatura del Estado quedara vacante. En el año 1974, Franco, aquejado de flebitis, dejó en manos de su sucesor el timón de la nave del Estado. Fue sólo durante los tres meses de la calma chicha estival, como si se hubiese tomado unas vacaciones, porque, en cuanto llegó el otoño, el dictador se repuso y asumió de nuevo el mando, dejando en situación un tanto desairada al sustituto, que ya se tenía por fijo en la plaza.

La tímida apertura continuaba. Se consintieron los partidos políticos bajo el nombre de *asociaciones* (con la excepción del Partido Comunista, la bestia

parda del régimen). En la calle se producían algaradas que la policía reprimía. Al terrorismo de ETA y del FRAP, que arreciaba en el río revuelto, respondió el régimen en setiembre con una severa ley antiterrorista y el fusilamiento ejemplar de cinco activistas políticos. Fue una concesión al ejército y a los poderes fácticos, que exigían mano dura para enfrentarse a la escalada de violencia terrorista. El cumplimiento de la sentencia provocó cierta repulsa internacional y la réplica del régimen, menos espontánea que otras veces, en la consabida manifestación multitudinaria de la plaza de Oriente para vitorear al Caudillo, ya casi una momia puesta a orear en el balcón, un viejecito tembloroso, de voz atiplada, que al dar los gritos del ritual falangista que coronaban estas manifestaciones patrióticas, se equivocó al pronunciar el nombre de España por tercera vez y le salió un espúreo «¡España!», que fue magnificado por los altavoces (en el telediario lo ocultaron superponiendo ruido de helicóptero).

A todo esto, Hassan II, el tirano marroquí protegido por Estados Unidos, aprovechó astutamente el desconcierto y el vacío de poder que se vivía en España para invadir el Sahara con una muchedumbre de desarrapados que enarbolaban el Corán: la Marcha Verde. El órdago le salió a pedir de boca, y el gobierno español, que bastantes problemas tenía en casa para buscarse otros fuera de ella, entregó al moro aquellas arenas (y aquellas pesquerías y aquellos fosfatos) sin tener en cuenta la opinión de sus pobladores, a los que, hasta ayer mismo, titulaba ciudadanos españoles. Una chapuza más.

En octubre, la salud de Franco empeoró bruscamente, y el dictador tuvo que ser ingresado en un centro hospitalario, mientras Don Juan Carlos se hacía cargo, otra vez interinamente, de la jefatura del Estado. Por imposición de la familia, el equipo médico habitual mantuvo vivo al enfermo durante semanas, prolongando dramáticamente su agonía. Murió, por fin, el 20 de noviembre de 1975 y lo enterraron en su pirámide del Valle de los Caídos, entre grandes manifestaciones de duelo. No todo el mundo lo lloró. El champán, el cava y, en general, todo espumoso de taponazo, se agotaron en las tiendas y supermercados. Dos días después proclamaron rey de España al hombre que Franco había designado para sucederle. Después de una larga, comprometida y tortuosa espera, comenzaba, por fin, el largo reinado de Juan Carlos I el Breve.

Capítulo 99

La transición

Después de Franco, ¿qué?

Después de la larga noche de la dictadura, España amaneció al claro sol de la monarquía constitucional. «¡Pero si en España no había monárquicos...!», objetará, quizá, algún escéptico.

Es que el escéptico se ha dejado traicionar por la memoria. Quizá recuerde que los chicos de izquierdas —Carrillo, Tierno Galván, Felipe González y todas sus crispadas cohortes— llevaban cuarenta años asegurando que proclamarían la república en cuanto Franco faltara, lo que parecía fácil en un país donde prácticamente no había monárquicos. Los menos radicales creían que, por lo menos, había que organizar un referéndum para que el pueblo decidiese qué forma de gobierno quería, si república o monarquía. Unos y otros pregonaban, con gran miopía política, que la monarquía es una institución arcaica incompatible con el verdadero espíritu democrático, puesto que presupone la existencia de una familia, la estirpe real, cuyos miembros, sin más mérito que el privilegio que les otorga su nacimiento, ocupan la máxima magistratura de la nación y viven como príncipes a costa de los presupuestos del Estado. Por lo tanto, exigían que, a la muerte de Franco, se constituyera un gobierno provisional, capaz de dirigir, sin manipulaciones, con luz y taquígrafos, el proceso constituyente democrático y de garantizar

elecciones libres. No hubo tal, claro, sino un gobierno continuista, prolongación de los sucesivos gobiernos de Franco, cuya legitimidad manaba de la clara fuente del histórico golpe de Estado o alzamiento.

Franco había asegurado que lo dejaba todo atado y bien atado. Lo dejó. Era monárquico y dejó a un rey en el poder (aunque, como hemos visto, conculcando la Ley de Sucesión para castigar al legítimo heredero por no haberle guardado el respeto debido). Lo que Franco ató no lo ha desatado la democracia. Él, en vida, había maquillado su régimen, una dictadura militar, llamándola *democracia orgánica*. El régimen que lo sucedió, anudado a la dictadura, fruto de unas instituciones que no podían otorgar una legitimidad de la que ellas mismas carecían, es continuación de aquél, aunque ya equiparado, o casi, a las democracias occidentales en lo que a libertades formales se refiere.

Con el dictador todavía de cuerpo presente, su sucesor juró en las Cortes lealtad a los principios del Movimiento Nacional y a las Leyes Fundamentales del Reino. Esto lo legitimaba ante el aparato de la dictadura, pero su verdadera legitimidad, la democrática, la recibió en los días siguientes, cuando presidentes y vicepresidentes del mundo libre (norteamericanos, alemanes, franceses...) respaldaron, con su presencia, la monarquía restaurada en el sucesor de Franco.

Todo estaba previsto. No hubo vuelta de tortilla, ni ajuste de cuentas como unos esperaban y otros temían. Tampoco hubo necesidad de un referéndum para que el pueblo español decidiera si quería monarquía o república. Ya se lo dieron escogido personas más preparadas, que sabían mejor lo que le convenía. Hubo, sencillamente, transición y retorno al espectáculo democrático de la mano de unos políticos que querían labrarse un porvenir.

Capítulo 100

El reparto

Políticos los había de dos clases: los franquistas, que habían hecho carrera en el régimen, y que concentraban en sus manos todo el poder, y frente a ellos, los liberales o demócratas, es decir, la oposición, los recién salidos de las cloacas de la clandestinidad. De un lado, los que compusieron semblantes pesarosos en el funeral del dictador; del otro, los que agotaron las reservas de champán el día de su muerte. Aquellos chicos de izquierdas, los de la trenca, las camisas de franela de cuadros y la actitud contestataria, y aquellos señores adustos, que llegaban del exilio soviético con trajes mal cortados y abrigos de cachemir, tenían dos cosas en común: estaban impacientes por mandar y enarbolaban una bandera republicana, con su franja inferior morada y su escudo nacional adornado con corona mural.

Derechas e izquierdas. Sólo extremos, nada de centro; se habían erigido en bandos irreconciliables durante los cuarenta años de la dictadura. ¿Iban ahora a enfrentarse por el poder, los unos por conservarlo y los otros por conquistarlo?

El pueblo español contuvo la respiración. Nadie quería líos, pero el espectro de la guerra civil planeaba sobre la helada incertidumbre del futuro.

Pero surgió un tercer grupo, al que llamaremos el Gran Hermano Occidental, o Gran Hermano a secas, que iba a poner paz y concordia a la

chita callando y que, desde detrás de las bambalinas, iba a mover los hilos, para que al final todas las marionetas, rojas o azules, se abrazaran en amor y concordia: el grupo de los intereses creados. No eran exactamente políticos, pero tenían cierta experiencia como manipuladores de la política, no sólo en países de medio pelo. A los americanos, a la banca y a las multinacionales les interesaba que España viviera una transición pacífica. Este grupo estaba destinado a ser el verdadero motor de la transición. La defensa de sus intereses explica que todo fuera como una malva. Debemos estarles eternamente agradecidos.

Como las operaciones complejas no se improvisan y tienen más resortes y relojitos que, un avión, la transición había empezado mucho antes de morir Franco. El Gran Hermano, o sea, la Providencia en la tierra, había llamado a capítulo a los principales aspirantes. «¿Queréis mandar?», preguntó a los rojos. «¡Sííí...!», respondieron ellos al unísono. «Y vosotros —preguntó a los azules— ¿queréis seguir mandando?». La respuesta fue igualmente afirmativa. «Pues bien, entonces os vais a dejar de ideologías irrenunciables y os vais a poner de acuerdo para compartir el pastel porque al que saque los pies del plato lo voy a descantillar (o el que se mueva no sale en la foto, como diría Alfonso Guerra, que es machadiano).» «La democracia en España es inevitable —razonó el Gran Hermano—, porque es la mejor vacuna contra el comunismo y las revoluciones incontroladas, y España pertenece al rebaño democrático de Occidente, así que más vale que os pongáis de acuerdo y os consensuéis en alumbrarla discreta y eficazmente».

—Y eso, ¿cómo se hace? —preguntaron a coro.

—Muy fácil —indicó la voz de las alturas—: Los de siempre les vais a abrir un hueco a los nuevos, y los nuevos, a cambio, os vais a olvidar de agravios pasados. Pelillos a la mar: a partir de hoy, todos demócratas y todos monárquicos.

Los americanos, con ayuda de los socialistas alemanes, diseñaron un plan para asegurarse de que España se mantuviera en el lado político correcto, es decir, bajo la propicia sombrilla del capitalismo occidental. Que no sufra la oligarquía, que nadie perturbe el pesebre nutricional de la banca y las multinacionales, alejemos el peligro de un posible escoramiento hacia la izquierda. Se trataba de establecer una transición democrática que dejara el

país en manos de dos partidos, uno de centro-derecha y otro de centro-izquierda. El de centro-derecha saldría de la propia evolución del régimen; el de centro-izquierda tendría que salir de los socialistas, para lo cual, lógicamente, habría que domesticarlos. Ya había ciertos precedentes de la época de Primo de Rivera. Y Franco estaba sustancialmente de acuerdo con ese plan.

Las definitivas bendiciones del padrino americano a la fórmula monárquica las obtendría el nuevo Rey en junio de 1976, cuando viajó a Estados Unidos para explicar sus proyectos en el Capitolio, ante el Congreso y el Senado de Estados Unidos.

La monarquía podía considerarse completamente arraigada en España. Después de la visita del Rey a Estados Unidos, de pronto, ocurrió el portento: desaparecieron las banderas republicanas de las manifestaciones, desaparecieron las alusiones republicanas de los discursos y de los programas de los partidos progresistas, y España se despertó monárquica.

Capítulo 101

La irresistible ascensión del PSOE

En el acoplamiento del antiguo régimen con el nuevo, Felipe González, sin duda el mayor talento político de nuestro siglo, puso la vaselina. Hombre de orden, procedente del sector católico, supo ver con extraordinaria claridad que el futuro del país, y, más particularmente, el de los políticos de la oposición y el suyo propio, estaba en la continuidad. Felipe González escaló la jefatura del PSOE cuando el partido, a pesar de su larga historia de lucha, se había reducido a una débil sombra en el páramo franquista. Esto fue en el congreso de Suresnes, en 1974. Unos días después, recibió una visita del Gran Hermano en forma de emisarios del franquismo, con los que llegó a un acuerdo. Por su parte, se comprometía a no aliarse con los comunistas, a dejarse de veleidades republicanas y a acatar al Rey impuesto por Franco. No contó, lógicamente, con la opinión del partido, ni siquiera con la de su mano derecha, Alfonso Guerra, que todavía andaba de extremista de trenca, pelo largo y gesto hosco. Después de este pacto, Felipe se desmarcó del conjunto de la oposición. La izquierda, ignorante de la maniobra (ni su álgter ego Alfonso lo sabía), recibió el torpedo por donde menos lo esperaba, porque la realineación dejaba en mantillas y fuera de juego incluso al eurocomunismo de Carrillo. Después del impacto, la izquierda quedó irremediabilmente tocada de ala (y ya, las cosas como son, nunca ha vuelto a ser la misma,

especialmente después de que el huracán de la historia dejara en pelotas, y con las desaseadas vergüenzas al aire, a la URSS, a China y a Cuba).

Cuando vieron que Felipe se pasaba al enemigo con armas y bagajes, los líderes de la izquierda en otras formaciones políticas temieron por sus garbanzos y se precipitaron a imitarlo. Después de toda una vida predicando el evangelio republicano, en cuanto atisbaron el señuelo de la prebenda, el banco parlamentario, el sueldo, las dietas, la secretaria de muslos poderosos y el coche oficial, se hicieron monárquicos de toda la vida y perdieron el culo por verse incluidos en las negociaciones con el gobierno.

¿Y el barco de la renovación? ¿Y el hermoso proyecto con tanto mimo transmitido a través de los cuarenta años de exilio o dura travesía en el páramo franquista?

Hasta las ratas abandonaron aquel proyecto que se iba a pique. Allí quedó, desamparado y a la deriva, vencido antes de entrar en combate, con su carga de promesas de transformación social y política sin desembalar, con el leninismo de Carrillo y el marxismo de Felipe metidos todavía en su papel de celofán y con la, una vez más, traicionada bandera tricolor colgando flácida del mástil.

Vayamos a los hechos y sigamos más menudamente la moviola desde 1974. Los buitres del rojerío, que perchaban con la boca hecha agua sobre el franquismo agonizante, aguardando la muerte del dictador, crearon la Junta Democrática, presidida por Santiago Carrillo, extraña jaula de grillos donde cohabitaban el Partido Comunista, el Partido Socialista Popular de Tierno Galván, el Partido del Trabajo, de izquierda radical, y Comisiones Obreras: prácticamente toda la oposición al franquismo, con la notable excepción del PSOE, porque, por los motivos arriba expuestos, Felipe, flamante patrón de la nave socialista, escondía en la manga el as de la complicidad y la tolerancia franquista. Vean si no: a raíz de lo de Suresnes (estamos en 1974 y vive Franco todavía), en el diario gubernamental *Pueblo*, en la sección «La Colmena», que publicaba Pedro Rodríguez, aparecía el nombramiento del joven Isidoro en el congreso socialista. La noticia ponía a Felipe González a los pies de los caballos del fiscal general del Estado. ¿Recibió la policía orden de detenerlo en cuanto cruzara la frontera? Nada de eso; más bien, todo lo contrario. De las alturas del poder llegó un inesperado tirón de orejas a

Emilio Romero, director del periódico, para que *Pueblo* dejara en paz al joven Isidoro. A partir de este punto, sólo cupieron elogios para el joven cachorro socialista.

Prosiguiendo con su plan, Felipe no sólo se desmarcó del resto de las fuerzas de izquierda, sino que fundó, por su cuenta, un año después, la Plataforma de Convergencia Democrática.

Ya no había una izquierda, sino dos. Los políticos franquistas respiraron tranquilos: no habría ajustes de cuentas, sino continuismo bajo la forma de una monarquía que heredaría a Franco y se apoyaría en cuatro pilares firmes: ejército, Iglesia, prensa y partidos políticos (este último en sustitución del Movimiento).

El viejo truco de cambiar lo accesorio para que no cambiara lo fundamental requería, no obstante, una mano firme y hábil. La persona escogida por las altas instancias que manejaban los hilos de la política nacional fue Torcuato Fernández Miranda, antiguo preceptor del príncipe y preclaro cerebro atestiguado a lo largo de una larga y brillante carrera política. A Fernández Miranda lo nombraron presidente de las Cortes en el delicado momento de la apertura política. Al mismo tiempo, apaciguaron a la derecha más irracional y ultramontana, confirmando en su puesto al presidente del gobierno designado por Franco: Arias Navarro.

Arias Navarro formó gobierno continuista (con algunos adornos de aperturistas prudentes) y maquilló su actuación concediendo cierta libertad a la oposición política.

No obstante, como al que algo quiere, algo le cuesta, los viejos tiburones del franquismo, que optaron por prolongar su singladura en la era democrática, tuvieron que someterse a un proceso de blanqueo y cirugía, y se disfrazaron de simpáticos delfines. Torcuato Fernández Miranda, Alfonso Armada, Fraga Iribarne —de pronto, convertido en político liberal y democrático, después de su paso por la embajada de Londres—, Sabino Fernández...

El propio monarca, que también había crecido a la sombra del dictador, recibió el marchamo democrático, especialmente a partir del 23 de febrero de 1981, el frustrado golpe de Estado, cuyos misterios todavía están por aclarar.

El día de marras, al filo de la medianoche, el general Armada llegó al Congreso, se encerró en un despacho con Tejero, el teniente coronel de la

Guardia Civil que comandaba las fuerzas que habían secuestrado a los padres de la patria e intentó convencerlo para que le permitiera proponer a los diputados la formación de un gobierno de salvación nacional presidido por él mismo. Tejero titubeaba. Armada le mostró la lista de ministros (¿pactada anteriormente con los diferentes partidos?), pero Tejero, al leer los nombres de Solé Tura (comunista) y de Enrique Múgica (socialista), se inflamó en santa cólera, «que para esto no hemos hecho una guerra ni estamos dando el presente golpe, para admitir rojos y masonazos en el gobierno». Armada, comprendiendo que era inútil razonar con aquella mula, se guardó la lista y regresó a la calle, cariacontecido. Sólo entonces, a los quince minutos del fracasado trapicheo, se emitió, por fin, el vídeo en el que el Rey condenaba la acción de Tejero. En aquella dramática alocución, Don Juan Carlos, serio y sin maquillar, compareció de uniforme, con todas sus condecoraciones, para asegurar que la corona estaba con la democracia. La tardanza en anunciarlo, según explicaría después un portavoz, se debió a causas técnicas, pues, en la confusión del momento, no fue fácil reunir el equipo necesario.

Después se ha sabido que «el Rey, por presiones de varios capitanes generales, aplazó su discurso a la nación. En este periodo no se prohibió que Armada pudiera acudir al Congreso y proponer su gobierno de salvación». Se ha sabido también que entre la clase política estaba muy arraigada «la solución Armada»; y que el general Armada, «con distintas excusas, acudía en los últimos meses a visitar al monarca» (Herrera y Durán, 1994, p. 187).

Tras el susto, la situación se normalizó. Las biografías de los padres de la patria sospechosos de añorar tiempos pasados también se normalizaron. Todos habían sido demócratas de toda la vida, lo que ocurre es que durante el franquismo tuvieron que disimular y templar gaitas, y ello incluía jurar los Principios Fundamentales del Movimiento, vestir el uniforme de la Falange, y todo eso. Sólo muchos años después se ha desvelado que Franco gobernó durante cuarenta años rodeado de demócratas expectantes y de monárquicos de toda la vida.

¿Y los políticos de izquierda?

También ellos experimentaron su emotivo y particular camino de Damasco. Durante la larga travesía del franquismo, habían vivido de sus retóricas, y hasta se las habían creído, pero cuando los acontecimientos los trasplantaron

bruscamente al centro del ruedo nacional advirtieron su terrible carencia: no contaban con unas mínimas bases organizadas. Los partidos de izquierda eran sus dirigentes y una claqué entusiasta y distante; el resto del teatro estaba vacío. Sus posibles espectadores no tenían tradición alguna; educados en el conformismo y el miedo, no sabían para dónde mirar ni en qué creer. Sólo una minoría compraba los textos de El Ruedo Ibérico y los catecismos de una editorial oportunista con títulos tan reveladores como *¿Qué es socialismo? ¿Qué es democracia? ¿Qué son los partidos políticos? ¿Qué es el sindicato?* Ante la cruel realidad de este yermo, los políticos profesionales surgidos del frío de la oposición podían arriesgarse a animar el cotarro desde dentro, lo que requeriría tiempo y esfuerzo, para llegar a alcanzar unos resultados imprevisibles. Pero si tomaban esa vía se arriesgaban a que otros líderes más capaces los desplazaran en sus propios grupos. La otra salida posible consistía en cambiar de chaqueta, ahorcar los ideales cacareados durante cuarenta años, pactar con el franquismo y ocupar las poltronas que se les ofrecían. Tuvieron tiempo para pensárselo mientras Franco agonizaba laboriosamente en La Paz. Y al final, todos lo vieron claro: que más vale pájaro en mano que ciento volando. El pájaro en mano lo ofrecían los poderes fácticos, los dueños del cotarro nacional. Y se avinieron a negociar con el presidente Suárez, es decir, con el franquismo. Es lo que se llamó *ruptura pactada*. Olvido de las diferencias, todo sea por la preservación de la paz. Ya eran políticos profesionales. Coche oficial para todos. Carrera política, franquistas incluidos, a partir de cero y olvido de viejos agravios. La merienda de negros estaba servida. Suárez y Carrillo a partir un piñón. Flores para la Pasionaria. Vivas al Rey. Sin consultar a nadie, personas designadas a dedo redactaron una Constitución a puerta cerrada.

El Gran Hermano americano invitó: «Pasen ustedes con los pantalones en la mano». Felipe González declaró, con la línea del cielo de rascacielos, que tanto inspiró a Lorca, de fondo: «Prefiero morir apuñalado en el metro de Nueva York que en un campo de concentración de Rusia». El pan para todos y la modernidad europea estaban en la socialdemocracia. Felipe se apuntó a ella, y los españoles, también. Por eso, lo refrendaron en las urnas una y otra vez.

Capítulo 102

La revolución socialista

Pero volvamos nuevamente atrás y no adelantemos acontecimientos. Después de las famosas declaraciones democráticas del Rey en Estados Unidos, Arias Navarro, como si se tratara de cumplir un programa cuidadosamente fijado, se sintió desautorizado y dimitió. Torcuato Fernández Miranda sorprendió a muchos al asignar el puesto vacante a un oscuro político, joven y ambicioso, que había sido gobernador civil de Segovia con Franco y, lo más revelador, director general de TVE: Adolfo Suárez.

Suárez encarnaba la imagen del político nuevo: en las antípodas del carcamal franquista con pinta de pirata o mafioso, un dinámico ejecutivo, apuesto, simpático, locuaz, pragmático, acomodaticio, eficaz, maniobrero, elegante como un figurín (especialmente, cuando consiguió dominar el tic de estirarse los puños de las camisas). Su atractiva y fácil sonrisa electoral cautivó a las damas (y a gran parte de los caballeros) desde las vallas publicitarias.

Suárez hizo lo que se esperaba de él: maquilló el régimen permitiendo mayor libertad de prensa, suprimiendo la censura y dejando sogas largas a los partidos políticos. Después, consiguió que las instituciones franquistas, el Consejo Nacional del Movimiento y las Cortes, se autoinmolasen (a estas alturas, los más perspicaces habían captado los términos del chalaneo y,

mirando por sus intereses particulares, accedían a ceder para conservar, nuevamente, lo que se ha denominado *ruptura pactada*). Solamente el pueblo, es decir, la opinión pública, asistía al gran teatro nacional maravillada y sin enterarse de lo que iba y venía entre bambalinas.

En el referéndum del día 15 de diciembre de 1976 se produjo una considerable abstención, pero el 94% de los votos emitidos apoyaba el proyecto de reforma. El presidente Suárez, o quien manejara los hilos, había triunfado en toda la línea. Su forma ágil y rápida de hacer política desembocó, está desembocando todavía, en la creación de un Estado federal que conformará la España del futuro. Al socaire de los estatutos particulares de vascos y catalanes, y de la mayor independencia de las diputaciones, se pasó a la disgregación del mapa nacional en nada menos que diecisiete autonomías, cada cual con su himno, su bandera, su capital, sus funcionarios y sus instituciones (algunas de ellas para provincias que ni siquiera habían solicitado ser autónomas).

El PSOE quedó definitivamente instalado en el centro. Lo sacaron de pila, en su nueva imagen moderada y homologable en Europa, Willy Brandt, Pietro Nenni y Francois Mitterrand. Ya podía comenzar la conquista del poder.

Con el ideal republicano se fue también al garete el ideal de un Estado no confesional. Tierno Galván, el viejo profesor pasado al felipismo (las deudas del partido saldadas; el odio visceral a Felipe y a Guerra, aplazado), colocó un gran crucifijo sobre su mesa de trabajo, presidió procesiones y mereció un entierro digno de un pontífice o de un rey. La Iglesia, que, viéndolas venir, había situado sus huevos, sabiamente, en las dos cestas, había vencido en toda la línea. Y la prensa, que había sido franquista hasta antes de ayer, se volcó en apoyo del olvido del pasado y de la invención del presente desinformando cuanto fue menester. También los grandes periodistas tenían basura bajo la alfombra. Mejor no meneallo.

A Suárez, en toda su gloria, se le subió el poderío a la cabeza. Después de la muerte de su padrino, Fernández Miranda, en accidente de tránsito, cuando ya su obra podía considerarse concluida, Suárez se resistió a admitir que ya había cumplido su ciclo. Le entró el gusanillo de la política y creciéndose, como el aprendiz de brujo, llegó a creerse que el motor del cambio era él mismo. Por eso, cuando los barones de UCD comenzaban a chaquetear, en

lugar de cerrar filas ante el acoso del PSOE, se desmarcó de sus oportunistas compañeros de viaje para refundar otro partido más personal, convencido de que arrastraría a las masas. Pero se dio el batacazo, como su amigo Carrillo, y como tantos otros («Ésta es Castilla, que faze los homes y los gasta», ¿recuerdan?).

¿Qué ocurrió? Que el personal que antes había votado a UCD no tuvo inconveniente en votar al PSOE, la viva imagen de la modernidad y la decencia. Obraron el milagro tanta valla publicitaria, tanto *Felipe-Nadiusko* empapelando los muros y buzones del país, multiplicado hasta la saciedad en traje de joven y honrado paladín de la modernidad y la eficacia. España cambió de líder como se cambia de detergente.

«Son como críos», comentó el Gran Hermano sonriente al firmar la factura. Se había salido con la suya. Por otra parte, su sistema, que es el único posible (especialmente, tras el descalabro de los países del Este), sólo consiente que venzan los partidos que aceptan sus reglas de juego. En un país medianamente moderno, una campaña electoral acarrea gastos millonarios, que sólo pueden financiar los bancos, pero exigen, a cambio, garantías de que ese partido no perjudicará sus negocios cuando llegue al gobierno.

González, con hábil pulso y sentido de la jugada, situó su partido en el centro y ganó las elecciones por goleada. Los socialistas prometían cambio, y la sociedad quería cambiar, quería parecerse a Europa. Un gobierno de inexpertos penenes, muchos de los cuales todavía vivían en modestos pisitos de barriadas obreras, se encontró, de pronto, al frente del país en aquellos despachos inmensos, forrados de maderas nobles, con ujieres uniformados que se inclinaban a su paso. Lejos de arredrarse, los jóvenes socialistas se entregaron con entusiasmo a la tarea de reformar España, de cambiar sus viejas y caducas estructuras económicas y sociales, de incorporarla a Europa. Lo más urgente era la reforma económica, porque, por ese lado, el país estaba aquejado de casi todos los desequilibrios macroeconómicos posibles: inflación, deuda exterior, déficit público, fuga de capitales... Tomando el toro por los cuernos, los jóvenes tecnócratas se aplicaron a la reconversión o desmantelamiento de industrias ruinosas que parasitaban al Estado, lo que entrañó el despido o la jubilación anticipada de miles de obreros, con las consiguientes huelgas y problemas sociales. El PSOE perdió en el proceso una

parte de su clientela electoral obrera, pero, al propio tiempo, ganó el aplauso y el voto de la emergente clase media, que lo mantuvo en el poder en sucesivas elecciones.

La reforma militar fue otro capítulo delicado. Narcís Serra, un ministro de Defensa que ni siquiera había hecho la mili, gordito, con gafas y voz atiplada (de la que se hacían chistes en las salas de banderas), renovó los mandos esenciales, promocionó a oficiales democráticos y transformó el ejército franquista en una fuerza más ágil y operativa, que obedecía al poder civil. Serra descolgó y devolvió a la polvorienta vitrina del pasado la espada de Damocles del pronunciamiento militar que durante siglo y medio había pendido sobre la cabeza de los españoles.

En catorce años de gobierno, los descendientes de Pablo Iglesias realizaron el milagro de elevar España al rango de país europeo. El viejo sueño irrealizado de los ilustrados del siglo XVIII se cumplía con casi dos siglos de retraso. España ingresó en la Comunidad Europea (1986) y en la Alianza Atlántica (tras la famosa pirueta ideológica del pragmático González, que, después de oponerse tenazmente a ese ingreso cuando militaba en la oposición, se transformó en decidido atlantista y «donde había dicho digo dijo Diego»). Tanto en las derechas como en las izquierdas, el pragmatismo ganaba la partida a la ideología, la lógica a la cerrazón. Eran grandes novedades en la política española, tradicionalmente tan extremista y cerril.

Después de aquellos catorce años de gobierno socialista, España quedó, como se habían propuesto, «que no la reconocería ni la madre que la parió», pero una reforma de tanto calado, confiada muchas veces a manos voluntariosas pero inexpertas, no podía hacerse sin pagar el precio de un tremendo desgaste político. El gobierno se vio obligado a imponer medidas impopulares para el partido y el sindicato que lo sostenían, especialmente la reconversión industrial. Esta cirugía se reveló tan esencial para la modernización de España que todavía estamos viviendo de sus benéficos resultados. Afluyeron inversiones del extranjero, llegaron fondos europeos y, al amparo de esa bonanza, creció el gasto público en educación y sanidad, configurándose el Estado del bienestar. No obstante, el nuevo planteamiento económico acarreó también graves problemas. Tras los fastos de la Expo y la Olimpiada del 92, en los que el gobierno tiró la casa por la ventana, el país,

que vivía su nueva adolescencia europea con estirón incluido, se vio aquejado por las fiebres de la crisis económica, consecuencia de un decenio de complicados ajustes, con el pesado fardo de tres millones de parados auestas y un incremento excesivo del gasto público. El malestar social creció con el conocimiento de la especulación (la llamada *ingeniería financiera*) y de la corrupción. Algunos sonados casos, hábilmente jaleados por la oposición, desacreditaron al gobierno (Juan Guerra, Filesa, Roldán, GAL, fondos reservados...). En un breve período de tiempo dimitieron dos vicepresidentes (Alfonso Guerra y Narcís Serra) y cinco ministros.

La repercusión mediática y judicial (y en última instancia, política) del asunto de Lasa y Zabala (dos terroristas asesinados por la policía) fue mucho mayor que la que tuvo en Alemania el *suicidio*, en prisión, de la banda terrorista Baader Mainhof, o en el Reino Unido la eliminación de tres terroristas irlandeses en Gibraltar por agentes de Su Graciosa Majestad. Con la ley en la mano, la oposición flageló al gobierno que consentía o amparaba la existencia de esas cloacas estatales (que otras democracias de larga experiencia mantienen y silencian, y jamás usan como herramienta de confrontación política; ya dijo Churchill que la democracia no es un sistema de gobierno perfecto, sino solamente menos imperfecto que los otros sistemas). El problema del terrorismo y el del nacionalismo vasco probablemente no tengan otra solución que conceder la autodeterminación a la última tribu ibérica de la Península.

Los penenes que tomaron las riendas del país tres lustros atrás habían engordado, habían envejecido, habían perdido la ilusión inicial. Con las canas y la papada, les habían crecido los espolones, eran gallos viejos, se habían transformado en «barones», cada cual con su parcela de poder.

«Quizá haga falta un nuevo Suresnes», reflexionó proféticamente Felipe González. Visiblemente desgastado por las operaciones de acoso y derribo que padecía, dimitió del liderazgo del partido en 1997 y ninguno de sus camaradas le pidió que siguiera. Una crisis interna conmovía las estructuras del PSOE. No tenían un repuesto aceptable por las distintas familias en las que el partido se había dividido (especialmente, renovadores y guerristas). La pugna por la sucesión (Almunia, Borrell, Bono...), prolongada a lo largo de una década, mantuvo ocupado al socialismo español, mientras sus adversarios

se apropiaban de su herencia, e incluso de su experiencia, y triunfaban en la plaza. Felipe González, intentando dirigir la corrida desde la barrera, lo puntualizaba en una carta a sus camaradas: «La derecha se ha quedado con nuestras banderas, a pesar de que no creen en ellas: las de cohesionar un proyecto de España autonómica (con la Constitución como baluarte) y las de la modernidad, dando la imagen de un futuro que ya está aquí, aunque su modelo sea insolidario y autoritario».

Cuando se redactan estas líneas, la Nueva Vía de José Luis Rodríguez Zapatero, un hombre tranquilo que recuerda a González, aunque con menos filo y dominio escénico (pero todo se aprende), se abre finalmente camino en la difícil tarea de desalojar del centro electoral a la derecha renovada de Aznar.

Capítulo 103

Los años de Aznar

La oposición había aprendido muchas lecciones en los años socialistas. El Partido Popular, asistiendo con ira y crispación crecientes a la perpetuación en el poder de sus adversarios, había asimilado su estilo político joven y ágil. Arrinconado Fraga, y con él los últimos efluvios franquistas adheridos al partido, los nuevos dirigentes del Partido Popular se maquillaron de modernidad y disputaron a los cansados socialistas el espacio del centro.

En 1996, la derecha recobraba su tradicional espacio político de la mano de José María Aznar, un hombre opaco, de poca presencia, que parecía que nunca daría talla de líder, pero que, aupado al poder, ha ido aprendiendo a base de tesón y voluntad, importando la voz, conteniendo el gesto, hasta convertirse en un consumado actor, que representa, con notable perfección, su papel de político maduro, sereno y equilibrado. Aznar ha sabido recoger gran parte de la cosecha sembrada por el gobierno anterior en lo referente a control del déficit, de la inflación y de la privatización de empresas estatales (ahora en beneficio de los grupos financieros que lo auparon al poder), mientras concede regalos fiscales a sus patronos y favorece descaradamente a la Iglesia (a la que el gobierno socialista no se atrevió a colocar en el sitio que reserva un Estado supuestamente laico a las religiones y creencias ultraterrenas).

España, finalmente incorporada a Europa y al mundo industrial y

desarrollado (a pesar de los desequilibrios regionales todavía existentes, que pudieran crecer en el futuro), se suma también a la mundialización, un proceso imparable que aproxima a los socialistas y a los conservadores. Después de siglo y medio de feroz enemistad, cada bando acata los principios esenciales del otro: protección social del trabajador dentro de una economía de mercado libre, que ha trasladado la tradicional explotación de la clase humilde por la poderosa a la explotación de unos países humildes (el Tercer Mundo) por los poderosos. Gracias a ese desequilibrio (y a esa injusticia), los países desarrollados alcanzan su equilibrio y su justicia social interior. El desafío futuro consiste en mantener la balanza en su fiel sin permitir que el mercantilismo voraz aniquile al individuo.

La transición implicó, ya lo hemos visto, un cambio sustancial en las instituciones del país y hasta en su configuración misma. Casi nada, no obstante, comparado con la revolución que durante esos años se ha operado en la mentalidad y en los hábitos de comportamiento. A nivel espiritual y social, los cambios se adelantaban a la más ambiciosa reforma política. Una nueva religión naciente, el consumismo, se ha apoderado de las respectivas clientelas del cristianismo y el comunismo, las dos grandes religiones tradicionales de Occidente. Incluso en la católica España, los fieles desertaron de las catedrales, iglesias y romerías, para abarrotar, con fervor neocatecúmeno, hipermercados, centros comerciales y mercadillos al aire libre. Los jefes de ventas, sacerdotes de la nueva religión que tiene por profetas a economistas pagados por multinacionales, nos han vendido el paraíso terrenal en cómodos plazos y han instalado hornacina devocionaria en las covachuelas del cajero automático. El rosario en familia se sustituyó por el concurso televisivo con rifa de un coche; el escapulario de la Virgen del Carmen, por el logotipo de las marcas favoritas; los primeros viernes de mes, por el vencimiento de las letras; el ayuno cuaresmal, por la dieta preveraniega; las indulgencias, por los bonos-regalo del detergente. Las guerras de religión, es decir, las contiendas ideológicas, quedaron relegadas a países tercermundistas. Donde hay progreso, como es nuestro caso, el rojo regresado del frío y el banquero que ganó la guerra (ellos siempre la ganan) hocican, lomo contra lomo, en el espacioso pesebre de la urna electoral. Algún bufido agresivo se alcanza a oír, pero es a título testimonial, por contentar a las

bases, y luego renace la calma, todo el mundo acata el oráculo del Fondo Monetario Internacional y se somete a los ejercicios espirituales con cilicio de la reconversión industrial. Por lo demás, nadie se mete con nadie, el personal disfruta de un coche con turbo, de frigorífico-congelador, de televisor en color, de cuarto de baño alicatado hasta el techo, de michelines y de bicicleta estática. La joven generación ha sustituido el cóctel molotov por la comunal litrona, se catequiza frente al televisor, encoñada con los anuncios, abjura de periclitadas rebeldías, viste de marca y aspira a vivir a costa de los padres hasta que pueda vivir a costa de los hijos.

Dijo Cánovas —¿lo recuerdan?— que «español es el que no puede ser otra cosa». Parece, escéptico lector, que ya vamos siendo otras muchas cosas que acabarán por excluir a España. Aunque siempre le quedará un sitito en los libros de historia a este país de conejos, como le queda, por ejemplo a Nínive, o al Imperio austro-húngaro, aquel de los valeses y de los vistosos uniformes.

FIN

Libro procedente de: **www.epublibre.org**

más libros, más libres

Bibliografía

Barciela, Fernando, *La otra historia del PSOE*, Emiliano Escolar, Madrid, 1981.

Carriazo Arroquia, Juan de Mata, «La vida en la frontera de Granada», en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, tomo II, Publicaciones de la Caja de Ahorros, Córdoba, 1978, pp., 277-302.

Crónicas de los Reyes de Castilla, colección ordenada por Cayetano Rossell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1919.

Chejne, Anwar G., *Historia de la España musulmana*, Cátedra, Madrid, 1980.

De la Cierva, Ricardo, *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre*, Planeta, Barcelona, 1992.

—*La otra vida de Alfonso XII*, Fénix, Madrid, 1994.

—*El mito de la sangre real*, Fénix, Madrid, 1995.

—*No nos robarán la historia*, Fénix, Madrid, 1995.

Díaz Plaja, Fernando, *Otra historia de España*, Plaza y Janés, Barcelona, 1973.

—*Vida íntima de los Austrias*, Edaf, Madrid, 1991.

Dozy, Reinhart P., *Historia de los Musulmanes en España*, Turner, Madrid, 1982.

Eslava Galán, Juan, *Poliorcética y fortificación bajomedieval*, Universidad de Granada, 1983.

—*Roma de los césares*, Planeta, Barcelona, 1989.

—*Los templarios y otros enigmas medievales*, Planeta, Barcelona, 1992.

—*Historias de la Inquisición*, Planeta, Barcelona, 1992.

—*El enigma de Colón y los descubrimientos de América*, Planeta,

Barcelona, 1992.

—*Tartessos y otros enigmas de la historia*, Planeta, Barcelona, 1994.

—*Grandes batallas de la historia de España*, Planeta, Barcelona, 1994.

—*La España de las libertades*, Espasa-Calpe, Madrid, 1997.

G. de Valdeavellano, Luis, *Historia de España. De los orígenes a la baja Edad Media*, Alianza, Madrid, 1973.

García de Cortázar, Fernando, *Breve historia de España*, Alianza, Madrid, 1994.

García y Bellido, Antonio, *La España del siglo I de nuestra era*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1947.

—*Veinticinco estampas de la España antigua*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967.

—*España y los Españoles hace dos mil años*, Espasa-Calpe, Madrid, 1968.

Guerra, Antonio, *Las Filípicas*, Planeta, Barcelona, 1991.

Herrera, José D., e Isabel Durán, *Los secretos del poder. Del legado franquista al ocaso del felipismo*, Temas de Hoy, Madrid, 1994.

López Alba, Gonzalo, *El relevo. Crónica viva del camino hacia el II Suresnes del PSOE, 1996-2000*, Taurus, Madrid, 2002.

Mas, Fernando, *La Década Decisiva (1990-2000)*, Mondadori, Madrid, 2002.

Menéndez Pidal, Ramón (director), *Historia de España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1950-1995.

Morán, Gregorio, *El precio de la transición*, Planeta, Barcelona, 1991.

Nicolini, Gerard, *The ancient spaniards*, Saxon House, London, 1974.

Sánchez Albornoz, Claudio, *La España musulmana*, Espasa-Calpe, Madrid, 1978.

Suárez Fernández, Luis, *Historia de España. Edad Media*, Gredos, Madrid, 1978.

Tuñón de Lara, Manuel (director), *Historia de España*, Labor, Barcelona, 1980.

Tuñón de Lara, Manuel, Julio Valdeón Barunque y Antonio Domínguez Ortiz, *Historia de España*, Labor, Barcelona, 1991.

Thompson, E. A, *Los godos en España*, Alianza, Madrid, 1979.

Varios autores, *Historia de España Alfaguara*, Alfaguara, Madrid, 1979.



JUAN ESLAVA GALÁN (Arjona, Jaén, 1948). Se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval. Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Ha ganado los premios Planeta (1987), Ateneo de Sevilla (1991), Fernando Lara (1998) y Premio de la Crítica Andaluza (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Gienenses.